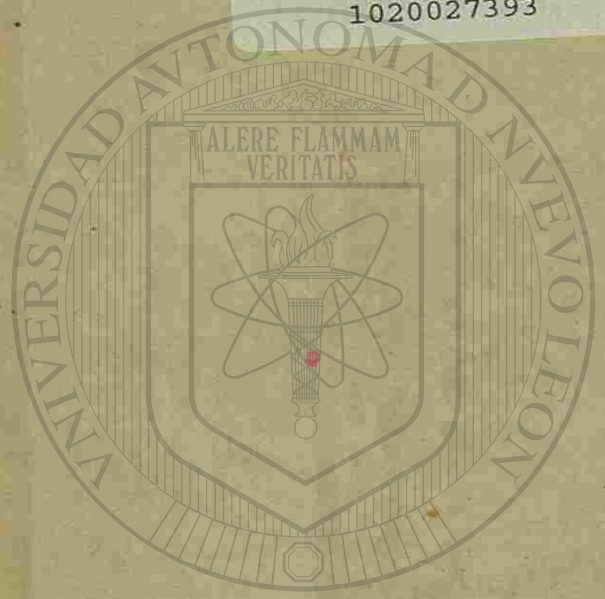
SINUÉS

LA ABUELA

PQ6567
.S5
A3
1899.

1020027393



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA ABUELA

Núm. Clas N
Núm. Autor S 6 Ab
Núm. Adg. 34485
Procedencia L 8
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Preciados, 48.—Madrid.

Binet.—Introducción á la Psicología experimental, con la colaboración de Courtier y V. Henri, traducción española, con prólogo de D. Julián Besteiro: un tomo en 8.°, con grabados, 2,50 pesetas.

Edmundo Demolins.—En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones. (Segunda edición, corregida y aumentada.) Versión española, prólogo y notas de Santiago Alba y Bonifaz: un tomo en 4.°, 5 pesetas.—El notabilísimo prólogo puesto por el traductor, Don Santiago Alba, á la obra de Demolins, fué causa principal de que esta publicación alcanzase gran popularidad entre nuestros hermanos de Sud-América. A insinuaciones del distinguido pedagogo, Doctor Julio L. Aguirre, Rector del Colegio Nacional de Mendoza (República Argentina), se debe que los alumnos de este centro docente tomen como base de sus estudios reflexivos el gran libro de Demolins y Alba.

Fidel Pérez R. Mínguez.—Revisión del Código civil (proyecto de reformas): un folleto, 1 peseta.

García Obregón. — Treinta jornadas. Constituye el asunto de este libro la narración interesante y amena de un viaje por Francia, Italia y Suiza, recorriendo las poblaciones más notables y los paisajes más pintorescos. El Sr. D. Manuel García Obregón ha procurado no inspirarse en las varias obras de otros viajeros para moldear la suya, y, por lo tanto, resulta original en el conjunto y en los detalles de campos, ciudades, monumentos, costumbres, etc.: un tomo en 8.°, elegante edición, 4 pesetas.

Homenaje á D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Estudios de erudición española, que le dedican sus amigos y discípulos con motivo del año vigésimo de su Profesorado en la Universidad Central: dos tomos en 4.°, 30 pesetas.

Valbuena.—Des-Trozos literarios: un tomo en 8.°, 3 pesetas.

— Agua turbia: un tomo en 8.°, 3 pesetas.

LA ABUELA

NARRACIÓN ESCRITA

POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

SEGUNDA EDICIÓN

100514

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48, Preciados, 48

1899

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

34485

868
S

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: 1899.—Est. tip. de la Viuda é hijos de M. Tello.
Carrera de San Francisco, 4.

A LA MEMORIA

DE LA EXCMA. SEÑORA

Doña Manuela Yoldi de Sinués

Sirva este libro, abuela mía, de público homenaje á tu adorado recuerdo; sea una prueba de lo fija que está en mi alma la memoria del amor que me tuviste, amor que á ningún otro puede ser comparado; y desde el cielo donde moras, inspira mi pluma para enaltecer en la familia á la que es dos veces madre.

Apenas te he conocido: tu noble y bella figura se me aparece alguna vez como entre las nieblas de un sueño; pero tanto he sabido acerca de tus altas prendas y del cariño que me profesabas, que para pintar la virtud, la bondad y la abnegación, sólo necesito recordar lo que tú eras.

Si te es grata la pobre ofrenda de este libro, alcanza de Dios que haga tanto bien como desea tu amantísima hija

Pilar.

Madrid 8 de Noviembre de 1877.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE PRIMERA

I

El hombre ha sido hecho en el campo, como los demás animales. La mujer fué hecha en el Paraiso.

(Cornelio Agrippa.)

Las dos de la mañana daban en el reloj del Ministerio de la Guerra, y el calor, que había sido sofocante todo el día, seguía lo mismo, mientras algunas nubes cruzaban la atmósfera azulada.

En un elegante hotel del paseo de la Castellana había alguno que no podía ó no quería entregarse al sueño. En el piso bajo, una gran ventana abierta dejaba escapar, al través de dos ricas cortinas de muselina bordada, un resplandor no muy vivo, pero condensado, y, por decirlo así, elegante, pues hasta en el modo de graduar la luz hay bueno ó mal gusto.

Atravesaba de vez en cuando la penumbra iluminada la sombra esbelta y elegante de un hombre, joven á no dudar, por lo que se descubría de su apostura y movimientos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1975 MONTERREY, MEXICO

Dos ó tres personas que se hallaban sentadas y tomando el fresco en los bancos del paseo, miraban á la ventana iluminada y se decían:

—En esa casa hay alguno que padece ó que es muy feliz.

Precedía á la elegante habitación, cuyos balcones de calada piedra estaban todos cerrados, un bonito parque á la inglesa, plantado de árboles y de flores, y alegrado por una fuente; muchas macetas, cargadas de flores y hierbas olorosas, guarnecían el pilón de mármol; la enredadera con campanillas de colores, los rosales, la madreselva, las clavellinas, exhalaban un dulce y penetrante perfume, que decía cuán bello debía ser el aspecto del parque á la salida del sol.

El hotel constaba de piso bajo, principal y segundo, todos bastante bajos y de elegante estilo arquitectónico; á cada lado del cuerpo principal del edificio se elevaba un pabellón, al que se subía por una bella escalinata.

Asomémonos á la ventana abierta para ver qué es lo que sucedía en el aposento iluminado.

Era, á no dudar, la habitación de una mujer, porque todo en ella respiraba buen gusto y delicada elegancia: el lecho de maderas finas, bajo y estrecho, colocado á la francesa en un ángulo de la estancia; el armario cerrado por un gran espejo; la sillería bordada á mano y con armadura de palo-santo; los cuadros, que se reducían á cuatro medallones, copias excelentes del estilo pastoril

de Watteau; el tocador, lleno de cajas de marfil, laca y sándalo; los jarrones de bronce y porcelana cargados de flores; el reclinatorio que coronaba un bellísimo cuadro de Nuestra Señora de los Dolores, y un no sé qué que se advertía en todos los detalles, decían bien claro que aquel aposento estaba ocupado por una dama de gusto delicado y perfecta educación.

En efecto, allí se hallaba la propietaria del elegante aposento, sentada, ó más bien reclinada lánguidamente en un sillón.

Era una mujer que estaba ya avanzada en el otoño de la vida, y que distaba mucho de ser hermosa, ni aun bonita: de estatura algo más que mediana, lo que se conocía en la estructura de su esbelto busto, era delgada, pero con la amplitud de formas que traen los años como fe de bautismo innegable. Una mujer de menos de treinta años tiene siempre cierta gracia indecisa en los contornos, aunque sea corpulenta y alta; pero en cumpliendo los cuarenta, hay pocas mujeres que conserven el privilegio de un busto juvenil y de una elegancia elástica en sus movimientos.

La dama que nos ocupa aparentaba de cuarenta y dos á cuarenta y cinco años, y ésta era en realidad la edad que tenía: su tez, de una blancura pálida y mate, era limpia y pura; su nariz, un poco grande, era ligeramente levantada, y daba á su fisonomía cierta gracia espiritual y alegre; su frente, ancha y noblemente abovedada, demos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

traba un gran talento; su boca, pequeña, de labios gruesos (sobre todo el inferior), aseguraba la bondad de su alma; pero lo más notable de su fisonomía eran sus grandes y luminosos ojos, casi siempre cargados de ternura, pero rodeados de surcos obscuros, que hablaban de largas horas de dolor y de lágrimas.

Eran unos ojos pardos, rasgados, dulces, llenos de pensamientos; coronábanlos dos sedosas y finas cejas color de castaña, y los guarnecían largas y corvas pestañas del mismo color.

Vestía un traje de granadina con listas de seda color de castaña, de hechura elegante, aunque muy sencilla; la falda llevaba algunos volantes: la túnica dibujaba su talle, y ceñía su figura con una gracia y sencillez extremadamente distinguidas; encajes en el cuello y mangas, y dos sortijas en el dedo anular de su mano izquierda, completaban el atavío de aquella dama; en cada una de sus pequeñas orejas reía locamente un hermoso brillante.

Sobre los cabellos castaños de la persona que nos ocupa no se veía aún ninguna hebra de plata: eran hermosos, sedosos, abundantes, y se rizaban sobre la frente en ondas naturales; los llevaba trenzados sin pretensiones y doblados con una gracia completamente sencilla.

Por la estancia paseaba el individuo del sexo fuerte que se veía desde afuera convertido en sombra: dentro de la habitación era un hermoso y elegante joven, que podría contar veinticuatro años de edad.

Aún se hallaba vestido con frac y corbata blanca, lo que probaba que acababa de llegar de algún baile ó sarao; tenía en la mano derecha un par de guantes color de lila claro, que retorcía por un movimiento convulso é inconsciente, con los que se azotaba la mano izquierda de vez en cuando.

La señora que ocupaba el sillón le miró durante algún tiempo con profunda tristeza; quedóse después pensativa, y, por último, dejando su asiento, llegóse por detrás al que paseaba, le detuvo dulcemente y le dijo con ternura:

—Vamos, cálmate y ven á hablar conmigo.

El joven la miró indeciso, deteniendo al instante su paseo; sólo en aquella mirada se comprendía que eran madre é hijo: tal era la semejanza que había en los ojos de los dos.

Como la brisa calma instantáneamente los rugidos del mar, la voz de aquella mujer apaciguó la tempestad que rugía en el alma del joven, y las negras nubes de su frente se aclararon para dar lugar á alguna calma.

Mas aquel inmenso poder moral, invisible y desconocido para las personas vulgares, hubiera sido comprensible al instante para una naturaleza privilegiada.—No era aquella mujer de las que á primera vista admiran ó seducen, ni tal lo había sido sin duda en los días más hermosos de su juventud; pero después de mirarla, ya no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se podían separar de ella los ojos ni el corazón.

La sensibilidad, la dulzura, el talento, la pureza del alma y la gran ternura del corazón, estaban impresas en toda su figura, y unían su encanto al de una voz de un metal deliciosamente timbrado, que era como el eco de un himno interior; y de noble y elegante figura, de rostro simpático y expresivo, se conocía al verla que no necesita ser bella una mujer para inspirar grandes pasiones, y que no es la hermosura lo que hay de más cautivador en la tierra.

Durante un segundo el joven se detuvo, miró al suelo, luego á su madre, y después de nuevo al suelo; pero no continuó su paseo.

—Vamos, hijo mío, siéntate aquí, junto á mí—insistió la dama con voz dulce:—¿quién como tu madre te comprende y te ama? ¿Quién sufre más con tu dolor? Hablemos: dime tus penas y verás cómo les hallamos remedio.

Y asiéndole suavemente por la mano, le condujo á una silla, situada junto al lado de la butaca que ella había ocupado antes; volvió á sentarse, y sin dejar la mano de su hijo, la puso entre las suyas y la guardó amorosamente en ellas.

Era el joven notablemente gentil y agraciado, de estatura alta y esbelta, correctas facciones y cabello castaño claro; toda su persona denotaba distinción de maneras y cultura del espíritu, porque es cosa evidente que la costumbre de pensar y de aprender comunica á la persona una dulce y templada gravedad.

Y no obstante, á través de todas estas señales exteriores de un espíritu elevado, se veían en aquel joven señales infalibles de una debilidad casi femenina: su mirada indecisa, la suave corrección de sus facciones, la blancura de su tez, las largas y sedosas pestañas que guarnecían sus ojos grandes de altivo mirar, estaban muy lejos de acusar un carácter varonil, sino una naturaleza suave y dócil á veces, y otras terca é irascible.

—Vamos, Daniel—dijo la madre con voz dulce;—vamos, cálmate; ¿crees que yo te contrario sólo por el placer de hacerte sufrir? No, hijo mío; demasiado seguro estás de mi amor para suponerlo siquiera: si me opongo á tu casamiento con esa joven, es porque creo que has de ser infeliz...

—No, madre, no—repuso el llamado Daniel.—¡Te opones á que me case por lo que se oponen todas las madres de los hijos únicos: por emulación, porque temes que deje de quererte!... ¿Qué sé yo? ¡Para hacer alarde de autoridad!

La Condesa del Villar, que así se llamaba la madre de Daniel, iba á contestar; pero aunque abrió la boca, de sus labios no salió ningún sonido: así el silencio reinó durante algunos instantes, y fué Daniel quien lo rompió de nuevo.

—¿Sabes algo de Adriana y me lo ocultas?—preguntó mirando ansiosamente á su madre.

—No, hijo mío—respondió ésta;—nada sé de

esa joven que pueda perjudicarla; y antes bien, lo que deploro es saber tan poco: nacida en España, pero educada en París, donde ha vivido desde niña, á nadie conocemos más que á su madre, la que, te lo confieso, me es menos simpática que Adriana.

—A mí también; ¿pero qué culpa tiene ella de tener esa madre petulante y vulgar?

—¿Y crees que yo la culpo? Nada de eso; creo que la pobre niña en nada se parece á la que le dió el sér: es bonita, acaso con exceso; parece buena...

—Y lo es. ¡Ah, madre mía! ¡Adriana es un ángel!—exclamó el joven con exaltación.—¡Si la conocieras bien, verías cómo tus temores son injustos!

—Pero ha tenido á la vista ejemplos constantes de una vida loca y disipada: ya sabes que su padre era un banquero español que perdió cuanto tenía y se marchó á Francia; su memoria está acusada de quiebra supuesta y fraudulenta, y muchos desdichados quedaron á consecuencia de esto sumergidos para siempre en la miseria; la viuda ha vivido después muchos años con la más grande esplendidez, sin quererse volver á casar, y dedicada á educar á su hija de la manera más á propósito para brillar... Delante de mí ha dicho hace pocos días que las mujeres no necesitan saber más que una cosa: agradar.

—Adriana no piensa como su madre.

—Entonces no es buena hija, ni puede serlo, porque la despreciará.

Daniel dejó su asiento, y empezó de nuevo su paseo con muestras visibles, no sólo de irritación, sino de una extrema angustia moral.

—Madre mía—dijo,—¿quieres que una niña de diez y siete años sea reposada y sensata como tú? ¿Lo eras acaso tú á la edad de Adriana? ¡No es posible, ni lo creo! Ya adquirirá juicio; basta con que me ame para que te imite, y ella me quiere, sí; no puedo dudarlo, y si lo dudara me moriría.

—Concédeme una cosa, hijo mío—dijo la Condesa con voz suplicante:—espera un año para casarte con la señorita de Torres.

—¿Para mientras convencerme de que debo casarme con mi prima Cristina?

—No, Daniel, no; ya he perdido acerca de eso toda esperanza: veo que tu prima es antipática para tí, y no insistiré más.

—¿De veras?

—Te doy mi palabra: lo que deseo, ante todo, es tu dicha.

Daniel se sentó de nuevo al lado de su madre, pasó alrededor del cuello de ésta su brazo izquierdo, le tomó la mano con su derecha, y besándola en la frente, le dijo con ternura:

—¿Vamos á capitular, madre mía?

—No deseo otra cosa.

—Y yo: por tanto, te doy mi palabra de no hablarte de mi boda con Adriana antes de seis meses.

—¡Gracias, hijo mío!—exclamó la Condesa, en cuyos ojos brilló la alegría al ver que tenía seis meses de tranquilidad.

—Y tú—continuó Daniel—no me hablarás de mi prima.

—No te hablaré.

—Ni aun indirectamente.

—Ni aun así.

—Y yo procuraré olvidar á Adriana.

—Y si no puedes olvidarla, yo no me opondré ya, hijo mío, á que te cases con ella.

—¿De veras, mamá?

—Te lo prometo.

—¡Ah, mamá mía, tú eres la mejor de las madres!—exclamó Daniel con una explosión de alegría tan grande, que demostraba hasta qué punto amaba á Adriana.—Para corresponder á tu bondad, madre mía, te prometo una cosa que me será muy cruel de cumplir.

—Veamos.

—Te ofrezco no ver á Adriana todos los días, é ir á su casa solamente cada tres.

—Convenido; y ahora, mi amado Daniel, vete á dormir un rato: creo que tu diversión en el baile de la Embajada de Austria ha sido mucho menor que las agitaciones que has sufrido.

—¡He sufrido en ese baile una verdadera tortura... todos los tormentos del infierno!—exclamó el joven.—Adriana estaba allí... Como á todas las fiestas, estaba convidada con su madre, y

rodeada de aduladores más que ninguna otra joven de su edad; y enterada sin duda de tu oposición á que me case con ella, me ha castigado cruelmente con su desvío, afectando una indiferencia helada é insultante.

—¿Y qué culpa tienes tú de mi oposición?

—Ella me culpa, sin embargo, duramente: dice que es vergonzosa la debilidad de mi carácter, y que soy á tu lado como un niño de la escuela.

—¿Eso dice?—exclamó la Condesa, reprimiendo un movimiento de indignación.

—Sí, madre mía, eso dice.

—Apelo á tu corazón y á tu conciencia, hijo mío—dijo la Condesa;—eres un hombre, y sabes pensar y sentir: ¿crees sinceramente que yo trato de ejercer un dominio tiránico sobre tí? ¿Crees que mi cariño es egoísta?

—¡Oh mi adorada madre!—exclamó Daniel con una explosión de ternura.—Yo creo que si quieres dominarme, que si eres egoísta, es á causa de tu inmenso amor hacia mí, y no por otro motivo.

—¿Pero me hallas egoísta y dominante?—exclamó la pobre madre palideciendo.

—Un poco; pero te lo perdono y te lo agradezco, madre mía.

La Condesa inclinó la cabeza con inequívoca expresión de dolor y desaliento, y permaneció callada por espacio de algunos instantes; cuando la levantó, sus ojos estaban llenos de lágrimas, que secó con su pañuelo de batista.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Hijo mío—dijo con voz reposada y dulce, pero profundamente triste,—veo que influencias malévolas quieren robarme tu confianza, tu ciega fe en mi amor; no es empresa fácil, y, por tanto, el trabajo tiene que ser lento; pero como es también inteligente y pertinaz, este trabajo funesto alcanzará su fin, y llegará á minar lo que yo creía inatacable; sin embargo, suceda lo que quiera, dígante de mí lo que te digan, acuérdate de lo que voy á decirte: te juro por el alma de tu padre, por aquella alma noble y grande identificada con la mía en la tierra, te juro que sólo deseo tu dicha, que sólo en ella pienso; que la que ha pasado su juventud entre la tumba de tu padre y tu cuna, es porque ha consagrado su vida entera y todo su corazón á un recuerdo y á una esperanza; si ese enlace te hace feliz ó crees serlo en él, hágase, porque por ahorrarte un día de dolor, yo añadiré un pesar más á los míos.

—¿Crees acaso, madre mía, que las señoras de Torres me hablan mal de ti?—exclamó el joven.—¿Y crees que yo lo soportaría?

—Dejemos eso, hijo mío—repuso la Condesa con un ademán que no estaba exento de desdén:—la maledicencia no puede alcanzarme, y, por tanto, no puede herirme; tranquilízate y procura dormir; nuestro convenio está en pie: si dentro de seis meses amas á Adriana como hoy, te casarás con ella.

La Condesa alargó la mano á su hijo; éste la llevó á sus labios, y salió de la estancia.

II

Era un nido de seda y encajes.

Damascos blancos y celestes; encaje blanco y faya rosa; bustos de mármol y bronces florentinos; jarritos de barro cocido rojo, esmaltados por la mano de Bernardo de Palissy; bomboneras de oro calado; cuadros de los primeros maestros; estatuitas de pórfido y de marfil; un piano de Erard; un arpa de plata sobredorada; todo esto contenía el *budoir* de la señora de Torres, madre de aquella Adriana tan adorada de Daniel Villar.

Esta joven madre se llamaba Leocadia, y era acaso más hermosa que su hija: alta y esbelta, con treinta y cuatro años de edad, cabellos de un armonioso color castaño, ojos garzos, orlados de largas pestañas; busto digno del cincel de Fidias; cara ovalada, del color de la camelia blanca; boca de coral y perlas, y nariz delicada y de la más pura forma griega, la señora de Torres despertaba más admiraciones y más pasiones que su hija, que sólo contaba diez y siete primaveras.

Cuando el lector conozca á las dos, no le parecerá esto extraño.

Era la una de la tarde. Leocadia, de pie delante de un armario de palo-santo, cuya puerta era un espejo, anudaba en su garganta una corbata

de encaje blanco, cuyo precio no bajaría de sesenta pesos.

Una bata de cachemir blanco, bastante ancha, la envolvía; aunque su hechura era holgada, dejaba adivinar la graciosa perfección de su talle y de todas sus formas; dicha bata estaba bordada en la parte inferior de la falda y en toda la delantera con grandes palmas de soutache de seda blanca y cerrada en todo su largo con botones de nácar: la hechura princesa y bastante holgada, según se ha dicho, señalaba el talle sin ajustarlo, y presentaba una forma de suma elegancia y distinción.

Su peinado tenía la misma gracia negligente y estudiada de todo su traje; agrupábanse sus abundosos cabellos castaños en la parte superior de la cabeza, y formaban un retorcido, que mordían, sujetándolo mal, los dientes de un peine de concha de color claro, que contrastaba con el color de sus cabellos, más bien obscuro que dorado.

Aspirábase en el gabinete un delicado, pero fuerte perfume; las cortinas de la alcoba, levantadas, permitían ver un lecho muy bajo de palo-santo con embutidos de bronce, una mesita igual á la cabecera, y dos ó tres cómodos sillones, guarnecidos de damasco pajizo, como las colgaduras del lecho; la alcoba tenía una gran ventana que la daba luz.

El mueblaje del gabinete tenía la tapicería azul celeste, con madera dorada, exquisitamente tra-

bajada y de subido precio; además, se veían por todas partes sillas volantes de laca, almohadones de raso recamados de sedas y perlas; allá un puf bordado de tapicería, con largos flecos de cordones torcidos; allí, delante de la chimenea, una pantalla con un país á la aguada, engastado en marfil; un conjunto, en fin, de preciosidades, en cuyo centro se movía una mujer parecida á una hada.

Después de ponerse la corbata, la señora de Torres tiró de un cordón de seda azul, que remataba en una borla colosal y que se hallaba al lado de la chimenea; pero nadie acudió al llamamiento.

Una viva expresión de contrariedad y de impaciencia se dibujó en su semblante; se acercó á un velador, é hizo sonar un timbre, cuyo eco fuerte y vigoroso debía llegar hasta el más apartado aposento de la casa.

Con efecto, poco tardó en aparecer una camarera francesa, coquetamente vestida.

—¿Ha llamado la señora?—preguntó dulcemente.

—Dos veces—contestó con frialdad, pero sin enojo, la señora de Torres.—¿Se ha levantado mi hija?

—En este instante.

—Dígale usted que la espero aquí antes de ir al comedor.

La camarera se inclinó y salió; podía tomársela fácilmente por una señorita hija de una familia distinguida, al verla con su vestido de muselina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de fondo blanco con cuadritos azules, su gola de tul plegado, la bonita cadena de oro que sostenía su reloj, y su peinado sencillo y elegante.

En tanto que ella salía para obedecer las órdenes de su ama, ésta se recostó en un pequeño diván, y pareció meditar profundamente, permaneciendo inmóvil hasta que oyó acercarse un paso ligero.

Pero en vez de su hija, á quien esperaba, vió aparecer de nuevo á la camarera.

—La señorita—dijo ésta—se hallaba ya casi vestida; pero se sintió aún con sueño y ha vuelto á acostarse.

—¡Cómo! ¡A la una de la tarde!—exclamó la hermosa viuda.—¿Y por qué se lo ha permitido usted, Lucía?

—Señora, yo no podía contrariar á la señorita.

—Esta indolencia perjudica ya á su salud—dijo Leocadia.—Váyase usted, y diga que tengan dispuesto el almuerzo para servirlo al instante; voy al cuarto de mi hija.

En efecto, un segundo después, la misma Lucía le abría la puerta del cuarto de la joven.

Esta había vuelto á acostarse: su cuerpo, esbelto y delgado, se dibujaba á través de la sábana de batista guarnecida de encajes y de la colcha de raso color de amatista; de lo mismo era la colgadura del lecho, de bronce dorado y calado como un encaje.

La blancura del rostro de Adriana era tal, que

apenas se distinguía de la batista de las almohadas; dos gruesas trenzas rubias dejaban ver sus pesadas ondulaciones sobre las ropas del lecho; no llevaba gorra de dormir, y un bosque de cabellos espesos y sedosos, pero recortados y rizados á medias, caía sobre su frente, estrecha como la de las estatuas griegas, y cortada por dos cejas obscuras, tan finas y delicadas que parecía haberlas dibujado la mano de un gran artista; el rubio de sus cabellos era como el de las espigas; sus grandes ojos azules, lánguidos, dulces, estaban cargados de pereza; su nariz era recta y delicada; su cara, alargada, pálida y blanca como una camelia; una chambra de muselina bordada, adornada de Valenciennes, se abrochaba en el nacimiento de su garganta y en sus delicadas muñecas, dejando salir sus manos largas y estrechas de entre las olas de espumoso encaje.

El gabinete estaba colgado y tapizado de muselina bordada y de raso amatista; la viuda había elegido este color, porque se aliaba de una manera encantadora á los cabellos rubios de su hija.

La sillería era de madera de limonero, tallada delicadamente con la tapicería lila claro ó color de amatista; la chimenea, de mármol blanco, con juego de reloj y con candelabros pequeños de bronce dorado, de gran precio y exquisito gusto; una lámpara de alabastro ardía aún, pendiente del techo de la alcoba por medio de tres gruesos cordones de seda lila y blanca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La perezosa niña llevaba aún en sus diminutas y ebúrneas orejas dos esmeraldas gruesas, guarnecidas de brillantes, que el sueño no le había permitido quitarse la noche anterior; aunque los polvos y el blanquete se habían quedado adheridos á la almohada, aun conservaban sus labios un carmín demasiado subido para ser natural; y sus ojos, guarnecidos de pestañas obscuras, conservaban también algunas rayas negras, que los hacían más grandes y más hermosos.

—¿No piensas levantarte hoy, indolente?—dijo la joven madre, inclinándose para besar á su hija.—¿Sabes la hora que es?

—Sí lo sé, mamá—contestó Adriana, echando un brazo al cuello de la viuda:—es la una y media, según me ha dicho Lucía.

—¿Y te vuelves á acostar?

—Tengo sueño todavía: me acosté á las tres.

—Hoy te acostarás más temprano.

—¿Hoy, mamá? ¿Pues no vamos al baile de la Marquesa de Paredes?

—Sí, pero nos vendremos á la una; vamos, vístete, que me canso de estar sola, y vamos á salir.

—¿A dónde?

—A tiendas.

Adriana se sentó en el lecho, y su camarera la echó un peinador de seda rayado de azul y blanco.

—¡Verdaderamente, mamá, que es enojoso el andar en tiendas!...—dijo la joven, metiendo sus

pequeños y blancos pies en unas pantuflas de raso azul.—¡Me fatiga ya el ver telas y encajes!... ¡Tenemos la casa llena!

—Se venderán—dijo la viuda;—es preciso: si no sacamos de casa lo usado ya, no va á caber lo nuevo. Lucía, que sirvan el almuerzo.

Un cuarto de hora después madre é hija estaban sentadas ante una mesa suntuosamente servida: el chocolate y el café humeaban en el centro; las terrinas de *foie-gras;* las fuentes alargadas de porcelana cubiertas de salmón, de jamón en dulce con huevos hilados; dos pollos asados y fríos, y multitud de pastas, frutas secas y conservas, cubrían el mantel adamascado, con las cifras de la señora de la casa bordadas en ambas cabeceras, de gran tamaño y en colores vivos.

Adriana comió poco; pero su madre, cuya distinción existía sólo en la superficie, dió muestras de un buen apetito, comiendo de todos los platos y bebiendo copiosamente de todos los vinos.

Adriana, con la mano en la mejilla, la miraba y guardaba silencio: su pensamiento, poco movible, se hallaba lejos de allí; acaso pensaba en Daniel, porque por fría que sea el alma de una joven, se lanza hacia el objeto de su primer amor con fuerza incomparable.

Cuando su madre se hubo servido la segunda taza de café, Adriana dijo suavemente:

—Mamá, yo quisiera quedarme en casa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Ni lo pienses!—contestó la hermosa viuda.—¡Si sigues con la vida que haces, hija mía, vas á ponerte monstruosamente gruesa!

Adriana enseñó sonriendo, y con un gesto encantador, su delgada muñeca, su mano un poco larga, que podía desaparecer dentro de cualquiera mano regular.

—Eso no quiere decir nada, hija de mi alma—observó Leocadia;—eres aún muy joven, eres una niña; pero no lo dudes: la grosura vendrá en breve si no haces una vida más activa.

Y separando su silla de la mesa, se levantó y fué á sentarse al lado de su hija.

—Escucha—le dijo,—y permite á tu madre que te hable con franqueza y verdad: á no ser por mí, estabas perdida, porque desgraciadamente no tienes absolutamente nada del sentido práctico de la vida: jamás serías nada por tí misma; abandonas la más poderosa, acaso la única arma que poseemos las mujeres, y ya es hora que aprendas á servirte de ella.

—¿Y cuál es esa arma, madre mía?—preguntó Adriana;—¿la que me has dicho otras veces?

—La misma.

—¿El saber agradar?

—Precisamente.

—¡A mi edad se agrada sin esfuerzo!—dijo la niña con una sonrisa mimosa, que enseñó treinta y dos perlitas aposentadas en su boca.

—No, hija mía, no: á todas las edades hay que

estudiar algo; además, deberías pensar un poco más de lo que lo haces en el porvenir.

—¡Ah, mamá! ¿Vas á hablarme de mi casamiento con el Duque?—exclamó Adriana con una especie de terror.

—¿Y por qué no? Te dobla la edad; pero tiene por junto treinta y cuatro años. Es feo y cargado de espaldas, pero es millonario; es violento y agresivo, pero te adora; es ignorante y casi estúpido, pero tiene palacio propio en las primeras capitales de Europa; ya ves que ni desconozco sus defectos, ni quiero ocultártelos. ¿Qué harás casándote con Daniel, mi pobre ángel? ¿Qué porvenir es el tuyo? ¿No sabes que tiene una madre *perfecta*, que es la mayor de las calamidades para una joven casada? ¿No sabes que Daniel dista mucho de ser rico? ¿Que el título de su padre ha pasado á su hermano mayor? ¿Que él es un segundón, con tres mil duros de renta? ¿Qué es eso para tí, acostumbrada á todos los goces que da el lujo y la opulencia?

—Mamá—contestó Adriana dulcemente,—¡yo amo á Daniel! ¡Sólo esto sé responderte! Espero á su lado la felicidad; y en cuanto á las privaciones, ¿no somos nosotras muy ricas?

—¡No, mi pobre Adriana—contestó la señora de Torres:—he gastado cuanto tu padre pudo salvar de sus desgracias y me dejó, y ya debo más de cinco mil duros! Es, pues, urgente que te cases, y yo volveré á Francia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Cómo! ¿Me abandonarás?

—¡Es forzoso!

—¿Qué harás en París? ¡porque supongo que es allí donde irás!

—¿Y dónde había de ir? Allí es donde únicamente podré hallar elementos de vida.

—¿Pero qué elementos?

—Aún no lo sé... veremos; lo esencial, lo primero para mí, es que te cases...

—Pues, mamá, entonces deja que me case con Daniel, porque con el Duque no lo haré jamás.

—¿Estás decidida?

—Completamente.

—Vamos, me tomo aún quince días para convencerte, y en ese tiempo lo pensarás mejor; ahora vístete, y saldremos á hacer algunas compras, pues necesitamos vestidos para ir siquiera por quince días al Norte: el estío va pasando, y es de pésimo gusto el no haberse movido de Madrid.

III

No es posible hallar bajo la bóveda del cielo dos criaturas más terribles que la viuda de Torres y su hija: la primera tenía todos los vicios y todos los caprichos; el ejemplo de un marido depravado la había ido pervirtiendo insensiblemente, y su naturaleza impresionable había tomado cuantas

formas había querido darle aquel esposo: el pudor del alma es una flor delicada que se aja con cualquier contacto, y que, una vez agostada, no revive jamás.

Al ver los fraudes, la mentira, la estafa, la trampa cercarles por todos lados, Leocadia había empezado por admirarse dolorosamente; hija de un padre lleno de probidad y de honradez, y que había ganado en el ejército el grado de coronel, se había quedado desde muy joven sin madre; pero su adolescencia había sido amparada por el amor de aquel anciano militar, que miraba en ella su tesoro, su delicia, su gloria en la tierra.

D. Francisco de Paula Torres vió á Leocadia en Lisboa, donde la llevó su padre en los últimos días de un estío, y se enamoró ciegamente de su beldad. Contaba ya el banquero cuarenta años; pero era de bella presencia y maneras elegantes; su casa tenía sólido crédito, y según se decía, contaba con grandes caudales en sus arcas.

Leocadia casó, pues, con el banquero, y dos años después su padre salió de este mundo, trasladándose al siguiente á París ambos esposos, donde fijaron su residencia.

Leocadia amaba á su esposo, y éste la adoraba; poco á poco le fué dejando conocer sus fraudes y los preparativos que hacía para huir con muchos millones.

—Todo es mentira menos el dinero—le decía este esposo modelo á su mujer:—con el dinero se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Cómo! ¿Me abandonarás?

—¡Es forzoso!

—¿Qué harás en París? ¡porque supongo que es allí donde irás!

—¿Y dónde había de ir? Allí es donde únicamente podré hallar elementos de vida.

—¿Pero qué elementos?

—Aún no lo sé... veremos; lo esencial, lo primero para mí, es que te cases...

—Pues, mamá, entonces deja que me case con Daniel, porque con el Duque no lo haré jamás.

—¿Estás decidida?

—Completamente.

—Vamos, me tomo aún quince días para convencerte, y en ese tiempo lo pensarás mejor; ahora vístete, y saldremos á hacer algunas compras, pues necesitamos vestidos para ir siquiera por quince días al Norte: el estío va pasando, y es de pésimo gusto el no haberse movido de Madrid.

III

No es posible hallar bajo la bóveda del cielo dos criaturas más terribles que la viuda de Torres y su hija: la primera tenía todos los vicios y todos los caprichos; el ejemplo de un marido depravado la había ido pervirtiendo insensiblemente, y su naturaleza impresionable había tomado cuantas

formas había querido darle aquel esposo: el pudor del alma es una flor delicada que se aja con cualquier contacto, y que, una vez agostada, no revive jamás.

Al ver los fraudes, la mentira, la estafa, la trampa cercarles por todos lados, Leocadia había empezado por admirarse dolorosamente; hija de un padre lleno de probidad y de honradez, y que había ganado en el ejército el grado de coronel, se había quedado desde muy joven sin madre; pero su adolescencia había sido amparada por el amor de aquel anciano militar, que miraba en ella su tesoro, su delicia, su gloria en la tierra.

D. Francisco de Paula Torres vió á Leocadia en Lisboa, donde la llevó su padre en los últimos días de un estío, y se enamoró ciegamente de su beldad. Contaba ya el banquero cuarenta años; pero era de bella presencia y maneras elegantes; su casa tenía sólido crédito, y según se decía, contaba con grandes caudales en sus arcas.

Leocadia casó, pues, con el banquero, y dos años después su padre salió de este mundo, trasladándose al siguiente á París ambos esposos, donde fijaron su residencia.

Leocadia amaba á su esposo, y éste la adoraba; poco á poco le fué dejando conocer sus fraudes y los preparativos que hacía para huir con muchos millones.

—Todo es mentira menos el dinero—le decía este esposo modelo á su mujer:—con el dinero se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alcanza todo, y, por tanto, no debe repararse gran cosa en los medios de obtenerlo; yo no digo que se robe ni se asesine; pero tomar algo de lo que sobra á los otros, no es un gran delito, y menos delito aún si uno lo necesita.

Estas terribles máximas iban unidas á un cuidado incansable de rodear á Leocadia de todos los refinamientos del lujo y de la molicie, para embotar su conciencia y aniquilar la energía con que hubiera podido oponerse á sus designios: así la débil, la flexible y algo viciosa naturaleza de Leocadia, llegó á hacer su ídolo del oro y del lujo su religión, y en estos principios colocó á su hija desde su más tierna edad, cuando, muerto su esposo en los Estados Unidos, quedó ella dueña de los grandes capitales que aquél había arrebatado á los que sé los habían confiado.

Pero la viuda del banquero no tenía el genio de los negocios, ni sabía hacer más que *agradar;* esto era lo que había dicho su marido, y esto es lo que ella, dotada de una naturaleza esencialmente artística y amante de lo bello, había aprendido con toda perfección.

Adriana no abrigaba la profunda corrupción de su madre ni su absoluta falta de creencias; era muy joven, y aunque su madre había procurado infiltrar en su alma el veneno del materialismo, áun había en ella ilusiones, y lo prueba el que prefería á Daniel Villar, sin ser rico, al opulento Duque millonario.

Adriana estaba dotada de una hermosura extrema y de un carácter verdaderamente seductor; había en ella más de ninfa que de mujer: la melodiosa dulzura de su acento asustaba algunas veces, pues se conocía que era un lazo y no una cualidad natural. Soberbia, vana, altanera, era una Minerva de orgullo, y se asemejaba á la más dulce y á la más joven de las Gracias, y estaba adornada con toda clase de defectos, que la hacían insoportable para cualquiera otra persona que no fuera su madre, que la amaba locamente.

Como esta madre funesta, Adriana era voluntariosa, embustera, coqueta, rencorosa y estaba llena de caprichos; su pereza era invencible, y nada sabía hacer, á no ser tocar en el piano con muy buen gusto algunas piececitas ligeras; y no porque su organismo fuese prosáico ó poco artístico: había en Adriana tal poesía natural y tal propensión á lo bello, que sus mismos defectos tomaban la forma de cualidades agradables.

El amor había iluminado aquella joven alma con su celeste luz. Daniel era pobre, pero ella no había pensado en que podía ser rico; no sabía lo que era, ni quién era, y, sin embargo, le amaba con toda su alma, y le parecía que vivía sólo desde que le había conocido.

En Vichy fué donde se habían visto por la primera vez, y en la mesa redonda del *Hôtel de France*, donde ambos se hospedaban. Daniel Villar había ido allí con su madre á pasar el mes de Agos-

to, y la viuda de Torres había ido también con su hija algunos días después.

Al sentarse un día á la mesa á la hora del almuerzo, la Condesa fué la primera que reparó en ellas.

—Mira qué dos mujeres tan lindas,—dijo á Daniel, que comía y no miraba á nadie.

Este alzó la vista, y sintió como un golpe en el corazón: sus ojos se habían encontrado con los azules de Adriana, que no tenían más defecto que el ser demasiadamente grandes.

—Son españolas—dijo á su madre,—y, en efecto, las encuentro encantadoras.

En los hoteles del extranjero los viajeros ocupan en la mesa los sitios que corresponden á la fecha de su llegada, y siendo los últimos que habían llegado las dos señoras, con dos días de diferencia de la Condesa y su hijo, se hallaban colocados muy cerca unos de otros. Por esta razón la conversación no tardó en entablarse, y se habló de España con entusiasmo, porque al ver la patria de lejos, siempre la vemos embellecida.

—Es tanto el amor que tengo á España—dijo la hermosa viuda,—que hubiera sido para mí una pena inconsolable el que mi hija naciese en el extranjero; felizmente, en un viaje que hice para ver á mi padre, nació en Madrid.

—Esta señorita parece más bien una adorable *miss* inglesa,—observó la Condesa.

—Tal vez en el exterior; pero si usted la tratase, señora, vería que se alberga en ella el gran corazón de una española y la ardiente imaginación de una italiana: se ha educado en París, pero ha tenido á su lado una aya española.

En tanto que las dos madres hablaban, Daniel miraba á la hija, cuyas blancas mejillas se habían cubierto del color de las rosas de Bengala: todo en ella enamoraba á Daniel, y, sobre todo, su aspecto dulce é inocente.

«La gracia modesta es la que más cautiva,» ha dicho un ilustre novelista francés. «Las mujeres lo olvidan con frecuencia; los hombres nos acordamos siempre.»

Tenía demasiado mundo la hermosa y astuta viuda para no saber esto: así, su aspecto y el de su hija eran irreprochables de decencia y de dignidad, y aunque el método de vida que hacían era el de dos personas millonarias, los trajes de Adriana eran tan sencillos como de exquisito gusto.

Cinco ó seis días antes de terminar Daniel y su madre su temporada en Vichy, salieron para París Leocadia y su hija. El joven quedó como sin luz: Adriana era la seducción misma bajo todas las formas halagüeñas que puede tomar, y él impresionable, apasionado y sujeto á una vida tranquila y desprovista de emociones.

Perdió el sueño y el apetito, é interrogado por su madre, le abrió su corazón.

—¿Y por qué te pones triste?—respondió la Con-

desa abrazándole.—Lo que yo deseo es tu dicha: si esa joven es digna de tí, y eso lo veremos en breve, cásate con ella.

—¡Ah, madre mía! Es muy rica, y su madre no me aceptará.

—Su madre la adora, y su riqueza puede ser menor de lo que suponemos; tú has acabado con brillantez tu carrera, y tienes algo con que contar.

—¡Es tan poco!

—Son cuarenta mil reales de renta.

—¿Y qué vale eso para Adriana? Su madre gasta doble en una joya, y lo gasta con bastante frecuencia.

—Hijo mío—repuso la Condesa,—si Adriana te ama, se contentará con lo que tengas; si le parece poco, es que no te quiere; ¿no te casarías tú con ella siendo pobre?

—¡Ojalá que lo fuera!

—¿Y por qué no exigirle lo que tú harías? Tranquilízate; nosotros volveremos á Madrid, y cuando ellas regresen de París, han quedado en avisarnos para ir á verlas.

—¿A tí, madre mía, no te gustan las condiciones de la señorita de Torres para esposa mía?

—Te confieso que no.

Una nube de tristeza cubrió el expresivo rostro de Daniel: tenía en tanto precio la opinión de su madre, y se había acostumbrado á contar tanto con ella, que era para él una pena cruel el que ésta no amase todo lo que él amaba.

—¿Qué es, pues, lo que en ella te desagrada?—preguntó con voz conmovida.

—¿Me pides mi opinión franca y leal?

—Te suplico que me la des.

—No te enfades entonces por lo que vas á oir.

—¿Tan duro es?

—Para quien ama, sí.

—Dílo, sin embargo.

—Sea, ya que lo quieres. En Adriana me desagrada todo para esposa tuya: su carácter, su educación y hasta su hermosura.

—¿Quisieras, pues, que me casara con una mujer fea? ¡Con mi prima, por ejemplo!

—Sólo á tí te parece fea Cristina, y es porque estás preocupado con la imagen de una belleza perfecta; esta belleza, sin embargo, es un gran mal para el matrimonio, hijo mío.

—¿Por qué?

—Porque agrada á todos, y es notable para todos los que la ven de vez en cuando; mas para el marido es del todo inútil, porque se acostumbra á ella; además, Adriana se ha educado y vivido tan adorada por su madre, que todo tu amor le parecerá frío y tibio, acostumbrada á las exageraciones de esa madre un poco cómica y mucho romántica.

—¡Oh, madre mía, esas pobres mujeres te son antipáticas!

—No, Daniel, no—respondió la Condesa:—si es verdad que no me son muy simpáticas, no lo es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menos el que no tengo hacia ellas ninguna prevención particular. Tu dicha es para mí tan cara, tan indispensable, que moriría si te viera infeliz; pero tranquilicémonos; pronto trataremos más de cerca á esas señoras, y si es preciso para tu ventura el que seas el esposo de Adriana, lo serás, y yo me resignaré á todas las dificultades, y hasta amaré sin esfuerzo á la que te haga dichoso.

IV

No disipó el trato con las señoras de Torres las inquietudes de la Condesa de Villar; desde que regresaron á Madrid de su expedición á París, á mediados de invierno, Daniel fué á visitarlas, y no había llegado el fin de la semana, cuando la viuda del banquero fué á visitar á la madre de Daniel.

Presentóse con el lujo de una princesa y toda vestida de terciopelo negro; su landó estaba forrado en raso azul, y el tronco de yeguas que lo conducía era digno de una emperatriz. Con el buen gusto supremo que la distinguía, había proscrito de su atavío todas las joyas, y llevaba solamente en las orejas dos brillantes que valían mil duros; jamás sombrero de terciopelo negro ha encuadrado semblante más seductor que el de la viuda del banquero, conjunto raro y encantador de languidez dulce, de gracia y de inteligencia.

La Condesa ofrecía con la viuda el más perfecto contraste: era una mujer digna, sencilla en sus modales y en su traje, y ajena á toda especie de coquetería, hasta á la permitida á la decadencia de la vida, la inteligencia de aquellas dos mujeres era grande; pero en cada una de las dos tenía carácter totalmente distinto. La Condesa era una hermana de la caridad moral; la viuda del banquero era una aventurera, una alegre hija del siglo, más peligrosa entonces que lo había sido en los días de su juventud; la primera era una criatura noble, santa; la segunda era demonio bajo la forma más culta y más bella.

Como sucede siempre, el demonio engañó al ángel, y la Condesa, si no prendada, quedó á lo menos admirada de aquella mujer tan inteligente y tan amable.

Sin embargo, una voz interior le gritaba que su hijo iba á ser desgraciado en aquellos amores, y más aún si se llegaba al matrimonio que él deseaba como la suma mayor de felicidad que pudiera obtener en este mundo; y asustada por sus propios temores, empezó á oponerse, lo que exasperó de tal modo el amor del joven, que en vez de aminorarse, llegó al último grado de exaltación.

El hermano mayor de Daniel era el que había heredado el título y bienes de Conde del Villar, con la obligación de dar alimentos ó pensión á la Condesa viuda y á su hermano menor. Daniel y el Conde eran sólo hermanos de padre, pues éste había estado casado antes con una señorita pertene-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciente á una opulenta familia de Galicia: así el actual Conde del Villar era muy rico, en tanto que su hermano Daniel y la madre de éste sólo poseían, aquél cuarenta mil reales de renta, y ésta veinte mil, ó sean tres mil duros entre los dos.

La Condesa no había podido amar de pronto al hijo que su marido llevaba ya al casarse con ella: es verdad que éste, que ya contaba diez y seis años, le manifestó desde el primer día el mayor despego y una animosidad á toda prueba. Educado en el centro de la Galicia, era un muchachón rudo, corpulento y casi bestial; nada sabía y nada quería aprender; la caza era su única ocupación, y lo mismo merendaba y bebía grandes vasos de vino con los criados de su padre, que cazaba conejos en el monte, y aun algún lobo que aparecía en los bosques, arrojado de su guarida por las inclemencias del invierno.

El Conde amaba á su hijo tal como era. No era él mucho más civilizado: hijo de un infanzón de Asturias, y descendiente de uno de los valerosos guerreros que acompañaron á D. Pelayo, el Conde tenía más de labriego que de cortesano, y mejor le hubiera estado la loriga que el gabán ó frac.

Y sin embargo, en un viaje que hizo á Madrid, vió á la señorita María de Guzmán, encantadora y delicada joven, hija de un benemérito general, y se enamoró perdidamente de ella, acaso por el contraste que ofrecía con su primera y robusta esposa y con su terrible hijo Marcelo.

María halló al Conde, si bien bastante rudo, honrado, leal, caballeroso; cansada de oir insípidos requiebros de los jóvenes que la rodeaban, sintió que poco á poco la unía al Conde un afecto serio y profundo y una gran simpatía.

—Señorita—le dijo éste en presencia de su padre,—yo soy muy basto y muy ordinario, lo sé: así eran mi padre y mi abuelo y todos mis ilustres antepasados; venimos en línea recta de aquellos labriegos que restablecieron los restos de la Monarquía goda en Covadonga, y ninguno hemos sido hijos de aquellas selvas vírgenes. Pero tal como soy, sé querer, más que el mozalbete más culto y almibarado. Usted me educará, y yo la adoraré; viviremos en Madrid en tanto que Dios tenga al General en el mundo, excepto los veranos, que nos iremos todos á mi viejo castillo, que parece un nido de águilas. Tengo un hijo de mi primer matrimonio; es rudo como yo y como su madre, que tampoco era muy fina; pero en nada la incomodará á usted. Él hará su gusto, y cuando sea hombre, tiene sus rentas y dispondrá de ellas; hay bienes bastantes para que en nada la moleste á usted: con que casémonos lo antes posible, porque la vida es corta, y con la dicha no se puede jugar ni se debe desdeñar.

Dos meses después de estas declaraciones, María de Guzmán era la Condesa del Villar. Su delicada figura, que sin ser muy bella era seductora y atrayente por demás; la delicadeza de sus ma-

neras, su elegancia y su noble carácter, encantaron á su esposo, que aunque rudo en la apariencia, tenía un gran fondo de sensibilidad y un bello corazón.

Pero Marcelo halló tan antipática á la nueva esposa de su padre, que no la podía sufrir; la verdad es que cada acto de la Condesa era una muda acusación de la rusticidad del joven Nemrod. María era delicada, elegante, distinguida, y estas bellas cualidades de carácter y de educación habían parecido tan seductoras á los ojos de su marido, que creía renacer á una nueva vida; la adoraba cada día con más verdad, y se educaba insensiblemente al lado suyo, porque es incalculable para los espectadores indiferentes y fríos el ascendiente que ejerce una mujer distinguida en las costumbres en los pensamientos, en el modo de ser completo del hombre con quien vive.

María de Guzmán era, en efecto, una criatura maravillosa, una mujer perfecta, que ejercía ese ascendiente irresistible de los escasos seres que en la tierra se le parecen; su alma, amante y enamorada de todo lo bueno, poseía una elevación y una firmeza para cumplir con su deber que nada podía quebrantar; como consecuencia de estas nobilísimas cualidades, y quizá á causa de ellas mismas, su carácter, dulce hasta el extremo, era bondadoso, pero no débil; esta última condición le sirvió de invulnerable escudo contra las agresiones de Marcelo, que, brutal y descortés, procuraba

mortificar y herir á la esposa de su padre por todos los medios que estaban en su mano.

El Conde hubiera castigado severamente las demasías de su hijo si las hubiera sabido; pero la Condesa, á la vez que se las ocultaba cuidadosamente, las reprimía con la sola fuerza de su dignidad ó de su desprecio, y cuando no, las soportaba con silencioso desdén.

Muchas veces se hallaban de frente en el jardín ó en una galería: entonces Marcelo se ponía á silbar, y pasaba por delante de la Condesa sin saludar y con el sombrero puesto. María proseguía su camino, saludaba cortesmente con una sonrisa de lástima, y pasaba.

A sus duras respuestas, á sus faltas de atención en la mesa, María oponía la moderación y la indiferencia; y en cambio, cuando veía á Marcelo amenazado por la cólera paternal, calmaba al Conde, le hacía ver la extrema juventud de su hijo, y conseguía que le perdonase, porque era padre al fin y le amaba tiernamente.

La Condesa tenía también un poderoso apoyo en el amor de su padre: el General la veía sufrir algunas veces; pero conociendo el temple de alma de su hija, presumía, y con razón, que vencería todos los obstáculos; sabía que María contaba con la mayor de las ventajas, con el amor, con la estimación, con la admiración de su marido, que ya no hubiera podido vivir sin ella.

—Ten calma, hija mía—le decía el bondado-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
34485

sísimo anciano;—ten paciencia, que tú vencerás.

El anuncio de estar en cinta la Condesa llenó de alegría á su marido y á su padre, y de enojo á Marcelo; pero éste pensó que el recién llegado al mundo no podría quitarle nada, y que él era de derecho el heredero de su padre, salvo una pensión de alimentos, que él reduciría todo lo posible, y recibió al hermano á quien llevaba diez y siete años con indiferencia completa.

Mas cuando Daniel vino á la vida, ya el corazón del heredero se había ablandado algún tanto al dulce influjo de la dicha doméstica, al dulce contacto de lo bello y lo bueno. Su padre, que lo amaba siempre, y lo amaba mejor desde que había vuelto á casarse; su madrastra, hermosa joven casi de su edad, imagen de la virtud más suave y más pura; el General, veterano lleno de gloriosas heridas, intransigente en materias de honor; todos sus criados, respetuosos y agradecidos; todos sus colonos, dichosos y tranquilos por la munificencia y la caridad de los dos ancianos y de la joven Condesa; la cultura, la distinción, la elegancia que ésta esparcía en torno suyo; los buenos libros, que como al descuido dejaba María sobre las mesas, y que Marcelo leía, al principio para matar el tedio, después por afición y luego por placer; todos estos distintos y bienhechores elementos labraron la dura índole de Marcelo, descuidada antes por su padre, que era tan ignorante como él mismo de las dichas de la vida y del

manantial de ventura y bienestar que Dios ha puesto en el alma de cada uno de sus hijos.

María sabía perfectamente la música, y cantaba con gusto y sentimiento exquisitos; como Orfeo á las fieras, así encantaba ella con sus melodías favoritas los oídos de Marcelo, sólo abiertos al ruido del torrente cercano y al rumor triste de las hojas de los árboles; la ruda corteza en que el alma del adolescente se hallaba envuelta fué cayendo, y quedó bella, radiosa y propicia á recibir todas las impresiones nobles y dulces que hacen al hombre bueno y amado.

Una noche en que María, sentada al piano, cantaba el *Aria di Chiesa*, de Stradella, se levantó al terminar, y vió á Marcelo sentado en un canapé y con el pañuelo en los ojos.

—¿Qué tienes?—preguntó la joven separando la mano de aquél.

Mas al caer la mano sobre la rodilla, vió deslizarse dos lágrimas por las mejillas de Marcelo.

María se sentó al lado suyo, tomó el pañuelo que aún tenía aquél asido, estrechó la mano, y con el pañuelo secó las lágrimas del pobre salvaje, que nacía á la vida del corazón y de la inteligencia.

—¿Quieres que te enseñe yo la música, Marcelo?—le preguntó dulcemente.—Tú serás un gran artista.

—¡Señora, antes de todo, permítame usted que le repita las palabras que su divino acento pronuncia ahora mismo en esa sublime melodía.—¡Pie-

dad, piedad de mí!—murmuró el joven con voz alterada por una emoción profunda.

—Advierte, amigo mío, que la melodía de Stradella se dirige á Dios, y dice:—*¡Pietà, pietà, Signor!*

—Yo quiero que la tenga usted de mí.

—¿Necesitas tú de mi piedad? ¿Para qué?

—¡Para que me perdone!

—¿Y qué has hecho contra mí?

—¡La aborrecía!

—¿Y ahora?

—Ahora la admiro á usted y la amo...

—Como á una madre, ¿verdad?—interrumpió la Condesa con dignidad y dulzura.

Marcelo no contestó más que con un silencio que tenía mucho de extraño; la Condesa, en cuyos grandes ojos se pintó una expresión de terror, prosiguió:

—Quiéreme como á tu madre, Marcelo, y así seremos dichosos los dos.

—Señora—repuso el joven con tristeza,—yo no puedo amar á usted como á mi madre, porque usted es joven y bella.

—Entonces ámame como á tu hermana.

—¡No puede ser!

—¿Cómo me quieres entonces?—preguntó la Condesa, cuya sonrisa era alegre, pero cuyo corazón estaba traspasado de dolor.

—¡Como á lo más hermoso y sublime que conozco!

A la mañana siguiente, y no bien se levantó, el Conde hizo llamar á su hijo; le mandó sentar á su lado, tomó una de sus manos, y le dijo:

—¿Es verdad, Marcelo, que deseas viajar?

—¿Yo, padre?—repuso sorprendido el joven.

—María me ha dicho que le habías manifestado deseo de visitar Francia, Alemania é Inglaterra. Si ese es tu gusto, hijo mío, cúmplelo: irás con un preceptor, con un amigo más bien, que te acompañe y te guíe á la vez, y llevarás cartas de crédito para los mejores banqueros; un año de viajes te educará y compensará el descuido en que te he dejado, y de que hoy me acuso con dolor.

Marcelo se inclinó con una respetuosa cortesía que su padre no le había conocido jamás.

—Saldrás dentro de dos días—dijo el Conde, —y da las gracias, por lo mucho bueno que vas á ver, á María.

Marcelo, al salir del cuarto de su padre, se fue al suyo, y allí lloró largo rato, y sollozó desesperadamente, ocultando el semblante entre las manos.

Al entrar en el salón, halló en él á María, que bordaba tranquilamente sentada al lado de una ventana; á pesar de su actitud reposada, la joven estaba mortalmente pálida, y el círculo obscuro que rodeaba sus ojos decía que no había probado el descanso del sueño.

—¿Qué ha hecho usted?—exclamó dolorosamente Marcelo acercándose á ella.

—¡Salvarte!—contestó María con una mirada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luminosa y llena de entereza;—¡salvar tu honor, tu conciencia, tu vida! ¡Vete de aquí, niño desgraciado, y vuelve hombre digno de tu padre, digno de mí, digno de tí mismo!

—¡Pero yo la amo!... ¡yo la...!

María abrió con ímpetu la ventana; puso en el antepecho, que era bajo, un pie, y subió con un movimiento rápido y casi desesperado: allí se volvió, y fijando en Marcelo los ojos, en los que brillaba una decisión terrible, le dijo en voz baja:

—¡Si dices una palabra más, si das forma á un pensamiento que es una injuria mortal á mi honor y al de tu padre, me arrojo al parque desde aquí!

Marcelo juntó las manos en silencio, y dió dos pasos para salir; después se volvió, y dijo con los ojos y la voz llenos de lágrimas:

—¡Adiós, hermana, amiga mía, adiós! ¡Vive dichosa, sé como hasta hoy la fiel guardadora del honor de mi padre; yo volveré curado... ó no volveré jamás!

Y abriendo la puerta se precipitó fuera del salón, donde María lloraba aún una hora después.

V

Daniel llenó desde su inocente cuna el vacío que dejó en la casa la ausencia de su hermano.

Marcelo, aun sin merecerlo hasta entonces, era

amado de todos; hay en la juventud una plenitud de vida que parece da fuerzas y belleza á cuanto la rodea, y hay á la vez en ella tanto de bello y de simpático, que se hace amar sin ningún esfuerzo de su parte.

Como si el cielo hubiera destinado al hijo de María todas las adoraciones de la familia, no tuvo hermano alguno; y así, el Conde, como su esposa y como el padre de ésta, concentraron en aquella criatura todo el amor de sus corazones.

Daniel era hermoso é inteligente desde que empezó á despuntar la clara luz de su razón: por el contrario que su hermano, tenía una distinción nativa y exquisita, porque los hijos heredan en el seno de sus madres las cualidades de éstas, que les transmiten con su propia vida en tanto los guardan en su seno.

Marcelo escribía de vez en cuando y daba cuenta á su padre de sus estudios y de sus distracciones: mencionaba todo lo notable de los países que visitaba; pero se advertía que había recaído en su rudeza y en su misantropía. Lejos de la mujer inteligente y dulce que había alumbrado durante un breve espacio su camino, la obscuridad le rodeaba de nuevo, y su preceptor, que era un hombre joven aún, ilustrado, y más que preceptor amigo suyo, se lo decía también á su padre. Pero el Conde jamás sospechó ni adivinó la profunda pasión que Marcelo había concebido por su segunda esposa; y cuando después de dos años de ausencia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luminosa y llena de entereza;—¡salvar tu honor, tu conciencia, tu vida! ¡Vete de aquí, niño desgraciado, y vuelve hombre digno de tu padre, digno de mí, digno de tí mismo!

—¡Pero yo la amo!... ¡yo la...!

María abrió con ímpetu la ventana; puso en el antepecho, que era bajo, un pie, y subió con un movimiento rápido y casi desesperado: allí se volvió, y fijando en Marcelo los ojos, en los que brillaba una decisión terrible, le dijo en voz baja:

—¡Si dices una palabra más, si das forma á un pensamiento que es una injuria mortal á mi honor y al de tu padre, me arrojo al parque desde aquí!

Marcelo juntó las manos en silencio, y dió dos pasos para salir; después se volvió, y dijo con los ojos y la voz llenos de lágrimas:

—¡Adiós, hermana, amiga mía, adiós! ¡Vive dichosa, sé como hasta hoy la fiel guardadora del honor de mi padre; yo volveré curado... ó no volveré jamás!

Y abriendo la puerta se precipitó fuera del salón, donde María lloraba aún una hora después.

V

Daniel llenó desde su inocente cuna el vacío que dejó en la casa la ausencia de su hermano.

Marcelo, aun sin merecerlo hasta entonces, era

amado de todos; hay en la juventud una plenitud de vida que parece da fuerzas y belleza á cuanto la rodea, y hay á la vez en ella tanto de bello y de simpático, que se hace amar sin ningún esfuerzo de su parte.

Como si el cielo hubiera destinado al hijo de María todas las adoraciones de la familia, no tuvo hermano alguno; y así, el Conde, como su esposa y como el padre de ésta, concentraron en aquella criatura todo el amor de sus corazones.

Daniel era hermoso é inteligente desde que empezó á despuntar la clara luz de su razón: por el contrario que su hermano, tenía una distinción nativa y exquisita, porque los hijos heredan en el seno de sus madres las cualidades de éstas, que les transmiten con su propia vida en tanto los guardan en su seno.

Marcelo escribía de vez en cuando y daba cuenta á su padre de sus estudios y de sus distracciones: mencionaba todo lo notable de los países que visitaba; pero se advertía que había recaído en su rudeza y en su misantropía. Lejos de la mujer inteligente y dulce que había alumbrado durante un breve espacio su camino, la obscuridad le rodeaba de nuevo, y su preceptor, que era un hombre joven aún, ilustrado, y más que preceptor amigo suyo, se lo decía también á su padre. Pero el Conde jamás sospechó ni adivinó la profunda pasión que Marcelo había concebido por su segunda esposa; y cuando después de dos años de ausencia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

volvió el joven al techo paternal, nada le dijo su extrema palidez al estrechar la blanca mano de la Condesa.

Ésta pretextó un viaje á la capital para hacer algunas compras, y en tanto estaba ausente escribió á su marido una carta, de la que citaremos un solo párrafo:

«Me parece, amigo mío, que Marcelo merece algún cuidado de tu parte; su misantropía puede crecer y hasta alterar con manías su razón; en tu lugar, me lo llevaría á Madrid y trataría de casarle; su casa, su familia le ocuparán y obrarán en él una reacción saludable; ésta es además tu obligación, amigo mío. Tu primogénito, el heredero de tu nombre, el futuro representante de tu casa, merece que te intereses por su dicha, porque es noble y bueno, aunque por su carácter sea desgraciado. Tú, su padre, y yo, la esposa de su padre, debemos hacerle la vida todo lo dulce posible en esta tierra de dolor, no sólo por amor á él, sino también por interés propio, puesto que acaso será algún día el amparo de nuestro hijo.

Prepara tu viaje á Madrid para cuando yo vaya, é instálate con él con el lujo y comodidad que vuestra clase y riquezas exigen. Mientras tu ausencia, yo haré tus veces en la casa lo menos mal que me sea posible, y en estando iniciado el asunto de la boda de Marcelo, yo iré á Madrid, si quieres, para ayudarte en todos los pormenores.»

El Conde adoptó en seguida el plan de su esposa; halló que la suma sabiduría inspiraba á su pluma; habló á su hijo de un viaje á Madrid, y el mismo día de llegar la Condesa de su viaje de compras, salieron padre é hijo para la corte de España.

El Conde adoraba á su hijo: tomó para los dos todo el primer piso del *Hotel de los Príncipes*, y añadió á los dos criados antiguos que los habían acompañado, dos ayudas de cámara inteligentes para su más inmediato servicio. Dió á Marcelo un cupé con un soberbio caballo; otro magnífico caballo de silla; tomó abono para ambos en el teatro Real y en otros dos teatros, y mandó llamar al sastre, al camisero y al guantero más afamados.

El Marqués de Brenes, paisano del Conde del Villar, y amigo de la infancia, sirvió de introductor al padre y al hijo: era un anciano simpático y alegre, perfectamente cortesano, y muy bien avenido con las dulzuras de una existencia cómoda y opulenta.

Pronto pudo Marcelo pasear por todos los salones del gran mundo su tristeza y su tedio: pocos días después de su llegada, asistían á un gran baile en casa de un título de Castilla, y el Marqués de Brenes dijo al Conde del Villar señalando á Marcelo:

—Mira á tu hijo apoyado en aquella puerta: está mucho más grave que nosotros.

—¡Lo que está es mucho más triste!—repuso el Conde con un suspiro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Por qué?

—Lo ignoro: creo que es su carácter lo que le tiene abatido y melancólico.

—Cásale.

—Eso haré en cuanto pueda.

—¿Sabe ya tus intenciones?

—A lo menos las sospecha.

—¿Y no se opone?

—No: tanto como antes era indómito y rebelde, es ahora dócil y sumiso; hará cuanto le aconseje; por mi parte, así que conozca alguna joven que le convenga, se la propondré para esposa; acaso le entristece mi matrimonio y la soledad moral en que á su parecer le ha dejado.

El Marqués, que era más sagaz que su amigo, guardó silencio y pareció reflexionar.

—¿Tiene Marcelo á tu esposa la aversión que es uso y costumbre profesen á sus madrastras los hijos de un primer enlace?

—No: al contrario, la respeta y la admira.

—¿Y ella?

—Le quiere tiernamente; le ha educado, por decirlo así, y cuida de su presente y de su porvenir: por consejo de mi mujer envié á Marcelo á viajar, y por consejo suyo trato de casarle ahora.

—¡Tienes una mujer buena, una digna compañera!—murmuró el Marqués.—Sí, debes casar á tu hijo.

—No deseo otra cosa.

—Mañana llega mi hija de una posesión campestre, donde ha pasado ocho días con una familia amiga: se verán, y si se convienen y se aman, será negocio hecho al instante.

—¿Qué edad tiene tu hija?

—Diez y siete años.

—Y Marcelo cerca de veintiuno.

—Luisa es bonita, buena, rica...

—Eso es lo que menos importa.

—Al contrario: nuestro siglo necesita mucho dinero, y ya no se vive con tan poco como cuando tú y yo éramos jóvenes.

—Es que Marcelo es rico también.

—Tanto mejor.

Dos días después, el Conde del Villar y su hijo estaban invitados á comer en casa del Marqués de Brenes: al entrar en el salón se sorprendieron de hallar una linda joven sentada al lado de la chimenea.

—Mi hija Luisa,—dijo el Marqués levantándose y presentándola á sus amigos.

Luisa era rubia como Eva: en sus ojos septentrionales había una profundidad extraña, dulcificada por el límpido azul de sus grandes pupilas; lo que sobresalía en ella era una distinción exquisita y una gracia inimitable, porque nacía de una gran inteligencia; hacía dos años que había perdido á su madre, y la acompañaba un aya inglesa de noble carácter y vasta instrucción.

Aquel día la comida era de familia; los dos jóvenes fueron colocados juntos por el Marqués, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

éste les dijo dándoles un golpecito en la espalda á cada uno:

—Amaos como dos hermanos.

Luisa trató de distraer á su nuevo amigo, y estuvo muy amable con él. Para Marcelo, que no había tratado mujeres, era una cosa nueva y deliciosa la conversación de aquella linda joven, que vagaba de un asunto á otro de conversación con indecible gracia y viveza: la esposa de su padre había sido para él el ideal de la belleza. Pero Luisa de Brenes era por lo menos tan bonita como la Condesa; y además, la impresión que esta joven producía en su alma era tan dulce como la que le causaba María era penosa. Porque María era la esposa de su padre, y la simpatía que hacia ella le llevaba era para el recto corazón de Marcelo una tortura horrible.

¡Luisa de Brenes era libre, era bonita, buena, adorable, y podía ser suya espontánea, libre, noblemente! ¡Luisa sería para su vida una dulce compañera! ¡Con Luisa viviría lejos de todo lo que le recordara aquel fatal amor, que le había acompañado durante dos años!

Un mes después de la llegada á Madrid del Conde y de su hijo, llegó la Condesa con Daniel para ayudar á su marido en los preparativos del matrimonio, poner la casa de los novios y comprar las galas nupciales de Luisa, que no teniendo madre, necesitaba su ayuda.

El corazón de Marcelo, ocupado completamente con el amor de su linda prometida, estaba curado por completo de sus antiguas heridas; su afecto por María había cambiado completamente de carácter, y se había transformado en un cariño fraternal: nadie como él reconocía y admiraba las bellas cualidades de la esposa de su padre, y como el ideal de la dicha, se limitaba á desear que Luisa se le pareciese.

Luisa se le parecía, en efecto: más joven y más hermosa que la Condesa, jamás un hombre próximo á contraer el lazo que une toda la vida, podía haber deseado tan dulce compañera. Los preparativos de la boda terminados, tuvo ésta lugar; los esposos quedaron instalados, y el Conde y la Condesa se volvieron á sus dominios de Asturias con su pequeño Daniel, seguros de que los recién casados serían dichosos.

Marcelo y Luisa tuvieron al año de casados una bella niña, á la que pusieron el nombre de Cristina, y luego varios hijos más, que murieron todos, quedando sólo la primogénita, la que fué por lo mismo la que heredó de sus hermanos todo el amor de sus padres.

Diez y seis años contaba ya Daniel, cuando sus padres, dejando su pequeño y apacible reino, donde se les amaba como á soberanos muy queridos, llegaron á establecerse á Madrid: el Conde quería que su hijo siguiese y terminase su carrera con brillantez, y la Condesa, siempre de acuerdo con su marido, deseaba lo mismo. Cuando llegaron se

hallaba ya enferma Luisa, la esposa de Marcelo, y pocos días después, en los primeros días del otoño, cuando las hojas caen de los árboles con triste rumor, Luisa cayó también en el sepulcro, aún joven, bella, adorada de su esposo y de su hija. Era una flor delicada, á la que había tronchado el huracán del dolor ocasionado por la muerte de sus hijos: cuatro había despedido para el cielo; su alma tenía sed de su vista, y voló á buscarlos.

A la muerte de su madre, contaba Cristina doce años; su padre había vuelto á caer en la hipocondría, á que era tan propenso en su juventud, y la pobre niña se refugió en el amor de su abuelo y en la esposa de éste, que la quería con ternura.

Daniel y Cristina se unieron pronto, con una tierna simpatía, con un afecto dulce y tranquilo; y Marcelo, después de salir durante un año á recorrer la Italia, dejando á su hija con su padre, volvió, si no curado, consolado al menos de su profunda pena.

Cristina pasaba la vida, ó al lado de su abuelo materno el Marqués de Brenes, ó al lado de los Condes del Villar.

Sin embargo del trato continuo con Cristina, Daniel la quería sólo como á una hermana: rara vez la mujer buena tiene para el hombre que lo es también, esas atracciones misteriosas, ese encanto invencible que rebosa en las mujeres de alma fría y de imaginación viva. Cristina tenía un gran corazón; pero su exterior era tranquilo y reposado: era un sér inocente poco cuidadoso de agradar, pero que sabía amar con todas las fuerzas de su alma.

Así quería ella á Daniel: no había conocido otro hombre, y él resumía para ella todas las perfecciones del mundo; por agradarle estudiaba y adornaba su entendimiento con toda clase de conocimientos: había aprendido perfectamente la música, pintaba con gran talento paisajes y efectos de la Naturaleza, y hablaba como su propio idioma el francés, el inglés y el italiano.

La desgracia había dado solidez al entendimiento de Cristina; el dolor, ese gran maestro, le había enseñado algunos de los secretos de la vida, y aunque muy joven, había ya en sus facciones una dulce gravedad que inspiraba la confianza y atraía el afecto.

Por una de esas intuiciones de los grandes talentos, Cristina había comprendido que Daniel no la amaba, que no la amaría nunca con una pasión igual á la que ella le profesaba; pero se contentaba con quererle, con pensar en él á todas horas, con dedicarle todos sus pequeños triunfos de artista en el fondo de su alma.

¿Acaso el sol nos dice que nos ama? En silencio nos alegra y nos anima con su benéfica influencia, sin que nada nos exija, y nosotros le adoramos porque es nuestra alegría y nos hace olvidar todas las penas de la vida.

Daniel era el sol del alma de Cristina; pero

si en tanto fueron ambos niños y adolescentes, había en el alma de la joven más ternura y alegría que dolor y sombras, poco á poco fué llegando una sombría resignación; y al saber que se hallaba ciegamente enamorado de la hija de la viuda del banquero Torres, un sentimiento amargo, el de los celos, el del amor propio herido, penetró en su alma como la hoja de un puñal.

Trató de ver á Adriana, y lo consiguió: la encontró bonita, hechicera, encantadora, y su corazón se llenó de olas más amargas y de un dolor agudo que jamás había conocido.

Cristina tuvo que añadir un nuevo dolor á todos sus dolores pasados y presentes: su abuelo paterno, el Conde del Villar, murió; el anciano caballero la amaba, no sólo por ser hija de su primogénito, sino también por sus raras cualidades de espíritu y de corazón. Cristina quedó bajo la tutela y en la compañía de su padre melancólico y severo, atormentada por un amor sin esperanza, con el alma dolorida, amargada, sin objeto en su vida, sin norte á donde dirigirse.

Sin embargo, le quedaba un guía, un ejemplo, una amiga llena de verdad, de ternura y de abnegación.

La Condesa viuda del Villar, la madre de Daniel, la madrastra de su padre, atesoraba todas las virtudes suaves y silenciosas que hacen amable y amada la mujer. En tanto que vivió la madre de Cristina, nada la obligaba á amparar y consolar á la joven, que poseía en su madre la más dulce, la más eficaz de las protecciones; pero durmiendo ya Luisa en su tumba, y muerto también el abuelo de la joven, al lado ésta de un padre de tan fatales condiciones de carácter como Marcelo, María de Guzmán se creyó en el deber de velar por aquella pobre joven, de hacerla la vida dulce, de unirla, en fin, á su hijo, á quien ella amaba con todo su corazón, pues era su primera y única afección.

Marcelo heredó á la muerte de su padre el título de Conde del Villar; su carácter, agriado por el dolor de la muerte de su esposa, por el dolor de no haber tenido un hijo varón que perpetuase el nombre de la familia, se había hecho susceptible y propenso al enojo hasta un extremo increíble; cuando se apercibió de que Daniel, su joven hermano, desairaba el tierno afecto que su hija, su adorada Cristina, le profesaba, su cólera no conoció límites; y al heredar el título de Conde del Villar, señaló á su madrastra y á Daniel los alimentos menores que le fueron posible, quedándose él con los inmensos bienes de la casa.

La Condesa viuda guardó un silencio lleno de dignidad: nunca había ambicionado las riquezas, y sabía bien que éstas no dan la felicidad; sincera y profundamente piadosa, su mundo en la tierra era su hijo; su esperanza eterna eran la de la bondad y justicia de ese Dios, todo amor y misericordia, que lee en el alma de sus hijos.

Un dolor agudo la vino á sorprender: la ciega pasión de Daniel por la bella hija de la viuda de Torres; sin saber por qué, aquellas dos mujeres la inspiraban un temor vago, aunque irrazonado; y á la vista de la madre, sobre todo, sentía un malestar, que se había ido acentuando y creciendo cada día.

No era esto decir que tuviese empeño en que Daniel se casara con Cristina: sabía demasiado bien la Condesa que en el corazón no se manda violentamente, y durante mucho tiempo había latido el suyo por Marcelo, por el hijo de su esposo, por el padre de Cristina; pero si bien no quería violentar á Daniel, le aterraba la idea de verlo casado con Adriana Torres, la joven de moda que asombraba á Madrid con su lujo y con una esplendidez cuyo origen se sospechaba era una gran riqueza, sin que nadie pudiera afirmar fuese esto una verdad.

Tal era la situación respectiva de los personajes de esta historia. Daniel, terminada con gran brillantez su carrera de abogado, vivía con su madre en el lindo hotel donde les hemos visto por la vez primera, y empezaba á trabajar algo en su bufete, teniendo ya encargados algunos negocios de importancia; y su madre se inquietaba sólo en el orden moral del porvenir de aquel hijo tan amado, de quien era, á la vez que amante madre, indulgente amiga.

VI

Ya habían pasado cinco de los seis meses acordados entre la Condesa y su hijo antes del casamiento de éste con Adriana Torres.

En la apariencia, todos los espíritus se hallaban en calma; pero en realidad, un arduo trabajo interior tenía lugar en el alma de cada uno de los personajes que nos ocupan.

Adriana, amaestrada por los consejos de su madre, que habían ido extinguiendo poco á poco toda la generosidad de su amor, que habían ido sustituyendo la frialdad del cálculo al calor de la pasión, estaba segura de hallar un esposo tal como ella lo deseaba, joven, gallardo, y, sobre todo, perteneciente á la más alta sociedad.

Poco importaba á la joven que Daniel fuese más ó menos rico: ¿no tenía ella muchos millones? Sí: aunque su madre lo negase, ella era opulenta, como hija única de un riquísimo banquero; su madre hablaba de una ruina probable para inclinarla á que se casase con el viejo Duque millonario. ¡Tal costumbre tenía de verla mentir *graciosamente*, que ya no creía nada de lo que decía aquella amable madre, tan coqueta, tan alegre, tan distinguida! ¡aquella maestra incomparable del buen tono y la elegancia!

Esta madre sin igual tenía también el ánimo en

extremo preocupado con una sorpresa muy importante: el tétrico, el adusto, el casi maniático Conde del Villar, el hermano mayor de Daniel, era el más acérrimo enemigo de la idea de la boda y de las dos mujeres, las *dos aventureras*, como él en su encono llamaba á la madre y á la hija. Y la viuda sabía que si la Condesa, llevada por su amor de madre, consentía en el casamiento, la rigidez inflexible del Conde no cedería ante nada, herido como estaba en su vanidad de padre, y viendo á Cristina desdeñada por su primo por las malas artes de la madre y de la hija.

¿Cómo conquistar á este hombre terrible?

Este era el problema que Leocadia trataba de resolver, sin alcanzar la manera.

La influencia del Conde con la Condesa viuda era grande; María recordaba que había merecido el primer amor de Marcelo; éste recordaba también cuánto la había amado, y con qué rara fortaleza de alma la esposa de su padre le había curado de su pasión insensata, y le había librado de ser un mal hijo.

Además, el Conde y su joven hermano Daniel se amaban; había de una parte un respeto casi filial, y de otra un amor casi paterno, porque el Conde tenía diez y ocho años más que su joven hermano.

Oponiéndose el Conde á la boda de su hermano, éste podía esperar poco de la munificencia de aquel.

En una fría noche de Diciembre, la hermosa

viuda se hallaba sola en su elegante *budoir*, todo caldeado por un abundante y alegre fuego que ardía en la chimenea de mármol tallado, espléndidamente iluminado con bujías de rosada esperma puestas en candelabros de plata, y perfumado con esencia de lirio y verbena.

Adriana dormitaba en una ancha butaca de raso color de oro.

Su madre, recostada en otra igual, miraba las caprichosas espirales de la llama, y tenía impresa en el semblante una expresión dura é irritada que contrastaba con su dulzura habitual, máscara engañosa que nunca dejaba.

De repente sonó la campanilla; eran cerca de las diez de la noche.

Leocadia aplicó el oído; no esperaba á nadie aquella noche, porque su deseo de conservar su sitio en el mundo, le imponía una reserva á la que nunca faltaba.

El lacayo de la antesala, correctamente vestido de negro, alzó la cortina de seda de la puerta que daba al salón, y anunció:

—La señora Baronesa de la Calzada.

Tras el anuncio entró en el gabinete una dama elegantemente vestida, con sencillez aparente, pero en realidad con verdadera y reflexionada coquetería.

Llevaba un traje de riquísima faya negra; esta tela mate era de gran consistencia y estaba guarnecida de encajes de gran precio, negros también;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

encajes blancos formaban como olas de espuma al derredor de su rostro, prolija y delicadamente pintado de blanco, rosa y negro al derredor de los ojos; el pincel del tocador había dibujado hasta las venas azules de la epidermis en las sienes y en el cuello.

La Baronesa de la Calzada contaba por lo menos quince años más que la señora de Torres, es decir, que estaba muy cerca de los cincuenta; y sin embargo, por uno de esos milagros que hace la química de los tocadores femeninos, aún parecía hermosa; en derredor de sus ojos azules no había arrugas, gracias á uno de esos cosméticos que estiran la piel; y las pestañas, que debían haber sido siempre muy rubias, se hallaban teñidas de negro, con lo cual los ojos, de azul claro, parecían mucho más hermosos de lo que lo habrían sido en los días más florecidos de su juventud.

Dos cejas negras, que parecían dibujadas con tinta china, cortaban su frente, pequeña, tersa, blanca como el marfil y guarnecida de buclecillos ligeros, del castaño más armonioso; sus mejillas ostentaban el matiz fresco y aterciopelado de una rosa blanca; sus labios, el color del coral rosa; sus dientes, que habían costado seis mil reales, eran de nácar; su cabellera, que estaba prendida con descuido en grandes ondas, en la parte superior de la cabeza, parecía abundante y sedosa; en una palabra, la Baronesa podía pasar por una

mujer seductora y que apenas llegaba á veintinueve ó treinta años.

Pero para un observador atento, ¡qué mentida y hasta qué triste era aquella juventud artificial! ¡Cómo era diferente su expresión de la juventud verdadera é inocente! ¡Qué rápidas contracciones, qué amargas sonrisas se advertían en aquel rostro contrahecho! ¡Oh juventud, primavera de la vida! cuando una vez has pasado, es tan imposible el que vuelvas, como el hacer creer que has vuelto.

Como contraste de las gracias esparcidas en el semblante de la Baronesa, se podía notar la maestría de sus ademanes, la refinada coquetería de su mirada, de su sonrisa y de las inflexiones de su voz: el estudio, la ficción, habían llegado á ser en ella como una segunda naturaleza.

Abrazó con efusión á Leocadia, y dirigió una tierna mirada á Adriana, que permanecía dormitando en un sillón.

—¿Duerme?—preguntó la hermosa visitadora indicando á la bella niña con una mirada.

—Felizmente, sí,—contestó con tono sentimental su madre.

—¿Felizmente?—repuso la Baronesa;—¿pues acaso está mala?

—Está como yo, triste y contrariada—respondió la viuda llevándose á su amiga á un canapé al lado de la chimenea.—¿Tú sabes lo que nos hace sufrir el asunto de su boda?

—¿Pues qué sucede ahora? ¿No va ya á espirar

el plazo que la Condesa exigió, y espirado que sea, no se casa Daniel Villar con tu hija?

—No; ahora hay otro obstáculo: se opone el maldito hermano mayor, el actual Conde, y ni Daniel ni su madre quieren contrariarle.

—¡Bah, bah! ¿La oposición viene del Conde? ¿Y no es más que eso?

—¿Aún te parece poco?

—Me parece nada.

—No sabes tú lo que es el carácter del Conde del Villar: se le mira como el prototipo de la autoridad y de la severidad más invencible que puede existir en hombre.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que no quiere ni oir hablar de nosotras.

—Se ha informado...

—¡De todo! Tiene noticias fidedignas de Lisboa y de París; conoce mi presente, y quiere cerrarme el porvenir.

Leocadia dijo estas palabras con honda y concentrada amargura; su amiga la miró durante algunos instantes en silencio; luego, poniendo sobre la blanca mano de la viuda su mano cubierta con un fino guante de color lila, dijo á media voz, pero con acento singular:

—Eres viuda... eres joven aún... eres hermosa, eres inteligente, tienes mundo, ¿y te asusta el porvenir? ¿El porvenir bajo la forma de un hombre? ¡No te creía tan tímida ni tan poco conocedora de tu mérito!

—¡El Conde es intratable!—murmuró Leocadia, que sin duda comprendió muy bien lo que su amiga quería decirle.

—No te aseguraré que sea empresa fácil *domesticarle;* pero si el trabajo no fuera difícil, ¿dónde estaría la gloria de llevarle á cabo?

—Fracasaré en él.

—Ten el valor de intentarlo siquiera, y empieza este *negocio* con una firme voluntad: piensa en que va en ello, no sólo el porvenir de tu hija, sino el tuyo también...

—¡Oh, no sabes hasta qué punto hay de terrible verdad en lo que dices!—suspiró Leocadia.—¡Estoy apurando, no ya los últimos recursos que me quedaban: he echado mano de todos los falsos, y ni éstos me quedan ya.

—¿Y aún vacilas?

—¡La lucha me encuentra ya sin valor! ¡Ah, Clotilde! ¡Yo alimentaba sueños de amor y de vanidad maternal que no he podido ver realizados! ¡Yo creí que mi hija se casaría mucho antes y mucho mejor, porque había oido decir que los españoles eran fáciles de fascinar, y mi Adriana posee todo lo que se necesita para enloquecer á un hombre; pero han pasado tres años: en vez del esposo opulento que yo esperaba, y que no ha parecido, mi hija se enamoró de Daniel Villar, joven sin fortuna; amo á Adriana con todo mi corazón, y hube de conformarme; y sin embargo, más que la pérdida de todas mis esperanzas de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encumbramiento y de ambición, me han torturado los desdenes y la oposición de esa orgullosa familia!

—¿Pero qué familia hay que vencer?

—Se compone de pocos individuos, ya lo sé: una devota del antiguo estilo, un hombre misántropo é intratable, y una muchacha de empalagosa virtud como su abuela política, enamorada de su primo, que no la puede ver; pero esos tres entes valen por tres docenas, atendidos sus caracteres.

—Cásate con el Conde hipocondriaco; casa antes á tu hija con Daniel, y luego tú darás buena cuenta de las dos mujeres.

Leocadia meció lentamente y con expresión de desaliento su bella cabeza.

—¡Si pierdes el valor, estáis perdidas tu hija y tu—observó con energía Clotilde;—piensa en la pobreza, en la horrible pobreza que os espera! Tendrás que trabajar para vivir, y además sufriréis la amarga persecución de todos tus acreedores burlados.

—¡Oh, calla, calla por Dios; no aumentes mi martirio!—exclamó la viuda ocultando su rostro entre las manos.—¡En todo eso he pensado ya... pienso á todas horas... pero hay una valla que me detiene en todos mis propósitos... estimo y respeto á la Condesa viuda del Villar, á la madre de Daniel!

—¡Cómo! ¿Le dejarías imponer por la presión

moral de una mujer estúpida, de una mujer que nunca ha salido de una esfera obscura y vulgar?

—Escucha—repuso la viuda del banquero volviendo á colocar su mano sobre la de su amiga:—cuando veo á esa mujer tan tranquila y tan digna en su modesta casa; cuando oigo su lenguaje noble, sencillo y leal; cuando veo la pureza de sus costumbres y la estimación de que el mundo la rodea, pienso involuntariamente en mi madre, que se le parecía; en mi padre, honrado veterano como el suyo, y me avergüenzo de mí misma! ¡Comparo á esta mujer, que ha guardado tanto respeto á la memoria de su marido, con mi viudez espléndida, dedicada á la farsa, á la vanidad, á aparentar lo que no soy, y no me atrevo á dar al honrado hijo de esa mujer, esa niña, educada por mí en todas las vanidades, en todas las mentiras, falta de fe, falta de virtudes, indolente y que sólo puede vivir en el seno del lujo y de los placeres! ¡Oh, te aseguro que en el fondo de mi alma aplaudo á esa familia por oponerse á que mi hija y yo formemos parte de ella, y compadezco á Daniel por ese amor invencible, que le hace atropellar por todo!

—Mi querida Ledia (1)—observó la Baronesa,—cesa en tus estériles lamentaciones; Adriana puede despertar; óyeme, pues, con atención durante algunos instantes: tu vida ha sido disipada,

(1) Ledia: diminutivo de Leocadia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero no vergonzosa; la corrupción moral significa poco en nuestra época, que es toda de formas. Nada importa que hayas sido coqueta; que hayas tenido muchos adoradores; que hayas llevado en tu bella mano el cetro de la elegancia; que hayas derrochado una gran fortuna, y que debas casi otro tanto de lo que has gastado: el hecho es que á ti la galantería no te ha dado beneficios; que no has tenido amantes reconocidos, y que los dos ó tres hombres que te han amado han sido pretendientes á tu mano, con los fines más aceptables y más rectos, con el fin, según queda dicho, de llevarte al altar: nada de esto te perjudica, sino todo lo contrario, te presenta á los ojos de un hombre crédulo con irresistibles atractivos.

—¿Y qué?—exclamó la señora de Torres:—¿á qué quieres venir á parar con eso? ¿Qué me quieres decir?

—Lo siguiente: que si quieres, puedes hacer la conquista del Conde viudo del Villar, y casarte con él en breve plazo.

VII

—¡Adriana!—dijo la hermosa viuda, moviendo suavemente el brazo de su hija,—ve á tu cuarto y acuéstate: estás muerta de sueño esta noche.

La joven abrió los ojos y se enderezó en su asiento.

—¡Ah! ¿es Clotilde?—dijo al ver á la Baronesa; y acercándose á ella, añadió:

—Me alegro de que hayas venido, porque así harás compañía á mamá; yo voy á acostarme.

—Sí, hija mía, sí—dijo Clotilde besándola en la frente como á un niño pequeño:—yo acompañaré á tu madre; hasta mañana, que vendré á buscarte para ir á paseo.

Adriana presentó la frente á su madre, en la que ésta estampó un beso, y luego salió del gabinete.

—¡Qué has dicho!—exclamó la viuda, corriendo ansiosa al lado de su amiga y sentándose con apresuramiento.—¿Cómo has podido concebir ese pensamiento? ¡Casarme yo con el Conde!

—Nada más fácil, si quieres.

—¡Con ese hombre sombrío, receloso, misántropo!

—¡Pero que es riquísimo! ¿No piensas en que podrás, á la vez que labras tu ventura, ayudar á la de tu hija? ¿No sabes que Daniel depende de una pensión de alimentos que le da su hermano mayor? Y esta pensión, siendo tú la esposa del que la da, ¿no podría aumentarse, doblarse, triplicarse acaso?

—¡Tienes razón!—murmuró pensativa la viuda.

—¿No amas á Adriana?—insistió la tentadora.

—¡Ella es mi solo amor en el mundo!

—¿No quisieras verla dichosa?

—Daría mi vida por conseguirlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero no vergonzosa; la corrupción moral significa poco en nuestra época, que es toda de formas. Nada importa que hayas sido coqueta; que hayas tenido muchos adoradores; que hayas llevado en tu bella mano el cetro de la elegancia; que hayas derrochado una gran fortuna, y que debas casi otro tanto de lo que has gastado: el hecho es que á ti la galantería no te ha dado beneficios; que no has tenido amantes reconocidos, y que los dos ó tres hombres que te han amado han sido pretendientes á tu mano, con los fines más aceptables y más rectos, con el fin, según queda dicho, de llevarte al altar: nada de esto te perjudica, sino todo lo contrario, te presenta á los ojos de un hombre crédulo con irresistibles atractivos.

—¿Y qué?—exclamó la señora de Torres:—¿á qué quieres venir á parar con eso? ¿Qué me quieres decir?

—Lo siguiente: que si quieres, puedes hacer la conquista del Conde viudo del Villar, y casarte con él en breve plazo.

VII

—¡Adriana!—dijo la hermosa viuda, moviendo suavemente el brazo de su hija,—ve á tu cuarto y acuéstate: estás muerta de sueño esta noche.

La joven abrió los ojos y se enderezó en su asiento.

—¡Ah! ¿es Clotilde?—dijo al ver á la Baronesa; y acercándose á ella, añadió:

—Me alegro de que hayas venido, porque así harás compañía á mamá; yo voy á acostarme.

—Sí, hija mía, sí—dijo Clotilde besándola en la frente como á un niño pequeño:—yo acompañaré á tu madre; hasta mañana, que vendré á buscarte para ir á paseo.

Adriana presentó la frente á su madre, en la que ésta estampó un beso, y luego salió del gabinete.

—¡Qué has dicho!—exclamó la viuda, corriendo ansiosa al lado de su amiga y sentándose con apresuramiento.—¿Cómo has podido concebir ese pensamiento? ¡Casarme yo con el Conde!

—Nada más fácil, si quieres.

—¡Con ese hombre sombrío, receloso, misántropo!

—¡Pero que es riquísimo! ¿No piensas en que podrás, á la vez que labras tu ventura, ayudar á la de tu hija? ¿No sabes que Daniel depende de una pensión de alimentos que le da su hermano mayor? Y esta pensión, siendo tú la esposa del que la da, ¿no podría aumentarse, doblarse, triplicarse acaso?

—¡Tienes razón!—murmuró pensativa la viuda.

—¿No amas á Adriana?—insistió la tentadora.

—¡Ella es mi solo amor en el mundo!

—¿No quisieras verla dichosa?

—Daría mi vida por conseguirlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues para que lo sea, ante todo, tiene que casarse con Daniel, al que ama con el alma, y después tiene que ser rica.

—Ya lo sé, y ese es mi tormento: una niña educada como una princesa, ¿cómo vivirá con los escasos medios de Daniel?

—Muy mal, si tú no la ayudas; y eso es lo que podrás hacer, casándote con el Conde.

—¡Ah, Clotilde!—exclamó Leocadia:—con tu ingenio, con tu travesura, todo es posible. ¡Yo no valgo lo que tú; yo no tengo tu valor!

—Pues no tienes más remedio que adquirirlo, que mirar de frente tu situación y vencerla con paciencia y sangre fría, y no creas que tu lucha terminará con tu matrimonio, no: después de entrar en esa familia que te rechaza; después de ese triunfo, aún te queda lo más rudo de la batalla: la Condesa viuda tiene aún bastante ascendiente sobre el Conde, que la amó siendo joven y la ha admirado siempre; prepárate á ver en ella una formidable enemiga.

—¡En cuanto á eso no la temo!—observó Leocadia con una sonrisa á la vez triste y desdeñosa.

—Yo en tu lugar la temería mucho.

—La conozco, y sé que no tiene condiciones para la guerra.

—Las tiene, pero no aparentes; tiene las más terribles, las involuntarias: hazte desde luego su amiga, é interésala en tu favor.

—No parece aborrecerme, y todo su afán se

cifra en que su hijo no se case con Adriana.

—No hablemos ahora de eso—dijo la Baronesa:—hablemos de los medios que has de emplear para hacer la conquista de ese viudo agreste y misántropo.

—¿Y su hija? ¿y esa muchacha fea y monjil?

—Para nada te cuides de ella: esa hará lo que debe, callando y marchándose á un convento.

—A donde se irá será con su abuela política la Condesa.

—Tanto mejor, así te quedarás sola con tu marido. Para conquistar á éste necesitas mucho tacto y mucha sagacidad: empieza por hacerte la sentimental, por adularle, y á la vez por deslumbrarle con todos los atractivos que puedas aumentar á tu natural belleza.

—¡Que ya va decayendo!

—¡Eh! Después de casada, ¿qué importa? El gran trabajo de la mujer es hallar marido; el conservarlo después importa poco.

—La conquista del Conde es muy difícil.

—Es preciso que te presentes en su casa para pedirle una recomendación cualquiera; él es muy cortés y vendrá á traerte la contestación; una vez en tu casa, á tu ingenio dejo el resultado: sólo en tí consiste el que venga con frecuencia; y ahora, adiós, me retiro porque voy con mi marido á un concierto para los pobres. Reflexiona en lo que te he dicho, y prepara tus armas para mañana; lo que se ha de hacer tarde, hay que hacerlo pron-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to y es mejor: ve mañana á casa de tu enemigo.

La Baronesa salió, y su amiga quedó, en efecto, profundamente reflexiva.

Al día siguiente, y á eso de las dos de la tarde, Leocadia bajaba de una modesta berlina á la puerta del Conde del Villar. Llevaba un delicioso vestido negro de rica faya y guarnecido de encajes; dos perlas en las orejas, de extraordinaria pureza y tamaño, y una gola de encaje blanco, fina como la espuma; un velo de blonda acariciaba su peregrina cabeza, y sus manos dejaban ver su admirable y linda forma á través de un fino guante color de lila claro.

El Conde, triste y solo, se hallaba sentado al lado de la chimenea y saboreaba un puro, hallándose envuelto en una rica bata de cachemir, con los pies metidos en babuchas, y un gorro de terciopelo que sujetaba sus cabellos grises.

Era un hombre alto, envejecido por el pesar, pero de bella figura y de constitución fuerte; sus grandes ojos negros tenían llamaradas de cólera, pero también esplendores de ternura infinita. Al ver á Leocadia en el salón hizo un ademán de sorpresa, y quiso retroceder de nuevo hasta el gabinete, cuya puerta estaba abierta, para vestirse y presentarse á ella de una manera más conveniente.

—Mil perdones, señora—dijo.—Mi criado no sabía que la puerta de mi cuarto estuviese abierta, y me ha sorprendido usted agradablemente; vuelvo al instante.

—No me haga usted el poco favor de creerme tan trivial—dijo la viuda de Torres:—así he hallado á usted, y así deseo que permanezca al lado mío.

—Sea—repuso el Conde sentándose,—y dígame en qué puedo servirla.

—Deseo una cosa pequeña, una cosa que á mi parecer no vale nada; pero como las mujeres somos malos jueces en esto...

—¿Y qué es ello?

—Deseo un modesto destino en un Ministerio para el marido de una joven que ha sido camarera mía durante algún tiempo.

—Yo vivo tan retirado, señora—observó el Conde,—que...

—Vamos, ¡no se excuse usted! no se haga el pequeño conmigo, que tan pequeña soy.

—Quizá tiene usted más amigos y de más valía que yo.

—Nada de eso: vivo también muy retirada. Vamos, amigo mío—continuó la sirena, acercando su sillón al del Conde,—¡no se niegue usted á complacerme!

Un fuerte perfume de lirio y violeta llegó en nube invisible al cerebro del Conde; dos hermosos ojos llenos de luz se fijaron con ternura en los suyos, á la vez que unos labios delicados como las hojas de una rosa, se entreabrieron para dejarle ver dos sartas de menudas perlas.

No era el Conde un viejo ni un estóico: una sen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sación extraña brotó en su alma; quedó mirando á la viuda, y luego le dijo con mal segura voz, y volviendo al fin la vista á otro lado:

—Señora, haré lo que pueda; envíeme usted una nota que exprese su deseo.

—Aquí está, —dijo Leocadia, presentando al Conde un papelito doblado.

—Y ahora—añadió—quiero otra cosa de usted.

El Conde se inclinó.

—Quiero que venga usted á mi casa á traerme noticia de mi pretensión; tengo empeño que venga usted á decirme lo que haya, y si mi recomendado logrará lo que desea.

—Si es pequeño, iré.

—¿Cuándo?

—Así que sepa algo de fijo que noticiar á usted.

—Todas las noches le esperaré á usted hasta las doce, para tomar una taza de té.

—No se prive usted de salir.

—Salgo poco, y esperar á usted me será más grato que todas las diversiones.

A este fogonazo á quemarropa, el Conde miró atónito á la viuda, hizo un gesto violento de desagrado, y luego dijo:

—Es que puedo tardar en ir.

—No importa.

—¿No se cansará usted de esperarme?

—No, señor.

—Entonces, y por si acaso se cansa, tendré que ir pronto.

—Y me dará una gran alegría.

La viuda se levantó, alargó la mano al Conde, que la ocultó fácilmente dentro de la suya, y le dijo:

—Hasta pasado mañana.

—¿Por la noche?

—Sí, á las diez.

Leocadia se dirigió á la puerta; ya en ella, se volvió, hizo una graciosa cortesía al Conde, y cruzó la sala siguiente con tal rapidez que Marcelo no pudo seguirla, desapareciendo muy pronto á sus ojos.

¡Cuánta ligereza, cuánta gracia, cuánto *arte*, en una palabra, había en aquella especie de huída! ¡Aquella mujer, amaestrada en la ciencia de la seducción, coqueta refinada, se había revelado á los ojos del misántropo, del hombre grave y estudioso, como un sér desconocido, singular, casi fantástico! Marcelo, enamorado con el alma de la Condesa, en su adolescencia; casado después con una joven sencilla y buena, á la que amó y fué fiel; sumido más tarde en las tinieblas en que le había sumergido la muerte de Luisa, y la soledad moral en que ésta le había dejado, no conocía mujeres de aquella clase; no conocía sirenas que hacen á la vez su presa en el alma y en los sentidos, en la imaginación y en todas las facultades que llevan, no sólo á sentir, sino también á pensar.

La conquista estaba hecha; el deslumbramiento, cumplido. El Conde, severo é intolerante, no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

había querido ver jamás á la viuda del banquero y á su hija, y cuando las había hallado en casa de su madre política, en dos distintas ocasiones, las había saludado con frialdad y se había retirado.

Desde que salió la sirena, el Conde se dejó caer de nuevo en su sillón, apoyó la frente en la mano, y pareció como abrumado de un repentino deslumbramiento; con los ojos cerrados veía poblarse un mundo nuevo de risueñas visiones y gratas imágenes; su casa, tan triste, tan sola, se animaba al tibio soplo del hada que la había visitado; no eran los sueños del Conde los de un adolescente, porque tenía demasiado buen sentido para alimentarlos: eran los sueños de un hombre que ya conoce algo de las dulzuras de la vida, y anhela su perfección dentro de los límites prescritos por las leyes sociales.

—¡Qué confortable casa podría yo tener si tuviera á la vez por hermana ó esposa á una mujer así!—pensaba el misántropo;—¡qué delicada mesa! ¡qué grata y asidua compañía haría á mi soledad! Mi hija se hallaba sólo unida á mí por los lazos de la sangre, pero de ningún modo por los de la simpatía: me respeta y me quiere; pero esto último ¡ay de mí! bien débilmente. ¿No me deja para estar sola en su cuarto ó en compañía de su abuela? ¿Se cuida acaso de mí? ¡Oh, es forzoso que yo salga de esta terrible, de esta helada soledad moral!

No podía haber soñado la hermosa y astuta viuda un resultado más pronto y más brillante de sus manejos, ni aun su misma amiga lo había soñado tampoco al darle su ingenioso consejo. Seducir á un hombre melancólico y severo como era el Conde, le parecía empresa muy difícil, y no confiaba en que Leocadia pudiera lograrlo; pero lo superficial y gracioso gusta y enamora más al sexo fuerte que lo bueno y modesto; sabiendo poner al servicio de las miras femeniles el egoísmo del hombre, se alcanza todo lo que se quiere; no le mostréis jamás heróicas virtudes, porque acaso se espantará al contemplarla cerca de su pequeñez; pero aduladle, no sólo en sus virtudes, sino en sus defectos; mostradle como una gracia cada una de sus imperfecciones; decidle que le adoráis por ellas; mostradle que sabréis alegrar su vida y hacerla agradable, blanda y dichosa, y nada más necesitáis para hacer de él un instrumento; el hombre se deja prender en las más espesas, en las más sofocantes redes, con sólo que á su parecer estén cubiertas de flores.

VIII

Era la tarde de uno de los últimos días de Febrero.

El sol, sereno y brillante, alumbraba con toda su fuerza, pues serían las cuatro, y se filtraba por los *stores* de seda y las colgaduras de raso de un soberbio palacio de la calle Ancha de San Bernar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do, una de las más grandes y alegres de la villa y corte de Madrid.

Precedía al palacio un gran patio, cercado por un arriate de flores, y en el que paseaban muchos criados y palafreneros; este patio estaba rodeado por bancos de hierro pintados de verde, y semejantes á los que se ven en los jardines.

En el fondo del gran patio se abría una anchurosa puerta de cristales de dos grandes hojas y forma ojiva; la manecilla, los tiradores y todas las bisagras eran de hierro dulce, brillante como la plata ó el acero bruñido; la puerta era de encina, sólida y preciosa á la vez, y cincelada como un mueble de gran valor.

Abierta la puerta, se descubría la escalera de mármol blanco como la nieve, con pasamanos de bronce y barandilla de hierro calado como un encaje; y después de subir algunos escalones, adornados á ambos lados de grandes macetas, se abría otra gran puerta que ocupaba el centro del vestíbulo.

Dos grandes lebreles ingleses, echados sobre una alfombra turca, eran los perennes guardadores de aquel lugar: cuando entraba alguno, alzaban sus finas é inteligentes cabezas, pero no aullaban ni daban muestra alguna de humor irascible y colérico; si era algún amigo, se levantaban y le saludaban con alegres movimientos de la cola.

A uno y otro lado de este espacioso vestíbulo, decorado con dos grandes estatuas de mármol negro, que sostenían dos colosales candelabros de bronce dorado cargados de bombas de cristal, se hallaban las habitaciones: entraremos en el ala de la derecha, donde estaban las del dueño de aquella espléndida mansión, del Conde Marcelo del Villar.

Una antesala suntuosa precedía á un espléndido salón, dentro del cual se hallaba su despacho ó gabinete de trabajo, vestido severamente de cuero de Rusia con arabescos de una finura y delicadeza exquisitas; una mesa de ébano con incrustaciones de bronce; dos altos armarios de igual clase; grandes y soberbios cuadros de caza y guerra; una panoplia de armas de todos los países, desde las más raras hasta las más modernas, y dos ó tres muebles antiguos y de gran mérito artístico para guardar dinero y papeles, componían el rico decorado de aquella anchurosa estancia; las ventanas tenían espesas cortinas de terciopelo forradas de seda, con el blasón bordado en el centro, y en sedas de vivos colores de las armas de la casa.

Diseminados en elegante desorden, se veían algunos sillones tallados y de épocas distintas, tapizados con cuero igual al que vestían las paredes: era uno un cómodo Voltaire; otro, un sillón á lo Luis XIV, forrado de damasco Pompadour; ante la chimenea de mármol tallado formaban semicírculo algunas butacas de elegante forma, y bajo el colosal espejo que coronaba la meseta había un juego de bronces de reloj y dos copas, que valían una gran fortuna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La alcoba, espaciosa, alumbrada por una gran ventana que daba al jardín, y separada de la pieza por esbeltas columnas de pórfido con venas obscuras, contenía un lecho y un armario de vestir; frente á la entrada había un gran estante lleno de libros, y á los pies del lecho se veía una puerta que daba acceso al cuarto de baño y tocador.

Todas estas habitaciones tenían un carácter de rara elegancia, de distinción perfecta; pero tenían también el sello de una profunda tristeza.

Todo era en ellas sombrío: los tapices, los cuadros y hasta los muebles; las espesas cortinas de las ventanas interceptaban la luz clara y radiosa del sol, que tanto alegra el corazón de quien la contempla cuando está libre de penas.

Si en la cámara de Marcelo reinaba la sombra, en cambio el salón que la precedía estaba inundado de sol y de claridad, todo vestido de damasco púrpura, con medias cañas de oro, adornado de soberbios cuadros, lleno de flores raras y preciosas que exhalaban aromas penetrantes; cargadas las consolas de estatuitas de mármol, de copas de bronce y de juguetes de plata y de Sévres, aquel gran salón parecía anunciar alegría, fiesta y ventura.

Huyendo sin duda de las sombras de su dormitorio, Marcelo se había acomodado en un sitial del salón; las ventanas abiertas daban al jardín, del que subían los penetrantes perfumes precursores de la primavera; algunos rayos de sol se quebraban en la alfombra de terciopelo, cuyo fondo carmesí hacía resaltar la viveza de las flores de que estaba sembrado; dos pajarillos cantaban en dos jaulas de marfil y plata suspendidas ante las dos ventanas por gruesos cordones de seda carmesí.

El Conde, sentado en un sillón de forma señorial, tenía delante un velador que contenía dos ó tres periódicos, una cigarrera de plata llena de habanos y una mecha del mismo metal, con una bandejita ovalada para echar la ceniza; leía con atención; pero de vez en cuando quitaba el cigarro de los labios, separaba la vista del periódico, y quedaba entregado á pensamientos que no debían ser tristes, pero que embargaban toda su atención.

Durante uno de los intervalos en que leía, se abrió suavemente la puerta del salón, y una joven entró en él sin hacer ruido.

Traía en la mano un plato de rica porcelana, y en él algunas hojitas verdes y algunas flores del campo; dirigióse á una de las dos jaulas, desató el cordón sujeto á un clavo dorado que se hallaba en un ángulo de la ventana, hizo descender la jaula, y empezó á adornarla con las yerbecillas y las flores, que el jilguero empezó á picotear alegre.

—¿Cómo, Cristina, no has salido? —preguntó el Conde, que había levantado los ojos.

—Aún no, papá, —contestó dulcemente la joven.

—¿No ha venido tu abuela?

—Mamá no ha venido todavía,—repuso Cristina, corrigiendo modestamente á su padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Conde le envió una mirada de enojo.

—Deja á tus pájaros y ven aquí,—le dijo.

Cristina obedeció.

—Siéntate aquí, á mi lado—continuó Marcelo, —y respóndeme lealmente á lo que te voy á preguntar.

Cristina ocupó el asiento que su padre le señalaba, y esperó lo que iba á decirle con una tranquilidad triste.

—Dime, hija mía—empezó el Conde:—¿por qué das á tu abuela el dictado de madre?

—¡Porque al perder la mía hallé un consuelo en no dejar de pronunciar tan dulce nombre!—respondió Cristina con acento alterado.

—Y entonces, ¿cómo vas á llamar á mi mujer cuando yo me case?—preguntó severamente el Conde.

—Padre mío—respondió Cristina con una dulzura triste y tan lejos del temor como de la altanería,—¡cuando yo empecé á llamar á la Condesa de la manera que hoy te desagrada, no podía pensar en que jamás volvieras á casarte!

—¿Y por qué, señorita? ¿Se puede saber?

—Sí, padre mío; de todo cuanto digo y pienso puedo dar explicación: no podía pensar en que volvieras á casarte, porque era muy niña; lo mismo he dado desde que sé hablar el dulce nombre de madre á la Condesa, que á la que me llevó en su seno; ésta no se oponía, y cuando la perdimos,

¿cómo dejar y por qué dejar tan larga y dulce costumbre?

El Conde guardó silencio: no sabía qué responder á las dulces y mesuradas respuestas de su hija; y sin embargo, la conversación debía prolongarse, y era imprescindible que así sucediese.

Después de algunos momentos de silencio, Marcelo tomó al fin la palabra conociendo lo embarazoso de la situación.

—Mi querida Cristina—dijo tomando la mano de su hija,—acaso he empezado la explicación que quiero tener contigo de una manera poco conveniente: sabes que voy á unirme á otra mujer, y deseo saber qué sitio le darás en tu consideración y en tu cariño.

—Cristina palideció; sus labios temblaron: era una criatura nerviosa é impresionable hasta el exceso; pero dominando su emoción con un esfuerzo de su voluntad, contestó:

—Le daré en mi consideración exterior el sitio que debo dar á la esposa de mi padre.

—¿Y en tu consideración interior?

—El sitio que merezca.

—¿Y en tu corazón?

—Ninguno, padre mío: el corazón da lo que puede, y no lo que debe ó quiere.

Al pronunciar Cristina estas palabras, su palidez era mayor que antes; dos ó tres menudas gotas de sudor perlaban su frente; sus labios tem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

blaban como las hojas de una rosa azotadas por el viento.

—¿De modo—dijo dolorosamente el Conde—que aborreces á Leocadia?

—No, papá: soy cristiana, y no sé aborrecer; pero no le perdono el que se haya atravesado en el camino de una familia que ningún daño le había hecho.

—¿Y crees que ella nos lo hará?

—¡Ya nos ha hecho tanto, padre mío!

—¿Tendrías á bien explicarme cuál ha sido?

—¡Cuál ha sido! ¡Quitar á Daniel el título y las riquezas que hoy son tuyas y que debía heredar si tú no tuvieras hijos; darme á mí hermanos que me robarán la mejor parte de tu cariño; ocupar el sitio de mi buena y santa madre; tener en su poder á Daniel por medio de su hija! ¡Ah, padre mío, esa mujer es mi mayor, mi sola enemiga sobre la tierra!

Y Cristina prorrumpió en sollozos al decir estas palabras.

Su padre iba á contestarle, y tiernamente sin duda, á juzgar por la expresión de su semblante; pero un criado anunció desde la puerta del salón con voz contenida:

—¡La señora Condesa!

Cristina pasó el pañuelo por sus ojos, y se levantó para recibir á su abuela; el Conde le salió también al encuentro.

—¿Qué es esto?—preguntó María mirando á la joven.—¿Qué tienes, hija mía? ¿Por qué lloras?

—Son niñadas, mi querida María—repuso el Conde, de cuya alma se había ya borrado hasta el último recuerdo del amor de su adolescencia por aquella mujer;—á mi hija se le ocurre llorar ahora por mi casamiento.

—¡Ahora!...—repitió Cristina.—¡Hace un mes que no dejo de verter lágrimas!

—¿Y por qué?—dijo la Condesa dulcemente y llevándose de la mano á Cristina hacia un canapé, en el que la hizo sentar á su lado.—¿Por qué llorar así? ¿Por qué afligirte de ese modo, hija mía? Hágase en todo la voluntad de Dios. Tu padre es dueño de hacer la suya; es joven todavía, y no ha podido renunciar al amor.

—¿No le bastaba mi compañía?—suspiró Cristina.

—No es tu compañía la que él necesita: dado toda su vida á la misantropía, no es tu carácter apacible y tranquilo lo que podía distraerle; no alumbra bien la luna—prosiguió la Condesa bajando la voz—la obscuridad del valle, y mejor se alumbra con la luz de los relámpagos. No hay entre tu padre y tú esa perfecta simpatía de carácter que hace de la vida un edén, que une dos almas como una sola: así, hija mía, déjale buscar lo que al parecer suyo necesita su corazón, y pide al cielo que no se engañe.

—Pero ¡y yo, y yo!...—exclamó la pobre joven.

—A tí te quedo yo, pobre niña: sola como tú,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aislada de todo amor en la tierra, porque el corazón de mi hijo me ha sido arrebatado, uniré mi soledad á la tuya, y á las tuyas mis penas; nuestra vida será de hoy en más dedicada al dolor y al sacrificio; pero ¿qué importa? Bendigamos al cielo, que tan hermosa parte nos da de la vida, porque es tan corta, que llega muy pronto el día del juicio eterno y de las compensaciones perdurables.

Las lágrimas de Cristina parecieron correr con menos violencia y menos amargura; el dolor que levantaba su pecho con suspiros apresurados, se suavizó como por milagro, y en silencio pareció saborear los dulces ecos de aquella voz amiga, llena de encanto y de persuasión.

El Conde, sentado á alguna distancia, no oía distintamente lo que hablaban; y ora saboreaba su cigarro, enviando al espacio largas espirales de humo azulado y aromático, ora fijaba la vista en el periódico extendido sobre la mesa, aparentando leer, pero sin leer en realidad.

Comprendía, sin embargo, lo importante que era para su tranquilidad la conferencia de la Condesa con su hija; conocía y estimaba altamente la rectitud y dignidad del alma de aquélla, su virtud inmaculada, la gracia y atractivo de su persuasión, y se decía que todas las tempestades del alma de Cristina quedarían apaciguadas con la suave influencia de María de Guzmán, de aquélla que había sido hija ejemplar, esposa incomparable, madre amorosa y llena de ternura.

Aprovechemos estos instantes en que Cristina escucha la voz amiga que se desliza en sus oídos, para que yo pueda, lector mío, presentarte á esta joven, con la que vas á entablar más íntimo conocimiento en el curso de esta historia.

Llegaba Cristina del Villar á los veinte años de su edad, y jamás joven de nuestra sociedad ha presentado un tipo más atractivo é interesante sin ser bonita. Su estatura, alta y esbelta, era proporcionada y elegante; su tez, de un trigueño claro, era pura y débilmente rosada; dos grandes y hermosos ojos negros, parecidos á los de su padre, iluminaba su fisonomía graciosa, inteligente y sentimental; tenía la boca de corte delicado y del más bello color de rosa; eran sus labios finos, y se unían sobre una fila de blancos dientes, ó se separaban como dos cintas de coral pálido, unidas por otra de nácar; la nariz fina y graciosa, y las pestañas abundantes y sedosas; el cabello copioso y obscuro; todo este conjunto no daba, sin embargo, á Cristina lo que suele llamarse hermosura, porque una profunda melancolía robaba á su lindo rostro todos sus esplendores.

Esta tristeza profunda había nacido á la muerte de su madre: el precoz talento de aquella niña de doce años le había hecho adivinar que Luisa llevaba con ella á la tumba toda la alegría, toda la ventura de su hija, que sólo Luisa había podido aclarar é iluminar temporalmente las sombras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del alma de su marido, y que muerta ella, Cristina podia contar poco con el amor de su padre, que era más bien hombre de impresiones que de sentimientos.

Así, el alma de la huérfana se entristeció mortalmente, y se acogió á la ternura de su abuela política con un afecto completamente filial. Dióle el dulce nombre de madre, y se vió amada, no con la misma ternura que siempre, sino con mucha más, pues la Condesa queria amar á la pobre huerfanita por la madre que habia perdido y por sí misma.

Los temores de Cristina se cumplieron. Su padre cayó en una obscura misantropía: pasaba las semanas sin dirigirle la palabra, y aunque la niña entraba á verle todos los dias, apenas le hablaba, apenas dejaba un beso en su frente, pues Marcelo sufria al recuerdo de Luisa, que hallaba siempre vivo en su corazón al acercársele su hija; el Conde era hombre y egoista.

Sin embargo, en el alma apasionada de Cristina habia siempre un fondo de tristeza, una sombra densa. Aquella alma, que se ocultaba bajo una apariencia suave y quizá algo fria, era profunda en sus afectos y firme en sus antipatías; como los lagos cuanto más honda es su superficie aparecen más serenos, así era Cristina; la indiferencia, el despego de su padre, la hacian sufrir cruelmente. Ella le amaba con ternura, con abnegación; le adoraba en el fondo de su alma, y la

indiferencia del Conde era para la pobre niña un martirio insoportable.

¡Pero de qué claros y radiosos resplandores se iluminó la vida de aquella niña con el cariño de Daniel! Como la débil hiedra que nace cerca de un lozano arbusto y á él se enlaza para sostener su debilidad y su aislamiento, así el corazón solitario de Cristina se adhirió á la vida de su primo, dichosa con amarle y sin pensar mucho en que podia ser amada, y que la primera y más imperiosa exigencia de la pasión es la correspondencia y la reciprocidad.

Cristina era una niña inocente, y halló tan grande encanto en amar y en el cariño que su primo le manifestaba, que nada más pedia á la vida: ya miraba saldadas sus cuentas con el cielo; ya se decia que era suya también una parte muy grande de ventura, y que se hallaria fuerte y resignada para sufrir todas las tristezas y todos los dolores, menos el de dejar de ver y amar á Daniel.

¡Cruel burla de los destinos humanos! Este era, y no otro más pequeño, el dolor que tenia el porvenir deparado á Cristina. Con la perspicaz mirada de quien ama, vió la desgraciada niña los primeros esplendores y la primera florescencia del amor de Daniel; pero á poco vió irsele escapando aquel corazón noble que ella adoraba. Víctima destinada por el cielo al más inmenso de los sacrificios, hubo de resignarse, y se resignó, llorando sobre el seno de la Condesa, de aquella segunda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

madre que debía al cielo por un resto de piedad.

Cristina sufrió noblemente su tortura sin una queja, sin una lágrima ostensible, sin ningún signo exterior de una debilidad que no cabía en la nobleza de su carácter. Dios la dió fuerza; pero Dios solo supo cuántas fueron sus angustias, de qué mortal desaliento se vió agobiada, y cómo la locura estuvo á punto de clavar su terrible garra en su joven cerebro.

La calma siguió á la tormenta: el dolor tiene su medida, medida que no es igual en todas las almas, sino que es mucho más profunda en algunas que en otras; pero al fin Dios le ha puesto un límite, y á él se llega con más ó menos esfuerzos.

A los diez y ocho años hay tanta vida en el corazón, y en la imaginación tantas flores, que el dolor, por amargo que sea, no suele ocasionar la muerte: la esperanza sonríe á lo lejos como una hada bienhechora, y nos muestra sus extensos jardines y sus praderas de esmeralda. Cristina, sin quererlo y sin saberlo, se consoló: era ferviente cristiana, se sabía inocente de toda culpa, y nada hay que sea tan consolador y tan dulce en las tinieblas del dolor como la serenidad del alma.

—Amaré á Daniel como á un hermano—se dijo;—cuidaré á sus hijos, que miraré como míos, porque yo no me casaré nunca.

Algunos meses se pasaron en paz melancólica; de repente, y como un rayo que rompe con ímpetu las nubes, llegó hasta Cristina la nueva del matrimonio de su padre: el ama de llaves de su casa, que había sido muchos años doncella de su madre, le contó con todos los detalles cómo la viuda de Torres había ido á ver al Conde con un frívolo pretexto, cómo le había seducido como á un muchacho, cómo él había ido á verla, y cómo se había enamorado ciegamente.

—¡Quién había de pensar—prosiguió la buena mujer—que el señor Conde cayera en tan grosero lazo!... ¡Ah, señorita, mucha culpa tiene usted de lo que ha sucedido, por no estar en casa más que á las horas de dormir y por desentenderse así de su señor padre!

—¿Y qué había de hacer, Juana?—exclamó Cristina, ahogada su voz en lágrimas amargas.—¡Mi padre no quería mi compañía! ¡Huía de ella para estar siempre solo!... ¡Mi inocente amor no bastaba para alumbrar su sombra interior, ni para llenar el vacío de su alma!

—Ya lo creo—respondió Juana, que era mujer de no vulgar inteligencia;—ya lo creo, señorita: el cariño de una hija es una cosa muy fría y muy pequeña, comparado con las malas artes de esas aventureras.

Cristina soportó con gran trabajo aquel nuevo dolor: siempre había lamentado la indiferencia de su padre hacia ella; pero al saber que se casaba, le pareció que le perdía para siempre, y le lloró como si hubiera dormido ya bajo su tumba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conociendo, sin embargo, ya por los consejos de su abuela y ya por su propio buen juicio, que nada adelantaría con la ostentación de su pena y que se la confundiría con el vulgo de las hijas egoístas y envidiosas, procuró revestirse de una serenidad triste, ó más bien de una resignación tranquila que no la pusiera en evidencia ante la pública curiosidad, exponiéndola á la malevolencia de la futura esposa de su padre, y de su hija, la futura esposa de Daniel.

En el día en que la vemos al lado de su padre, después de dar de comer á sus pajaritos, Cristina no estaba más triste que los demás días: el cariño y la prudente intervención de su abuela la sostenían en aquellas largas horas de dolor y de amargura; al oir las palabras de consuelo de la Condesa, ya hemos dicho que sus lágrimas corrieron menos amargas y que la serenidad volvió á su pecho.

—Sí, madre mía, seré valerosa—dijo estrechando fuertemente la mano de la Condesa,—y huérfana de todos los amores, miraré en la tierra á los desdichados y á Dios en el cielo.

—Vamos á salir, como habíamos pensado—repuso la Condesa;—el buen parecer exige que compremos los regalos de boda para las señoras de Torres; no quieras dispensarte jamás, hija mía, de lo que la sociedad exige: reñir con sus leyes, es aislarse; despídete de tu padre, y vámonos.

Cristina se acercó dócilmente á su padre, le tomó la mano, y le dijo:

—Adiós, papá.

—Adiós—contestó friamente Marcelo; y volviéndose á la Condesa, añadió:—Adiós, María.

—Vamos á buscar cuatro lindas alhajas, aunque sean muy sencillas—dijo alegremente la Condesa:—dos para Leocadia y dos para Adriana; serán el doble regalo de boda de Cristina y el mío.

—Aconseja á esa niña sentimental y rebelde—dijo el Conde,—y dile que yo también he tenido madrastra y no he sido desgraciado.

—Eso es una delicada lisonja para mí, que ocupé el sitio de tu madre—observó la Condesa;—pero confiesa que los dos primeros años me aborreciste.

—Luego te adoré.

—Y yo espero que Cristina profesará á su nueva madre una amistad sincera al cabo de algún tiempo; no la reconvengas, Marcelo: espera con calma la curación de su alma ulcerada; en asuntos de sentimiento se hace lo que se puede, y no lo que se quiere.

Cristina, que había sido espectadora inmóvil y muda de este coloquio, obedeció á una señal de la Condesa, y puso un beso en la frente de su padre, saliendo después ambas del gran salón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE SEGUNDA

I

Confía tu nave á los vientos y la mar, pero no tu corazon á una mujer, porque las ondas son menos pérfidas que ellas.

(Cicerón.)

¿Para qué entrar en detalles minuciosos de las bodas en que las señoras de Torres enlazaron para siempre sus nebulosos destinos á los de dos hombres dignos, honrados, de ilustre cuna y alma noble y leal?

No necesitamos asegurar, conociendo el carácter de Leocadia, que se solemnizó el nuevo casamiento con un espléndido banquete y un baile magnífico; que Leocadia lució en ambas ocasiones pedrerías dignas de una emperatriz; que Adriana se presentó más hermosa, más seductora que ninguna de las jóvenes de su edad; que Daniel estaba embriagado y como loco de felicidad, contemplando á su adorable esposa; que su hermano, ó sea el Conde del Villar, estaba radioso y rejuvenecido veinte años, y que Clotilde, la Baronesa de la Calzada, aquella astuta amiga que había dado á Leocadia la primera idea de aquel casamiento, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

coqueta de cincuenta años, amaestrada en todas las luchas y en todas las dificultades de la vida, miraba con lástima á los dos hermanos, á los dos novios, dueños ya respectivamente de la bella Adriana y de su más bella madre.

¡Cosa extraña! Cada vez que Clotilde miraba á sus dos amigas, aparecía también en sus ojos una expresión de conmiseración profunda: parecía como que las miraba de antemano como víctimas sacrificadas á una fatalidad desconocida de ella también, pero que presentía y adivinaba.

De raso blanco cubierto de encajes había sido el traje de Adriana para la ceremonia nupcial, y el de su madre, color de lila, de faya, asimismo cubierto con una túnica de encaje blanco, prendida con camelias rosadas sujetas por broches de brillantes; en vez de velos largos, habían llevado las dos velos pequeños á la española, de encaje blanco también, y que no llegaban á cubrir el talle.

Adriana llevaba en el lado izquierdo del peinado una pequeña corona de capullos de azahar alternados con capullos de perlas finas; un ramo de azahar prendía su velo en el pecho.

Todo el adorno de Leocadia era de camelias rosadas y de gruesos y límpidos brillantes; y aquellas dos sabias combinaciones de una mujer maestra en el arte de la elegancia, resumían todo lo que de más bello puede imaginarse, y obscurecían todas las que habían intentado las demás mujeres.

La madre y la hija se miraban con muda admiración: las dos se hallaban bellas hasta lo imposible; las dos se admiraban y se amaban con esa solidaridad de espíritu que las unía en sus tenebrosos pensamientos; en Adriana había lados luminosos: no era un alma pervertida, era un alma débil, incapaz de sacrificio, pero no exhausta de buenas tendencias ni incapaz de alguna ternura.

Conduciremos al lector, tres meses después de celebrados los dos casamientos, á un elegante y espacioso hotel del paseo de Recoletos, morada del más joven de los dos matrimonios, de Daniel y de Adriana; la Condesa María no había querido dejar su modesto hotelito del paseo de la Castellana, situado á poca distancia del que ocupaban su hijo y la joven esposa de éste.

Leocadia, la madre de Adriana, vivía en la gran casa de su marido, en la calle Ancha de San Bernardo, y Cristina, por consejo de su abuela, vivía en el mismo y en compañía de su padre y de su madrastra, que la trataba con una cortesía un poco altanera y enteramente exenta de toda cordialidad.

—Hija mía—había dicho la Condesa á Cristina, —tú no debes dejar la casa de tu padre, aunque éste se case de nuevo; las posiciones falsas son siempre embarazosas y tristes para quien las crea ó las acepta; la vida es por sí bastante penosa sin crearse nuevas dificultades; dejo á tu buen juicio y á tu corazón el pensar si, en la soledad en que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me quedo, me sería grato tenerte á mi lado, si me sería dulce y consoladora tu compañía; pero ante el deber deben callar todas las aspiraciones del corazón; tu deber es estar al lado de tu padre; y si elementos enemigos ponen en juego, para que abandones el techo paternal, sordas y pérfidas maquinaciones, sopórtalas con paciencia, y que nada ni nadie te haga dejar ese sitio que la ley, la sociedad y el deber te han designado.

—¡Oh, madre mía! ¡cuánto mejor estaría al lado tuyo!—suspiró Cristina.

—¿Y crees que yo no te hallaré falta en mi soledad?—repuso la Condesa; —¡en mi soledad, que ahora va á ser tan completa y tan triste! Pero, hija mía, resignémonos á la voluntad de Dios y hagamos nuestro deber; el saber sufrir es la gran ciencia de la vida: tu sitio es al lado de tu padre; el mío, por hoy, es mi solitaria casa.

Cristina obedeció, como siempre: era un corazón destinado desde la infancia al sacrificio; pero hallaba un consuelo profundo en obedecer aquella dulce voz que le enseñaba el camino del deber. ¡Feliz en este mundo el desdichado que tiene una guía tierna e ilustrada que le sirva de amparo y de sostén!

Los esposos quedaron solos y completamente dichosos; se adoraban. La vida de Daniel era una completa y perpetua embriaguez: sólo él hubiera podido decir las monerías increíbles de Adriana, su gracia infantil e indolente, su coquetería nativa y que matizaba de mil encantos todos sus movimientos. ¡Era tan dulce, tan lánguida, tan adorable! ¡Nada pedía y todo lo deseaba! La sonrisa de sus labios se aliaba á la de sus ojos medio dormidos, que estaban llenos de centellas y de promesas!

¡Para Daniel todo eran gracias en su mujer; gracias dulces, inocentes, incomparables! Y esta criatura maravillosa amaba á su marido con toda el alma y con toda la vehemencia de la pasión primera.

Entren con nosotros los benévolos lectores á un gabinete que sirve de alcoba nupcial, y hallarán en él á los dos esposos: es una habitación extraordinariamente lujosa, vestida de raso de Lyon color de topacio, con ramilletes azules; inmensos espejos ocupaban los cuatro ángulos; los muebles parecen hechos para la más refinada molicie: divanes sin respaldo, pufs de gran tamaño; un lecho de reposo al lado del balcón, y un lecho esculpido, con cortinas de raso topacio recogidas con cordones de seda azul; una papelera antigua y una lámpara de flores: tal era, con algunos sillones, el mueblaje de este aposento.

Pero la inercia y el desorden se advertían en todos los detalles: sobre una mesa, un pañuelo de batista con rico escudo bordado é impregnado de un fuerte perfume, si bien excesivamente manchado y ennegrecido; sobre una silla, un peine de concha; en un rincón, y caído en el suelo, se veía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

un bastidorcito de falda que contenía una tapicería empezada; más allá, tirado un elegante peinador de muselina, con ricos bordados y lazos color de rosa; tendida en el lecho de reposo estaba Adriana: llevaba una bata de cachemir listado, de blanco y rosa, y sus abundantes cabellos, de un rubio vaporoso y ceniciento, se escapaban en largas mechas de una toquilla de blonda blanca, anudada bajo su barbita delicada, encantadora y adornada de un gracioso hoyuelo.

Adriana era alta, y su estatura ocupaba todo el canapé ó lecho de reposo, sobrepasando aún sus pies: uno, calzado con una chinela de raso azul, le tenía apoyado graciosamente en el respaldo del lecho; el otro, calzado de una elegante media de seda color lila, colgaba fuera del canapé y hasta el suelo; la chinela se hallaba á alguna distancia, pues se había caído del pie, y la linda propietaria de éste no se había cuidado de volver á calzársela.

Las manos de Adriana, largas y afiladas, blancas como el nácar y cruzadas de venas azules, salían de una nube de encajes que guarnecían su chambra; otra nube igual, si bien más ajada, acariciaba su cuello; con los ojos perdidos en el espacio, la actitud seductora y provocativa, la boca sonriente y soñadora, la joven esposa jugaba con los cordones de su bata, y parecía sumida en la voluptuosidad de su dicha.

Daniel, de pie al lado de los cristales de la ventana, miraba á los árboles del paseo, y tocaba con

los dedos una sonata imaginaria; su cara, hermosa y expresiva, pintaba una dicha profunda; pero de vez en cuando asombraba sus facciones una expresión de fatiga, y pasaba por sus ojos un relámpago de zozobra y de inquietud.

Después de algunos instantes de silencio, se volvió hacia su mujer, fué á hablar, se detuvo, y volvió á su sonata en los cristales.

Por fin, cansado ya de aquella diversión, se volvió bruscamente hacia Adriana, y pareciendo tomar una resolución, le dijo:

—Querida mía, ¿no te veré yo hoy en pie?

—¡Estoy aquí tan bien!—murmuró dulcemente Adriana.

—¡Te has levantado á las doce, has almorzado y has vuelto á tenderte aquí; son las cuatro!

—¿Y qué importa?

—A ti, nada, ya lo veo; pero á mí me aburre el estar solo.

—¿Pero no estoy yo contigo?—preguntó Adriana ahogando un bostezo.

—No; no te oigo la voz, y á veces creo que te has dormido; me he cansado de leer, de fumar, de tocar el piano; vamos, Adriana, levántate, vístete y saldremos: hace una bella tarde de primavera.

—Pues ven á que te abrace y me levanto.

Daniel se arrodilló ante el canapé, y apoyó sus labios en la blanca mejilla de la mimosa niña; ésta le echó al cuello sus dos brazos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Estar así contigo es el cielo!—murmuró dulcemente Adriana;—¿por qué salir de casa ni buscar el fastidio, dejando la dicha?

—Adriana, no volvamos á lo que ya estás haciendo hace tres meses: ¿no hemos de pasar la vida juntos? ¿Por qué te empeñas en no salir, en no ir á ninguna parte desde que nos hemos casado? ¡Esto es fatigoso!

—Para tí, acaso; pero no para mí,—dijo Adriana con acento de triste reproche.

—Lo es para los dos, no discutas acerca de eso; levántate y ve á vestirte: ¡quiero salir contigo, quiero lucir á mi mujer!

—¡Sea!—dijo Adriana sentándose en el lecho; desatando la toquilla que sujetaba sus cabellos, cayeron éstos por sus hombros y espalda como un manto de seda.

—¡Qué hermosa estás así!—exclamó su marido con involuntaria admiración.

Alcanzó el lindo chapín de raso y lo puso en el pie de Adriana, pequeño y delicado como el de una niña.

—¿Te parezco bonita así?—preguntó con coquetería.

—¡Me pareces adorable!

—Siéntate aquí un instante, á mi lado.

—¡Adriana, por Dios, es muy tarde!

—¡Un momento solo!

Daniel se sentó dócilmente. Adriana apoyó en el hombro de su marido sus dos manos cruzadas

y en ellas su cabeza: el fuerte perfume de sus cabellos desatados subía hasta el cerebro de su marido.

—¡Serías capaz de dormirte así otra vez!—dijo Daniel levantándose impetuosamente para sacudir el filtro.—¡Vamos, ni un minuto más! Ve al tocador.

En aquel instante sonó el timbre de la puerta, se oyó el crujido de un traje de seda, y Leocadia, ya Condesa del Villar, bella, radiosa, alegre y triunfante, entró en el dormitorio.

Adriana volvió á recostarse en el canapé con los cabellos esparcidos y sin tomarse la pena de recogerlos.

—¡Mi adorada Adriana, mi ángel, mi cielo!—exclamó echándose de rodillas al lado de su hija,—¿estás mala? ¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?

—¡Cómo!—exclamó airado Daniel.—¿has vuelto á recostarte otra vez?

—¿Y qué más da, mientras hablo con mamá?—respondió tranquilamente Adriana, volviendo á su madre sus caricias;—calla un instante y me levantaré.

—¿Y por qué te has de levantar si no tienes ganas, amor mío?—exclamó la Condesa;—¿quién te obligará á ello?

—Daniel se empeña en que he de salir á paseo.

—¿Serás tan tirano, amigo mío?—exclamó la joven madre.—¿No sabes que nuestra niña no está buena, que la acometen mareos y que es muy delicada?

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pero, señora, si la vida que hace no puede ser más nociva y más perjudicial!

—Cuando no sale es porque no tiene gana: por consiguiente, déjala.

—¡Entonces, me voy solo: yo necesito respirar el aire libre! Me ahogo en este aposento cargado de perfumes, y cuya temperatura es sofocante por lo cálida.

—¡Como que estamos en Abril, y tenéis una chimenea muy fuerte!

—Es Adriana quien lo quiere así.

—¿Vendrás pronto?—dijo Adriana lánguidamente.

—Sí: voy sólo á ver á mi madre; pero sal tú con la tuya, ya que no quieres salir conmigo.

—Eso no sería justo, ni yo lo permitiría—dijo melosamente la viuda.—Saldrá contigo esta noche para venir á mi casa: es mi día de recepción.

Daniel salió, y la madre y la hija quedaron solas.

Ambas lo deseaban: un lazo fuerte é inquebrantable unía á aquellas dos criaturas. Fuerte la una para el mal, débil la otra para el mal como para el bien. Leocadia era la fuerza, la guía de su hija. Adriana adoraba á su madre.

Esta última empezó á dar consejos á la joven, lenta, dulcemente, con su voz de sirena y sus acentos con inflexiones extrañas, variadas y llenas de encanto.

Quitóse el sombrero y los guantes, levantó á su

hija como á un niño, la sentó en el sofá, y tomando en sus pequeñas manos la copiosa cabellera desprendida, empezó á trenzarla y á recogerla.

—Basta ya de molicie y abandono—la decía á media voz: —el mejor de los maridos se cansa también, amor mío, de mimar siempre; tan sólo una madre no se cansa jamás: yo te idolatro, él no hace más que amarte; contémplale y mímale á tu vez, no porque yo desee que le ames, sino porque él siga amándote; si te apasionaras de Daniel serías desgraciada, y yo no quiero que lo seas; el amor es una tortura; yo quiero librarte de ella; huye por tu parte que te adore tu marido, para que puedas dominarle, pero tú no le ames; hazle, sí, que te complazca en todo; para eso ha nacido pobre, para eso me lo deberás todo á mí, y esa es mi gloria mayor. ¡Sí, por tí me he casado con ese misántropo aborrecible, para que tengas dinero á manos llenas; ahora verás lo que te traigo, y además tienes ya en casa un maravilloso traje de baile para el que voy á dar... y joyas nuevas! ¡Ya verás, ya verás!

Adriana escuchaba á su madre como una embriagadora melodía: todo su débil ser se estremecía y palpitaba con aquellas palabras tiernas é impregnadas de un veneno sutil. ¿Qué idea de fortaleza, de virtud, de deber, de sacrificio, podía albergarse en aquella alma así mecida, así mimada, así torcida en toda idea noble y grande?

Leocadia dejó el pelo enrollado en la parte su-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perior de la peregrina cabeza de su hija, é hizo morder el rodete á un peine de concha, que lo sujetó al menos por el pronto, y después, sacando del bolsillo de su paletot de terciopelo una carterita de marroquí rojo, la puso en la falda de su hija.

Estaba llena de oro y de billetes de Banco, según mostró en su seno al abrirla Adriana sonriendo.

—¿Cuánto hay, mamá?—preguntó con indolencia.

—¿Qué sé yo? No he contado: dos ó tres mil duros; en aquellas arcas de hierro no hay que contar para sacar dinero: gasta y pide cuando se acabe, porque de seguro, ese imbécil de Daniel no gana con su bufete ni para tus guantes.

—¡El primer mes gastamos la asignación de su hermano!—dijo la joven riendo.

—¡Lo creo! ¡Gran asignación!

—Aún tiene menos la Condesa, su madre.

—No le des ese nombre—observó Leocadia, cuya fisonomía tomó una expresión trágica.—Ya no hay otra Condesa del Villar que yo.

—Pero también llaman así á la madre de Daniel.

—Y hacen muy mal; dejemos esto y ven á vestirte: es forzoso que esta noche te vean en mi salón; van á presentarme un extranjero de mucho mérito.

—¿Un extranjero?

—Sí, un brasileño: se llama D. Román da Silva, es fabulosamente rico, y pasa su vida viajando ó en un soberbio castillo, con dilatadas tierras, que tiene á algunas leguas de Río Janeiro; me lo presenta Clotilde, que le conoció en París, donde hacía gran papel en la alta sociedad, no sólo como hombre de mundo, sino como un poeta de primer orden.

—Mamá—dijo Adriana lánguidamente,—estoy mala: tengo una dejadez que no me permite andar, y me harás mil favores con dejarme en casa descansando.

—¡Descansando! ¿De qué? ¡Vas á concluir por ponerte mala de veras! Lo que padeces ya lo sé yo: te hallas al principio de un embarazo; por consiguiente, lo que te conviene es el movimiento y la distracción; vamos, hoy como con vosotros y no me iré sin tí; en tanto llega la hora de la comida, vamos al tocador para elegir tu vestido.

Adriana se levantó del lecho de reposo, obedeciendo al fin á aquella dulce, pero imperiosa presión, y apoyándose en el brazo de su madre, dió algunos pasos hacia la puerta.

—¿Y Cristina?—preguntó de repente.

—¿Qué sé yo?—respondió su madre.—Apenas la veo más que cuando se sienta á la mesa, dos veces al día; ni me habla, ni le hablo, ni me acuerdo de que existe más que cuando, con bastante disgusto mio, la veo cerca de mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Seis ó siete horas después, los salones de los Condes del Villar resplandecían como los de un palacio encantado: la escalera, alfombrada y llena de macetas con flores; el alumbrado, *à giorno;* los numerosos criados, vestidos con calzón corto, casaca galoneada y medias de seda; los torrentes de luz y de armonía que se escapaban por los abiertos balcones, decían á los transeuntes que, á pesar de ser ya los tibios días de la primavera, tenía lugar allí una fiesta que ganaba en esplendidez á todas las del invierno.

Los dichosos que habían sido invitados á contemplar las bellezas del interior, estaban como extasiados: todo era nuevo allí. Aunque la invitación se había hecho *para un baile*, apenas se bailaba, y el director de orquesta había sido advertido para que sólo se tocase cada hora un rigodón ó un wals, de modo que se bailaban cuatro ó cinco cosas durante la noche.

Lo que se hacía más era hablar, admirarse ó envidiarse unos á otros; tomar té, dulces y helados, y desde las dos á las cuatro, cenar sentados cómodamente en las dilatadas mesas del soberbio comedor.

Al baile se le había dado el carácter de «íntimo.»

Íntimo era, en efecto, y tanto, que la franqueza que en él se respiraba se hubiera parecido algún tanto á la licencia, á no ser por la cultura exquisita de la forma; la seriedad se había refugiado en un grupo de hombres encanecidos que hablaban en uno de los gabinetes, y que por sus muchas condecoraciones y cruces se conocía que ocupaban en el mundo elevada categoría; los demás se divertían con bastante libertad, y cada uno según su gusto.

Cada uno de los personajes de esta historia presentaba á los ojos de un observador inteligente un carácter distinto y extraño. El Conde, serio, grave y silencioso, se sentaba á ratos en un ángulo del salón, y otros iba á hablar á alguno de los concurrentes, con el aire de un hombre que cumple un penoso deber. Era de nuevo el Marcelo adusto é hipocondriaco que ya conocemos: alucinado por poco tiempo con esperanzas de ventura doméstica y con sueños de amor correspondido; deslumbrado con encantos que no conocía, con brillantes ilusiones que habían turbado su firme razón, volvía á la realidad amarga de la vida; veía á aquella Leocadia tal como era, tal como él la adivinaba antes que le hubiese administrado el filtro fatal de la seducción, y se sentía oprimido, sofocado como con un dogal de hierro, al que se resistía su férrea voluntad.

Cerca de él vagaba Cristina, melancólica como Ofelia, y resignada como una virgen cristiana; su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

traje era muy sencillo, pero de una suprema elegancia, aunque pensara lo contrario su madrastra: llevaba un vestido de crespón blanco y liso, adornado con guirnaldas de verde hiedra, entre la cual, de vez en cuando, reía una campanilla rosada ó azul; un collar de hojitas de hiedra, más pequeñas que las de las guirnaldas del traje, ceñía el blanco y esbelto cuello de la joven, y este lindo y fresco capricho tenía una gracia indecible y encantadora.

Los hermosos cabellos negros de Cristina se hallaban sencillamente recogidos en la parte superior de la cabeza, descubriendo la nuca, gallarda y elegante; y un solo rizo, lánguido y casi deshecho, caía por su espalda, partido con una raya visible, de la gran masa de sus cabellos.

No había una vez que el Conde tendiese en torno suyo una mirada sombría y triste, que no encontrase como lenitivo los dulces ojos de su hija, llenos de ternura y de sonrisas.

Leocadia era la reina de la fiesta: nada más espléndidamente sencillo que su traje de faya blanca y mate, y que su aderezo de diamantes y perlas; el traje, de moda más exagerada que todos los que alfombraban los salones con sus regias colas, estaba sobriamente guarnecido de encajes tan ricos, que su precio representaba una inmensa suma; un grupo de lirios blancos de agua con largas hojas aterciopeladas, en las que brillaban menudos diamantes como gotas de rocío, adornaba su

peinado, y otro grupo igual el lado izquierdo de su pecho; nada más sencillo y más bello.

¿Y Adriana, no la ve ya el lector en su pensamiento como una visión vaporosa y casi alada, como la personificación de todas las elegancias y de todas las gracias?

Pues aun así quedará muy atrás de la realidad, que sobrepujaba mucho á los más encantadores sueños de la imaginación.

Llevaba un traje de faya color de rosa muy pálido, adornado de encajes blancos y de rosas de bengala, de una pureza y frescura ideales; su rubia cabellera, mal prendida y mal sujeta al parecer, formaba dos grandes lazos, batidos y vaporosos, separados por dos rosas que parecía se iban á deshojar: uno de los lazos dividía los dos bandos ondulados que coronaban dulcemente la frente, abovedada y estrecha; y el otro, prendido un poco más detrás, pero en la parte superior de la cabeza, dejaba volar por todas partes mechones rizados y desiguales de cabellos, que rodeaban su lindo y admirable rostro de una aureola vaporosa y dulce.

Adriana, delgada siempre, lo estaba más desde que se había casado: su talle de ninfa cabía en la mano; y no obstante, la perfección de su busto era extrema, y lo que se veía de sus brazos, cubiertos casi con guantes blancos de diez botones, robaba las miradas por su gracia juvenil y perfecta.

Un collar de perlas menudas de ocho vueltas ce-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñía su cuello, largo y esbelto como el de la Diana cazadora, y se cerraba con un broche de brillantes, ovalado y de gran tamaño.

Leocadia vagaba de grupo en grupo; reía aquí, lisonjeaba acá, aplaudía á todos, alentaba á todos, criticaba con las mujeres, daba su aquiescencia á los hombres, sabiendo que es el mejor modo de lisonjearlos, y no cerraba la boca un solo instante; su hija, de pie entre un grupo de jóvenes elegantes, departía con ellos lánguidamente, y oía sus lisonjas como una imagen recibe el incienso que le es debido.

—Si esto es un baile íntimo, ¿qué será el grande que habrá en esta casa?—decía un *gomoso* con aire de admiración.

—Ignoro la sorpresa que mi madre les tendrá preparada, señores,—repuso Adriana sonriendo.

—¿Será posible que usted lo ignore?

—Nada hay más positivo.

En aquel instante Adriana sintió que la tocaban en el hombro, y se volvió, hallándose cara á cara con su marido.

—Es la una y media—dijo éste con voz que la hacía temblar,—y no me siento bien: retirémonos, Adriana.

La mimada niña se encogió de hombros, y volviéndose al grupo, prosiguió la conversación, sin hacer caso para nada de su marido.

—Vamos, Adriana,—repitió éste.

—¡Déjame en paz!—exclamó la joven.—Cuando no quería levantarme te enfadabas, y ahora que estoy bien, quieres llevarme á casa antes de cenar: ¡qué tiranía!

—¡A casa!—repitió al lado de Daniel la voz de Leocadia.—¿Quién piensa en eso?

—Yo, señora—respondió Daniel lívido de despecho:—quiero que nos retiremos, porque no estoy bueno.

—Luego, luego—repuso la viuda, que tomó á su hija del brazo y la separó del grupo masculino, conociendo fácilmente de dónde nacía el enojo violento de Daniel;—ahora voy á presentar esta niña al Conde.

Alejáronse madre é hija y Daniel las siguió.

—¡Qué imprudencia!—exclamó éste.—¿Crees que no han de criticarte al verte hablar media hora seguida en un grupo de hombres solos?

—Pues yo, cuando iba con mamá á los salones, hablaba con quien quería.

—Es verdad; y luego he sabido lo que decían de las dos, en cuanto á vuestros modales demasiado libres.

—Si hemos de cuidar de lo que dicen...

—¡No hay más remedio! Y ahora, si quieres que no te obligue á retirarte, siéntate.

—¡Ya me haces el tirano!—exclamó Adriana.—No lo esperaba tan pronto.

En aquel instante apareció la Baronesa de la Calzada á la puerta del salón, apoyada en el brazo de un personaje, en cuyo pecho brillaban mu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chas condecoraciones, y seguida de un joven que apenas contaría veintidós años.

Este era su marido.

Aquél, D. Román de Silva, el opulento brasileño que iba á presentar á la Condesa.

Esta, que había juzgado prudente no darse por entendida del enojo de Daniel, se levantó y dió dos pasos para recibir á su amiga.

Clotilde venía ataviada con la gracia coqueta y estudiada, con la suprema maestría de una persona aguerrida en las luchas y en las victorias de los salones: su vestido, de raso color de púrpura, ceñía perfectamente su figura, y se hallaba adornada con algunos encajes de gran valor; estrellas de brillantes temblaban en sus cabellos, y de brillantes eran las sartas que aprisionaban su redonda garganta, como lo eran sus pendientes y sus brazaletes.

La persona que le daba el brazo no contaba treinta años; de estatura mediana y de cabello negro y crespo, de color cetrino, de ojos negros y huraños, D. Román de Silva no tenía en su persona rasgo ni detalle que le separase de la más vulgar medianía: su bigote negro era basto y estaba ridículamente encerado; sus mejillas, enjutas, eran pálidas y angulosas; tenía las cejas grandes y las pestañas cortas y pobres; y todo esto parecía más vulgar por lo atrevido de sus maneras, á la vez ordinarias é insolentes; parecía un hombre constantemente irritado con cuanto le rodeaba, y que manifestaba su enojo hasta en la mirada y la sonrisa.

Detrás de esta pareja antipática se pavoneaba el joven esposo, con su cara insignificante, sus ojos abiertos y llenos de imbecilidad; su boca, abierta con una sonrisa estúpida, y su frente ancha y caída hacia atrás; el joven esposo de la vetusta coqueta tenía amarillos los cabellos, el bigote, las cejas y las pestañas; sus pies eran anchos y comunes, y sus manos grandes y huesudas hasta la exageración.

Acercáronse á Leocadia, que tenía á su lado á Adriana, y la saludaron, inclinándose profundamente el brasileño, y con una amistosa sonrisa Clotilde; en cuanto al Baroncito de la Calzada, la saludó también de una manera tan familiar como estúpida.

Los ojos de D. Román de Silva se fijaron en la peregrina figura de Adriana con una descarada insistencia: la joven, poco acostumbrada aún á aquellas miradas, bajó los ojos, y un sonrosado más subido que el de su traje invadió sus nacaradas mejillas.

Hecha la presentación, Clotilde se quedó al lado de la Condesa; el brasileño fué á apoyarse en en el ángulo de una puerta, y el Baroncito se confundió entre la multitud de tontos que, como él, pululaban en el salón.

Poco después, Daniel Villar, muy descontento de su mujer y de sí mismo, con el alma muy tris-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te, sin poder explicar por qué, salía con Adriana y tomaban el magnífico carruaje que para ellos sostenía y pagaba Leocadia con el dinero de su hipocondriaco esposo, el Conde del Villar.

III

Como unos quince días después de esta noche de recepción, se preparaba un baile *verdadero* en los salones de los Condes del Villar.

Había además en proyecto una gran comida y un concierto, donde debían cantar varias notabilidades extranjeras, ajustadas en el teatro de la Opera.

Adriana, tendida en una ancha butaca en su tocador, dormitaba; cerca de ella, y extendido en un sofá, había un vestido de raso blanco, cubierto con otro de tul sembrado de lunarcitos de plata; en un estuche se veía un collar de brillantes.

La puerta se abrió bruscamente, y entró Daniel; aunque eran las dos de la tarde, estaba vestido con la bata de levantarse; al entrar arrojó el cigarro habano que llevaba entre los labios, y pasó la mano por sus cabellos descompuestos.

Adriana, asustada con el ruido de la puerta, abrió los ojos.

—Podías entrar con más silencio,—dijo bostezando.

—Me ha convenido entrar así,—contestó Daniel con una brusquedad extraña.

—¿Qué tienes?—preguntó Adriana, mirándole por la primera vez atentamente.

—¡Deseos de dispararme un tiro!

Adriana bostezó, y se recostó de nuevo en la butaca.

—¿Cuándo es el baile en casa de tu madre?—preguntó su marido.

—Pasado mañana.

—Pues no irás.

—Daniel, ¿estás loco?—preguntó la joven.

—Poco me falta; pero aún me queda bastante razón para decirte que no irás á ese baile.

—Tú te chanceas, amigo mío.

—Nada de eso. No iremos á ese baile; y además, voy á devolver á tu madre el coche y los caballos: ¿no es ella quien lo paga?

—¿Y quién ha de ser?

—¡No lo sé! Estamos al borde de un abismo de deshonor y de infamia, y nada me extrañaría ya.

—No tengo ganas de descifrar logogrifos,—dijo Adriana con desdén.

—Entonces te descifraré yo éste: estás gastando un lujo que yo no pago, ni puedo hacerlo; y esta situación, vergonzosa para tí y ridícula para mí, es forzoso que cese.

—Mi madre paga, en vez de darme una dote, todo el lujo que gastamos,—observó Adriana.

—¡Y qué!—exclamó Daniel.—¿Me crees tan ni-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te, sin poder explicar por qué, salía con Adriana y tomaban el magnífico carruaje que para ellos sostenía y pagaba Leocadia con el dinero de su hipocondriaco esposo, el Conde del Villar.

III

Como unos quince días después de esta noche de recepción, se preparaba un baile *verdadero* en los salones de los Condes del Villar.

Había además en proyecto una gran comida y un concierto, donde debían cantar varias notabilidades extranjeras, ajustadas en el teatro de la Opera.

Adriana, tendida en una ancha butaca en su tocador, dormitaba; cerca de ella, y extendido en un sofá, había un vestido de raso blanco, cubierto con otro de tul sembrado de lunarcitos de plata; en un estuche se veía un collar de brillantes.

La puerta se abrió bruscamente, y entró Daniel; aunque eran las dos de la tarde, estaba vestido con la bata de levantarse; al entrar arrojó el cigarro habano que llevaba entre los labios, y pasó la mano por sus cabellos descompuestos.

Adriana, asustada con el ruido de la puerta, abrió los ojos.

—Podías entrar con más silencio,—dijo bostezando.

—Me ha convenido entrar así,—contestó Daniel con una brusquedad extraña.

—¿Qué tienes?—preguntó Adriana, mirándole por la primera vez atentamente.

—¡Deseos de dispararme un tiro!

Adriana bostezó, y se recostó de nuevo en la butaca.

—¿Cuándo es el baile en casa de tu madre?—preguntó su marido.

—Pasado mañana.

—Pues no irás.

—Daniel, ¿estás loco?—preguntó la joven.

—Poco me falta; pero aún me queda bastante razón para decirte que no irás á ese baile.

—Tú te chanceas, amigo mío.

—Nada de eso. No iremos á ese baile; y además, voy á devolver á tu madre el coche y los caballos: ¿no es ella quien lo paga?

—¿Y quién ha de ser?

—¡No lo sé! Estamos al borde de un abismo de deshonor y de infamia, y nada me extrañaría ya.

—No tengo ganas de descifrar logogrifos,—dijo Adriana con desdén.

—Entonces te descifraré yo éste: estás gastando un lujo que yo no pago, ni puedo hacerlo; y esta situación, vergonzosa para tí y ridícula para mí, es forzoso que cese.

—Mi madre paga, en vez de darme una dote, todo el lujo que gastamos,—observó Adriana.

—¡Y qué!—exclamó Daniel.—¿Me crees tan ni-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡De malas madres! ¿Quién cuida de sus hijos?

—Una aya y varias criadas.

—Mis hijos, los tuyos, Adriana, no tendrán aya, porque nuestra fortuna no basta para eso.

—¡Sí basta, porque la pagará mi madre!

—¡Basta!—gritó Daniel en el colmo de la cólera.—No vuelvas á nombrar á tu madre, y envíala á decir que no espere verte en esa fiesta escandalosa que va á dar en su casa.

Adriana era débil y asustadiza, porque era culpable: la cólera de su marido la espantó, y cubriéndose el rostro con las manos, echó á llorar.

En aquel momento se oyó parar un coche á la puerta; la joven se precipitó fuera del tocador; al llegar ella á la antesala, entraba otra persona, en cuyos brazos se dejó caer llorando: la media luz la engañó, porque creyendo buscar amparo y valor en el seno maternal, se halló en los brazos de su suegra, la Condesa viuda, la madre de Daniel.

Este, que había seguido á su mujer, separó á ésta de los brazos en que se había refugiado, y la condujo al salón; su madre los siguió.

—Adriana—dijo Daniel con voz que la cólera hacía temblar,—Dios ha querido que en la situación de ánimo en que yo me hallo, no haya sido tu madre la que haya llegado; ella te hubiera dado la razón de tus sinrazones, y yo no hubiera podido responder de mí; por fortuna, es mi madre la que llega: oye su voz y sus consejos, mientras yo

voy á ver á la tuya y á decirle lo que ya hace tiempo debiera haberle dicho.

Daniel, dichas estas palabras, salió de la habitación, y las dos mujeres quedaron solas.

Hondas huellas había dejado el dolor en el noble y simpático rostro de la ilustre viuda: todo lo que su amante corazón había previsto de desgracia y de dolor para su hijo, se había realizado. ¡Daniel era infeliz! ¡Daniel sufría, y sufría sin remedio!

¡Qué horrible tormento para aquella amante madre!

Al ver á Adriana, á la causante de sus penas, á la criatura que había encadenado á Daniel con una infelicidad perdurable, un sentimiento amargo anegó el corazón de la Condesa; pero bien pronto la natural bondad de su alma dominó en ella; miró á la débil criatura que lloraba con el rostro entre las manos, y pasando un brazo por detrás de su talle, la hizo alzar la cabeza, secó sus ojos con su propio pañuelo, y la besó en la frente con ternura.

—Vamos, hija mía, sosiégate—le dijo con dulzura;—ninguna pena de la vida se alivia llorando; las lágrimas no nos enseñan la solución de ninguna situación difícil.

—¿Y qué he de hacer ante el injusto enojo de Daniel, señora?—exclamó airada la joven.

—Lo que hacen todas las buenas esposas.

—¿Y qué hacen?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Procurar calmarlo.

—¡Ah, señora! ¡Yo temo que alguna celosa, que alguna maligna influencia, se interponga entre mi marido y yo!

—¿Hablas de la mía?

Adriana guardó un silencio muy ofensivo para la madre de su marido.

—Oyeme—dijo ésta:—mi hijo está ya casado contigo, y el matrimonio es un lazo que ni se puede cortar ni deshacer; él te ama, y el perderte, sea moral ó materialmente, sería un dolor mortal para su corazón. ¿Crees que yo no te amo, siquiera por él, y porque tú eres el árbitro de su dicha?

—Creo que usted me aborrece, señora.

—Pues te equivocas: yo te amo, Adriana, y sólo deseo tu felicidad, á la cual está estrechamente unida la de mi hijo.

—¿No se oponía usted á mi casamiento?

—Hasta que ví el frenesí con que te adoraba.

—¿Y después?

—Después no. Yo anhelo sólo su dicha, y sabía que sin tí sería muy desgraciado.

—Ahora lo es también conmigo, según dice.

—Lo supongo, y hoy lo he visto; pero ¿por qué? ¿Qué sucede entre vosotros? ¿De qué se queja?

—De mi amor al lujo y á las diversiones.

—¿Y nada más?

—¿Pues de qué más pudiera quejarse?—preguntó la joven con tan inequívoca expresión de

candor, que un rayo de alegría pasó por el semblante de la Condesa, como pasa un rayo de luz por el epitafio de una losa funeral.

—Pues si sólo de eso se queja, no tiene razón.

Adriana miró asombrada á su suegra.

—La razón es tuya—prosiguió aquélla:—tu edad es la de las diversiones, y no has de renunciar ahora al lujo en que has sido educada.

—¡Cómo! ¿no le da usted la razón á Daniel?

—De ningún modo; y así que le vea, le diré lo que ahora te he dicho á ti: no debe privarte ni el fausto ni las diversiones.

—Es que—dijo la joven vacilante—no parece que tenemos bastante dinero para vivir con holgura.

—A mi hijo toca buscar los medios de tener más dinero.

Adriana miró atónita á la Condesa viuda.

—Sí—continuó ésta:—que trabaje en su bufete; ese es su deber imprescindible, porque al casarse contigo sabía dos cosas: que estabas habituada á una vida cómoda, fácil y opulenta; te aceptó con estas condiciones; te amó con ellas; ni debe ahora quejarse, ni hacer sufrir; yo ayudaré á mi hijo para que cumpla con el deber de hacerte dichosa, mi pobre Adriana.

—¿Y de qué modo?—preguntó tímidamente la joven.

—Con mis consejos.

—¿Y él los seguirá, señora?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Creo que sí, aunque haya uno que le parecerá un poco difícil.

—¿Puedo yo saber cuál es?

—Sin duda: tú puedes y debes saber todo lo que piensa y hace tu marido.

—Mi madre no dice eso—observó Adriana:—dice que para nada me cuide de lo que hace Daniel.

—El amor de tu madre, á fuerza de ser grande, es ciego—repuso la noble viuda, por cuyos labios pasó una amarga sonrisa; —sólo al precio de cuidarte de cuanto haga tu marido, serás amada de él.

—¿Y cuál es el consejo que le va usted á dar, señora? ¿El que le ha de parecer más difícil de seguir?

—Precisamente. Pues es que le pida á su hermano que aumente su pensión de alimentos.

—¿Al Conde?

—Al mismo: ¿qué hay de extraño en esto?

—Yo no creo necesario eso,—dijo Adriana, cuyas mejillas se habían vestido de un subido color de rosa.

—Pues yo sí, hija mía—dijo la Condesa con una dulce y benévola sonrisa.—Marcelo y Daniel son hijos del mismo padre: el primogénito, por un efecto de la acritud de su carácter, se propuso, después de viudo, mortificarnos á todos, y redujo todo lo posible la pensión de su hermano y la mía; yo no me quejo, porque me sobra con lo que tengo; pero á vosotros os falta, y es justo que Daniel pida.

—¡Ay, Dios! ¡Pero si ya me da tanto mi madre!—exclamó Adriana con un arranque irreflexivo.—¿Cómo el Conde ha de darnos por mi madre y por él?

—Tu madre te dará de su fortuna particular,—dijo gravemente María de Guzmán.

Adriana no contestó: estaba avergonzada y arrepentida de lo que había dicho.

—Habla—dijo la Condesa.—¿No es verdad que el dinero que te da tu madre le pertenece?

—No, no, señora: decía que nada tenía ya cuando se casó...

—¿Luego ese dinero...?

—Debe sacarlo de la gaveta del Conde.

El silencio siguió á estas palabras; un silencio triste y sombrío; después de algunos instantes, preguntó la Condesa:

—¿Sabe Daniel que tu madre te da dinero?

—No, señora,—respondió Adriana.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó fervorosamente la noble madre.

Y volviéndose á la trémula joven, añadió:

—¡No se lo digas, hija mía! ¡No se lo digas jamás, ó perderás para siempre todo su amor y estimación!

—Está bien: de lo último que mamá me dió, aún tengo ahí casi todo.

—Devuélveselo hoy mismo, y cuando necesites

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dinero, pídemelo á mí; yo haré que tu marido lo gane ó lo pida á su hermano; pero no admitas más un dinero que es robado...

—¡Señora!—exclamó Adriana levantándose rígida y helada.

—¡Robado!—repitió lenta y tristemente la Condesa.—Si no lo sabías, yo debo decírtelo para que no vuelvas á admitirlo. ¿Qué es robar? Tomar bienes ajenos contra la voluntad de su dueño. ¿Y crees tú que el Conde dará de buena voluntad lo que necesitas para sostener tu lujo? ¡No, no estés en ese error! El Conde aborrece tus gustos y la debilidad de Daniel para ti; pero si ve á éste desdichado; si le ruega que aumente su pensión; si le ve trabajar en el bufete día y noche, entonces le ayudará, y lo que gastéis será vuestro, y solamente vuestro. Hija mía—prosiguió la Condesa,—en breve serás madre; cuando lo seas verás cómo cambian todas tus ideas, cómo te cansas de bailes, teatros y paseos, y cómo ansías estar en tu casa y al lado de tus hijos. ¡Porque tú eres buena, mi amada Adriana, y aunque te han querido mucho, te han querido mal, y no han sabido hacerte dichosa!

—Es verdad, señora—dijo la joven:—hay en mi interior hace algún tiempo como una sombra obscura; es un desaliento, es un malestar inexplicable: voy con afición á las fiestas del gran mundo, y vuelvo con el corazón cansado y vacío; y sin embargo, yo amo á Daniel, soy dichosa á su lado;

preferiría la muerte á perderle... ¿Qué haré para tener paz en el alma, para tener el ánimo tranquilo y alegre?

—Pronto te enviará Dios el remedio supremo de todas esas nieblas del espíritu—dijo la Condesa:—tus hijos te consolarán de todo, y te harán la vida dulce y fácil; hasta entonces, hija mía, espera; el saber esperar es una de las grandes ciencias de la vida: espera, ama á tu marido, y evita la tentación que te he señalado, y que tú no conocías.

IV

Eran las diez de la noche, y en el pequeño hotel de la Condesa viuda del Villar reinaba un silencio apacible.

Un viejo criado, que servía de lacayo y de mozo de comedor; una camarera de edad madura, y una cocinera más joven que estos dos, componían toda la servidumbre de la Condesa.

Esta se hallaba en el salón con su nieta Cristina, que habitualmente pasaba con ella todas las veladas, desde las ocho á las once. A esta hora el viejo Frascisco la acompañaba á casa de su padre, de donde no quería la Condesa que faltase á dormir ni una sola noche.

La Condesa trabajaba en una labor gruesa de crochet: era una colchita infantil, y con eviden-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia destinada á una cuna, de lana de un azul vivo y un blanco plata.

Cristina trabajaba en un bello encaje irlandés, fino como la espuma, y que por las muchas varas que ya tenía rollado, se conocía era para guarnecer una colgadura de balcón ó un juego de cama rico.

Vestía la Condesa un traje de seda gris, ya un poco deteriorado y de modesta hechura: la falda tenía dos bieses, y la túnica otro más pequeño; un cuello liso con una corbata debajo, puños iguales y unos pequeños pendientes de oro, formaban todo su atavío.

La fisonomía de la Condesa estaba profundamente triste; pero su expresión apacible é inteligente era la misma que ya le conocemos.

Cristina llevaba un elegante, pero muy sencillo, vestido de seda negro; parecía una joven inglesa por la corrección de sus facciones y la serena pureza de su expresión; su cara estaba también profundamente triste; pero, como la de su abuela —y así la miraba con un cariño enteramente filial, —tenía una expresión de paz y de serena resignación.

—Mamá, ¿hago ya el te?—preguntó la joven después de oir las diez en el reloj de la chimenea.

—Espera un cuarto de hora, que aún puede venir Daniel, y desde luego vendrá el Duque.

Al dar esta respuesta, la Condesa dejó clavada la aguja del crochet, y pareció sumergida en una reflexión profunda.

—¿Qué tienes, madre mía?—preguntó la joven.

—¡Dos gemelos, dos hijos ya!—exclamó la Condesa como respondiendo á su propio pensamiento.

—¿Y qué mal hay en que Daniel tenga dos hijos? ¿No los quieres tú?

—¡Oh, más que á mi vida; quizá tanto como á mi hijo—murmuró la abuela,—¡y por eso lamento ya su suerte!

—Madre mía, al llegar al mundo esos niños son ya ricos de amor—dijo Cristina:—su padre los adorará, y su madre... su madre también.

—Sí, su madre los adorará también; pero eso no basta para que sea buena madre, y luego ¡qué porvenir, Dios mío! De nada ha servido el que tu padre haya aumentado la pensión de Daniel: los apuros son los mismos, y quizá mayores cada día.

—Ahora las dos nodrizas traerán un terrible aumento de gasto, ya lo veo—dijo Cristina;—y como Adriana tiene tan delicada salud...

—¡Y yo no puedo hacer nada, nada por ellos! —suspiró la Condesa.

—Yo haré que papá haga algo más por Daniel —dijo Cristina, cuyas mejillas blancas se vistieron de un bello sonrosado.—Pero ¡ay! esa mujer es cada día más cruel en su rivalidad, y quiere ser ella la que le dé el bienestar á su hija, sin que ésta lo reciba de su marido.

—Yo he conseguido de Adriana que nada reciba de esa madre fatal... pero es débil, moral y ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

terialmente hablando: va á tener privaciones, y entonces...

—Vamos, madre mía, no adelantemos los males que aún han de llegar, ó que quizá no lleguen nunca—dijo Cristina.—Dios cuidará de Daniel, de su mujer, de sus hijos. Dios es el padre de todos y el eterno dispensador de las mercedes humanas. ¿Por qué hemos de temer su abandono?

—Eres un ángel, mi amada Cristina—dijo la Condesa abrazando á la joven,—y quizás tus ruegos alcanzarán misericordia del cielo, porque nosotros nada podemos esperar para Daniel más que un trabajo sostenido y bien pagado, y mi pobre hijo pierde más cada día el hábito de trabajar... Es un espíritu débil, al que nada sostiene, y que se deja caer abatido... ¿Qué será cuando lleguen los días de las grandes amarguras?

—¿Y si no llegan?

—Llegarán, hija mía, llegarán: un triste presentimiento me lo dice.

—Entonces aquí estaremos nosotras para amarle, para animarle, para sostenerle... El saberse amado es la gran fuerza del hombre.

—Adriana le ama; hay que hacerle esta justicia.

—Pero le ama mal; le debilita en vez de fortalecerle; le mata moralmente; hay que empezar por educarla á ella, y no se deja educar.

—El amor de madre hace milagros—dijo la Condesa, por cuyos ojos pasó como un rayo de

júbilo;—esperémoslo todo del amor maternal.

—¡El señor Duque de Aguilar!—anunció Francisco alzando la portier.

Cristina se levantó con solicitud, y acercó al de su abuela un ancho sillón para el recién llegado.

Era un hombre de cerca de cuarenta años, jorobado, aunque no de muy pequeña estatura; su talla mediana era casi bien proporcionada, y á no ser por la gran prominencia de su espalda, sólo hubiera podido tachársele de tener el cuello muy corto; pero lo excesivo de aquel defecto le daba una apariencia grotesca y lastimosa.

Su cara era también fea é irregular: tenía los ojos grandes y obscuros, pero de tétrica expresión; la nariz, larga y aguileña, era corva como el pico de un ave de rapiña; la boca era grande, pero adornada de una bella dentadura, y se abría á menudo con una sonrisa amarga; tenía el rostro largo y la cabeza grande y poblada de cabellos grises, y en algunos sitios casi blancos; al derredor de la frente los cabellos se habían caído, y ésta aparecía ancha y desbastada por la cavilación, por el dolor, por mil amarguras terribles y silenciosas.

El Duque vestía completamente de negro; la blancura inmaculada de su camisa tenía un tinte azulado que hacía resaltar la limpidez de tres perlas pequeñas que la cerraban.

Sus guantes, de la clase más exquisita y de medio color; su calzado, que encerraba un pie estre-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

cho y elegante; la sencilla cadena de su reloj, todos los detalles daban al Duque una distinción suprema é inimitable.

—Bien llegado, amigo mío—dijo la Condesa tendiéndole la mano;—aunque tarde, le esperaba esta noche.

—Pues yo creí no poder venir—repuso el Duque dejándose caer en un sillón:—hoy he pasado un día cruel.

—¿De dolor en el pecho?

—¡De todo! La cabeza, el pecho, todo está en mí dolorido ó destrozado; pero me hallo tan mal en manos de los médicos, que hago un esfuerzo supremo para no caer.

—Sin embargo, amigo mío, es forzoso que se cuide usted,—dijo la Condesa.

—¿Para qué ó para quién, señora?

—Para usted mismo, para sus amigos.

—No merece la vida la pena de conservarse.

—¿Cuándo se curará usted de su misantropía?

—¡Jamás! Creo que irá en aumento.

—Y yo pido al cielo que no sea así, y se lo pido de todo corazón.

—¡El cielo!—repitió el Duque con amarga sonrisa.—¿Acaso el cielo se cuida de nosotros?

—¿Y quién lo duda?

—Yo, señora.

—¡Porque usted tiene la desgracia de dudar de todo!

—¡Ojalá pudiera creer! Pero dígame usted:

puesto que Dios ó el cielo rige nuestros destinos, ¿es él quien me ha hecho así? ¿Es Dios quien me quitó mi madre al nacer, quien me hizo contrahecho y deforme, quien me ha arrebatado á mi padre en la infancia, quien me entregó á tutores crueles que me abandonaron? ¿Es á Dios á quien debo una amarga vida, sin esperanza alguna de dicha, condenada á la soledad y al dolor?

La Condesa inclinó la cabeza y guardó un triste silencio.

—Preciso es, señora—prosiguió el Duque, con los ojos animados y los labios abiertos por una amarga sonrisa,—preciso es que usted convenga conmigo en que si Dios ha dispuesto las cosas así, no debo estarle muy agradecido, ni conmigo otros muchos seres tan castigados como yo, por su paternal bondad; y yo le aseguro que para hacer el mundo tal como está, no le hubiera hecho nunca.

—¡Amigo mío, usted blasfema!—exclamó la viuda con voz triste.—¿Por qué? ¿Halla en eso algún alivio á sus penas? ¿No lo hallaría más bien en la resignación?

—¡Ojalá pudiera tenerla, mi querida Condesa! pero eso no depende de nuestra voluntad; la resignación es la inercia, quizá la falta de sensibilidad, disfrazada con un nombre pomposo. Sin embargo, yo la tendría si pudiera; pero mi alma está ulcerada desde que vi la primera luz del día. Por doquiera, y sobre todo en mí mismo, he visto siempre el dolor, el egoísmo y la injusticia: he visto al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuerte atropellando al débil; á éste someterse cobardemente á la fuerza y á la violencia; he visto que el oro es el rey del mundo, y que la virtud es por todos despreciada y desconocida.

—Yo no he visto sólo eso—repuso la madre de Daniel:—he visto muchas otras cosas.

—Lo creo, amiga mía: á mí me faltan aún muchas que enumerar.

—Dígalas usted, pues, y cuando acabe hablaré yo.

—He visto—prosiguió el Duque—á una madre joven y hermosa, ofrecerme para esposa á su hija, que era un ángel de belleza; á mí, monstruosa figura señalada por la mano de la Naturaleza, que ha sido para mí la más despiadada madrastra. Si hubiera yo querido, señora, me hubiera casado con esa bella niña que hoy es la esposa de Daniel, y eso sólo porque soy millonario.

—Está usted en un error, señor Duque,—dijo gravemente María de Guzmán.

—Su madre me la daba.

—Pues ella se hubiera negado á ese casamiento.

—Creo que no.

—Yo estoy cierta de que sí, porque amaba á mi hijo.

—¿Creía que era rico tambien?

—Sabía que era pobre.

—Su madre, la misma Leocadia, se hubiera casado conmigo, rehusando su hija.

—Eso lo creo mejor, por ser más fácil; pero eso

ya no era venderse. Leocadia no es ya joven, estaba arruinada; ¿no se ha de conceder algo á la razón?

—Dejémonos de nombres bellos, Condesa—interrumpió el jorobado;—yo tengo hoy tanta bilis, que necesito aliviarla quejándome de todo lo creado; si usted no tuviera la bondad de oirme de vez en cuando, ya hubiera salido de este mundo.

—¡No sería usted capaz de semejante cobardía!

—¡Lo cobarde es estar aquí sufriendo uno y otro día lo que la suerte quiere enviarnos! No creo en nada, no amo nada: ¿para qué quiero estar aquí?

—Mi querido amigo, ¿y la fe religiosa? ¿y la esperanza de una vida mejor?

—Repito, Condesa, que yo no creo en nada; hace tiempo que he sacudido todas las mitologías de la infancia, porque soy viejo.

—¡Imposible! ¿Qué queda en la vejez si arrojamos las creencias?

—Queda el honor. Yo desafío á usted y á todos á que hallen una sola falta en mi vida; y soy un hombre honrado para demostrar á esos adoradores de los dioses carcomidos, que se puede ser mejor que ellos, y no creer en nada, sin embargo.

—¡Pero la falta de creencia de usted, mi pobre amigo, no hace daño á los demás, sino á usted solo!—dijo Cristina interviniendo por la primera vez en la conversación.—¡Es usted el desgraciado, el aislado, el solitario! ¡Ah, si supiera usted qué dulce es decir cada día al Supremo Hacedor: «há-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!»

—¿Es usted dichosa con ser tan religiosa, pobre niña?—preguntó el tenaz ateo á la joven.

—¡Sí, señor! No lo soy en absoluto; pero lo soy cuando entro dentro de ese mundo interior que llamamos la conciencia.

—¿Y qué le dice á usted ese mundo?

—Que la desgracia tiene fin, y que aún puedo ver algunos días felices sobre la tierra.

—¿Y si no los ve usted?

—Los veré en el cielo.

—No quiero quitar á usted tan consoladora esperanza—dijo el Duque tomando una taza de te que le presentaba Cristina;—y crea usted, hija mía, crea usted, señora, que las envidio mucho su paz interior en medio de tantos dolores como las aquejan; donde únicamente me hallo algún tanto tranquilo es al lado de ustedes dos, modelos de abnegación y de ternura; pero hablemos ya de lo que pasa por el mundo, donde yo voy con frecuencia á pasear mi fastidio. ¿Sabe usted, Condesa, que el héroe del día es D. Román de Silva?

—Nada sabía—contestó la viuda;—apenas salgo más que para ir á la iglesia ó á casa de mi hijo.

—Yo he visto á ese hombre,—dijo Cristina.

—¿Y dónde?—preguntó su abuela.

—En el último baile que dió mi padre, le presentó la Baronesa de la Calzada.

—Es un hombre muy opulento—dijo el Duque.

—Madrid está asombrado de su lujo; recién llegado se mostró enamorado de Adriana, y parece que hacía alarde de su afición.

—Ella estaba indignada—observó Cristina,—y hasta tal punto, que se negó á recibirle y hasta á saludarle; en cuanto á eso, la pobre niña es muy buena.

En aquel instante dió el reloj las once y media. Cristina hizo sonar un timbre y se puso de pie.

Un instante después apareció en la puerta el anciano criado que debía acompañarla.

La joven abrazó tiernamente á la Condesa, dió la mano al Duque, y salió de la estancia.

No bien se hubo alejado el ruido de sus pasos, el Duque acercó su sillón al de su amiga, y le dijo con misterio:

—He venido á decir á usted una cosa importante.

—¿Y qué es?—preguntó la Condesa con aire alarmado:—¿le sucede algo á Daniel?

—Nada más que estar pobre; pero eso no es nada comparado con la importancia del mal á que me refiero.

—¡Hable usted, por Dios! ¿Es á Daniel?

—¡Repito que no! Se trata del Conde... de Marcelo.

—¿Qué le sucede?

—Está desesperado con su casamiento.

—Todos lo suponemos.

—Aborrece á esa mujer, que le sedujo con sus artificios, que le explota y que le engaña.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pobre Marcelo!

—Esa mujer pasa las veladas con Román de Silva, sale sola con él, y con él va sola al teatro.

—Y Marcelo, ¿qué dice?

—Hasta hace poco nada había sospechado; pero un anónimo le ha puesto sobre aviso; matará á esa mujer, cuyo solo delito es la ceguedad del amor maternal. Viendo que Daniel no quiere ni tomar ni gastar el dinero que Leocadia daba á su hija, quiere sacarlo de cualquier lado que pueda ser.

—¡Pobre Marcelo!—repitió la Condesa.

—Es, pues, necesario, señora, estar preparados para una catástrofe, que indudablemente tendrá lugar: Marcelo matará á su mujer.

—Yo hablaré á Leocadia, yo la aconsejaré, yo haré que abra los ojos, para que el nombre de mi hijo no se manche con lodo y sangre.

—¿Y cuándo la verá usted, señora? El Conde ha recibido al mediodía una carta anónima donde le avisan de todo lo que sucede. De un instante á otro puede ocurrir una desgracia grave.

—Voy ahora mismo á casa de Marcelo—dijo la Condesa.—¿Quiere usted acompañarme hasta la puerta? Mi impaciencia no me permite esperar la vuelta de Francisco, que ha ido á acompañar á Cristina.

—Yo iré con usted,—dijo el Duque.

—Hasta la puerta sólo: es muy tarde.

—Para mí, desgraciadamente, son iguales todas las horas: nadie me espera ni se inquieta por mi ausencia; pero desde la puerta me iré; lo que no acierto es de qué manera se volverá usted á su casa.

—No lo sé; para mí ahora lo importante es ver á la Condesa, es hablarle, es decirle el riesgo que corre su vida, es convencerla para que abandone esa senda de perdición.

—Es tarde, señora.

—¡Ah, por Dios, no sea usted fatalista! Déjeme á lo menos la esperanza: los descreídos son como ese viento que hay que abrasa cuanto toca.

La Condesa llamó y entró su camarera.

—No me esperen ustedes—dijo:—así que venga Francisco, cierren y acuéstense; yo voy ahora á casa del señor Conde, donde pasaré la noche.

La Condesa se abrigó la cabeza con una toquilla de encaje, se cubrió con un pañolón y salió á pie con su amigo, que hizo retirar el soberbio carruaje que le esperaba.

V

Las doce sonaban en el reloj de Palacio cuando la Condesa y su amigo llegaban á la puerta del palacio del Conde del Villar.

¿Había ya entrado Cristina?

¿Se hallaba aún en el camino?

Esto es lo que su abuela se preguntaba con una incertidumbre llena de angustia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pobre Marcelo!

—Esa mujer pasa las veladas con Román de Silva, sale sola con él, y con él va sola al teatro.

—Y Marcelo, ¿qué dice?

—Hasta hace poco nada había sospechado; pero un anónimo le ha puesto sobre aviso; matará á esa mujer, cuyo solo delito es la ceguedad del amor maternal. Viendo que Daniel no quiere ni tomar ni gastar el dinero que Leocadia daba á su hija, quiere sacarlo de cualquier lado que pueda ser.

—¡Pobre Marcelo!—repitió la Condesa.

—Es, pues, necesario, señora, estar preparados para una catástrofe, que indudablemente tendrá lugar: Marcelo matará á su mujer.

—Yo hablaré á Leocadia, yo la aconsejaré, yo haré que abra los ojos, para que el nombre de mi hijo no se manche con lodo y sangre.

—¿Y cuándo la verá usted, señora? El Conde ha recibido al mediodía una carta anónima donde le avisan de todo lo que sucede. De un instante á otro puede ocurrir una desgracia grave.

—Voy ahora mismo á casa de Marcelo—dijo la Condesa.—¿Quiere usted acompañarme hasta la puerta? Mi impaciencia no me permite esperar la vuelta de Francisco, que ha ido á acompañar á Cristina.

—Yo iré con usted,—dijo el Duque.

—Hasta la puerta sólo: es muy tarde.

—Para mí, desgraciadamente, son iguales todas las horas: nadie me espera ni se inquieta por mi ausencia; pero desde la puerta me iré; lo que no acierto es de qué manera se volverá usted á su casa.

—No lo sé; para mí ahora lo importante es ver á la Condesa, es hablarle, es decirle el riesgo que corre su vida, es convencerla para que abandone esa senda de perdición.

—Es tarde, señora.

—¡Ah, por Dios, no sea usted fatalista! Déjeme á lo menos la esperanza: los descreídos son como ese viento que hay que abrasa cuanto toca.

La Condesa llamó y entró su camarera.

—No me esperen ustedes—dijo:—así que venga Francisco, cierren y acuéstense; yo voy ahora á casa del señor Conde, donde pasaré la noche.

La Condesa se abrigó la cabeza con una toquilla de encaje, se cubrió con un pañolón y salió á pie con su amigo, que hizo retirar el soberbio carruaje que le esperaba.

V

Las doce sonaban en el reloj de Palacio cuando la Condesa y su amigo llegaban á la puerta del palacio del Conde del Villar.

¿Había ya entrado Cristina?

¿Se hallaba aún en el camino?

Esto es lo que su abuela se preguntaba con una incertidumbre llena de angustia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un criado con una palmatoria de plata en la mano precedió á la Condesa al salón.

El Duque de Aguilar se había retirado desde el portal.

—¿Ha llegado ya la señorita?—preguntó la Condesa.

—No, señora,—respondió el criado.

—Cierre usted las maderas, y cuando venga, como no verá luz, no supondrá que hay nadie aquí; que nadie la diga que estoy.

—Está bien, señora Condesa.

—¿Y los señores, están?

—El señor en su cuarto; la señora no está.

—¿Hace mucho que salió?

—A las diez.

—¿Sola?

—De aquí... sola—contestó el criado con una risa equívoca é insolente;—pero la esperaban.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—Ya está aquí la señorita,—dijo el criado.

—Repito que no le diga usted que estoy aquí: esperaré la vuelta de la señora Condesa.

—Es que...—dijo el criado vacilando.

—¿Qué?

—A veces viene muy tarde.

—No importa.

—O no viene en toda la noche.

—No importa: vendrá por la mañana.

—Sea como la señora Condesa diga—dijo el criado;—¿quiere V. E. que encienda la chimenea? Aún están las noches frías.

—Gracias, nada necesito.

El criado saludó respetuosamente y se retiró.

La Condesa se acercó al balcón y abrió un poco las maderas; dos ventanas enfrente de la del salón donde se hallaba tenían luz: era la una del cuarto de Cristina, la otra la de la habitación de su padre; en la de aquélla todo era calma y quietud: á través de las cortinas de damasco, medio corridas, de la habitación del Conde, se veía á éste pasear con ademán agitado.

Marcelo, advertido por el anónimo que había recibido por la mañana, se hallaba en un estado de agitación y de cólera indescriptibles; ya no lloraba la pérdida de todas sus esperanzas de dicha: como una fiera enjaulada, bramaba de cólera, y maldecía la hora en que había enlazado su destino al de Leocadia.

Ignorante de todas las alegrías de la vida, pero conociendo muchos de sus dolores, el Conde del Villar tenía sed de dicha, y la presencia de Leocadia, de aquella Circe seductora, fué para él como una revelación de la ventura suprema; desde la primera vista quedó deslumbrado, y después no hubo seducción que la astuta viuda no emplease, gracia que no desplegase y atractivo que no pusiera ante sus ojos.

Desde la primera vez que Marcelo pisó la casa de Leocadia, se sintió atraído hacia ella por un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

atractivo indecible. Aquel lujo inteligente y deslumbrador; aquella atmósfera cálida y cargada de perfumes, le embriagaban; aquella mujer con su dulce y lisonjero lenguaje, con su perpetua elocuente sonrisa, con su gracia provocativa, hacían subir á su cerebro sueños extraños y llenos de mil desconocidas alegrías.

Leocadia se quejaba de la soledad en que el casamiento de su hija iba á dejarla, y el Conde, que era un tanto egoista, pensó en que él también vivía solo, porque las personas muy amantes de sí mismas piensan, al oir hablar de las penas de los otros, en las suyas propias, y se dice á cada paso:

—¡Más sufro yo!

Marcelo era egoista. ¿Y qué hombre no lo es? Ante la pasión que le inspiraba Leocadia y que le daba á beber como un filtro embriagador, pensó con sonrisa en su amor de niño por la esposa de su padre, amor tan noblemente terminado por aquélla, y en su cariño por Luisa de Brennes, con la que se había casado, queriéndola tiernamente, pero sin entusiasmo y sin amor. ¿Qué era todo aquello comparado con lo que sentía por Leocadia? ¿Qué eran sus ilusiones de niño y su cariño tranquilo por Luisa, comparado con aquella ansia de ver á la mujer que entonces adoraba, comparado con su afán de poseerla y de estar siempre á su lado, siempre escuchándola, y siempre pendiente del encanto de su voz?

El amor más fuerte, el más invencible de la

existencia, es el último; no hablemos de los hombres sin corazón, que pasan toda su vida amándose á sí propios, y sin otras necesidades que las de la vida exterior y las de la vanidad: los hombres que viven por el sentimiento aman de una manera invencible cuando ya llegan al ocaso de la vida, y piden al amor del alma los últimos rayos del sol para alumbrar el breve camino que ya les separa de la vejez y de la tumba.

El Conde amó, pues, por la primera vez á los cuarenta y cuatro años de su edad, y amó á una mujer dotada de todas las seducciones; á una mujer consumada en el arte difícil de agradar, y que había ya sujetado entre sus redes otros hombres más difíciles que aquel pobre é inexperto Marcelo.

¡Un misántropo inocente y millonario!

¡Qué rica y divertida presa para la viuda del banquero, para la astuta Leocadia!

Cristina ó su abuelo materno, el Conde de Brennes, eran las solas personas que hubieran podido evitar la ruina del Conde y aquel monstruoso enlace de un hombre de honor con una mujer aguerrida en el desorden, la mentira y la ficción; pero el anciano Conde, desde la pérdida de su hija única, había concebido tal aversión por España, que residía en Italia, y no pensaba volver jamás; cada mes escribía una carta lacónica, á la que la joven enviaba una larga y tierna contestación; el abuelo no contaba nada á su nieta de su vida; Cristina refería á su abuelo las escasas peripecias de la su-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya, y estas dulces confidencias de un alma ingenua constituían toda la dicha del anciano, aunque no lo expresaba así, para escribir lo menos posible.

En Italia había comprado el Conde de Brennes una bella posesión campestre, que habitaba en las cercanías de Nápoles: allí, decía él, se hallaba más cerca de Dios y de su hija; siendo niña de doce años Luisa, la había llevado su padre á aquellas bellas comarcas, que la extasiaban y que amaba con pasión; cuando murió asesinada por el dolor de haber perdido á todos sus hijos, menos á Cristina, y quizá también porque comprendía que no había sabido penetrar hasta el fondo del corazón de su esposo, el pensamiento del desgraciado padre, el primero, casi el único, fué huir de Madrid, é irse á sepultar en una de aquellas floridas campiñas que su Luisa amaba tanto.

Algunas veces había llamado á Cristina para que fuese á su lado; pero la niña le contestaba siempre:

—Papá está también solo y triste, y no puedo dejarle.

El anciano Conde supo con indignación el nuevo matrimonio de Marcelo. Su corazón, helado por los años (tenía ya setenta y cinco), no comprendía la necesidad de nuevos afectos. Pero Cristina, que amaba apasionadamente, que amaba á Daniel, comprendía el amor, y excusaba la necesidad de él que tenía su padre, por mucho que llorase el

que no le bastase á éste su amor y compañía.

Cristina, como ya se ha dicho, estaba casi olvidada de Marcelo durante los primeros meses del enlace de éste con Leocadia; adoraba á ésta, y por ella había llegado á querer á Adriana, á la que antes odiaba sólo porque aspiraba á ser la esposa de su hermano Daniel. La posesión de la madre de Adriana le parecía el complemento de todas las venturas de la tierra, y amaba á la joven por su madre, porque todo lo veía bajo el prisma encantador de su ventura.

Sus ilusiones no duraron más allá de un mes. Leocadia se le apareció en breve altanera, fría, dominante, incapaz de otro amor que el que profesaba á su hija; apoderada desde el primer día de todos los caudales de la casa; informada por su marido de las fincas y rentas que poseía; dueña de todo y de la voluntad de Marcelo, su lujo, sus trenes, su inaudito modo de gastar dinero, asombraron y casi asustaron al confiado esposo.

Nada hallaba Marcelo en su casa parecido á la dulce paz que había soñado.

Nada de aquel arreglo y orden perfectos; nada de la armonía encantadora que Leocadia le había pintado y prometido.

Todo había sido mentira, todo engaño y falacia, todo lazo grosero para obtener un título de Condesa, unido á riquezas inmensas.

La compañera que había elegido era la coqueta venal y sin corazón, la mujer endurecida en todas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las rudas luchas de la vida, en todas las batallas y sinsabores, que ya no ve más que espinas, ó lo que es igual, positivismo y prosa.

Y sin embargo, ni esta triste evidencia pudo abrir los ojos á Marcelo. Amaba tarde, y por lo mismo con una pasión ciega y desordenada, que resumía todas las pasiones que debían haber gastado su juventud serena y pasada sin aventuras y sin amoríos; hombre de honor grave y severo consigo mismo, nunca se había permitido seducciones ni engaños con las mujeres de su clase; orgulloso y aristócrata, las conquistas de vuelo bajo no tenían para él atractivo ninguno; poco expansivo, concentrado, tenía dentro de su alma inmensa fuerza para amar, y toda la había dedicado á aquel último cariño.

¡Pobre Marcelo!

La indiferencia de la Condesa hacia su marido, aunque afectaba maneras corteses y hasta afectuosas, llegó pronto hasta dejarle solo, y salir sola también cuando le parecía; idólatra del dinero, su placer más vivo era gastarlo y tener de él un manantial inagotable; algo del alma venal y maldita de su primer esposo había pasado á esta mujer; algo del terrible aventurero que había consumado la ruina de tantas familias, envolviéndolas en una quiebra fraudulenta. El dinero, después de Adriana, era la pasión dominante de Leocadia, y aun quizá le amaba á la par de su hija.

Cuatro meses después de su matrimonio, el

Conde quiso ver en qué estado se hallaba su caja, y la encontró vacía.

Llamó á sus administradores, y halló que habían dado á su mujer gruesas sumas adelantadas.

¿En qué se habían consumido tan grandes caudales?

¿Qué haría Leocadia del dinero?

Interrogada ésta por su marido, contestó con frialdad y altanería que lo había gastado, porque así lo había creído oportuno.

—¿Pero en qué?—insistió el Conde.

—¡En recibir un día á la semana, en dos carruajes y dos troncos nuevos!

—Nada de eso lleva tanto dinero, amiga mía—observó el Conde:—dime qué más has comprado, ó tendré que pensar que mis administradores mienten, al decirme que te han dado tan enormes sumas.

—He comprado dos aderezos.

—Ni aun eso justifica tan cuantiosos gastos, y te advierto que desde hoy tomaré yo la dirección de la casa.

La Condesa hizo un ademán altanero de desprecio, y salió de la habitación; pero en el alma de su marido quedó impresa la convicción de que Adriana y su marido disfrutaban de un lujo tan grande como el suyo, por las dádivas de Leocadia.

¿Sabía Daniel de dónde provenía aquel lujo?

Debía sospecharlo, puesto que sabía bien que el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dinero que daba á Adriana no bastaba para sufragarlo.

Esta convicción fué una de las más crueles penas de Marcelo. Amaba á su hermano con lealtad, con ternura, y este amor había sobrevivido en su corazón á todos los desengaños, á todos los golpes de la suerte; creía en la honradez, en la probidad de Daniel como en la suya propia, y hubiera querido mejor morir que verle degradado á sus ojos.

A este dolor, al dolor punzante de la duda, vino á unirse otro más terrible. Leocadia, desde que le habían prohibido el manejo de grandes sumas, estaba desconocida: una impaciencia sorda la devoraba; la madre no había aniquilado á la coqueta, á la mujer aclimatada en una atmósfera de desorden y de continuada y embriagadora galantería.

Ansiaba Leocadia dos cosas: homenajes incesantes, y dinero, mucho dinero. Las arcas de Creso no hubieran bastado á saciar su ambición; la privación de la riqueza se unió desde dos meses después de su casamiento, al tormento insoportable para ella de una vida tranquila, razonable y ordenada; esta situación era insostenible, y no podía durar.

VI

En tanto que María de Guzmán, Condesa viuda del Villar, esperaba paciente y tristemente á

aquella mujer, verdugo de la dicha de su hijo y de la paz de su familia; en tanto que Marcelo, encerrado en su habitación, edificaba planes de venganza, que su loca é indomable pasión por Leocadia destruía apenas formados, proseguiremos, lector querido, examinando la pendiente en que se hallaba Leocadia desde hacía seis meses, y que la había conducido al borde del abismo.

Los dos apetitos voraces de aquella funesta naturaleza necesitaban alimento: el primero, el más imperioso, era el de dominar á un sér fuerte que se doblegase bajo su yugo, y que la adorase y la lisonjease de continuo; esto lo había perdido desde su casamiento, que ella llamaba *fatal*, y no sin razón.

Marcelo la adoraba, es verdad; pero no se doblegaba, sino que, semejante al inflexible acero, antes se rompía; su carácter concentrado y sombrío, antes bien disimulaba y aun negaba la ternura que encerraba su corazón, que hacía alarde de ella: era un amante apasionado con todas las costumbres y maneras de un tirano, y Leocadia odiaba de muerte toda sujeción, y empezó á odiar muy pronto al tirano que ella se había buscado.

Hasta Adriana había escapado á su dominación: la joven débil, delicada, displicente, perezosa como una criolla, se había ido adhiriendo á su marido cada día con mayor sinceridad; era una naturaleza blanda y débil como la cera, que manos hábiles y experimentadas hubieran podido ele-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

var á la categoría de un ángel celeste. Daniel no tenía mundo ni firmeza de carácter para guiar á su mujer, y, sin embargo, con el solo prestigio de su amor, había conquistado casi por completo el corazón de Adriana.

Esta, pues, se separaba cada vez más de su madre, y esta madre funesta estaba sola, sin pasto para su devorante imaginación, para su afán de dominar, ni para sus caprichos de lujo y de magnificencia.

La aparición del brasileño D. Román de Silva fué para ella una revelación: ¡un hombre millonario, libre y bastante feo! ¡Qué hallazgo para ella, belleza llegada ya al otoño, aburrida de un esposo tirano, y condenada á pasar sola y sin dinero su vida!

¡Si el héroe de sus sueños se hubiera forjado según su fantasía, no podía tener condiciones mejores que el Sr. de Silva!

Adriana estaba pobre, y bien sabía su madre que la escasez invadía su casa; pero ella por sí nada podía hacer, pues el Conde había cerrado su caja y sus gavetas, sometiéndola al humillante castigo de la esposa que dilapida la fortuna conyugal y es privada de todos sus derechos.

En Leocadia, querer era poder en asuntos de seducción: tal y tan larga era su carrera en este género; en las primeras cortes de Europa había hecho tantos y tan ruidosos estragos en los más empedernidos corazones masculinos, que el nombre de Leocadia Torres había adquirido una triste celebridad. El honrado apellido de su padre había tenido el buen sentido de suprimirlo, por un rasgo de su sobresaliente talento.

El pobre brasileño era bastante cándido, y aunque hombre de sociedad, no había tropezado todavía con ninguna Circe que igualase en seducciones á Leocadia: ésta se hizo dueña de su voluntad en muy poco tiempo, y estaba ya en vías de hacerse señora de gran parte de su inmenso caudal, bajo el pretexto de asociarle á sus empresas y negocios particulares.

—Yo tengo—le decía—mis intereses separados por completo de los de mi marido, y yo soy la que se entiende con mis rentas de la misma manera que cuando era viuda: mi primer esposo me dejó una pingüe fortuna, y yo la he hecho producir mucho más. ¿No querría usted—añadió con una celestial sonrisa—probar la suya en algún negocio conmigo?

Puede figurarse el lector lo que contestaría el apasionado brasileño, rico de muchos millones y deslumbrado por la encantadora Leocadia.

Al día siguiente de esta insidiosa pregunta, le fué entregado un millón en una deliciosa carterita de tafilete con cantoneras y broche de oro adornado con brillantes.

Leocadia se rió mucho en su interior de la cándida buena fe de D. Román de Silva; pero afectando en su bello rostro la indiferencia más completa y más risueña, le dijo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Lo emplearemos en la compra de terrenos en la Fuente Castellana, que luego venderemos en el doble ó triple de su valor.

—Lo emplearemos en lo que usted quiera—dijo el brasileño;—pero voy á permitirme una advertencia.

—Ya la espero.

—Una parte de esa cantidad ha de ser para los pobres.

—¡Oh, mi Adriana!—exclamó con el pensamiento la Condesa.—¡Ya puedo llegar en tu ayuda sin pasar por el crimen de robar!

Y aquella mujer, descreída, materialista, disecada, por decirlo así, por el contacto del mal, sintió que subía una lágrima de su corazón á sus ojos.

—¿Y cuánto... pondremos para los pobres?—preguntó con su adorable sonrisa.

—Pondrá usted lo que quiera.

—¿Todo lo que quiera?

—Cuanto le plazca.

—¡Oh, gracias, amigo mío, gracias!—exclamó Leocadia con verdadera efusión y estrechando las manos de Román de Silva, que aunque muy feas y huesudas, le parecieron entonces adorables.

Desde aquel instante empezó á profesar á aquel hombre una involuntaria simpatía; su marido le impedía socorrer á Adriana, y Román le facilitaba los medios de hacerlo; su marido la trataba con desdén, y Román la colmaba de todas las muestras de una insensata idolatría: en el alma de la mujer más depravada y más fría, hay siempre mucha gratitud y ternura para quien la ama.

No conocía Leocadia lo que pasaba en el alma de su marido; éste la idolatraba de una manera más fuerte que el brasileño: con el amor del alma. Porque no era lo que lloraba el Conde el desamor de su esposa en lo que tenía de material: lo que lloraba era la viudez del corazón, que experimentaba por la primera vez; lo que lloraba era la intimidad moral que había ansiado hallar con Leocadia; esta esperanza le había llevado al altar; á la edad de Marcelo, las ilusiones han tomado vuelo, como una bandada de blancas palomas que dejan un jardín devastado, por praderas más floridas, y es preciso que esté el corazón muy frío y muy seco para no ansiar un cariño verdadero y profundo, cuando ya han huído para no volver los dulces sueños de la juventud.

Marcelo amaba á su segunda esposa de una manera involuntaria, pero fuerte y profunda; abrigaba él la esperanza de conducirla al buen camino, cuando la primera sospecha, el primer dardo de los celos, se deslizó en su corazón.

Varias veces, al volver á su casa, había visto bajar á D. Román de Silva, que le había saludado ceremoniosamente. Recordaba el Conde que el brasileño le había sido presentado una noche por la Baronesa de la Calzada en su propia casa; que dos días después había hallado en su cuarto una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tarjeta de visita; pero recordaba también que no había pensado más en semejante hombre, ni le había visto por su casa ni aun en los días de recepción de la Condesa.

¿Cómo iba, pues, entonces á horas desusadas?

¿A qué?

¿Con qué objeto?

A la vez que notó la asidua asistencia de aquel hombre á las habitaciones de la Condesa—pues en las suyas no entraba,—notó también que aquélla salía con frecuencia, y que por la noche volvía siempre después de las doce.

—¿Vas al teatro todas las noches, querida Leocadia?—le preguntó un día.

—Casi todas,—respondió ella lacónicamente.

—¿Y con quién vas?

—Con distintas personas: algunas veces con Clotilde.

—¿Y con tu hija?

—Muy rara vez ahora.

—¿No quiere salir?

—Pocas veces: cada día se halla mejor en su casa y al lado de Daniel.

—¿Por qué no te sucede á tí lo mismo? ¡Esa es la dicha!—murmuró el Conde con tristeza.

Leocadia se encogió de hombros con una indiferencia brutal, por lo que contrastaba con la gracia habitual de sus maneras.

Aquellas contestaciones no alcanzaron á calmar ni á satisfacer al Conde: una pena secreta le devoraba; un desasosiego inmenso le consumía, impidiéndole todo descanso; el fantasma de los celos se levantaba enfrente de él, terrible y devorador.

Un anónimo, bastante extenso, vino á desatar por completo la venda que le cubría los ojos.

Era una obra maestra de perfidia y de mala intención; la obra de uno de los *amigos* de D. Román de Silva, que se había procurado un rato de diversión, vertiendo en el corazón de un hombre honrado el veneno de los celos y de la venganza.

El anónimo es como las quemaduras: se cura la herida, pero la señal no se borra jamás; en una imaginación enferma y excitada ya por fúnebres aprensiones como la del Conde, el efecto fué inmediato y terrible.

El Duque de Aguilar supo que lo había recibido por el ayuda de cámara de Marcelo, que era hijo del que servía al mismo Duque.

Estuvo á ver á su padre, y éste le contó el terrible efecto que aquella carta había hecho en el Conde, y el Duque fué á prevenir á la Condesa viuda, sabiendo cuán verdaderamente amaba á Marcelo.

Este había venido á la hora de comer, había salido en seguida, y á las nueve y media volvió á su casa y se encerró en su cuarto.

A las diez y cuarto llamó, y ordenó dijesen á su mujer que deseaba verla.

—La señora Condesa ha salido,—respondió el ayuda de cámara.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Pues no me dijo usted que estaba en casa cuando yo vine?—exclamó el Conde.

—Estaba entonces, señor; pero ha salido después.

—¿A qué hora?

—A las diez en punto.

—¿Ha venido alguna amiga á buscarla?

—No, señor.

—¿Ha salido sola?

—Sí, señor.

—Aviseme usted así que venga,—dijo el Conde, aparentando que se ponía á leer tranquilamente.

Pero en cuanto salió el criado, se puso á medir el aposento con pasos desiguales.

¡Engañado! ¡burlado! Estas palabras resonaban en sus oídos como el toque de una campana de agonía; las once y las doce dieron sin que la Condesa volviera; cerca de la una, llamó discretamente á la puerta su ayuda de cámara.

—¡Adelante!—dijo el Conde.

—La señora ha llegado,—advirtió el criado, retirándose en seguida.

VII

El Conde, que después de algunos paseos por su habitación, había acabado por dejarse caer en un asiento, desalentado y triste, se levantó al oir

la noticia que le daba su criado, semejante á un hombre que está ebrio.

Sus sienes zumbaban; una angustia cruel le desgarraba el corazón.

¿Qué castigo iba á dar á la culpable? ¿Qué le preguntaría, ni de qué modo obtener la seguridad de su maldad? ¿Cómo hallar las pruebas? ¿Registraría su habitación? ¿Era esto digno de él, ya que no fuese indigno de ella?

Las tempestades del alma en la edad madura tienen terrible intensidad; en la primavera de la vida son como nubes de verano.

El pensamiento es avecilla alegre que va saltando de rama en rama, y que cruza de una seca á otra florida, sin ningun esfuerzo y con muy poco dolor.

Pero cuando ya las ilusiones han huído; cuando ya el sol de la juventud se oculta detrás de las altas montañas del desengaño; cuando se va á perder la última, la sola probabilidad de ventura, entonces la voluntad es débil, y el corazón egoista quiere asirse á las ilusiones, para no ver la triste, la descarnada realidad.

Llevando un dolor mortal en el alma, el Conde estaba ya dispuesto á perdonar, más que por Leocadia, por sí mismo.

Salió de su habitación y se dirigió á la de la Condesa; pero vió luz en el salón y se detuvo.

La Condesa debía estar allí en vez de estar en su cuarto, y allí se dirigió Marcelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Pues no me dijo usted que estaba en casa cuando yo vine?—exclamó el Conde.

—Estaba entonces, señor; pero ha salido después.

—¿A qué hora?

—A las diez en punto.

—¿Ha venido alguna amiga á buscarla?

—No, señor.

—¿Ha salido sola?

—Sí, señor.

—Aviseme usted así que venga,—dijo el Conde, aparentando que se ponía á leer tranquilamente.

Pero en cuanto salió el criado, se puso á medir el aposento con pasos desiguales.

¡Engañado! ¡burlado! Estas palabras resonaban en sus oídos como el toque de una campana de agonía; las once y las doce dieron sin que la Condesa volviera; cerca de la una, llamó discretamente á la puerta su ayuda de cámara.

—¡Adelante!—dijo el Conde.

—La señora ha llegado,—advirtió el criado, retirándose en seguida.

VII

El Conde, que después de algunos paseos por su habitación, había acabado por dejarse caer en un asiento, desalentado y triste, se levantó al oir

la noticia que le daba su criado, semejante á un hombre que está ebrio.

Sus sienes zumbaban; una angustia cruel le desgarraba el corazón.

¿Qué castigo iba á dar á la culpable? ¿Qué le preguntaría, ni de qué modo obtener la seguridad de su maldad? ¿Cómo hallar las pruebas? ¿Registraría su habitación? ¿Era esto digno de él, ya que no fuese indigno de ella?

Las tempestades del alma en la edad madura tienen terrible intensidad; en la primavera de la vida son como nubes de verano.

El pensamiento es avecilla alegre que va saltando de rama en rama, y que cruza de una seca á otra florida, sin ningun esfuerzo y con muy poco dolor.

Pero cuando ya las ilusiones han huído; cuando ya el sol de la juventud se oculta detrás de las altas montañas del desengaño; cuando se va á perder la última, la sola probabilidad de ventura, entonces la voluntad es débil, y el corazón egoista quiere asirse á las ilusiones, para no ver la triste, la descarnada realidad.

Llevando un dolor mortal en el alma, el Conde estaba ya dispuesto á perdonar, más que por Leocadia, por sí mismo.

Salió de su habitación y se dirigió á la de la Condesa; pero vió luz en el salón y se detuvo.

La Condesa debía estar allí en vez de estar en su cuarto, y allí se dirigió Marcelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas al acercarse á la puerta entreabierta, oyó dos voces que reconoció fácilmente: la una era la de su mujer; la otra, la de la Condesa viuda.

A través de la cortina miró un instante y se cercioró de la verdad.

Temeroso de que lo vieran los criados en aquel observatorio, dió la vuelta á una dilatada galería de pinturas que comunicaba por el lado opuesto con el salón, y se colocó cerca de la puerta para oir la conversación, y saber, si era posible, el motivo que llevaba allí á aquellas horas á la viuda de su padre.

Las dos Condesas formaban el más perfecto contraste: la viuda vestía con sencillez y casi con pobreza; con los cabellos recogidos y el semblante fatigado por penas profundas, tenía, sin embargo, en toda su figura impresa una dignidad que ordenaba el respeto y atraía el cariño; la nobleza, la limpidez de una vida sin mancha, se veían impresas en su frente con imborrables caracteres; hay en la mujer honrada y púdica un sello que no se borra jamás, y que Dios ha puesto en ella para distinguirla de las que no se le asemejan.

La perversión de Leocadia era puramente moral: su vida, aunque accidentada y borrascosa, se había encerrado casi siempre en los límites del egoísmo, que no permiten traspasar ciertas barreras; y, sin embargo, su existencia de luchas y de dolores, de ambiciones y desengaños, había empañado el brillo de sus ojos y había dado á su fisonomía contracciones repentinas, gestos de despecho ó de gozo convulsivo que eran dolorosos de ver.

La viuda se había puesto de pie al verla entrar: largo rato hacía que la esperaba, silenciosa y triste. Leocadia traía puesto un largo traje color castaña, de una deliciosa combinación de faya y cachemira, cuello y puños de olán liso, y unos pendientes de oro sencillos. Sus cabellos caían destrenzados ó en rizos por su espalda y hombros; un cansancio visible tenía alterado el armonioso juego de su fisonomía: estaba pálida y ojerosa; de toda su persona, de sus vestidos, de sus cabellos, se exhalaba un fuerte perfume de heno inglés, el más suave, al parecer, pero en realidad el más penetrante de todos los aromas, y el más pérfido también.

—¡Cómo!—exclamó asustada al ver á la Condesa.—¡Usted aquí, señora, á estas horas!

—Mi querida Leocadia—dijo la Condesa viuda,—no se asuste usted. Mande acostar á sus criados, y quedemos tranquilas: pasaré la noche aquí.

—¡Aquí!

—Sí, con usted: tengo que hablarla largamente, y es tarde para que vuelva á mi casa.

—Sea como usted quiera, mi querida amiga —repuso Leocadia con acento afectuoso y tranquilo:—hablaremos tan largamente como usted desee.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Y acercándose á un timbre, llamó.

—Sirva usted el té,—dijo Leocadia al criado.

La Condesa viuda la miró asombrada: parecía que aquella mujer estaba perfectamente tranquila.

El criado entró con una bandeja de plata, en la que se veía un servicio para té, del mismo metal.

—¿Ha venido el señor Conde?—preguntó Leocadia.

—Sí, señora Condesa,—respondió el criado.

—¿Se acostó?

—Pienso que sí: ha preguntado si la señora Condesa había salido, y á qué hora.

—Pueden ustedes acostarse todos—dijo Leocadia, que había palidecido ligeramente:—la señora Condesa pasará el resto de la noche conmigo.

Diciendo esto, se puso á servir el té, mientras el criado se retiraba, cerrando la puerta.

—Ya estamos solas, señora; hablemos tanto como usted quiera—dijo Leocadia, presentando á María una taza de té con aquella consideración y respeto que no podía dejar de sentir hacia la noble dama:—mi marido está acostado, los criados también, y nadie vendrá á interrumpirnos.

La viuda dejó su taza sobre la mesa, sin beber el té; asió con un movimiento, lleno á la vez de afecto y de terror la mano de su compañera, y le dijo á media voz:

—¡Leocadia, está usted sobre un abismo!

La Condesa la miró sorprendida, y por su rostro se extendió una palidez mortal.

—Su marido de usted ha recibido un anónimo.

—¿Cuándo?—preguntó Leocadia débilmente.

—¡Hoy mismo!

—¿Quién me aborrece así?—exclamó Leocadia.

—¡No piense usted en quién la aborrece, sino en quién la compadece y la ama!—dijo la Condesa con voz suplicante.

—¿Y dónde están esos seres?—preguntó Leocadia con melancólico desaliento.

—¿Dónde? ¡Ingrata! Marcelo la ama con pasión; yo la quiero sinceramente y la compadezco.

—¡No, señora, no: usted no me quiere ni me ha querido jamás!—dijo Leocadia.—Le he inspirado siempre, por el contrario, una aversión instintiva; lo sé, lo conozco; ¿con qué objeto ha venido usted, pues, á avisarme de un peligro?

—Con el objeto de salvar á usted de él.

—¿No se alegraría usted de mi perdición?

—¡Yo, yo alegrarme del mal de usted!—exclamó con horror la Condesa.—Pues qué, ¿no soy cristiana?

—Siempre ha alimentado usted por mí una secreta antipatía—observó Leocadia,—y así no comprendo...

—Las simpatías ó antipatías son involuntarias—respondió la Condesa;—pero la piedad, la caridad, son fuentes que tienen su asiento en el corazón, y que no se secan fácilmente: desde que fué usted esposa de Marcelo, mi querida Leocadia; desde que su hija lo fué de mi hijo, todas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mis prevenciones se han desvanecido, se han fundido en el interés que me inspira la paz y el reposo de la familia, y no habrá sacrificio que yo no haga para conservarla.

—¿Usted me considera á mí como de su familia?

—¿Y quién lo duda? ¿No es usted la abuela de los hijos de Daniel y de Adriana, como lo soy yo? ¡Por estos niños, de los que somos dos veces madres; por Daniel, por Adriana, he venido á implorar á usted, Leocadia! El deshonor, la ruina, amenazan á esos jóvenes esposos, nuestros hijos; á esos niños inocentes, nuestros nietos!

—Pero, señora, ¿dónde está el deshonor con que usted sueña?—exclamó airada Leocadia.

—¿Dónde?—repitió la Condesa;—¿dónde, pobre mujer? ¡Pregunte usted á su conciencia! Convengo en que hasta ahora sólo haya ligereza en su conducta, y creo que no existe otra cosa; pero usted no conoce el carácter de Marcelo...

—¡Sí, lo conozco demasiado!—exclamó amargamente Leocadia,—y en ese carácter pudieran tener disculpa, no ligerezas, sino faltas mayores!

—¿Quién ha dicho semejante cosa?—exclamó la madre de Daniel con generosa vehemencia.—¿Quién se atreve á acusar el carácter de Marcelo, que es la nobleza, la generosidad misma?

—¡Yo, señora!

—Si en la vida fuéramos á acusar todo lo que no nos halaga, sería la vida una acusación perpetua—observó la Condesa con una sonrisa llena de

tristeza.—Marcelo es serio, es severo, convengo en ello; pero estas cualidades no perjudican en nada á su nobleza, á la hidalguía de sus sentimientos: ha sido, y estoy segura de que lo es ahora, un esposo incomparable.

—Usted puede estar segura de eso, señora, y yo puedo estar, y lo estoy, muy quejosa de él.

—¡Quejosa, y existe usted aun, después de haber leído él un anónimo en que se la denuncia como traidora á la fe conyugal! ¿No sabe usted que la ama ciegamente?

—Y aunque me amase, ¿sería una razón para que yo no viviese ya?

—La más concluyente: el hombre que adora á una mujer y sabe que ésta le hace traición, mata á la traidora.

—¿Sin juzgarla, sin oirla?

—¡Como usted lo dice!

Un estremecimiento nervioso recorrió todo el cuerpo de Leocadia.

—Y en todas las ligerezas, en todos los devaneos del mundo—continuó la Condesa viuda,—¿hallan alguna compensación las mujeres así amenazadas? ¿Es el mejor de los amantes superior en bondad al más egoísta y prosáico de los maridos? ¿Hallará usted la paz fuera de su casa huyendo los sagrados deberes del hogar? ¡Cuánta dicha arrojada al viento, para recoger una cosecha de dolores! ¿Cree usted, Leocadia, que la lealtad, el honor, la delicadeza de sentimientos, son dones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que abundan en la vida? ¿Cree que en vez de conservar su libertad moral, debe dársela á un hombre que la pagará con la más odiosa tiranía? ¿Qué es el amante, entendamos el galanteador de la mujer casada—añadió la Condesa con la expresión de un santo y delicado pudor,—qué es ese amante que se oculta en la sombra? ¡Peor que el ladrón que sale á los caminos exponiendo su vida por un poco de oro que le hace falta! ¡Es un cobarde que hiere en las tinieblas y sepulta en sangre el honor de una familia! Dios me ha librado siempre de los galanteadores de oficio, y yo me he librado también!

—¡Feliz usted que ha tenido semejante fortaleza!—murmuró Leocadia.

—Y aunque no la hubiera tenido, me la hubiera dado la vista de mi hijo; de mis hijos, porque como á tal considero también á Marcelo. Usted, Leocadia, tiene una hija, y esta hija es madre á su vez; desde el instante en que su hijo nació, no debió ser más que madre; desde el instante en que nacieron sus nietos, no debió ser más que abuela, es decir, dos veces madre.

—¡Título hermoso!—murmuró Leocadia con una amarga sonrisa.

—No hay otro que designe la doble maternidad, y éste, acaso por prosáico y severo, es respetable; sí, Leocadia: evite usted inútiles rebeliones contra la suerte; deje á un lado toda ligereza; su conducta debe ser grave y tierna: la que es abuela ya no

puede ser coqueta, ya no debe amar *con amor* más que á esas criaturas, últimas flores de su ancianidad.

—Yo no soy aún anciana, señora.

—Séalo usted por su voluntad antes de serlo por sus años.

—¿Y si no puedo?

—Es preciso poder: sólo á ese precio obtendrá usted la calma de la conciencia y el reposo de la vida; amiga mía, mi querida Leocadia, es usted la madre de Adriana, la madre de la mujer que mi hijo adora, la abuela de mis nietos, y su dicha me interesa profundamente; escúcheme usted, pues, con atención: no hay desgracia mayor para una mujer que el conservar las pasiones vivas, cuando ya todas las condiciones de su existencia han cambiado con el transcurso de los años; la que es madre, la que tiene ya hijas ó hijos casados, ya no puede amar, sino querer á su familia; la juventud, cuando pasa, es irreemplazable; todos los recursos de la química no volverían á un ramo de flores secas y marchitas su frescura, su colorido y sus perfumes; así sucede con la juventud de la mujer: ningún adorno, ninguna compostura, ninguna pretensión, la harán joven cuando deja de serlo, y se expone á la burla y á las críticas de todos.

—¡Oh, señora! ¡y usted cree que se sale de las condiciones naturales de la vida sin sufrir horriblemente!—exclamó Leocadia.—Usted puede ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blar y llevar la frente alta y serena, porque no se ha separado nunca del camino recto y fácil, porque constantemente se ha visto amada y protegida; ¡pero yo! desde que salí del lado de mi buen padre, un soplo destructor é inmundo ha azotado mi vida. Mi marido, sin respetar la inocencia de mi alma, puso ante los ojos de mi razón los más espantosos principios de depravación moral: enseñóme que el oro lo era todo en el mundo, y que la hidalguía, la probidad, la virtud, nada significaban ni valían; enseñóme que el brillar es vivir, y que lo esencial, lo indispensable, es tener dinero, mucho dinero, para imponer la ley á los demás.

Cuando murió aquel hombre terrible, al que la suerte había unido mi destino, me creí sola en el mundo, porque me faltaba el apoyo de sus funestas teorías; pero pronto conocí que me había dejado amaestrada en ellas, y mi corazón se amargó al contacto de aquel cruel positivismo depositado en él, donde sólo quedaba una fibra sensible: la del amor maternal; todo lo que había en mí de tierno, de puro, de elevado, era para mi hija; ésta, que fácilmente se dejaba manejar por mí, no me amaba, sin embargo, y me estimaba aún menos que me amaba... Se casó, y su corazón se separó por completo del mío.

—¿Y qué importa, si Adriana es feliz?

—¡Feliz en la pobreza!

—Más feliz que usted lo ha sido nunca en la opulencia.

—¡Pues bien: vea usted cómo el cielo le ha deparado á usted todas las dichas, á la vez que á mí me las arrebata todas!—exclamó Leocadia con una explosión indecible de amargura.—Amar á Daniel es amarla á usted, y para que usted tenga todas las venturas, ha estado rodeada de amor y de estimación toda su vida, sin haber tenido ni luchas ni penas.

—¿Quién le ha dicho á usted eso?—repuso la viuda tomando la mano de Leocadia.—¿Quién le ha dicho que hay un sér en el mundo nacido exclusivamente para la ventura? ¿Y quién le ha dicho que ese sér sea yo? Escuche usted aún un instante, y saldrá de ese amargo error, porque amargo es siempre para la débil condición humana el pensar en la ajena ventura, á la vez que lamenta la desventura propia.

Me casé casi niña con el Conde del Villar, padre de Marcelo, á quien no amaba, y sólo por complacer á mi padre; tuve que soportar el odio y las amargas persecuciones de Marcelo los dos primeros años de mi enlace; después me amó, y al contacto de aquella pasión, mi corazón, aún no despierto, se agitó en mi pecho con violencia inusitada, y correspondió á aquel afecto.

—Después de lo que la había hecho sufrir, ¿pudo usted querer á Marcelo?

—¡Con el primer amor... con el más fuerte, con el más exclusivo de los amores! ¡Con qué orgullo ví fundirse aquella tosca y casi bravía na-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

turaleza al contacto de mi paciencia y de mi abnegación! ¡Cómo agradecía á aquel adolescente su admiración por mí, más fuerte que su odio! ¡Cómo seguí paso á paso la transformación de todo su sér! ¡Y cómo le hubiera yo amado y le hubiera consagrado toda mi vida, á no haberme retenido la voz severa del deber!

—¿Y quién le enseñaba á usted ese deber?—preguntó Leocadia, palpitante é interesada, á su pesar, por el espectáculo sublime de aquella alma superior que se abría ante sus ojos.

—Mi conciencia,—contestó sencilla y dulcemente la madre de Daniel.

VIII

El eco severo de esta palabra, dicha, sin embargo, con una sublime simplicidad, llenó durante algunos instantes la habitación donde se hallaban las dos mujeres, personificación de la virtud y del desorden, de la verdad moral y del error.

La cortina que ocultaba á Marcelo se agitó; pero ni María ni Leocadia lo advirtieron, y la primera prosiguió así:

—Se lo repito á usted, amiga mía: en la ardua lucha, sólo tuve por guía y apoyo mi conciencia; á nadie podía confiar la batalla de mi corazón: mi padre no hubiera comprendido mis penas; confesárselas á mi marido hubiera sido sumergirle en

la eterna desventura. Sola, pues, luché y vencí...

—¿De qué modo?

—Persuadí á mi marido para que enviase á su hijo á viajar, y quemé sin abrir las cartas que me envió.

Desde entonces mi corazón entero se volvió hacia mi hijo, hacia mi Daniel. Fuí para él la mejor, la más indulgente, la más tierna de las amigas; pero á la vez quise que él fuese bueno para que fuese dichoso, único modo de serlo: le enseñé la probidad, el valor y las armas con que se vencen las pasiones; le enseñé á sufrir, una de las más grandes ciencias de la vida; porque, como ha dicho un gran escritor, «quien no sabe sufrir, ¿qué sabe?» Le enseñé más tarde á no quejarse de la injusticia de su hermano, que, muerto su padre, nos había señalado dos cortas pensiones para vivir con ellas; le hice seguir una carrera, le animé para que la terminase con brillantez, y le aconsejé que trabajase... De este modo, Leocadia, de este modo, apoyada en mi cruz y llevando ante mí la sagrada antorcha del deber, he cruzado el camino de la vida desde los veinte á los cuarenta y cinco años que cuento; y de este modo he podido verter un bálsamo sobre la herida oculta que hasta hace poco aún sangraba en mi alma.

—¿Esa herida provenía de su amor á Marcelo?

—¡Sí, amiga mía! ¡Ese hombre, á quien usted no ama, á quien usted está cerca de ofender, ha

poseído mi primero, mi único, mi último amor! Semejante en esto á aquella desventurada Reina de España, á aquella Isabel de Valois, que, unida á Felipe II con eternos lazos, adoraba al hijo de su esposo, así yo he adorado al hijo de mi marido; y ya alumbraban mi frente cuarenta otoños, cuando aún no había podido ahogar este amor, que ya estaba mezclado á la sangre de mis venas y adherido á todas las fibras de mi corazón.

—¿Y ha podido usted verle casar con otra mujer?

—¡Ya sabe usted que sí!

—¡Inútil sacrificio—murmuró Leocadia:—ni el mundo le ha conocido, ni le ha estimado en nada!

—No hay sacrificio inútil cuando se cumple en las aras del deber, Leocadia; sólo son estériles aquéllos que se hacen al vicio ó á las pasiones culpables; pero los otros, los que se llevan á cabo por el bien de los que tenemos el deber de amar, aunque no los amemos, éstos no son estériles jamás.

—¿Qué recompensa ha hallado usted por haber sacrificado su corazón?

—¡El aplauso de mi misma y el del hombre á quien amaba; la dicha de mi marido y de mi hijo!

—¡Débil compensación!

—¡La más grande, la única para mí! Leocadia, aparte de los juicios del mundo, existe en nosotros un tribunal inapelable, el de la conciencia: esa está satisfecha de mí!

—¿Y Daniel cómo le ha pagado sus desvelos?

—¡Con inmenso amor, con la más tierna sumisión!

—¡Y casándose con mi hija, á pesar de la oposición no pequeña de usted!

—¿Y eso qué importa? Yo amo á Adriana, porque la ama mi hijo, y sin ella sería desgraciado. Me opuse á este enlace, no ciegamente, sino aconsejando, como la más tierna y la más indulgente de las amigas; cuando ví que si no se casaba sería desgraciado Daniel, no me opuse más á su enlace. ¡Hay en mi hijo tanto de mí, que él sabrá cambiar poco á poco á su mujer, sin sacudidas y sin dolor para ninguno de los dos! Así, amiga mía, si quiere usted conservar á Adriana, debe irse acercando á ella, porque ella se halla muy lejos de usted.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que ama á Daniel, y piensa de otro modo: ya sabe que el lujo no es lo primero en el mundo; que en la medianía se halla la dicha; que el trabajo es un buen amigo de la mujer, y que la vida no es valle de rosas, sino de penas, que hay que llevar con paciencia.

—¿Y quién le ha enseñado todo eso?

—Mi hijo y yo. Porque así creemos hacerla dichosa, y de otra suerte hubiera sido siempre infeliz.

—¡Oh, sí; ahora veo en qué consiste el alejamiento de mi hija!—murmuró la desdichada ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dre.—¡Una invencible frialdad la separa de mí!

—Acérquese usted á ella, como ya le he dicho.

—¡Imposible!

—Acérquese usted á ella por la virtud, por el deber; acepte usted el destino que usted misma ha elegido; acepte usted á su marido tal como es: nada hay más inútil y más ciego que las rebeliones contra la suerte. La Escritura lo dice: «Dios rompe lo que no se inclina bajo su mano.» Acatemos su voluntad.

—¡Yo me casé sin amor para ser opulenta!—murmuró sordamente la Condesa.

—Dios ha hecho que esa ansiada riqueza sea un sueño, y que Marcelo se la rehuse.

—Me casé para sostener el fausto y el lujo de Adriana.

—Adriana rehusa ya el fausto, y comprende que no hace falta alguna para la dicha.

—¿De modo que todos mis cálculos han salido fallidos? ¿Todas mis esperanzas están destruídas? ¿Soy infeliz para siempre?

—Aún lo es usted más de lo que cree. Ya se lo he dicho. Marcelo ha recibido un anónimo esta mañana.

—¡Y qué me importa! ¡Máteme, y me hará el solo favor que está en su mano!

El último acento de esta frase quedó ahogado al salir de los labios de la Condesa: una mano ruda la asió por los hombros y la hizo caer de rodillas; pálida como la muerte, se volvió para mirar al

autor de aquella violencia, y se halló cara á cara con su marido, que sombrío y silencioso la miraba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡La muerte es pequeño castigo para delincuentes como tú!—dijo el Conde.—¡Debes vivir para la expiación! ¡Quítate de mi vista! ¡Desde hoy somos ambos viudos! ¡Todo lazo queda roto entre nosotros hasta que la ley nos separe!

—¡Perdón!—murmuró Leocadia, aterrada ante el espantoso porvenir que se ofrecía á sus ojos.

—¡Retírate de aquí!—repitió el Conde.

Leocadia se puso en pie, y la Condesa viuda la sostuvo con esa caridad inefable que sólo reside en las almas puras: la hizo apoyar en su brazo, y la condujo á su aposento.

—¡Ah, estoy perdida!—murmuró Leocadia.

—No hay tal cosa—repuso la madre de Daniel.—Marcelo es bueno, lo conozco, y la defensa de lo que ahora parece crueldad, está en mi propio corazón. Yo le hablaré, y será clemente; no lo dude usted.

—¿Y para qué necesito ya su clemencia?—exclamó amargamente la Condesa.—¿Para qué quiero la vida? Mi único amor en el mundo era Adriana, y estoy separada de ella para siempre; mi única ambición era una posición sólida y brillante, y voy á perderla también; sólo deseo la muerte.

La madre de Daniel comprendió que aquel dolor, que aunque no era noble, era grande, pues

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

era de amargas decepciones, necesitaba exhalarse á solas, y dejó á la Condesa, volviendo al salón.

IX

La desdichada Leocadia veía huir ante sus ojos, como humo ligero, todo aquello en que había fundado sus esperanzas de dicha.

Había elegido una base de movediza arena, y el viento debía arrebatarle para siempre cuanto le era caro y agradable.

No había amado á su hija con el amor noble y serio de la buena madre; no la había educado para soportar las penas de la vida, y Adriana, al primer choque del dolor, había buscado otro apoyo más fuerte que aquella madre frívola y mimosa, á la que consideró como un amparo insuficiente para ella.

Se había casado por ambición y vanidad, y la desgracia y la vergüenza la envolvían en sus densas sombras.

Había querido distraer su eterno fastidio, su sed de oro, con devaneos culpables, y el hombre á quien había elegido debía abandonarla sin defensa á la justicia y á la cólera de su marido.

La Condesa viuda, al separarse de ella la noche fatal de que hemos hablado en el capítulo anterior, volvió al salón, donde halló á Marcelo sentado en

un sillón y con la cabeza entre las manos, como abrumado por un profundo abatimiento.

La Condesa se acercó á él, le puso la mano sobre el hombro, y le preguntó dulcemente:

—¿Y Cristina?

—El cielo me castiga por mi abandono, por mi olvido de mi hija,—murmuró el Conde, alzando su pálido y severo semblante.

—Tu sitio está ocupado en su corazón, porque te ama.

—¡Oh, mi pobre hija! ¡Qué dulce compañera de mi vida hubieras sido si yo no te hubiera olvidado!

—Lo será, porque ya te he dicho que ella te ama... En tanto que viva Cristina, no desesperes de la felicidad.

Amanecía ya cuando aún la Condesa vertía el bálsamo de sus consuelos en el ulcerado corazón de Marcelo; cuando ya fué clara la luz del día, la Condesa apagó las bujías y volvió á su casa.

Marcelo volvió á su aposento, se paseó por él agitadamente durante un rato, y después, sentándose ante su magnífica mesa de escritorio, trazó con mano insegura el siguiente billete:

«Señora: Desde hoy quedan rotos entre nosotros todos los lazos que nos han unido.

»Sólo queda el nudo de la ley, que el temor del escándalo me impide desatar. Sin embargo, si usted quiere quedar libre, no retrocederé ante él, pues debo pagar la culpa de mi ligereza al unirla á mi destino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

era de amargas decepciones, necesitaba exhalarse á solas, y dejó á la Condesa, volviendo al salón.

IX

La desdichada Leocadia veía huir ante sus ojos, como humo ligero, todo aquello en que había fundado sus esperanzas de dicha.

Había elegido una base de movediza arena, y el viento debía arrebatarle para siempre cuanto le era caro y agradable.

No había amado á su hija con el amor noble y serio de la buena madre; no la había educado para soportar las penas de la vida, y Adriana, al primer choque del dolor, había buscado otro apoyo más fuerte que aquella madre frívola y mimosa, á la que consideró como un amparo insuficiente para ella.

Se había casado por ambición y vanidad, y la desgracia y la vergüenza la envolvían en sus densas sombras.

Había querido distraer su eterno fastidio, su sed de oro, con devaneos culpables, y el hombre á quien había elegido debía abandonarla sin defensa á la justicia y á la cólera de su marido.

La Condesa viuda, al separarse de ella la noche fatal de que hemos hablado en el capítulo anterior, volvió al salón, donde halló á Marcelo sentado en

un sillón y con la cabeza entre las manos, como abrumado por un profundo abatimiento.

La Condesa se acercó á él, le puso la mano sobre el hombro, y le preguntó dulcemente:

—¿Y Cristina?

—El cielo me castiga por mi abandono, por mi olvido de mi hija,—murmuró el Conde, alzando su pálido y severo semblante.

—Tu sitio está ocupado en su corazón, porque te ama.

—¡Oh, mi pobre hija! ¡Qué dulce compañera de mi vida hubieras sido si yo no te hubiera olvidado!

—Lo será, porque ya te he dicho que ella te ama... En tanto que viva Cristina, no desesperes de la felicidad.

Amanecía ya cuando aún la Condesa vertía el bálsamo de sus consuelos en el ulcerado corazón de Marcelo; cuando ya fué clara la luz del día, la Condesa apagó las bujías y volvió á su casa.

Marcelo volvió á su aposento, se paseó por él agitadamente durante un rato, y después, sentándose ante su magnífica mesa de escritorio, trazó con mano insegura el siguiente billete:

«Señora: Desde hoy quedan rotos entre nosotros todos los lazos que nos han unido.

»Sólo queda el nudo de la ley, que el temor del escándalo me impide desatar. Sin embargo, si usted quiere quedar libre, no retrocederé ante él, pues debo pagar la culpa de mi ligereza al unirla á mi destino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Percibirá usted mensualmente una pensión, puesto que nada posee en el mundo, y vivirá en sus habitaciones, sin salir jamás sola; y conmigo, sólo en aquellas ocasiones en que las exigencias de nuestra posición lo ordenen.

»Comeremos juntos para no dar lugar á las habladurías de los criados; pero ninguna intimidad habrá ya entre ambos; ninguna libertad tendrá usted, á no ser pasando por la terrible puerta del divorcio; ninguna muestra de cariño puede esperar de mí.»

Cuando Leocadia recibió este billete, su frente se bañó en una palidez mortal, y su mano trémula se negaba á abrirle; pero abierto ya, á medida que leía se iban aclarando las nubes de su frente, y por fin una sonrisa entreabrió sus labios.

Esperaba el divorcio, la vergüenza, que aniquila todo valor moral; el escándalo que mata.

Nada de esto contenía la carta de su marido: era un perdón disfrazado bajo apariencias un tanto severas; era la autorización de seguir viviendo en la alta clase que había escalado; era lo menos que Marcelo podía y debía hacer.

¿Qué importaba la pena que torturaba el corazón del desgraciado esposo?

Leocadia ni le amaba ni le había amado un solo instante.

Su corazón no necesitaba intimidad alguna; su corazón, exhausto de jugos, seco por la carencia de esa savia generosa que alimenta el valor de todos los sacrificios, estaba en su cerebro.

—¡Pobre hombre!—murmuró.—Ni para la venganza hay valor en él, á pesar de sus fieras apariencias; volverá bajo mi yugo; hoy y mañana me haré servir aquí con pretexto de enfermedad; pasado mañana bajaré al comedor mejor vestida, más elegante que nunca... pero muy pálida... me pondré un poco más de blanco en las mejillas, y un poco más de *bistre* en los ojos: esto será del mejor efecto. Aún me queda además el resorte de esa necia Cristina, á la que apenas veo... es preciso ponerla de mi parte, y se pondrá, porque me parece medio imbécil, en las vanas ideas de virtud que le ha inculcado su abuela.

A pesar de estas consoladoras ideas, las horas de aquel día pasaron para Leocadia con una lentitud desesperante: ocupó una parte del tiempo en arreglar sus cajones, en preparar sus cosméticos y sus encajes, *sus armas*, como ella decía; tomó un libro que no leyó, y cuando hacia las cuatro de la tarde entró á verla Cristina, la recibió casi con alegría y con un afecto que no acostumbraba.

La joven había sabido que su madrastra estaba enferma, y en vez de irse á casa de la Condesa viuda, se había quedado á almorzar con su padre.

Al verla, los ojos de Marcelo se llenaron de lágrimas: aquella hija que tenía en el olvido era quizá el sér que le amaba más sobre la tierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Hija mía—le dijo asiendo sus manos y besándola en la frente,—perdóname!

Cristina, al oir aquel acento dolorido, miró sorprendida á su padre.

—¡Perdonarte, papá!—exclamó;—¿y de qué?

—¡Pudieras quejarte de mi indiferencia, de mi olvido; pero yo te quiero mucho!

—Y yo también, papá.

—A pesar de mi descuido aparente, yo daría mi vida por tí... no lo dudes, Cristina; y como quiero probarte que te quiero, desde hoy vivirás más cerca de mí; ¿querrás tú?

—Yo quiero todo lo que tú quieras, padre mío —dijo Cristina; —¿pero y mamá?...

—No te separaré de ella; ¿pero no es justo que partas tu tiempo entre los dos?

—Sí lo es, y así lo haré.

Padre é hija se sentaron á la mesa; el Conde, aunque muy triste, hablaba con su hija, y experimentaba al tenerla cerca de sí una especie de satisfacción melancólica.

La Condesa llegó poco después del almuerzo, y entonces Cristina, que ya dejaba á su padre acompañado, subió á su cuarto para ir después al de su madrastra, que estaba en el mismo piso que el suyo.

La habitación de Cristina, aunque decorada con extrema sencillez, demostraba el buen gusto de la joven y su artística naturaleza. Cuadros de gran mérito y bronces florentinos que su abuelo

le había enviado de Italia, decoraban las paredes, vestidas de un lindo papel de flores; las cortinas de las puertas y ventanas, como las del lecho, eran de persa azul y blanca; dos macetas de porcelana blanca, de gran tamaño, contenían dos soberbios arbustos de camelias rosadas; el mueblaje era todo de caoba, y la tapicería del mismo, de persa como las cortinas.

En el fondo de la alcoba estaba el lecho, de acero bruñido, pequeño, bajo y vestido de blanco, como un nido de algodón bajo un cortinaje de flores; á los pies del lecho había un lindo reclinatorio con un almohadón para arrodillarse, producto de los ocios de Cristina, y en la misma alcoba, sobre una mesita de caoba, había un pequeño armario de palo de rosa, con las puertas talladas y esculpidas delicadamente.

Cuando Cristina entró en su cuarto, se detuvo un instante al lado de la ventana que daba al jardín, y que se hallaba entoldada de una cortina movible de madreselva y enredaderas; dos tórtolas ocupaban el espacio central entre cuatro macetas llenas de rosas y claveles; las tórtolas se arrullaban amorosamente encerradas en una jaula pintada de verde.

Cristina pareció aspirar con delicia el perfume de las flores de su ventana; una aureola obscura rodeaba sus hermosos ojos, llenos de tristeza; fué después á su alcoba y abrió el armario con una llavecita de acero que sacó de su pecho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En aquel armario había objetos extraños: tres libros pequeños, muy usados, de los que llevan los niños á las escuelas de primeras letras; una corona de flores, premio también de algún educando infantil, y dos ó tres ramitos de flores secas; Cristina sacó estas flores, las besó, y de sus ojos cayó una lágrima; sacó después los libros, miró lentamente sus páginas, y los volvió á colocar en su lugar, después de estrecharlos silenciosamente contra su pecho.

Eran aquellos libros los que Daniel llevó á la escuela, que su madre había guardado y que después cedió á Cristina, en la época en que creía fácil y posible el unir sus destinos; luego la suerte cruel había destruído todas las esperanzas de ventura de la pobre niña, y guardaba aquellos tristes recuerdos como el mayor de los tesoros.

Todos los días les dedicaba una larga mirada y algunas lágrimas.

Algunos instantes tardó en tranquilizarse; cambió su traje de mañana por otro de seda color gris acero, pues trataba á Leocadia con gran ceremonia y era tratada por ella con gran frialdad, y se dirigió á la habitación de la Condesa.

Esta se hallaba sentada delante del espejo, pintando delicadamente sus mejillas y sus ojos, y la camarera hizo esperar á Cristina en el saloncito que precedía al dormitorio y al tocador.

Cristina tendió una mirada triste por aquellos soberbios dorados, por aquellas colgaduras de damasco y raso; acercóse al piano, y empezó á mirar las piezas de música: eran todas de zarzuelas y de óperas antiguas; nada indicaba allí el gusto ó el amor al arte.

Sin embargo, debajo de muchas otras, y llena de polvo, halló la joven una hoja que contenía una de sus melodías favoritas, una melodía que había cantado muchas veces mirando al cielo á través de las abiertas ventanas del salón, y derramando copiosas lágrimas: *La estrella confidente.*

Un impulso irresistible la hizo sentarse al piano y preludiar los primeros compases. Leocadia la oyó, y le dijo desde donde estaba:

—¡Perdón, mi querida Cristina! Me estoy vistiendo y salgo al instante; pero entre tanto, hágame usted oir esa deliciosa melodía.

—¡Está bien, señora! No se apresure usted—dijo Cristina,—que yo estoy bien acompañada con el piano.

Y con esa delicadeza de ejecución que sólo inspira el sentimiento, Cristina empezó á cantar, acompañándose con el piano.

Cuando terminó, la Condesa estaba apoyada en la puerta del salón.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas: pensaba en su hija, cada día más alejada de ella, cada día más indiferente.

El poderoso enternecimiento de Cristina, su voz llena de dolor y de lágrimas, la ternura de sus acentos, habían hecho vibrar en el alma de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Leocadia una cuerda dormida desde hacía largo tiempo, pero no rota ni muda; al oir hablar á Cristina con el cielo, acaso conoció toda la miseria de la tierra, á la que estaba tan apegada.

—¡Cristina—exclamó acercándose á la joven y tomándola una mano,—yo quiero dejar el ceremonioso tratamiento que contigo he usado hasta aquí! ¡Yo quiero decirte que te amo, que te admiro y que tenías razón para aborrecerme! ¡Sí, pobre niña: no debia yo haber entrado en este hogar, triste, pero tranquilo, y al que he traído el dolor y la ruina!

Cristina miró atónita á su madrastra.

—Señora—respondió al cabo de algunos instantes de vacilación y con una cortedad y timidez encantadoras,—no creo que haya ninguna hija que vea ocupar sin dolor el sitio que era de su madre; yo soy también de ese número; perdón si lo expresé á mi padre cuando temí el abandono en que luego he quedado.

—Mucho has debido sufrir.

—Mucho, señora, y mucho sufro todavía.

—Yo también—dijo Leocadia;—mi hija se aleja más de mí cada dia; apenas viene ya á verme ni me escribe, y cuando yo voy me recibe con frialdad.

—Adriana ama á Daniel con toda su alma, y este amor la ocupa por completo; ¿y quién no le amaría cuando es tan superior á todos los hombres?

—Tú debes aborrecernos á mi hija y á mí, mi pobre Cristina,—dijo la Condesa mirando á la joven con una cordialidad desacostumbrada en ella.

—¿Y por qué, señora?

—Porque amabas á Daniel.

—No lo niego.

—Y le amas todavía.

—Quizá diga usted una triste verdad; mas el amor, cuando llena el alma, no trae á ella el odio y las malas pasiones, sino que la purifica de toda sombra: amando á Daniel, adoro á sus hijos y me intereso vivamente por su esposa.

—¡No comprendo yo así el amor!—dijo Leocadia meciendo la cabeza.

—Yo creo que usted no lo comprende de ningún modo: perdón, señora; pero ¡hay tanta gente que se muere sin haberlo vislumbrado siquiera, y eso que han pasado toda la vida hablando de amor y creyendo ocuparse de él!

—¿Quién te ha enseñado á discurrir así á tu edad?

—Mi abuela, señora.

—Te ha iniciado en bien tristes misterios del alma humana.

—Y ha hecho bien: la ignorancia no es la virtud.

—Pero es la felicidad.

—¡Tampoco! Hay que conocer la vida, como dice mi abuela; mirarla con valor frente á frente, aceptar sus dolores, y contar poco con sus alegrías.

—¿No cree tu abuela que tenga ninguna?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Algunas ilusorias; una sola positiva.

—¿Y cuál?

—La tranquilidad de la conciencia.

El silencio siguió á estas palabras.

—Mi querida Cristina—dijo la Condesa al cabo de algunos instantes con acento triste,—con ese modo de pensar árido y severo no es fácil que halles un marido: el siglo no es triste.

—Lo es, señora; sino que la tristeza está dentro de los corazones.

—La superficie es alegre.

—No importa: el fondo no lo es; pero la verdad, aunque sea triste, es siempre consoladora; yo no buscaré jamás marido, ni espero hallarlo; pero si lo hallase, sería porque me comprendiese y me amase para toda la vida.

—En el matrimonio el amor pasa pronto.

—No, señora—respondió Cristina:—en el matrimonio, si está hecho con las condiciones necesarias de dignidad y de afecto, el amor crece cada dia y vive siempre, aunque cambie de carácter; así lo creo firmemente: á la pasión sucede la estimación, la confianza, el afecto verdadero; ¡y qué más bello oasis para el invierno de la vida que una unión dichosa!

—Querida mía—dijo Leocadia sonriendo,—yo he sido dos veces casada, y no he deseado la intimidad con ninguno de mis dos esposos.

—Porque á ninguno de los dos amaba usted.

—¡Cómo! ¿Crees que no amo á tu padre?

—Menos que á su primer esposo.

—¡Entonces debo ser muy despreciable á tus ojos!

—Creo que usted misma se ha engañado, señora,—dijo la joven bajando los ojos para no dejar leer en ellos su pensamiento.

—¿Cómo me he engañado?—preguntó la Condesa con irritada altivez.

—Como tantas otras,—contestó con serenidad la joven.

—¿A sabiendas?

—Sin saberlo.

—¿Y cómo se ve la verdad?

—Mirando dentro de su propio corazón: si no se prefiere al hombre que se va á tomar por esposo á todos los otros hombres; si no se le considera pobre, enfermo, afeado por cualquier accidente imprevisto, y si al considerarse de esta suerte no dice el corazón con voz clara y terminante: «aun así le amaré,» entonces vale más no casarse, porque el casamiento es una mala acción, y la unión material un suplicio, puesto que la moral no puede existir cuando no hay profundas simpatías. ¿Y es acaso una acción noble el obligar á un hombre á que nos dé su nombre y su honor, cuando no podemos pagarle con todo nuestro cariño?

Leocadia no supo qué contestar, y guardó silencio: en aquella alma helada y endurecida no podía penetrar el suave calor de tan generosas y puras convicciones; sólo una cuerda vibraba todavía,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la del amor materno, y ésta debía quedar quizá muda ó rota antes de pasar mucho tiempo.

—Mi abuela—dijo Cristina, prosiguiendo la conversación, más bien para llenar el tiempo de su visita que por ningún motivo de simpatía ó adhesión,—mi abuela me ha repetido muchas veces dos versos de una comedia que se llama *La Cruz del matrimonio*, y que ha tenido gran éxito.

—¿Recuerdas tú esos versos?

—Sí, señora; dicen así:

El ser buena es una ganga:
Para ser feliz, ser buena.

—¿De modo que se debe ser buena por egoísmo?

—A falta de otra razón, sí, señora.

—¡Mira lo dichosa que te hace el cielo, á tí que eres un ángel!—exclamó la Condesa con una carcajada burlona.—Tu madre murió siendo muy niña; tu padre te educó lejos de él, y te ha dado después madrastra; el hombre que amabas ha preferido á otra.

—Hágase la voluntad del cielo.

—¿No te quejas?

—No, señora; nunca le pido nada á Dios, sino que sabiendo que El nos da lo que nos conviene, le digo siempre: «¡Señor, lo que vos queráis!»

—¿Y qué esperas de la vida?

—Nada, porque poseo ya el solo bien positivo.

—¡Un bien! ¿Qué bien es ese?

—La paz del alma. ¡Oh, señora!—exclamó Cristina, cuyas mejillas se cubrieron de un generoso carmín.—¡Usted no sabe lo que es haber crecido al lado de una mujer como mi abuela! ¡Usted no sabe cuál es la magia de su ejemplo, el atractivo irresistible de su virtud! Ella ha amado y ha sufrido... ¿Sería, si no, lo que es? ¿valdría lo que vale? El Apóstol lo ha dicho: «Quien no ha sufrido, ¿qué sabe?» ¡Mi abuela lo sabe todo, pues que conoce al dolor como á un amigo!

—Yo creo que sus penas no han sido grandes.

—Las penas son tanto mayores cuanta es mayor la sensibidad del alma que azotan, y mi abuela es una sensitiva de delicadeza, con la resistencia de un bronce: su dicha, su gloria mayor hubiera sido verme casada con Daniel; pero cuando vió que él amaba á otra mujer con una pasión invencible, ella misma le persuadió para que se casara con ella, y ella misma le ha sostenido en su desencanto.

—¿Que Daniel está ya desencantado de su amor?

—¿Quién sabe? Los sueños, sueños son, y Daniel soñaba en Adriana perfecciones que no son de ninguna criatura mortal.

—¡Oh, no, no! ¡No es eso! Tú me ocultas algo...

—Nada sé, señora—repuso Cristina con tal acento de verdad, que Leocadia se tranquilizó;—pero me figuro que si Adriana decae en el terreno de las ilusiones de su marido, ascenderá en el de su estimación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En aquel instante entró la camarera de Leocadia trayendo una gruesa carta en una bandejita de plata.

—¡De Adriana!—dijo la Condesa al conocer la letra del sobrescrito.—Veamos.

Y con mano impaciente le abrió, apareciendo á su vista un paquete de billetes de Banco.

La Condesa palideció: era los que ella había enviado á su hija dos días antes; una carta adjunta decía así:

«Daniel me ha prohibido absolutamente, mi querida mamá, que admita ni la más pequeña cantidad que tú me envíes, y yo le obedezco gustosa, porque le amo y le estimo altamente. Te devuelvo, pues, la última remesa, y te ruego no vuelvas á repetirla.

»Me ha preguntado severamente mi marido á cuánto podría ascender el dinero que en otras dos ó tres veces me has dado, y se lo he dicho aproximadamente; en seguida ha vendido toda la plata de casa y todo lo que había de algún valor; su madre ha hecho lo mismo para ayudarle, y esta noche Daniel devolverá á su hermano, á tu esposo, esa cantidad, que se lleva cuanto poseemos, pero que nos libra de un malestar cruel; pues ni Daniel, ni su madre... ni yo tampoco, fuerza es que lo diga, podíamos habituarnos á vivir de lo que es del Conde del Villar, el cual podrá partir contigo su fortuna, pero no con nosotros, que no

tenemos ni el derecho de poseerla ni el valor de admitirla.

»Yo soy pobre, madre mía, pero muy dichosa: mis encajes, mis joyas han desaparecido; pero mi corazón está de gala, porque amo á Daniel y á mis hijos.

»Adiós, mamá, y perdona estas verdades, que acaso serán amargas para tí, á tu hija

ADRIANA.»

—¡Ni una palabra de cariño!—murmuró sordamente Leocadia.—¡Ni una frase dulce! ¡La acusación amarga, despiadada, fría! ¡Mi hija ha muerto para mí! ¡Todo, todo es mentira sobre la tierra!

Y sepultando el rostro entre las manos dejó correr de sus ojos desbordado torrente de amargas lágrimas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE TERCERA

I

En un rio de diamantes
he visto ahogarse la honra
de muchas mujeres.

Sofía de Bellegarde.

Seis años han pasado.

En una casa de la calle de las Huertas, de Madrid, de apariencia modesta, vivían en buena armonía un matrimonio joven, cuatro niños, hijos de éste, y la madre del esposo.

Eran Daniel, Adriana, sus hijos y la madre del primero, ó sea la Condesa viuda del Villar.

La casa, ó mejor dicho, el cuarto segundo de la casa, era espacioso, pero ya de construcción antigua; mirándolo bien, nada había en él de elegante: las puertas pintadas de azul, las paredes cubiertas de papeles comunes y viejos, los cristales de los balcones pequeños y opacos, todo decía que se pagaba muy poco por aquella vivienda, atendidas sus grandes dimensiones.

Los suelos eran de ladrillo; los picaportes, de hierro; las maderas, deterioradas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es imposible defenderse de la impresión de tristeza que produce el aspecto de una casa vieja y descuidada, hasta en el ánimo más alegre, y fuerza es decir que estas casas sólo en España existen ya, pues en las grandes capitales del extranjero las más pobres viviendas tienen un aspecto limpio y elegante.

Sin embargo, lo que faltaba de limpieza al local lo suplía la limpieza del decorado; aún se veían en él restos de riqueza: en la sala grande ó salón había en los balcones cortinajes de brocado de seda, de colores vivos; la alfombra era buena; no había chimenea, pero en su defecto se veía una gran mesa redonda, cubierta con un hermoso tapete de lana, hecho por alguna mano hábil y diligente; las sillas, de brocado como las cortinas, era lo que estaba más viejo y maltratado en el salón.

Le ocupaban á la sazón una mujer joven, envuelta en una bata de subido precio, y cuatro niños; de éstos había dos de cinco años y gemelas. Se llamaban Dora y Augusta, dos nombres alemanes elegidos por su abuela paterna.

Otro niño de tres años que andaba á gatas por la alfombra, llevaba el nombre de Osvaldo, y otra tercera niña, aún de pecho, pues no había cumplido un año, dormía en una cuna de caoba, cerrada con cortinas de muselina: aquella niña se llamaba Clementina.

Adriana, la joven madre de todas aquellas

criaturas, no tenía aún veintiséis años, y, sin embargo, parecía contar veinte más; la indolencia y hasta la incuria se veían en todos los detalles de su traje y en todos los rasgos de su persona: eran las once de la mañana, y aún estaba con el cabello suelto y los ojos adormecidos; tendida en un sillón, envuelta en una bata de merino azul, que ni aun se había cuidado de abrochar, y enseñando bajo el borde de la misma un pedazo de enagua blanca, de una limpieza muy problemática, presentaba la imagen desoladora de la más perfecta incuria y del desasco más completo.

La degradación progresiva del sér moral, el embrutecimiento de la pereza, se habían esculpido en todos los rasgos del semblante de Adriana: sus ojos, tan grandes y hermosos en otro tiempo, estaban irritados; su blanca tez, ajada por las pinturas, y que ya no se pintaba, tenía un color terroso y amarillento; estaba flaca y enfermiza, y su boca parecía mucho mayor, teniendo por completo descuidada y dañada la dentadura, antes semejante á una doble sarta de menudas perlas.

¿Cómo seis años habían hecho en aquella joven un cambio tan doloroso?

Porque así como una vida laboriosa es sana para el cuerpo y para el espíritu, así la vida de molicie y de pereza agosta la belleza, arruína la salud y extingue en el alma todo instinto de lo bello.

La influencia del amor de Daniel no había bastado á extirpar del alma de su joven esposa la fu-

nesta semilla de una educación viciada y absolutamente destituída de moral; la vida es una cosa grave y triste, y Leocadia había enseñado á su hija á mirarla como una perpetua fiesta: ási aquella joven alma, que no estaba preparada al dolor, á la paciencia, al sacrificio, al trabajo, á la abnegación, cayó en una especie de fatiga, en una indiferencia, en un mal humor habitual, que hacían de ella un sér excepcional y aborrecible.

Cada hijo había además traído á Adriana una larga y penosa enfermedad; los gastos se habían multiplicado; las nodrizas que se buscaban para cada niño aumentaban el desorden. Adriana no sabía ni podía cuidarse de gobernar su casa, y paso á paso, poco á poco, el bienestar que Daniel había hallado en los primeros días de su matrimonio se había ido convirtiendo en una situación difícil primero, precaria después, y, por último, muy dolorosa.

Los gritos del niño que andaba por el suelo sacaron á Adriana de su torpeza ó soñolencia; abrió los ojos, vió al niño cerca, y alargando el pie le empujó levemente, diciéndole con aspereza:

—¡Cállate ya!

La criatura rompió á llorar ruidosamente.

Adriana volvió á recostarse, y dijo á una de las gemelas:

—Dora, llama.

La niña tiró del cordón de la campanilla, pero nadie apareció.

—¡Vuelve á llamar, estúpida!—gritó su madre.

Y como viese que la segunda llamada tampoco daba resultado, se levantó ella misma, y llamó con tal furia que la campanilla resonó en todos los ángulos de la casa.

Este movimiento dejó ver que se hallaba en los últimos meses de otro embarazo.

Al estrépito de los reiterados campanillazos apareció una criada sucia y mal vestida.

—¿Qué haces que no pareces por aquí?—exclamó Adriana con enojo.

—Me tenía ocupada la señora Condesa,—respondió la muchacha.

—¿En qué?

—En limpiar el cuarto de las niñas.

—Déjalo todo como esté y llévate á esa criatura, que me rompe la cabeza con sus lloros.

La criada tomó á Osvaldo, que gritaba y pateaba, y se lo llevó á la fuerza.

—Vosotras á sentaros ahí, y cuidado con moverse,—dijo Adriana á Dora y á Augusta.

Y se volvió de lado en el sillón, cerrando de nuevo los ojos.

Pero su reposo fué de corta duración: la niña que estaba en la cuna, despierta ya por los gritos de su hermano, se agitó y empezó á gemir á su vez.

—¡Esto es insufrible!—exclamó Adriana.—Llamad al ama.

Augusta iba á salir con su pequeño paso aún

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vacilante; pero al abrir la puerta se halló de cara con otra persona que iba á entrar.

—Abuelita, ¿y el ama?—preguntó.

—Durmiendo, hija mía—contestó una dulce voz.

—Mamá la llama...

—Aquí estoy yo—dijo la abuela:—la pobre ama ha pasado la noche en vela con el niño, y ahora es justo que duerma.

—Se la paga para que vele con el niño cuando éste lo necesite—dijo Adriana:—por tanto, que la llamen.

—No, hija mía—dijo la Condesa, que era la persona que había entrado:—si la fatiga que se la imponga es superior á sus fuerzas, esa buena nodriza nos dejará.

—Se buscará otra.

—¿Y hasta que parezca? tendrá hambre nuestra pobre Clementina, y quizá morirá.

—¡Tanto mejor para ella y para mí también! —dijo Adriana bruscamente.

—¡Pero no para su abuela!—repuso la Condesa, tomando á la niña de la cuna.—¡No, su abuela no quiere que Clementina muera, ni su padre tampoco!

—¡Ni yo, ni yo!—dijeron á su vez Dora y Augusta.—¡Pobre Clementina, es tan bonita y tan pequeña! ¡Ah, no, abuelita, que no se muera!

—No se morirá, hijas mías.

—¡Muchas penas se ahorraría! —murmuró

Adriana.—Con el padre que tienen, más les valdría morirse á todos.

—Adriana—dijo la Condesa con una dulce firmeza,—no hables así de Daniel, ni en presencia mía ni en la de sus hijos; eso es cruel y degradante á la vez: cruel para mí y para mis nietos; degradante para tí.

—¿Aún le disculpa usted, señora?

—Es mi hijo.

—¡Diga usted más bien que es su verdugo!

—¿Por qué he de decir eso, si no lo pienso?

—¿No ha tenido usted que dejar su casa para dar á su hijo su pensión entera?

—Sí, por cierto; para ayudaros con todo lo que poseo he venido á vivir con vosotros.

—¿Y por qué no trabaja él en vez de aceptar ese sacrificio?

—Para mí no lo es: estando á vuestro lado, y al lado de mis nietos, soy dichosa.

—Señora—dijo Adriana con amargura,—esa longaminidad de usted pierde á Daniel. ¿No le haría usted un bien mayor persuadiéndole de que debe utilizar su carrera y trabajar?

—Ya lo he hecho, hija mía,—contestó sin descomponerse ni indignarse la Condesa; y sentándose en una silla baja se puso á mecer á la niña, que inquieta y afligida lloraba sin consuelo.

—¿Y cómo lo ha hecho usted?—exclamó Adriana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Como debía hacerlo: aconsejándole, rogándole por tí y por vuestros hijos.

—El no hace caso alguno de los ruegos de usted.

—Pues nada más puede hacerse que rogar á un hombre, querida Adriana,—repuso la Condesa.

—Usted podía reconvenirle, amenazarle; ¿no es usted su madre? ¿No tiene el deber de recordarle los suyos? ¡Si hubiera yo sabido cómo había de volverse Daniel, jamás hubiera sido su esposa!

—Mi pobre Adriana, cálmate—dijo la Condesa.—Daniel está cansado de la vida, del matrimonio...

—¡Y de mí, y de sus hijos!—exclamó violentamente Adriana:—demasiado lo sé.

—De sus hijos, no.

—Entonces, ¿soy yo quien le aburre y le fatiga? Entonces, ¿es á mí á quien aborrece?

—No; sino á la vida doméstica, tal como la soporta. Adriana, ¿por qué no cuidas tú de su bienestar y del tuyo?

—Yo estoy enferma... estoy agobiada... la falta de dinero me angustia... ¡Ah! ¿Por qué fuí yo dócil hasta la necedad á las exigencias de Daniel?

—¿Qué quieres decir?

—¡Que hice muy mal en rehusar los donativos de mi madre, única persona que me quiere!

—Si hubieras admitido esas dádivas hoy no tendrías marido.

—Tampoco así lo tengo. ¡Para lo que se cuida de mí!

—Si hubieras aceptado el dinero que tu madre te daba, Daniel no hubiera vivido contigo: conozco demasiado su dignidad.

—Y así tampoco vivirá conmigo durante largo tiempo, se lo aseguro á usted.

—No te comprendo.

—Se verá muy pronto libre de mí, porque ó me moriré, ó me iré con mi madre.

—Lo que sería matarte moralmente.

—¡Cómo, señora! ¿Acusa usted á mi madre?

—¡Sí, Adriana! La acuso de muchas cosas, y la primera es de falta de cariño para tí.

—¿Que no me quiere mi madre?

—No, tu madre no te ha amado jamás: de lo contrario, te hubiera educado de otro modo; te hubiera enseñado á sufrir los contratiempos de la vida, á tener paciencia, á querer á tu marido y á tus hijos con abnegación y con fidelidad. ¿Piensas acaso que las demás mujeres hallan en esta vida un jardín de rosas? ¿Piensas que nadie sufre más que tú? ¿Y no ha debido tu madre enseñarte que el destino de la humanidad no es solamente el goce y la alegría? ¡Ahora es ya tarde, mi pobre Adriana! Estás desanimada; la lucha te ha hallado sin fuerzas, porque ni aun la religión te presta las suyas. ¿Qué haremos contra una enfermedad que puede ser mortal, si no pones tú, no algo, sino mucho de tu parte? ¿Qué haremos, hija mía? ¿Qué harás tú, sobre todo? Mi hijo me tiene á mí, á su madre que le adora, y sabrá sufrir con él hasta la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerte. Tus hijos me tienen á mí, á su abuela, que es dos veces madre suya, y que por ellos velará y trabajará; ¿pero y tú, y tú?

—Ya lo he dicho, señora: ó me moriré, ó volveré al lado de mi madre; allí recobraré la salud y la alegría; en mi hermoso París, donde mi madre vive, olvidaré que he sido casada.

—¿Y olvidarás también que eres madre?

—También lo olvidaré.

—¡Te engañas y te calumnias á tí misma!—exclamó la madre de Daniel con una indignación dolorosa:—eso es lo que no se olvida jamás; el egoismo ha hecho su presa en tí, y ahoga en tu alma hasta los afectos más santos; pero sepárate de tus hijos, y te desafío á que los olvides.

—Ellos me han quitado la salud y el gusto de la vida; ellos nos arruinan.

—¡Pobres ángeles!—exclamó la abuela, confundiendo en un mismo abrazo á las tres niñas;—¡ellos causar el disgusto de la vida, cuando son las solas flores que hay en ella!

—Para mí son espinas, señora; yo creo además que no amo á mis hijos por la conducta de su padre: éste se ha cansado por completo de mí, ya lo sabe usted; apenas le veo, y sin ocupación ninguna pasa el día no sé cómo; viene á acostarse al amanecer, y ya no almuerza ni come conmigo.

—¿Y cómo ha de almorzar, si te levantas á las dos?

—Señora—repuso Adriana,—ya que usted excusa á su hijo en todo lo que hace, no haga el empeño de que yo le excuse también: conmigo tiene deberes que no ha cumplido, y para hacerme tan desventurada no debía haberme unido á su suerte; yo estoy ya cansada de sufrir; soy muy joven todavía, y la vida, tal como la columbro, me espanta; la dejaré, pues, ó variaré sus condiciones.

La pequeña Clementina se había dormido en la falda de su abuela; ésta inclinó hacia la niña su rostro entristecido, en el que se veía impresa una viva expresión de sufrimiento, y contempló á la criatura durante algunos instantes, como si hubiera querido hallar algún valor. La tempestad del dolor agitaba aquella alma santa y noble; sus cabellos estaban casi blancos; á cada lado de la boca se había formado un pliegue tristísimo, y triste por demás era también la mirada de sus ojos.

Después de mirar algunos instantes á la niña, iba á hablar; pero la puerta se abrió con estrépito, y un hombre descolorido, descompuesto y con el semblante huraño y contraído, apareció en el umbral.

II

La persona que había aparecido era Daniel.

Al verle, su mujer hizo un gesto, en el que entraban por partes iguales el terror y el fastidio más profundo.

La abuela, previendo la escena que iba á tener

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lugar, y deseando evitar que las dos niñas mayores la presenciasen, tomó á Clementina en sus brazos, asió á Dora de la mano, é hizo señas á Augusta para que las siguiese, saliendo los cuatro de la estancia.

—¡Oh, mi pobre madre!—suspiró Daniel, siguiéndola con una mirada tristísima.

—¿Qué le sucede á tu madre?—preguntó con insolencia Adriana, incorporándose y mirando á su marido, que le respondió con otra mirada de cólera.

—¿Qué le sucede? ¿Y tú me lo preguntas?

—Ciertamente: te lo pregunto.

—¿No ves el martirio á que se ha sometido? ¿No lleva sobre sí todos los cuidados de la casa y todo el que dan cuatro niños?

—Para eso es abuela, y, como todas, está en sus glorias.

—Adriana—dijo severamente Daniel,—esta situación que tú has creado no puede seguir: mi madre no se queja, es verdad; pero mi corazón se queja al verla sufrir; es necesario que tú empieces á ser lo que no has sido nunca.

—¿Y qué es?

—¿No lo sabes? ¿No sabes que la mujer que se casa tiene deberes muy sagrados?

—No lo sabía: nunca he conocido casada á mi madre, sino joven y hermosa y disfrutando de cuanto hay de bello en la vida; pero si hay deberes para la mujer, creo que también los habrá

para el esposo, y yo no veo que tú cumplas ninguno. En cuanto á que me tome más cuidados y fatigas de los que tengo, no lo esperes de mí: tu madre está en su centro siendo ama de casa, abuela, providencia doméstica; en una palabra, cuando tenga el quinto nieto se encontrará aún mejor.

—Pero yo me encuentro muy mal viendo que sufre y que los cuidados de esta casa superan á sus fuerzas; es preciso que tú tomes tu parte.

—Yo no sé hacer nada; ya lo debías saber al casarte conmigo.

—No sabía tal cosa.

—Debiste, á lo menos, suponerlo: con el método de vida que llevaba yo al lado de mi madre, ¿pensabas que valdría para ama de gobierno?

—¿Y mi madre? ¿Piensas tú que la noble, la opulenta Condesa del Villar, se ha ocupado jamás de los humildes trabajos á que tu holganza la condena? ¿Crees que ha nacido para llevar tan amarga vida en sus últimos años?

—Ya te he dicho que eso es toda su delicia.

—No: eso es una gran resignación; mi madre es una santa.

—¡Dichosa ella! Yo que no lo soy, te advierto que estoy cansada y aburrida de esta vida que llevo, y que me voy al lado de mi madre.

—Tú permanecerás en tu sitio, que es esta casa.

—Te aseguro que no; ¿con qué derecho me has condenado hace siete años á esta vida de priva-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciones y de obscuridad? Si mi madre me permitió casarme contigo, es porque, aunque sabía que eras pobre, contaba con ayudarme; pero tú has tenido la estupidez de hacerme rehusar su auxilio, y lo que tú posees, junto á lo que posee tu madre, no basta para que vivamos sin ahogos.

—No quiero que aceptes lo que es de mi hermano.

—¿Y tu hermano, por qué no te da más dinero?

—Porque tu madre dilapida todas las rentas de su casa; porque ya gasta del capital; porque la vida de locos gastos que llevan en París los conduciría á la ruina; en una palabra, porque mi pobre hermano, desde hace cuatro años, tiene alterada la razón.

—No la tuvo nunca muy cabal.

—¡Eso es obra de tu infernal madre!—exclamó Daniel con tanta cólera, que de sus ojos brotó un relámpago siniestro;—¡tu madre es la causa de la perdición de toda mi familia! ¡Tu madre te aconseja que no reconozcas ningún deber, que te separes de mí, que te vayas á su lado, porque en esa mujer funesta, hasta el cariño maternal es origen de crímenes y desdichas!

Adriana se incorporó en su asiento, echó hacia la espalda las enmarañadas madejas de sus cabellos, abrió sus ojos medio entornados, en los que brillaba una luz extraña, y dijo á su marido con voz tranquila:

—Te agradezco que hayas provocado esta explicación, y te agradeceré más que me escuches un instante.

—¿Qué puedes decir para justificar á tu madre, para justificarte?—preguntó Daniel.

—Ni una palabra, ni lo intentaré siquiera; sólo te diré una cosa: que esta situación me ha llegado á ser del todo insoportable, y que no puedo prolongarla.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Que deseo una separación amistosa.

—¡Eso jamás! ¡Quedarme yo sin mis hijos!

—¡No, si no quiero llevarme ni uno solo!—repuso Adriana con gran naturalidad:—te los dejaré todos y los cuidará tu madre.

—¿Luego los abandonas?

—¡Yo no les sirvo de nada!

—¿Y cuál es tu designio? ¿Qué harás?

—Irme con mi madre á París.

—¡No!

—¿No te agrada una separación amistosa?

—¡No!

—Llevémosla á cabo judicialmente entonces.

—¡No!

—¿Tampoco así la aceptas? ¿Quieres tener mi suerte unida á la tuya por fuerza?

—¡Por fuerza, aunque no quieras! ¡Esa es la sola manera de castigar tu horrible egoísmo, la sequedad de tu corazón!

—Ten cuidado, Daniel; mira que yo estoy resuelta á dejarte, y lo haré.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo lo impediré.

—¡No te amo, y nadie podrá retenerme á tu lado!

—Yo no te amo tampoco—exclamó exasperado Daniel,—y, sin embargo, por mis hijos no consentiré en lo que deseas, á no ser para encerrarte en un convento.

—¿Y con qué pagarías mi pensión de alimentos? —preguntó Adriana con una risa sardónica;—¿crees que me tendrían gratis, ó que mi madre pagaría mi encierro? En cuanto á tu hermano, tú lo has dicho, está completamente idiota, y tampoco podría ayudarte en la noble empresa de castigarme.

—¿No hay en tí un resto de corazón?—exclamó Daniel, quien en su orgullo varonil había dicho á su mujer que no la amaba ya, pero que en realidad la adoraba.—¿Por qué quieres romper tu posición de una manera violenta? ¿Por qué no aprendes de mi madre un poco de paciencia y de abnegación? ¿Estás irritada porque te veo poco, porque me he emancipado hasta cierto punto de los lazos conyugales? ¡Ay, Adriana! ¡Si supieras qué triste es para el hombre la casa, cuando la mujer no la ilumina con su amor, con su ternura! ¡Nosotros somos egoistas, y buscamos la alegría y la luz: la obscuridad nos aterra!

—Eso mismo me sucede á mí: soy egoísta, y aquí me siento morir de tristeza.

—¿Insistes en dejarnos?

—Sí: tú no me quieres ya, yo tampoco á tí; ¿qué hacen las bendiciones con que nos unió el sacerdote, cuando los corazones están alejados uno de otro?

—¿Tienes quejas de mí?

—¡Sí, y muy grandes! ¿No hallas medio ninguno de tener dinero. ¿Por qué no trabajas para ganarlo?

—¿Y no piensas en que puedo serte infiel?

—Nunca he pensado en eso.

—¿De modo que me dices la terrible verdad? ¿no me quieres ya?

—Te he dicho la verdad.

—Pues bien, Adriana; oye á tu vez lo que yo debo decirte: depende de esta entrevista, de esta conversación dolorosa para mí, y que para tí no puede ser tampoco muy grata, el porvenir de nuestros hijos; á lo menos por ellos, oye una vez la razón, porque no quiero amenazarte. Aún podemos, poniendo cada uno de los dos algo de su parte, aún podemos hacer nuestra situación más soportable... yo trabajaré; no eran infidelidades del corazón, ni aun siquiera caprichos pasajeros lo que me llevaba lejos de tí, no: yo te quiero todavía, y este afecto, que se va entibiando, llegaría de nuevo á la pasión si tú pusieras algo de tu parte, si tú fueras de nuevo la Adriana que yo conocí; ¡eras tan linda, tan dulce, tan elegante, tan seductora! Seducías hasta por tus mismos defectos, tanto como por tus cualidades... ahora

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

éstas han desaparecido, y los defectos han tomado un carácter terrible... te has vuelto fea, dura, indiferente, descuidada, horrible... ¡Adriana, si me ayudas un poco yo renaceré... yo seré otro... si no, estamos perdidos!

—Daniel—contestó Adriana sin emoción alguna,—yo no puedo ser ya lo que he sido: la belleza ha huído de mí; estoy enferma, sin fuerzas... la Adriana que tú conocías se fué con mi madre... te he amado cuanto he podido... yo no sé mandar á mi corazón, que está lejos de aquí...

—¿Con tu madre?

—Sí... con mi madre... Mi sola aspiración, mi solo anhelo es ir á su lado.

—¡Oh, Dios maldiga á tu madre!—gritó Daniel enfurecido, y chocando aún otra vez, en su dolor impotente, contra aquella helada naturaleza.

—Calla—repuso Adriana,—no digas eso, porque mi madre no tiene la culpa de nada de lo que me sucede; como yo, es una criatura débil y viciosa, y no me ha enseñado más que á agradar, á ser bonita... Yo no servía ni para esposa ni para madre... con mi belleza se han ido mi alegría, mi dicha, mi presente. Déjame ir á buscar el porvenir.

—No volvamos á lo mismo.

—Yo no puedo hablarte de otra cosa.

Daniel abrió la puerta de la estancia y se precipitó en la sala contigua; sus ojos estaban llenos de relámpagos, su frente ardía, sus pálidas mejillas estaban vestidas de un carmín arrebatado cruzó la antesala, y asomándose á un corredor vecino, gritó con voz trémula:

—¡Mamá, mamá!

—Aquí estoy—respondió la Condesa apareciendo á la puerta de otra estancia:—¿qué quieres?

—¡Que vengas!

—¿A dónde, hijo mío?

—Ven, sígueme,—exclamó Daniel.

Y en su extravío tomó la mano de su madre, y la condujo con él hasta el aposento donde había quedado Adriana sola y enteramente libre del letargo de su pereza, por el temor de lo que iba á suceder.

III

Al entrar en la estancia, la Condesa miró á Adriana, y se asustó del cambio operado en su fisonomía: todas sus facciones respiraban una solución helada y fiera; no era ya la imagen de la molicie ó la debilidad; se leía en sus ojos una especie de desafío.

Su mirada, como un relámpago de acero, fué á chocar contra la de su marido, que, indignado, se adelantó hacia ella con rabia y dolor tales, que su madre palideció de espanto.

—¡Yo mataré al fin á esta mujer!—gritó Daniel lívido de cólera y con los dientes apretados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

éstas han desaparecido, y los defectos han tomado un carácter terrible... te has vuelto fea, dura, indiferente, descuidada, horrible... ¡Adriana, si me ayudas un poco yo renaceré... yo seré otro... si no, estamos perdidos!

—Daniel—contestó Adriana sin emoción alguna,—yo no puedo ser ya lo que he sido: la belleza ha huído de mí; estoy enferma, sin fuerzas... la Adriana que tú conocías se fué con mi madre... te he amado cuanto he podido... yo no sé mandar á mi corazón, que está lejos de aquí...

—¿Con tu madre?

—Sí... con mi madre... Mi sola aspiración, mi solo anhelo es ir á su lado.

—¡Oh, Dios maldiga á tu madre!—gritó Daniel enfurecido, y chocando aún otra vez, en su dolor impotente, contra aquella helada naturaleza.

—Calla—repuso Adriana,—no digas eso, porque mi madre no tiene la culpa de nada de lo que me sucede; como yo, es una criatura débil y viciosa, y no me ha enseñado más que á agradar, á ser bonita... Yo no servía ni para esposa ni para madre... con mi belleza se han ido mi alegría, mi dicha, mi presente. Déjame ir á buscar el porvenir.

—No volvamos á lo mismo.

—Yo no puedo hablarte de otra cosa.

Daniel abrió la puerta de la estancia y se precipitó en la sala contigua; sus ojos estaban llenos de relámpagos, su frente ardía, sus pálidas mejillas estaban vestidas de un carmín arrebatado cruzó la antesala, y asomándose á un corredor vecino, gritó con voz trémula:

—¡Mamá, mamá!

—Aquí estoy—respondió la Condesa apareciendo á la puerta de otra estancia:—¿qué quieres?

—¡Que vengas!

—¿A dónde, hijo mío?

—Ven, sígueme,—exclamó Daniel.

Y en su extravío tomó la mano de su madre, y la condujo con él hasta el aposento donde había quedado Adriana sola y enteramente libre del letargo de su pereza, por el temor de lo que iba á suceder.

III

Al entrar en la estancia, la Condesa miró á Adriana, y se asustó del cambio operado en su fisonomía: todas sus facciones respiraban una solución helada y fiera; no era ya la imagen de la molicie ó la debilidad; se leía en sus ojos una especie de desafío.

Su mirada, como un relámpago de acero, fué á chocar contra la de su marido, que, indignado, se adelantó hacia ella con rabia y dolor tales, que su madre palideció de espanto.

—¡Yo mataré al fin á esta mujer!—gritó Daniel lívido de cólera y con los dientes apretados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Por qué?—preguntó la madre, que por un heróico esfuerzo de voluntad consiguió hacer su voz severa y reposada:—¿por qué quieres matarla? ¿porque es desgraciada?

Daniel dió un paso atrás y dejó caer sus brazos con desaliento.

—Quiere separarse de mí... abandonar á sus hijos—dijo tras una larga pausa.—¿Es esto comprensible, madre mía?

—Para mí lo es—respondió la Condesa.—Adriana era más dichosa al lado de su madre que con nosotros, y quiere irse con ella; en el alma humana, hijo mío, hay una eterna aspiración á la dicha.

—¿Y por qué no la halla al lado de su marido y de sus hijos?

—Pregúntaselo al que tiene la llave de los corazones, al que regula sus movimientos, al que los hace latir ó adormecerse.

—Entonces, su obligación es sufrir aquí.

—¡Y morir aquí! ¿Quisieras ser tú la causa de su muerte? ¡Háblame con sinceridad, Daniel!

—¡Ah, sí! ¡Aquí moriré!—exclamó Adriana, hallando como por encanto el acento quejumbroso de otras veces.—¡Moriré si no salgo de esta casa!

—¡No, hija mía! ¡No morirás, porque yo no quiero verte morir!—dijo la Condesa.

Y volviéndose á su hijo, prosiguió:

—¿A qué hacer un crimen á esta pobre criatura de ser débil y desgraciada? ¿Quién ha dado temple y fortaleza á su alma? ¡Sólo debemos al dolor el bien de poseer estas cualidades, al dolor sin remedio, al dolor que abruma, pero que no mata, dejándonos la vida para que sea más amarga! ¡Adriana no ha sufrido, y no sabe sufrir; ante sus primeras penas se asusta y busca la salida; si la halla, déjala que la aproveche, y feliz ella!

—¡Cómo, madre mía! ¿Excusas su culpable empeño de dejarnos?

—¿La tenemos estando aquí contra su voluntad? Aquí está su cuerpo; pero su alma, su pensamiento, la parte mejor de su sér, se hallan en otros sitios... ¡están al lado de su madre!

—¡Ese amor á su madre es culpable y odioso!

—¡Odioso el amor á su madre!—repitió la Condesa.—¡Ah, Daniel! ¡Mira antes de decir eso á tu propio corazón! ¿No me quieres tú á mí?

—¡Esa madre no es como tú!

—¡Es de otro modo! ¿Y deja por eso de ser su madre? Las mismas simpatías, la misma conformidad de gustos que te unen á mí, unen á Adriana con su madre; aparte de los lazos de la sangre, aparte del *deber* de quererse padres é hijos, hermanos con hermanos, hay otros lazos más dulces y más inquebrantables: los de la afinidad de gustos, los de la armonía del pensamiento. Leocadia ha tenido por único norte en su vida el amor á su hija; que este amor haya errado en sus manifestaciones, no es ahora ni nunca la ocasión de investigarlo: ha sido y es un amor grande, inmenso, ab-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

soluto. Adriana no ha hallado nunca en su madre ni disgustos, ni contrariedad, ni sufrimiento de ninguna clase: todo era para ella verjel florido en el corazón y en la casa maternales; aquí sufre, y quiere volver á la dicha.

Aquel acento suave y penetrante iba dulcificando el mar de hiel en que estaba anegada el alma del infeliz esposo. Adriana misma, la mujer egoísta y helada, sentía hacia la madre de su marido algo parecido á una inmensa gratitud, algo que le decía iba á verse aliviada en breve del peso que la abrumaba.

—Sé hombre, Daniel—continuó la Condesa;—dame la primera prueba de esa fortaleza que tantas veces te he rogado tengas. Prefiere la posesión moral de tu mujer á la material; no le temas al dolor; ponte enfrente de la vida, y mírala con semblante sereno, aceptando todas sus penas y no mendigándole ninguna de sus contadas alegrías; véncete, que esa es la mayor de las victorias; la vida es una cosa grave y triste, y hay que tomarla con valor, sin inútiles rebeliones contra el destino.

—Madre mía—respondió Daniel sentándose al lado de la Condesa y tomando con respeto y ternura una de sus manos,—hay en tí mucho del valor de los héroes, y mucho también de la sublimidad de una santa; pero ¿quién puede asemejarse á tí? ¿Ni dónde hallar ese generoso valor que de nada se queja y que todo lo perdona? ¡Me ves pasar los días enteros en la ociosidad, lejos de mi

hogar y mis hijos, y nada me dices ya, contentándote con algún consejo dulce y tierno! ¡Sabes que he abandonado el trabajo, y que ha sido inútil el que me hicieses seguir una carrera, y no me reconvienes! ¡Ves á esta mujer abandonando todos sus deberes, y los tomas sobre tí! ¡Y ahora aún llamas desgracia á lo que es culpa, y aún la compadeces de lo que nos hace sufrir!

—¿Y crees tú que ella es dichosa? Nadie lo es fuera del círculo trazado por el deber.

—¡Pero ella es la culpable de su desventura!

—Y tú también: tú eres débil como ella; tú te has cansado antes que ella del deber y del trabajo; ¿no te obedeció dócilmente cuando la ordenaste devolver á su madre todas sus dádivas? ¿Por qué lo hizo? ¡Porque te amaba! ¡Te amaba y no has sabido transformarla! ¡Ah, Daniel! ¡Sobre tí pesaba, sobre tí pesa todavía el deber de hacer feliz á esta pobre criatura! Dale la fuerza que le falta; enséñale con el ejemplo; trabaja para ella, para vuestros hijos, y, sobre todo, sostenla con alguna palabra dulce, de esas de que tan pródiga era su madre. ¡Si supieras cuánto se consigue de la mujer con la dulzura y la persuasión!...

—¡Es una ingrata!—murmuró Daniel medio vencido.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho por ella?

—Amarla.

—¡Y ella también! Nada te debe; pero desde hoy puede deberte mucho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Nada puedo hacer para cambiarla.

—Prueba: déjala ir al lado de su madre.

—¡Qué oigo! —gritó Adriana, levantándose como movida por un oculto resorte.—Señora, madre mía, ¿usted se digna interceder para que consiga lo que tanto anhelo... para que salga de aquí y vaya á respirar al lado de mi madre?

Y el más delicioso color de rosa volvió á sus mejillas, y en sus apagados ojos brilló de nuevo un rayo del sol de la juventud.

—Ya lo ves, hija mía—dijo la Condesa.—Si Daniel quiere complacerme, te permitirá ir á ver á tu madre y te acompañará él.

—¡Yo!—exclamó Daniel.—¿Yo ver á esa mujer infernal que está llevando á cabo la ruina de mi pobre hermano? ¡Eso jamás!

—Adriana no debe ir sola.

—¡Que no vaya!

—¿Y por qué no? ¿Ha de ser ella más fuerte que tú? ¿Se ha de violentar quedándose, y tú no te has de violentar para ir?

—Yo no puedo ver á su madre.

—Daniel—repuso la Condesa dulcemente,—aquí no sabemos sino lo que nos han contado. Leocadia ha sido siempre una mujer alegre, elegante, ligera de impresiones... pero no un ser malvado; ¿quién sabe si al llegar allí hallarás algún alivio moral, viendo que cuida á tu hermano, y que es, más bien que su verdugo, su enfermera?

—¿Se nos oculta acaso el escandaloso derroche que hace de la fortuna de mi hermano?

—Esa fortuna es suya desde el instante en que se casó con él.

—¡Si no supiera que tienes un talento luminoso, algunas veces, madre, te creería atacada de ceguedad mental! —exclamó Daniel. —¡Cómo! ¡Puedes ver sin amargura todo lo que esa mujer hace, y estás tú vegetando casi en la miseria! ¡No la acusas siquiera de la educación que ha dado á su hija, y tomas sobre tí las mil penalidades de la casa y el cuidado de cuatro niños, en tanto que Adriana, su madre, los olvida!

—¿Y no soy yo su abuela, es decir, dos veces su madre?—repuso la Condesa.—¿Y crees que no llevo resignada y contenta la cruz que Dios me ha destinado? ¡Mis nietos! ¡Dulce palabra, que explica todas las ternezas y todos los sacrificios! ¿Qué vale lo que yo hago por ellos, comparado con lo que aún me siento capaz de hacer? ¡Por ellos trabajaría día y noche sin descanso! ¡Por ellos pasaría con dos horas de sueño, y no hay sacrificio ante el cual pudiese mi amor retroceder! ¡Idos, idos vosotros! ¡Yo quedo aquí velándolos y cuidándolos! Vosotros sois jóvenes, y podéis y debéis aspirar á la alegría y al amor: yo soy ya la vieja encina, á cuyos pies han brotado algunas flores. ¡Quiero verlas y cuidarlas, y darlas mi propia savia, para que crezcan fuertes y bellas! Se puede ser mala madre, porque en el corazón de las ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dres tienen aún cabida las pasiones, porque los ojos de la madre miran aún á la tierra; pero mala abuela... ¡eso es imposible! La abuela es la anciana que ya camina con los ojos puestos en las verdades eternas; la abuela desea dejar detrás de sí semillas de honor y de virtud que la recuerden á sus hijos; la abuela es toda amor, abnegación y ternura.

—¡Mis hijos tienen otra abuela!—murmuró Daniel.

—Apenas conoce á sus nietos: Adriana le dará uno allí y verás cómo le ama.

—Madre mía—dijo Daniel, cuya debilidad de carácter estaba ya casi vencida,—eres una santa, y á toda costa deseas evitar por tí el que se rompa nuestra unión; sin embargo, ¡tengo el seguro presentimiento de que este viaje á París no ha de remediar de ningún modo nuestra situación actual!

—Tendrá la ventaja de hacerte romper con los hábitos que has adquirido, hijo mío; ya ves que no te culpo por ellos, pero pido á Dios que se cambien. Daniel, el renovar las impresiones es provechoso para los que, como tú, tienen más imaginación que razón: la monotonía os agobia, os cansa, os mata moralmente; ve, pues, á París; acompaña á tu mujer; es justo que, pues lo desea, vea á su madre, ya que hasta ahora ha estado obligada á vivir con su suegra.

—¡Ah, señora! — exclamó Adriana; — ¡yo no

puedo mirar á usted de otro modo que como á mi segunda madre! Lo confieso, yo no valía para otra cosa que para haberme casado con un hombre opulento; debí aprovechar la pasión del Duque y haberme casado con él, á pesar de su deformidad y de su escepticismo; porque educada en medio de todos los refinamientos del lujo, la escasez me es insoportable... pero, en cambio, ¡con qué admirable tolerancia usted soporta todo lo que en mí debe herirla y serle aborrecible! ¡Qué abnegación, qué paciencia, qué admirable fortaleza! ¡No porque yo no tenga sus virtudes soy incapaz de conocerlas y admirarlas!

Daniel envió á su mujer una mirada más dulce; aquel elogio concedido á su madre halagaba á la vez á su orgullo y á su corazón. Era un alma débil y tierna que no podía vivir sin amar, y Adriana no había cometido tampoco ninguna de esas faltas que extinguen el amor en el corazón del hombre, ó le convierten en odio profundo.

—Conocer á la virtud es ya amarla, hija mía—dijo la Condesa tomando la mano de la joven y estrechándola dulcemente:—yo espero mucho de tí; tu madre, en su ciega ternura, no ha sabido educarte para las contrariedades de la vida, sino para sus venturas, y éstas no necesitan de fortaleza; pero si pones un poco de tu parte, llegarás á ser dichosa, porque serás buena; ahora, idos á París y nada temáis por los niños; se quedan con su abuela, y esta palabra lo comprende todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

Dos meses después, la Condesa viuda del Villar se hallaba en la habitación que ocupaba en la casa de su hijo, rodeada de los cuatro niños. Era cerca del anochecer; Dora y Augusta acababan de venir de paseo con la criada. Osvaldo corría por la estancia, caballero en un bastón de su padre, y Clementina lloraba en los brazos de su nodriza!

El ruido era grande, y la abuela llevaba de vez en cuando una mano á su cabeza fatigada; las niñas charlaban, Osvaldo gritaba, y la nodriza, remisa, no quería dar el pecho á Clementina.

La vejez envolvía rápidamente con sus helados velos á la Condesa; el sufrimiento se veía impreso en todas sus facciones; la cruz era superior á sus fuerzas.

—Ama, es preciso que me dé usted algo que coma la niña, si no quiere usted darle el pecho,—dijo con aquel acento dulce, y siempre exento de reproche, que era en ella natural.

—¡Señora, es que no puedo darle ya más!—contestó la nodriza de mal humor;—¡en toda la tarde ha dejado de mamar, y yo estoy muy mal alimentada!

—Tráigame usted, pues, la sopa de la niña: no le exijo que le dé el pecho si no puede; pero la pobre inocente tiene hambre.

—La sopa de la niña no está hecha—dijo la

criada, que recogía los sombreros de las dos gemelas, y que era la única de la casa;—¡yo no puedo acudir á todo!

—Pues no piense usted que yo voy ahora á la cocina—objetó la nodriza,—que no tengo gana de hacer la obligación de usted.

—Yo iré,—dijo la Condesa levantándose y dirigiéndose á la puerta.

—¿No le da á usted vergüenza de que vaya la señora á preparar la sopa de la niña?—dijo la nodriza;—¡una señora que es grande de España!

—Y usted, ¿por qué no va?

—¡Porque no tengo gana!

—¡Pues lo mismo me sucede á mí!

—¡Esta casa se cae!—dijo tristemente la nodriza;—¡cuando se han ido á París los señoritos, las deudas han llovido! Dos modistas, Reinaldo el zapatero, la guantería, el peluquero y el perfumista, han venido á buscar á la señora.

—Que ha pagado á todos.

—¡Y que ha hecho muy mal! ¡Mire usted que vender hasta su última sortija, hasta los pendientes que llevaba puestos, hasta sus vestidos, para pagar las trampas de su nuera! ¡Y luego dirán que las suegras son malas!

—¡Es que como la señora Condesa no hay dos en el mundo! ¡Si se muere irá derecha al cielo!

—¡Yo lo creo; como que en la tierra pasa el purgatorio! ¡Ese hijo ha sido siempre su cruz, según me han contado: por él ha permanecido viu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da, aunque pudiera haberse casado; por él sufre á esa nuera, más mala que la peste; por él está al cuidado de todos estos niños!...

—¡Que son malos como ellos solos! ¡Qué tabardillo de criaturas!

—¡Pobrecillos! ¡Si no fuera por su abuela!

—¿Y qué hay de los asuntos de París?

—¿Qué hay? ¡Horrores!

—¿No está mejor el señor Conde?

—Está peor, y cada día se cree que no llegará á la noche, y, sin embargo, llega.

—¿Pero qué es lo que tiene?

—Disgustos de su mujer: primeramente aquí se quedó como idiota, y así se lo llevó á París; allí empezaron á darle accidentes, y hace cerca de tres años que está enfermo; y la mujer, con un amigo que tiene, han ido sacando dinero y tomando sobre las fincas, y ahora está la casa por tierra.

—Pero—dijo la nodriza, que era mujer de buen sentido,—¿cómo la mujer ha podido hacer todo eso sin consentimiento del marido?

—Tenía ese consentimiento y veinte que hubiera necesitado. ¡Si es un demonio!

—Dicen que le tenía loco.

—Y dicen bien.

—¿Y entonces quién levanta esta casa?

—¡Nadie!

—Yo pensé que el señorito Daniel traería algún dinero de su hermano.

—Y era de esperar; pero nada de eso: así que se muera el señor Conde y salga la señorita de su cuidado, se vienen aquí otra vez, más pobres que se fueron, y hallan esto más pobre que lo dejaron.

—Pues esto se cae... ya el casero ha perdido la paciencia... y á no ser por la señora Condesa, á quien ha conocido en otro tiempo y que le compadece mucho, ya nos hubiera echado á la calle.

Los pasos de la Condesa, que se acercaba, pusieron término á las habladurías de las dos mujeres, que aunque para el trabajo eran muy enemigas, para charlar se unían muy bien.

Traía la abuela la sopa de su nieta en un plato de antigua porcelana, con una cucharita de plata, y una servilleta adamascada en el brazo.

La niña, adormecida por la necesidad, se había quedado inmóvil en los brazos de la nodriza, que realmente estaba extenuada de fatiga, porque la salud de la niña no era buena ni la dejaba ningún reposo.

—¡Venga acá mi pequeña Clementina!—dijo la Condesa tomando á la pobre criatura; y colocándola en su regazo, empezó á darle la sopa con esa solicitud maternal, incomparable, de la abuela amante de sus nietos.

La niña empezó á comer con ansia; de vez en cuando cesaba, sin embargo, y se reía mirando á la Condesa.

Era una criatura muy linda, rubia como las espigas y con grandes ojos de un azul obscuro y profundo; ya su boquita enseñaba al reirse dos filas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de perlitas menudas, pues contaba cerca de trece meses; pero era delgada, endeble y estaba pálida, acaso por el mal alimento que le daba su nodriza.

Las dos niñas mayores eran extraordinariamente bellas: la una, trigueña como Daniel, y la otra, de cabellos castaños y ojos azules, aunque no tanto como los de Clementina.

Osvaldo era moreno como su hermana Dora y como su padre, y Augusta era la que más se parecía á Clementina.

—Ama—dijo la Condesa dirigiéndose á la nodriza,—¡ya lo ve usted, la niña tenía hambre! Es, pues, necesario que le quitemos el pecho y que empiece á comer, ó más bien que siga comiendo algo más que hasta aquí.

—Es decir, señora, ¿que usted quiere que me vaya?—exclamó la nodriza;—¿qué, me echa usted de esta casa?

—No, amiga mía, no—repuso la Condesa:—¡yo no puedo ni quiero despedirla!

—Es que sería igual, señora: en primer lugar, me deben seis meses de salario.

—Ya lo sé.

—Y hasta que se me paguen no me iré.

—Nada más justo.

—Y aunque me los pagasen hoy, no me iría hasta que llegasen los señoritos, que son los amos verdaderos de la casa.

—Ya he dicho á usted—repuso la Condesa con dignidad—que yo no la despido: sólo creo que

hará usted bien en ayudarme á desmamar á la niña, haciéndola comer, pues usted se extenúa dándola el pecho, cuando éste está casi agotado.

—¡Lo está, ya lo creo que lo está! por los malos alimentos.

La Condesa no respondió nada; concluyó de dar la sopa á la niña, que cinco minutos después estaba dormida; la colocó en la cuna y volvió á sentarse, tomando las manos de las dos niñas mayores.

—A rezar, hijas mías,—les dijo.

—¿Antes de cenar, abuelita?—exclamó Dora, que era glotona.

—En rezando os daré la cena.

—¿Y qué va á ser?

—¡Sopas de leche!

—¡Lo mismo que todos los días!—murmuró Augusta de mal humor.—¡Cuando mamá estaba aquí, todos los días cenábamos distintas cosas!

La Condesa alzó los ojos al cielo, y una lágrima rodó por sus mejillas.

Dora vió aquella lágrima: su pequeño corazón sintió frío, sin saberse dar cuenta del por qué; abrazó á su abuela, y le dijo:

—Rezaremos y comeremos después la sopa.

La Condesa les hizo rezar el Padrenuestro y el Avemaría. Persuadió al pequeño Osvaldo á que viniese á sentarse en su falda, y éste asistió callado á las oraciones de sus hermanas, repitiendo algunas frases en su lenguaje balbuciente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vamos á cenar,—dijo la abuela.

—¡Cenemos aquí!—demandó Augusta.

—No, hija mía, no: iremos al comedor, que es donde se debe comer siempre; aunque seáis siempre pobres, y lo seréis, mis pobres ángeles, nunca olvidéis la buena educación y el decoro de vuestras personas; los bienes de la tierra, Dios los da ó los rehusa, según su santa voluntad; pero el respeto hacia nosotros mismos, puede existir igualmente en la desgracia que en la opulencia. Venid —continuó la noble señora,—venid, hijas mías; ¡mirad qué hermoso está el cielo! ¡ved cómo va bordándose de luceros el manto azul del firmamento! ¡Ved la luna qué clara y qué pura nos aparece! Esta es la hora más propicia para la oración. ¡Decid conmigo, hijas mías! «¡Dios mío, Virgen Santísima, acordaos de nosotras y no nos desamparéis!»

Las dos niñas unieron sus manecitas, y repitieron aquella oración sublime en su misma sencillez.

—Decid también—continuó la Condesa,—decid conmigo: «¡Dios mío, conservad la salud á papá y á mamá, y que vengan pronto á nuestro lado!»

—Abuelita—dijo Augusta,—cuando venga papá y mamá, ¿nos harán otros vestidos? porque ya los tenemos rotos éstos y los otros.

—Sí, hija mía,—contestó la abuela.

—¡Tú, abuelita, no nos compras nada!—murmuró Dora enojada,—¡ni dulces, ni vestidos,

como mamá! ¡Tú no nos quieres; mamá, aunque algunas veces nos da un empujón, nos compra de todo! ¡Tengo ganas de que venga mamá y te vayas tú!

—¿Es eso verdad?—dijo la abuela abrazando á la niña.—Veamos, Dora: ¿quieres de veras que me marche? ¡dímelo mirándome á la cara!

—¡Ah, no!—exclamó la niña apoyando su bella cabecita, cubierta de rizos, en el pecho de su abuela.

—Hijas mías—prosiguió la Condesa dirigiéndose á las dos niñas,—si yo no os doy todo lo que hay de más bonito, es que estamos muy pobres... ¡es que no tenemos dinero! Ya contáis más de cinco años, y es preciso que me entendáis. Dios hace pobres y ricos... ¡Nosotros somos pobres!

—La nodriza dice que tú has sido muy rica.

—¡Y tiene razón! ¡Ah, hijas mías; si yo fuera rica ahora, cuánto me alegraría por vosotras! Pero no penséis por eso que la riqueza es la dicha: la riqueza es ser buenos, y es saber ganarse el pan de cada día. Vosotras sabréis pronto leer, ¿no es verdad?

—Sin duda, porque tú nos das dos lecciones cada día.

—Es que quiero que acabéis pronto de aprender, para enseñaros otras cosas.

—¿Y qué cosas son?

—Os enseñaré á las dos la música y el dibujo, y á la vez á escribir y á coser.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y no iremos para eso al colegio, como las niñas de enfrente?

—No, Augusta mía.

—¿Y quién nos enseñará?

—¡Yo, vuestra abuela!

—¿Y cuándo empezaremos?

—Dentro de dos meses, lo más tarde.

—¿Y tendremos mucho que estudiar?

—No, muy poco, y ese estudio os será agradable. Ahora vamos al comedor.

Las dos niñas y su abuela, llevándolas de la mano, pasaron á otra estancia, decorada pomposamente con el nombre de sala de comer: no tenía más que una mesa de pino blanco en el centro y seis sillas ordinarias. No había allí lámpara, ni aparador, ni nada de lo que constituye, no el lujo, pero sí la comodidad. La Condesa extendió el mantel que había doblado sobre la mesa, y puso dos platos para las niñas con dos cucharitas de plata; la criada trajo una tacita de sopas de leche, con un poco de canela por encima.

—¡Ay, abuelita, qué poca sopa!—exclamó Augusta llorando; —yo quiero más cena; tengo hambre.

—Y yo también—añadió Dora.—Yo quiero otra cosa.

—No hay nada más—repuso la criada de mal humor.—¡Esta casa va quedando tan limpia, que no sé lo que haremos por último! Señora, si no se remedia la situación, me marcho.

—No, Francisca—dijo la Condesa,—no se vaya usted, pues no sabría yo qué hacer con estas criaturas. Desde mañana, yo buscaré labor y trabajaré...

—¡Usted, señora, á su edad!

—No soy tan vieja como usted supone, Francisca: no há mucho he cumplido cincuenta y dos años.

—¡Ah, señora, si parece que tiene usted más de sesenta!

—No los tengo; y aunque así fuera, aún podría trabajar. Ese es mi deber; y aunque no lo fuera, ¡qué no haría yo por mis nietos!

La Condesa dió de cenar á las dos niñas, que comieron con avidez su exigua cantidad de sopa; después salió del comedor y volvió á su cuarto con paso fatigoso y triste; cruzó las manos, y alzándolas ante un Crucifijo que había en su alcoba, murmuró con voz ahogada:

—¡Piedad, Señor, piedad para mis pobres nietos!

—El señor Duque de Aguilar,—anunció Francisca á la puerta de la habitación.

La Condesa se volvió, mostró al Duque su rostro lleno de lágrimas, y extendió hacia él sus manos.

—¡Dios le envía á usted en mi socorro, querido amigo! ¡Bendito sea Dios! ¡ya sólo veía sombras dentro de mí y en derredor mío!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

El Duque había envejecido mucho: seis años para aquella alma desolada y triste, para aquel ateo, para aquel solitario de los salones, para aquel asceta de la desgracia, habían sido un siglo.

Una decrepitud prematura había invadido todo su ser: estaba flaco y mucho más jorobado que antes, pues su alta estatura se inclinaba hacia adelante. Su cabeza estaba completamente despoblada de cabellos, y una palidez verdosa cubría todas sus facciones.

Tendió una mirada angustiosa y triste por aquella pobre habitación, y murmuró con una sonrisa amarga:

—¡Hermoso premio el que alcanza la virtud!

—¿Y mi hijo? ¿Y Adriana?—exclamó ansiosamente la Condesa.—¿Viene usted ahora de París?

—Directamente, señora,—contestó el Duque.

—¿Qué sucede allí? ¿Cuándo vuelven?

—Lo ignoro, Condesa.

—¿Y Daniel?

—Feliz en lo que cabe; se acuerda mucho de su madre y de sus hijos, á pesar de tener otro ya.

—¡Cómo! ¿Adriana tiene otro hijo ya?

—Un hermoso niño que nació hace cuatro días, y cuyo nacimiento vengo encargado de anunciar á usted.

—¡Y nada me han dicho!

—Daniel no escribe á nadie.

—¡Ah, lo que es á mí, olvidada del todo me tiene, como Adriana!... Pero ¿y el Conde? ¿Y Marcelo, cómo está?

—Muriendo; la paralisis de todo su cuerpo es completa: no oye, no puede hablar, y apenas ve.

—¡Pobre Marcelo!—suspiró la Condesa.

—¡Su martirio no puede ya prolongarse durante largo tiempo sobre la tierra! La vida se retira de ese cuerpo debilitado y enfermo.

—Pero mi nieto... ¿cómo se llama mi nieto? Dígamelo usted,—exclamó la Condesa.

—Carlos, como yo, que le he tenido en la pila bautismal.

—¿Y es hermoso?

—Como un ángel, según lo que se puede suponer ahora; es más hermoso que todos sus hermanos.

—¿Se parece á su padre?

—De un modo notable; pero, Condesa—prosiguió el Duque,—hablemos de usted y de los demás niños: ¿qué sucede aquí?

—La desgracia bate sobre nosotros sus negras alas—contestó la Condesa tristemente;—la miseria nos aqueja, y no tengo á quien pedir, sino á usted, un socorro para estas pobres criaturas.

El Duque desabrochó su gabán, metió la mano en el bolsillo del costado, sacó una carterita de tafilete con cerradura y cantoneras de plata, y dijo poniéndola sobre la mesa:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Para ellos; y piense usted, amiga mía, en que cuanto tengo es de usted.

—¡Ya he llegado hasta implorar la caridad ajena para mis nietos!—exclamó la Condesa alzando dolorosamente los ojos al cielo:—¿qué más queréis, Dios mío?

—Mi querida Condesa—repuso el Duque,—Daniel me devolverá eso algún día: es un adelanto que le hago á él, nada más.

La Condesa se enjugó dos gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas, y estrechó fervorosamente las manos del Duque.

—Daniel trabajará—repitió éste,—y será algo en el mundo.

—¡Él! ¡si ha perdido ya el amor y la costumbre del trabajo!—murmuró dolorosamente la Condesa;—¡si la vida que llevaba aquí era horrible! ¡La más acerba de mis penas, es la perversión moral de mi hijo!... ¡Todas las semillas de honra y de deber que yo había depositado en su pecho, se han secado, se han perdido! ¡La orgía, la holganza, el juego, el café, se repartían todas sus horas! ¡Parece que desde que contrajo ese enlace fatal pusieron en el lugar de Daniel otro hombre, y se llevaron á mi hijo!

—Mi pobre amiga—repuso el Duque,—ya que usted sabe también la amarga verdad, es inútil que se la oculte por mi parte: en París no hace Daniel más arreglada vida que aquí; su mujer, completamente entregada á su madre, prescinde

de él. Leocadia, que ansía el instante de que Marcelo cierre los ojos, vive en la más íntima amistad con D. Román de Silva, que reside en París, desde que ella llevó allí á su crédulo marido; y aquí hay un agente de la Condesa que vende los restos del patrimonio del Conde y le va enviando á París grandes sumas de dinero; pero yo tengo otro agente que ha puesto en salvo la dote de Cristina, única cosa que sobrevivirá al desastre.

—Y mi hijo...

—Su hijo de usted pasa la vida con los jóvenes más disipados de París, y no se acuerda de su madre.

—¿Ni de sus hijos?

—Por ahora, no... quizás está cercano el día en que vuelva á ellos.

—¡Óigale á usted Dios!

—Yo preveo una gran catástrofe; tardará más ó menos, pero tendrá lugar... entonces Daniel volverá... pero entre tanto, señora, usted no puede seguir en tan triste situación... es preciso que cambie de casa, que tome más criados.

—No, amigo mío, no—dijo la Condesa;—no cambiaré de situación, porque no debo hacerlo; hasta que mi hijo abra los ojos á la luz, así permaneceré, rezando por él, trabajando y cuidando de mis niños... abriré una clase de música y de dibujo... en otro tiempo tenía para estas dos cosas felices disposiciones...

—Pero, amiga mía, ¡á la edad de usted!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dios me ha conservado la vista, y todas las edades son buenas para trabajar.

—Puede usted enfermar.

—Dios me sostendrá.

—Déjeme usted proveer á cuanto necesite, y crea que Dios no se ocupa de lo que aquí sucede.

—¡Yo creo en Dios con toda la fe de mi lejana infancia! —dijo la Condesa fervorosamente;—creo en Dios, le amo y espero en Él, y esto constituye para mí la primera, la mayor de las felicidades; no la cambiaría por las riquezas mayores de la tierra.

—¿Y no se queja usted de la suerte á que la condena?

—No, amigo mío: lo que hago es acatar, adorar su santa voluntad; siempre me han parecido necias é inútiles las rebeliones contra la suerte, y que es más digno aceptar lo que Dios nos depara; el dolor es mi amigo y nunca he huido de él; muy joven aún, me casé con un hombre de mucha más edad que yo, pero al cual me adherí con el cariño más verdadero y más tierno; una pasión aciaga, profunda, la sola pasión que yo podía sentir en mi vida, vino á amargar mi dicha. Marcelo me amó, y yo le alejé de mí; pero este amor ha vivido oculto en mi corazón como la brasa entre la ceniza, hasta que la nieve de los años le heló; entonces cifré mi dicha en el cariño de mi hijo. Dios dispuso que éste se enamorase de una mujer que quisiera hacerla su esposa contra todas las conveniencias sociales, y yo me resigné; resistir hubiera sido inútil, pues de todos modos lo hubiera hecho; pero me resigné porque eso es lo que estaba en mi modo de ser. Daniel ha encontrado en su funesto enlace la más grande desdicha, la pobreza, el desaliento, la soledad moral, todo lo que hace amargos los deberes severos de la paternidad; yo le ayudaré á llevar tan ruda carga; yo amaré á sus hijos por la madre que no tienen, por el padre que los olvida, y yo guardaré caliente el nido, para cuando vuelva como pájaro herido por la tempestad; no es lo primero el ser amados en esta vida, amigo mío: lo primero de todo es amar.

El escéptico personaje quedó silencioso oyendo estas palabras; tenía inclinada la cabeza sobre el pecho y meditaba profundamente.

—¡Que no pudiera usted transmitirme algo de esa augusta serenidad de su alma!—exclamó;—pero la mía, Condesa, está siempre agitada y triste.

—¿Y piensa usted acaso que hay alguien libre del dolor en este valle de tristezas?—preguntó la Condesa;—no, amigo mío, no hay ánimo tan sereno que no tenga tempestades; pero la fe las vence y las apacigua; piense usted en que ha estado cerca de casarse con Adriana, y en la suerte que le esperaba.

—¡He amado á esa criatura de una manera loca! —murmuró el Duque;— ahora mismo, al verla en París de nuevo hermosa, de nuevo seductora, aún

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentía una emoción irresistible... ¡mi corazón, señora, es más joven que mis años!

—Lo cual es una gran desgracia.

—¡Es que vivo tan solo!... Hay en mi alma un ansia tan grande de afectos...

—Ha pasado usted mucho tiempo en la moderna Babilonia—dijo la Condesa,—y no es éste el mejor modo de ayudar al triunfo de la razón... y luego, ¡es tan fatal el contacto de esas dos mujeres!...

—¡Oh, nada puede imaginarse de más funesto! Imagínese usted un palacio lleno de tapices, de brocados, de flores raras, de bronces y de pinturas; la atmósfera con un calor sofocante y saturada siempre de fuertes perfumes; la luz opaca y velada por cortinas de encaje; *stores* de raso blanco, donde un artista ha pintado pájaros desconocidos; lámparas de oro, perlas y amatistas; estatuas de mármol y de pórfido... todo aquello, en fin, que la imaginación puede soñar.

—¿De suerte que viven con la misma esplendidez que aquí vivían?

—Con mucha más. Adriana parece haber renacido á nueva vida; por otra parte, no es ya el sér pasivo que conocíamos antes, dócil instrumento entre las manos de su madre; ella es ahora la que idea todos los refinamientos del lujo y las más espléndidas fiestas.

—¡Y sus hijos casi sin pan!—murmuró dolorosamente la Condesa.

—¿Y cómo haría para enviárselo? ¿Usted lo querría admitir?

—¡Oh, jamás! Prefiero hacer lo que debía haber hecho antes: trabajar para ellos.

—Pues bien, amiga mía: esa atmósfera de París en que he vivido más de dos años; esa atmósfera en que he vegetado últimamente al lado de Leocadia y de su hija, al lado de Daniel, cuando él se dejaba ver, no ha alejado mi malestar, mi fatiga moral, sino que la ha aumentado; al paso que al lado de usted, en esta pobre casa, en medio de la miseria, mi alma parece revivir, y una extraña aspiración de la vida sucede al abatimiento profundo que hace mucho tiempo me agobiaba.

—Venga usted, pues, todos los días, amigo mío —dijo dulcemente la Condesa;—venga á respirar este ambiente sano para su alma enferma y herida: el dolor nos purifica y nos acerca á Dios, y yo no le he huído jamás.

—¿Y Cristina?

—En Roma con su abuelo.

—La ví en París cuando hizo una visita á su padre; pero éste no pudo hablarla.

—¡Cuánto debieron sufrir los dos!

—¡Horriblemente!

—¿No quiso dejarla su abuelo?

—No quiso Leocadia aceptar su compañía; la desgraciada niña hubo de volverse á Roma.

En aquel instante entraron las dos niñas. El Duque las hizo acercar, las sentó sobre sus rodillas, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miró con melancolía aquellos frescos y bonitos rostros, semejantes á dos flores de Mayo.

—Daniel volverá á buscar á estos ángeles,—dijo tras algunos instantes de silencio.

—¿Solo?

—¿Quién sabe? Acaso si...

—¿No querrá volver Adriana?

—Sólo Dios sabe lo que sucederá, Condesa.

—Yo no puedo esperar ya más tiempo á dar á estas criaturas un poco de bienestar, querido amigo; desde mañana búsqueme discípulas: reuniré hasta doce.

Los gritos de Clementina, que venía en los brazos de la nodriza, cortaron aquí la conversación; la Condesa tomó á la niña, abrió la cartera que había dejado el Duque sobre la mesa, y dijo á la criada, que había entrado también con Osvaldo en los brazos:

—Baje usted, Francisca, á cambiar un billete; y usted—añadió volviéndose á la nodriza—recoja todos sus efectos.

—¡Y qué, señora, me despide usted!—exclamó la nodriza.

—La pago y la despido.

—¿Y se va usted á quedar sola con la niña?

—Sola: el pecho de usted está agotado, y hay que enseñarla á comer.

La nodriza salió llena de ira.

—¡Hija mía, mi pequeña Clementina, ya no tendrás más hambre!—exclamó la abuela con profunda ternura;—¡ya tienes pan, y yo ganaré más para vosotros! ¿Por qué no lo he hecho antes? ¡Ese era mi deber, sí; mientras tenga fuerzas, mi deber es trabajar por vosotros, morir por vosotros! ¿No soy dos veces vuestra madre? Y si vuestros padres os olvidan, ¿á quién le toca velar por vosotros?

—Señora, el cambio y esta carta—dijo Francisca:—desde ayer estaba en la portería, donde la dejó el cartero.

La anciana tomó la carta antes que el dinero; había reconocido la letra de Daniel; la carta decía así:

«Madre mía: Mi hermano ha muerto. Adriana me ha abandonado y ha huído con su madre, llevándose á mi hijo y cuanto restaba de la cuantiosa fortuna de mi hermano; la casa y cuanto en ella había estaba vendido de antemano, y nada poseo más que mi vergüenza y mi desesperación. Corro en seguimiento de la culpable, y si la alcanzo, la mataré.

»Mis besos y mis lágrimas para mis pobres ángeles, hacia los cuales soy tan culpable; y tú, madre mía, ruega por tu hijo, que si te ve en esta vida, será digno de tí; y si no, te esperará en la otra para darte con el alma el supremo abrazo!

DANIEL.»

La Condesa dió un grito, y hubiera caído con

la cara contra el suelo á no recibirla el Duque en sus brazos privada de sentido, rendida á un desmayo mortal; pero teniendo aún á Clementina estrechada á su pecho.

VI

El amor maternal y el amor filial habían empujado á Leocadia y á su hija hasta el borde del abismo insondable del crimen: estos dos sentimientos, los más grandes y más sublimes, los más desinteresados y tiernos que pueden albergarse en el corazón humano, habían sido para las dos infelices mujeres manantial de errores, haciéndoles faltar á todos los deberes sociales y morales.

Aunque la comprensión del lector ha podido ya adivinar hasta qué extremo amaba Marcelo á su mujer, y que, dado este amor, era fácil y aun necesario que la perdonara, bueno será que le expliquemos, siquiera sea sucintamente, el martirio moral de aquel hombre digno, honrado y que con tanta amargura cruzó su Calvario en la tierra.

Bien pudiera llamarse al trabajo fisiológico que vamos á presentar *Historia de un alma*, y estamos seguros que como tal lo mirará el lector, adivinando lo que nuestra insuficiencia no acierte á describir.

Marcelo había adorado de niño á su madre, y ésta fué el inocente y bello amor de los primeros

diez años de su vida. Amor coronado de rosas, rico de alegría, saturado de caricias: su madre era una mujer muy buena, pero prosáica y ruda, y Marcelo era la imagen de aquella joven y tierna madre.

Cuando la perdió, el corazón del niño recibió una herida mortal, herida que aún sangraba después de algunos años: todas las aficiones de Marcelo desaparecieron; un desaliento moral le consumía, y la fiebre se encendía en sus venas, creciendo cada día en peligro é intensidad.

Su padre, alarmado por los pronósticos de los médicos, se dedicó algo más al cuidado de Marcelo; un niño de doce años, muriéndose de pena y de soledad del corazón, es siempre interesante, y más para su padre; así el Conde, que realmente amaba á su primogénito, se dedicó á él más tiempo: le sacaba á paseo, le llevaba en su compañía á las excursiones que hacía á la capital, y le distraía hablándole de juegos y de proyectos de caza y pesca.

Marcelo se apegó pronto á su padre; era un alma tierna que, como todas las almas de su temple, necesitaba, más que ser amada, amar; bajo su áspera corteza atesoraba una sensibilidad infinita; sobre todos sus pensamientos estaba el cariño ciego, apasionado del padre, que se había convertido para él en un fiel y amable amigo.

El Conde contaba con él para todo, y cada mañana, al entrar Marcelo en su cuarto á saludarle,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la cara contra el suelo á no recibirla el Duque en sus brazos privada de sentido, rendida á un desmayo mortal; pero teniendo aún á Clementina estrechada á su pecho.

VI

El amor maternal y el amor filial habían empujado á Leocadia y á su hija hasta el borde del abismo insondable del crimen: estos dos sentimientos, los más grandes y más sublimes, los más desinteresados y tiernos que pueden albergarse en el corazón humano, habían sido para las dos infelices mujeres manantial de errores, haciéndoles faltar á todos los deberes sociales y morales.

Aunque la comprensión del lector ha podido ya adivinar hasta qué extremo amaba Marcelo á su mujer, y que, dado este amor, era fácil y aun necesario que la perdonara, bueno será que le expliquemos, siquiera sea sucintamente, el martirio moral de aquel hombre digno, honrado y que con tanta amargura cruzó su Calvario en la tierra.

Bien pudiera llamarse al trabajo fisiológico que vamos á presentar *Historia de un alma*, y estamos seguros que como tal lo mirará el lector, adivinando lo que nuestra insuficiencia no acierte á describir.

Marcelo había adorado de niño á su madre, y ésta fué el inocente y bello amor de los primeros

diez años de su vida. Amor coronado de rosas, rico de alegría, saturado de caricias: su madre era una mujer muy buena, pero prosáica y ruda, y Marcelo era la imagen de aquella joven y tierna madre.

Cuando la perdió, el corazón del niño recibió una herida mortal, herida que aún sangraba después de algunos años: todas las aficiones de Marcelo desaparecieron; un desaliento moral le consumía, y la fiebre se encendía en sus venas, creciendo cada día en peligro é intensidad.

Su padre, alarmado por los pronósticos de los médicos, se dedicó algo más al cuidado de Marcelo; un niño de doce años, muriéndose de pena y de soledad del corazón, es siempre interesante, y más para su padre; así el Conde, que realmente amaba á su primogénito, se dedicó á él más tiempo: le sacaba á paseo, le llevaba en su compañía á las excursiones que hacía á la capital, y le distraía hablándole de juegos y de proyectos de caza y pesca.

Marcelo se apegó pronto á su padre; era un alma tierna que, como todas las almas de su temple, necesitaba, más que ser amada, amar; bajo su áspera corteza atesoraba una sensibilidad infinita; sobre todos sus pensamientos estaba el cariño ciego, apasionado del padre, que se había convertido para él en un fiel y amable amigo.

El Conde contaba con él para todo, y cada mañana, al entrar Marcelo en su cuarto á saludarle,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenía, lugar este diálogo, en términos, si no iguales, semejantes:

—Hoy iremos á cazar, hijo mío.

—Bien, padre.

—¿Por dónde querrás ir?

—Por donde tú quieras; lo que quiero es estar á tu lado y hablar contigo.

—¿No te cansas?

—Cada día me gusta más.

—¿Por qué no te vas con tus amigos?

—Mi mejor amigo eres tú.

—A la tarde tenemos una partida de billar; pero antes, Marcelo, es preciso que leas y dibujes un rato; tu preceptor se queja de tí.

El estudio era lo que más disgustaba á aquel muchacho, un tanto montaraz; mas por no enojar á su padre, el cual por todo castigo no le hablaba, se sometia al estudio de la Gramática, de la Historia y de la Geografía, que ya bastante tarde habia emprendido, por no querer la rústica Condesa que durante ella viviese se dedicase Marcelo á nada.

—Con saber leer, escribir y contar, tiene bastante—decia:—siendo tan rico como es, le basta con amar á Dios y á su prójimo para que haga bien á éste y socorra á los pobres.

Muerta la Condesa, los amigos del Conde hicieron pensar á éste de distinto modo, y se buscó un preceptor para Marcelo.

La noticia del nuevo casamiento de su padre

vino á herir al adolescente en medio del corazón; la sombra de su madre, que á él le parecia ultrajada, le perseguía: nada hay que consuele á un hijo de ver ocupado el lugar de su madre por una persona extraña, á no ser la alta estimación que haga de esta persona. Marcelo no conocía á la bella criatura que iba á ser la esposa de su padre, y la detestaba sin conocerla.

Cuando fué á tomar posesión de su título de esposa y de señora de la opulenta casa de su marido, Marcelo, acostumbrado á la rusticidad de su madre y á la vulgaridad del autor de sus días, se burlaba amargamente de los *melindres* de María: la llamaba romántica, mojigata, zalamera y cuantos dicterios se le ocurrían, sin traspasar jamás, sin embargo, los límites de aquella nobleza nativa, de aquella hidalguía que resplandecia en todas sus acciones desde que habia empezado á despuntar la luz de su razón.

Ya queda dicho cómo María de Guzmán conquistó poco á poco el alma del adolescente, alma aún cerrada á la parte más pura y delicada del sentimiento, así como la flor abre á la brisa de la mañana los últimos de todos aquellos pétalos delicados que rodean su cáliz, y que son los que exhalan más delicioso aroma.

Una rápida florescencia tuvo lugar en el alma del joven: ninguna mujer habia criado el cielo más propia para llevarla á cabo que la esposa de su padre, casi de su misma edad, dotada de esa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

atracción magnética que se siente, pero que es imposible explicar; ignorante de lo que pasaba en su corazón, Marcelo le dejó llenarse con aquel amor, á la manera con que las aguas de una esclusa abierta llenan los campos con su bienhechora frescura en los días del árido estío.

No dándose cuenta de lo que por él pasaba, Marcelo no podía acusarse de ingratitud ó de crimen hacia su padre: ¿quién puede explicar con claridad y fijeza, quién puede definir la vaguedad de las sensaciones del primer amor? Tanto valdría querer definir los vagos perfumes de la selva y el susurro de los árboles al amanecer de una mañana de Mayo.

María fué la que puso fin á una situación que podía haber sido terrible, porque era culpable: ya se sabe con qué esfuerzo de su corazón, que adoraba á Marcelo, le separó de ella; cómo persuadió al Conde para que le hiciese viajar, y cómo calló acerca de todo aquel drama íntimo y lastimero.

Marcelo volvió, no curado de su amor, pero sí decidido á no perdonar esfuerzo alguno para extinguirlo; amaba y respetaba á su padre; amaba á María; no necesitaba más un alma como la suya para purificarse.

Comprendiendo, lo mismo que María, que debía casarse, aceptó para esposa á la linda é inocente Luisa, hija del Marqués de Brennes: no podía haber pensado en otra criatura más propia para inspirarle un afecto tranquilo y apacible; su afecto

por ella tenía mucho de fraternal y de amistoso; en el fondo de su alma quedaba la imagen de María.

La paternidad la borró, porque al ver á sus hijos amó más á su mujer: el amor es contagioso para las almas buenas, y Luisa le amaba con tanta pasión y sinceridad, le había hecho de tal modo entrega de su alma, que Marcelo, agradecido profundamente á aquella ternura grave y sencilla á la vez, agradecido á la dicha de ser padre, llegó á querer á Luisa, si no con pasión, con inextinguible ternura.

Nada debilitó aquel tierno lazo: el Conde no hallaba placer alguno en las aventuras galantes que sirven de pasto á la crónica escandalosa; se necesitaban grandes cualidades de alma para fijarle; la suya era grande, amante y agradecida, pero delicada y tierna; había vivido siempre además en una atmósfera tan pura, que la parte material de su organismo estaba como dormida.

Luisa murió. Marcelo estaba destinado por el cielo á que su vida fuese como una larga despedida; la pérdida de aquella tierna amiga, de aquella fiel compañera, hizo aparecer en el carácter de Marcelo una misantropía cuyo germen quizá existía ya, pero que estaba oculto.

Disgustóse profundamente de la vida; hasta la vista de Cristina, que tanto había amado antes, le era molesta y ofensiva; un germen de amargura vivía en él, le fatigaba y le hacía penoso é imposible el camino, ruda y penosa la peregrinación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

María había envejecido con él y más que él; el dolor había hecho también su presa en el corazón de aquella noble mujer: viuda y viviendo sólo por su hijo, el corazón de Daniel se le había escapado como avecilla que deja el nido para ensayar sus alas, pero que vuelve á él con grandes deseos de libertad. Marcelo y la viuda de su padre apenas se veían, ni él veía tampoco á nadie, viendo sólo el retiro.

La Condesa se hizo cargo de la educación de Cristina, aún no terminada al fallecimiento de su madre, y toda su dicha hubiera consistido en poderla casar con Daniel; unir así á su propio hijo con la hija del hombre á quien había amado tanto, le parecía un presagio de dicha para los jóvenes, y lo mismo creía Marcelo; ambos á dos, la madre y el padre, se decían que algo de las simpatías de sus almas pasaría á las almas de sus hijos, y que la unión de los dos sería un manantial de venturas.

La suerte lo dispuso de otro modo. Daniel se enamoró ciegamente de Adriana; nadie mejor que aquella joven mimosa y mimada, en la que la ficción y la coquetería habían llegado á ser una segunda naturaleza, podía seducir á un joven como Daniel. Cándido y altivo, educado por una madre tierna, irreprensible, piadosa, Daniel gustó en aquella pasión delicias desconocidas para él y de las que no tenía ninguna idea, y bebió hasta el fondo la copa de la embriaguez.

El Conde recibió otro nuevo golpe con los amores de su hermano y con la desdicha de su hija: su carácter, agrio ya, se agrió mucho más; reconvino á Daniel por su afición á una aventurera de la que tenía la más desfavorable idea, y reconvino á su hija porque amaba á Daniel.

Al uno y á la otra les hizo los mismos argumentos, aunque separadamente.

—Yo he sabido—les dijo,—ser desdichado antes que culpable; yo he sabido romper todas las fibras de mi corazón antes de que palpitasen por quien no debían latir. ¡Y vosotros, cobardes criaturas, os dejáis arrastrar por aquello que os agrada!

—En los asuntos del corazón se hace lo que se puede, y no lo que se debe ó se quiere,—contestó Daniel.

—Querer es poder.

—No en el terreno del sentimiento, hermano mío: eso se entenderá en lo material de la vida.

—No esperes ya de mí favor alguno—objetó Marcelo airado; —todo lo que he hecho por tí hasta hoy, dejaré de hacerlo; te atendrás á tu pensión de alimentos, y nada más.

—Eres muy dueño de hacer tu voluntad,—contestó Daniel con acento frío y altivo.

—No te culpo el que no ames á mi hija—continuó el Conde:—lo que te culpo es que te unas á esa muchacha sin posición conocida, sin familia.

—¿Y qué culpa tiene ella de no tenerla?

—Aún no he podido ver claro en todo cuanto he

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hecho—prosiguió Marcelo:—es un misterio el cómo viven.

—Marcelo—dijo el joven con firmeza,—de nada servirá el que veas claro, sino de hacernos á todos más desdichados... Mi resolución de casarme con Adriana es tan irrevocable, que aunque fuera contra la voluntad de mi madre sería mi esposa; consuélete esta idea de no haber hallado en ella tantas culpas como deseabas encontrar; culpas que á mi parecer no existen.

Marcelo debía caer en el mismo lazo que odiaba para su hermano: la seducción de la viuda fué cosa fácil; la astucia incomparable de aquella mujer tenía una tarea muy poco costosa: seducir á un hombre casi viejo, con menos experiencia que un niño, era tan poca cosa para ella, que le causó pequeña molestia y muy leve cuidado.

Todos los instintos materiales de Marcelo, dormidos de toda su vida, se despertaron con una fuerza inaudita; todos sus amores habían sido, por decirlo así, *ideales:* con el alma había amado á María; con el alma, aunque con menos intensidad, había amado también á su mujer; pero al ver á Leocadia, al aspirar las irresistibles seducciones de su voz y de sus ojos, se sintió como poseído de un vértigo, y su única idea fué poseer, *á cualquier precio que fuese*, lo que de tan buena gana se le ofrecía.

Ya se sabe que el amor material, si no el más noble, es el más fuerte, el más invencible de todos

los amores. Leocadia se apoderó por completo del ánimo y del corazón del poble Marcelo; era á la vez seductoramente hermosa, y estaba dotada de una coquetería irresistible y de una rara inteligencia: así subyugó fácilmente los sentidos, el corazón y la imaginación de Marcelo, que miró como un favor el que le otorgase su mano.

Durante mucho tiempo el Conde fué ciego; pero al fin, era tal el desorden, tan enormes los gastos de su casa, que hubo de tomar para sí la custodia de los grandes caudales que en ella había y la administración de sus bienes, que había confiado á su mujer, porque en el hecho de ser ésta pobre, como vió así que se casó con ella, le parecía una muestra de indelicadeza coartarla en el arreglo é iniciativa de los negocios de la casa.

Cuando dejó reducida á Leocadia á una suma mensual y la reconvino con alguna severidad, ésta, que en vez de amarle le había hallado siempre antipático y casi odioso, sintió levantarse en su corazón todos los torbellinos de la ira: probó á vencer aquella resolución por medio de halagos; pero Marcelo tenía el carácter firme, y si su imaginación era inexperta, su razón era sólida, y no se dejó engañar; había además nacido en su alma como la sombra de una sospecha amarga; estaba él tan acostumbrado á ser querido de veras, le había amado Luisa con tanta fidelidad de pensamiento, con tan inalterable ternura, que todos los manejos y seducciones de Leocadia, pasados los primeros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

meses de embriaguez, le parecían estar impregnados de un carácter extraño y que le daba miedo; resistióse á sus exigencias, y la aventurera, llena de cólera, decidió la muerte del Conde y su triunfo.

Cuando llegó á manos de Marcelo el anónimo en que se le denunciaba la traición de su mujer, ya había éste tomado en dos ó tres ocasiones distintas el filtro funesto, que debía debilitar su razón y arruinar su vigorosa salud: Leocadia había traído de Italia un licor cuya invención hacíase remontar á la época de los Médicis; era de efecto lento, pero seguro, y la destrucción se completaba, sin dejar rastro alguno del crimen.

Una debilidad, una fatiga moral indecibles se apoderaron de Marcelo. Sus ideas perdieron gran parte de su lucidez; su mujer redobló sus halagos y sus caricias; parecía arrepentida de sus ligerezas, de sus manías de lujo y de desorden, y decidida á conquistar de nuevo el amor y la confianza de su marido; y éste, que deploraba amargamente la pérdida de sus ilusiones; éste, que había visto con terror cerrarse á sus ojos el mundo recién revelado de su amor y de su dicha, se dejó mecer en nuevas ilusiones, en tanto que su cuerpo debilitado descendía al sepulcro sin dolor y sin sacudimiento.

Leocadia le pintó París como el paraíso donde el corazón, los sentidos y la inteligencia gozan de una eterna y gloriosa vida, y tenía razón.

—Vivir en París amándose, amigo mío—le decía,—es vivir cien veces; cada instante es un goce,

y cada goce tiene doblada intensidad, por lo refinado de la forma. Vámonos allí, y allí recobrarás la salud con mis amantes cuidados.

El Conde, ansioso de salud y de dicha, sintiendo ya un vago presentimiento de una muerte que temía, porque era dichoso, se dejó llevar á París. No tenía valor moral ya para luchar con los deseos de su mujer, ni hubiera podido hacerlo: la adoraba. Si María había sido el primer amor de su alma, Leocadia era el primer amor de sus sentidos y de su vanidad. María y Luisa habían sido las mujeres sencillas, castas, ajenas á toda doblez y á todo artificio. Leocadia era la sirena que le embriagaba con melodías desconocidas, con perfumes penetrantes y exquisitos.

Un día salieron los dos á dar un paseo por las alamedas del Retiro: era Mayo, y el aire estaba impregnado del olor de las lilas y de las adelfas en flor. Arrastraba el carruaje un hermoso tronco, y la cabeza débil de Marcelo estaba como turbada por el penetrante perfume de la primavera, y por una dosis que había tomado aquel día del brebaje fatal, más fuerte que las anteriores.

—Mi querido Marcelo—dijo Leocadia,—ya verás en París qué gran profusión de flores hallamos en los paseos á nuestra llegada: allí existe un verdadero culto por las flores; estamos á 8 de Mayo, y partiremos el 20.

—Aún tengo mil asuntos que arreglar—contestó el Conde,—y quedan pocos días.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Si quieres que te ayude...

—¿Y de qué modo?

—Dame algunas firmas en blanco: ¿no me has enterado ya de una gran parte de tus negocios?

—Pero necesitas más explicaciones.

—Nada de eso: de acuerdo con tus administradores, arreglaré yo todo del modo más ventajoso.

Aquella noche tenía Leocadia cuatro firmas en blanco de su marido, que le permitieron cambiar los dos principales administradores por dos agentes suyos, y cobrar todo el dinero posible, á fin de reunir una gran suma que guardó.

Los últimos días de su estancia en Madrid no dejó que nadie se aproximara á su marido, que, cada vez más enfermo, no salió de su habitación más que para marchar una noche en el tren *express*, con dirección á París y acompañado de su terrible esposa.

El desierto exterior que componían las relaciones de Leocadia, se abrió, vacío de amor y de alegrías, delante de su marido. D. Román de Silva se les reunió en París así que dejó ordenados, según el deseo de la Condesa, todos los negocios de la casa, ya en Madrid, ya en Galicia, donde radicaba el pingüe patrimonio del Conde. Tenía la Condesa por el brasileño una especie de pasión fatal, y éste se hallaba sometido por ella á una extraña fascinación.

La naturaleza de Marcelo era tan vigorosa, que tuvo una sacudida inesperada: se habituó al tósigo, y su mujer, quizá arrepentida de su crimen, lo suspendió; pero de repente llegó una postración de todas las fuerzas de Marcelo, acompañada de un extraño y completo desorden cerebral. El Conde, al poco tiempo de hallarse en París, no podía ya salir de su cuarto, ni casi de su lecho.

El brasileño, más humano que Leocadia, exigió de ésta que dejase vivir al Conde lo que el cielo tuviese decretado.

—Para nada nos incomoda—le dijo:—su fortuna es nuestra; no hay corazón que no se conmueva al ver su estado, y el mío sufre al verlo así.

Cuatro años iban ya á cumplirse de la llegada á París del Conde y de su mujer, cuando llegaron Daniel y Adriana. Ya el pobre Marcelo los reconoció apenas; sin embargo, una intuición sobrenatural le hizo ver de repente todo lo injusto de su conducta con su joven hermano, al que tan poco había dado de su gran fortuna; sospechó que esta fortuna quedaba destruída en parte por su mujer, y en parte para ella sola: y aunque su lengua estaba ya paralizada, estrechó la mano de Daniel, alzó los ojos al cielo, y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas demacradas.

Daniel le tranquilizó con dulces palabras, porque el Conde, aunque no podía hablar, oía; y en tanto que Adriana y su madre corrían los salones y los teatros, él pasaba las noches y los días al lado del lecho del pobre enfermo.

El Conde cerró por fin los ojos á la luz de este

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mundo, tan lleno para él de desengaños y de dolores, y casi á la vez los abrió el nuevo hijo de Adriana. La Condesa, que detestaba á Daniel, lo tenía ya todo dispuesto para la fuga; y así que Adriana pudo ponerse en camino, tomó con ella el de los Estados Unidos, que ya conocía por haber estado allí con su primer esposo.

VII

En una helada noche de invierno se oía gran ruido en uno de los más modestos hoteles de Londres.

Tenía lugar en él una comida de boda: el banquete nupcial de uno de los más ricos comerciantes de la City, con la hija de una viuda española, pero avecindada en la capital de Inglaterra desde hacía algunos años.

Serían las ocho: la boda se había celebrado á las siete en una capilla católica, y los contrayentes y convidados á la ceremonia habían ido á cambiar de traje para el banquete.

La mesa estaba puesta para treinta cubiertos, y adornada con buen gusto y sencillez: sobresalía en ella una gran limpieza, y se veían en el centro dos hermosos ramos de flores frescas y que aromaban dulcemente el comedor.

Este comedor no era el principal del hotel, ni siquiera uno de los varios grandes que en él había: era uno de los más pequeños. En el centro estaba la mesa de la boda; los cuatro ángulos estaban ocupados por otras mesas pequeñas.

Un camarero se ocupaba de los últimos detalles de la mesa del centro, cuando entró un caballero como de cuarenta años.

—¿Está ya todo, James?—le preguntó paseando una mirada por la mesa.

—Todo, M. Gordon—respondió el criado;—cuando quieran pueden venir.

—La mesa presenta un lindo golpe de vista, y me alegro, porque yo he sido quien ha recomendado este hotel á mis amigos.

—¿Es bonita la novia, M. Gordon?

—¡Encantadora!

—¿Rica?

—Muy pobre.

—¿Pues cómo se casa con un negociante tan rico?

—Porque ha sabido enamorarle.

—¡Era algo difícil el enamorar á M. Thomas Domery!—observó el camarero:—le conocemos en casa hace ya muchos años, y sabemos que pasa ya de cuarenta y ocho y que es bastante egoísta. ¿La novia es joven?

—No mucho: cuenta ya treinta años.

—Habrá llegado á esa edad sin casarse por el solo defecto de ser pobre, porque siendo bonita...

—¡Y muy buena, que vale más! No se ha casado, amigo James, porque no había amado verda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mundo, tan lleno para él de desengaños y de dolores, y casi á la vez los abrió el nuevo hijo de Adriana. La Condesa, que detestaba á Daniel, lo tenía ya todo dispuesto para la fuga; y así que Adriana pudo ponerse en camino, tomó con ella el de los Estados Unidos, que ya conocía por haber estado allí con su primer esposo.

VII

En una helada noche de invierno se oía gran ruido en uno de los más modestos hoteles de Londres.

Tenía lugar en él una comida de boda: el banquete nupcial de uno de los más ricos comerciantes de la City, con la hija de una viuda española, pero avecindada en la capital de Inglaterra desde hacía algunos años.

Serían las ocho: la boda se había celebrado á las siete en una capilla católica, y los contrayentes y convidados á la ceremonia habían ido á cambiar de traje para el banquete.

La mesa estaba puesta para treinta cubiertos, y adornada con buen gusto y sencillez: sobresalía en ella una gran limpieza, y se veían en el centro dos hermosos ramos de flores frescas y que aromaban dulcemente el comedor.

Este comedor no era el principal del hotel, ni siquiera uno de los varios grandes que en él había: era uno de los más pequeños. En el centro estaba la mesa de la boda; los cuatro ángulos estaban ocupados por otras mesas pequeñas.

Un camarero se ocupaba de los últimos detalles de la mesa del centro, cuando entró un caballero como de cuarenta años.

—¿Está ya todo, James?—le preguntó paseando una mirada por la mesa.

—Todo, M. Gordon—respondió el criado;—cuando quieran pueden venir.

—La mesa presenta un lindo golpe de vista, y me alegro, porque yo he sido quien ha recomendado este hotel á mis amigos.

—¿Es bonita la novia, M. Gordon?

—¡Encantadora!

—¿Rica?

—Muy pobre.

—¿Pues cómo se casa con un negociante tan rico?

—Porque ha sabido enamorarle.

—¡Era algo difícil el enamorar á M. Thomas Domery!—observó el camarero:—le conocemos en casa hace ya muchos años, y sabemos que pasa ya de cuarenta y ocho y que es bastante egoísta. ¿La novia es joven?

—No mucho: cuenta ya treinta años.

—Habrá llegado á esa edad sin casarse por el solo defecto de ser pobre, porque siendo bonita...

—¡Y muy buena, que vale más! No se ha casado, amigo James, porque no había amado verda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deramente á nadie, y ella es incapaz de engañar á ningún hombre.

—¿No había amado á nadie hasta los treinta años? ¿Y es eso posible?

—Lo es, pues que ha sucedido.

—No había visto caso semejante.

—Ni yo tampoco, aunque cuento cerca de sesenta años; y si usted no lo ha visto en su helada y positivista Inglaterra, figúrese si lo habré visto yo en mi patria, donde hasta en el aire se respira el amor.

—¿Es usted español, según creo?

—Sí, amigo James, soy español, y aunque hijo de padre inglés, como indica mi apellido, andaluz, de la tierra donde el amor impera sobre todo. Fuí amigo del padre de Gabriela, y la conozco desde que era niña; su padre, médico joven y ya de buena reputación, murió y dejó sin recursos á su viuda y á su hija. Una hermana de su esposo las socorrió y dió á Gabriela una buena educación; pero muerta aquella caritativa señora, volvieron á quedarse en la miseria: yo lo supe desde aquí, donde estaba empleado en una empresa particular, y las llamé á mi lado; se colocó á Gabriela en una casa de comercio, donde ha ganado un sueldo modesto, pero que bastaba para su sostén y el de su madre, hasta que la vió el rico M. Domery; se enamoró de ella, la trató y resolvió hacerla su mujer.

—¡Pobre joven!

—¿Por qué?

—Porque es imposible que ame á Sir Thomas, que es vulgar y tosco.

—Pero es muy bueno, y eso es lo primero en un marido. Gabriela ha tenido pretendientes finos y elegantes, y, sin embargo, no ha querido á ninguno.

—Lo que es hoy, es día de gran entrada en esta casa—dijo James:—desde las seis se están sirviendo banquetes de boda y comidas particulares; ni una mesa sola hay vacante.

—Aquí veo cuatro; pero esas no se ocuparán.

—Mucha había de ser la precisión; pero acaso no habrá otro remedio.

—Guárdese usted de intentar siquiera el traer aquí á nadie—dijo amostazado M. Gordon;—¡estaría eso bueno, después que he pagado el comedor doble de su precio!

—Es que hoy este comedor nos hacía gran falta; nunca ha habido tanta gente.

En aquel instante se oyeron parar á la puerta del hotel los carruajes de la boda.

Los dos interlocutores corrieron á la ventana.

Un instante después entraron los ya esposos y su comitiva, y James se separó á un lado para contemplar á todos, con esa curiosidad á la vez impertinente y socarrona de todos los de su clase.

La comitiva en general no presentaba nada que llamase la atención; se conocía que las personas que la componían pertenecían á esa honrada clase algo más elevada que la del pueblo, pero que no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llega á la aristocracia y se queda en el término medio, que participa de todas las privaciones y del deseo de todos los goces: llevaba la novia un traje completamente á la española, compuesto de vestido de seda negro, bien cortado y bien hecho, y velo cuadrado de encaje; las ondas de esta mantilla cercaban su rostro dulce y melancólico, y acariciaban sus cabellos de un rubio obscuro y armonioso, como las cabelleras de las Vírgenes de Murillo, el más inspirado de nuestros pintores; sus ojos negros eran rasgados y hermosos; su boca y su nariz agraciadas, y en todo su semblante resaltaba la placidez y la gracia de la expresión.

La madre de esta simpática criatura vestía á la inglesa: llevaba un traje negro, un sombrero de castor, negro también; una manteleta de la tela del vestido y un cuello blanco; era una mujer de fisonomía serena é inteligente.

El novio, M. Domery, era el verdadero comerciante enriquecido, alegre, decidor, compuesto, limpio como un oro y risueño; cuando miraba á Gabriela, una expresión de beatitud se pintaba en su semblante: cualquiera hubiera dicho que no creía en la dicha de llamarla suya.

Los demás convidados eran todos insignificantes: esposas é hijas de otros comerciantes; dos lindas bordadoras amigas de Gabriela, y las madres respectivas de las mismas, componían la concurrencia.

—Amigo mío, debíamos habernos enfadado con

usted por habernos abandonado—dijo Gabriela; —el padrino no debía separarse de los novios.

—No creí que llegaríais tan pronto—repuso M. Gordon,—y vine á ver si estaba todo dispuesto; ea, á la mesa,—añadió al ver que James y otro camarero traían dos soperas humeantes.

Todos tomaron asiento, y empezaron á servirse, comenzando la comida.

Estaban apenas en la primera entrada, cuando apareció el dueño del hotel; acercóse á M. Gordon, sentado al lado de la novia, y quitándose el gorro de terciopelo azul obscuro que cubría sus plateados cabellos, le dijo:

—Caballero, quisiera, si con ello no molesto, pedir á usted un favor.

—¿Cuál?—respondió el padrino, volviéndose algo contrariado.

—Casi no me atrevo... Usted ha pedido y pagado este comedor sólo para ustedes...

—Ciertamente; ¿y qué?

—Ha llegado un viajero, enfermo, fatigado... Pide dónde sentarse y tomar alimento, y no hay dónde colocarle, á no ser aquí...

—¿Aquí? ¡ni pensarlo!

—¡Está enfermo... fatigado!— repitio Gabriela. —¡Mi querido M. Gordon, no se oponga usted á que entre!

—Pero, hija mía, entonces ¿para qué he pedido yo el comedor y he pagado todas las mesas?

—Es pobre y español... por eso me atrevo á mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

petición—dijo el fondista;—pero si ustedes no quieren, se le despedirá.

—¿Español?—dijo M. Domery, mirando tiernamente á su mujer;—¿español? compatriota tuyo, Gabriela; dígale usted que pase, y que participe de nuestro banquete de boda.

—Gracias por él, querido señor—dijo el fondista;—el pobre parece extenuado de fatiga: debe estar cansadísimo.

La comida quedó en suspenso; todos los convidados tenían los ojos fijos en la puerta, esperando la entrada del español.

Este apareció al fin: llevaba un traje negro de valor y elegante hechura, pero deteriorado y roto; una hermosa barba castaña, larga y ensortijada, guarnecía su semblante, cuya expresión era sombría; sus grandes ojos negros parecían cargados de fatiga, y sus cabellos, de un castaño obscuro, estaban enmarañados.

—Venga usted aquí, amigo—le dijo el vetusto y alegre novio, levantándose y alargándole la mano;—siéntese usted con nosotros.

El viajero se inclinó, y respondió con acento frío y altivo y en buen inglés:

—Mil gracias, caballero; no tengo el honor de conocer á usted.

—¿No es usted español?

—Sí, señor.

—Pues basta para que deseemos que coma usted con nosotros.

—Le repito mil gracias, caballero; permítame usted no aceptar.

—¿Y por qué?

—Estoy enfermo y fatigado; mi comida será muy breve, y me retiraré á descansar.

—Pero, señor, ¿por qué hacernos ese desaire?—dijo la madre de Gabriela.

—Perdón, señora,—respondió el viajero, inclinándose ceremoniosamente.

Y se fué á sentar en una de las mesas pequeñas que se hallaba situada en el ángulo más lejano de la que ocupaban los novios y su comitiva.

Uno de los camareros puso en aquella mesa una taza de sopa, pan y una botella de agua; el pobre viajero comenzó á comer con avidez: tenía hambre, porque á la vista de aquel mísero alimento sus ojos se animaron.

La desposada le miraba con dolorosa atención, y aún con mayor su madre, y ante el aspecto de aquella desgracia probable y de aquella pobreza visible, toda la alegría de la comida nupcial se evaporó como ligero humo en una atmósfera pesada.

De repente la novia se levantó de la mesa, dió dos pasos, y exclamó:

—¡Daniel!

El viajero se volvió como asombrado y sobresaltado á la vez.

—¿Quién me llama?—preguntó.

—¿Ya no me conoces?—preguntó la desposada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Ya no te acuerdas de que hemos jugado siendo niños? ¿Ya no te acuerdas de aquel médico que te salvó la vida cuando estuviste á la muerte en Asturias? ¿Ya no te acuerdas de Gabriela?

Al oir estas palabras, la madre de la novia, el novio y algunas personas de la comitiva se habian acercado. Daniel se había puesto de pie, y miraba á la que le tenía asidas las manos, y le hablaba con acento tierno y conmovido.

—Sí, sí... me acuerdo ahora... como de un dulce sueño—dijo:—tú eres Gabriela... y esta señora es tu madre... la buena Isabel, que tanto me quería... y que me regañaba... ¿y tu padre, dónde está?...

—¡Murió!

—¡Dichosos los que mueren!—murmuró Daniel.

Y todo el fulgor sombrío de sus ojos, toda la contracción de sus facciones, se fundió en llanto amargo, pero que alivió su corazón.

Su naturaleza tierna y débil no podía sostener la tensión de la cólera y del dolor.

—Mi querido Daniel—dijo la madre de la novia,—mi hija te ha reconocido con la vista del corazón; yo te reconozco ahora también; sosiégate; no te pregunto la causa de tu pena: sólo quiero que vengas conmigo á mi casa... El casamiento de mi hija me deja sola, y tú estarás, si no con la opulencia á que estás acostumbrado, con tanta confianza como en tu propia morada.

—¡Vámonos ahora mismo, si es posible!...—dijo Daniel.

—En este instante; perdón, señores—añadió la viuda;—luego volveré aquí, ó iré á casa de Mister y Mistress Domery.

Daniel salió con la amiga fiel que en aquellos instantes de angustia suprema le había deparado la Providencia, que nunca abandona á sus hijos.

La comida siguió su curso; pero la fisonomía del grueso comerciante de la City pareció como obscurecida por una nube desde que su esposa había reconocido con tanta alegría, y hablado con tanta ternura, al misterioso extranjero.

—¿De qué conocías tú á ese hombre?—le preguntó así que pudo hacer un aparte, por el bullicio creciente de los convidados.

—Ya lo has oído al recordarle quién era, amigo mío—respondió sencillamente Gabriela:—desde que contábamos yo doce y él catorce años, no nos hemos visto; mi padre era el médico de la aldea cercana al castillo señorial de los Condes, y éstos le estimaban mucho por su modestia é inteligencia; mi padre era un hombre de mérito positivo, y todos lo sabían en el país; yo jugaba con Daniel desde pequeña; juntos íbamos á la orilla del mar á recoger conchitas; juntos á buscar nidos y á cortar flores; juntos crecimos, y como hermanos nos amábamos; cuando Daniel padeció una grave enfermedad, la ciencia de mi padre le salvó la vida; mi madre le veló, y yo le acompañé en su convalecencia y le distraje con mis cantos y mis juegos; luego mi padre dejó aquel pueblo por otro partido

más importante, nos marchamos de allí, y no le había vuelto á ver hasta ahora.

El honrado M. Domery creía de tal suerte en la pureza y veracidad de su mujer, que no puso en duda por un momento su lealtad.

—Si ese pobre caballero—dijo—está escaso de recursos, como parece demostrarlo su exterior, podrá admitir de mí cuanto necesite; tú se lo ofrecerás en nombre de los dos, Gabriela.

—Gracias, amigo mío, gracias,—exclamó la joven estrechando con efusión la mano de su marido.

—¿Por qué me das las gracias?—preguntó éste; —¿no es todo de los dos?

—Todo es tuyo, porque yo soy muy pobre.

—Ya todos mis bienes son comunes; si hubieras sido rica, no te hubiera querido tanto.

—¿Por qué?

—Porque el hombre ama á la mujer, en razón de la falta que hace á ésta su protección y ayuda.

—¿Luego las ricas no son nunca queridas? ¿Las mujeres opulentas deben renunciar al amor?

—A lo menos, al amor tierno, que protege y que es el que más halaga al hombre.

—¡Qué extrañas, pero qué nobles teorías!—murmuró Gabriela.

—¿Te parecen mal?

—No, pues que á ellas debo el que me hayas amado.

—Y deberás el que te ame siempre; los dos hemos andado tardos en el camino de la vida para buscar la dicha; pero es que no nos habíamos hallado.

—Tienes razón—repuso Gabriela:—hay almas hermanas, parentescos que vienen del cielo y que no se pueden romper; los acontecimientos de la vida separan algunas veces á estas almas; pero donde quiera que se hallan, nada basta á retenerlas, y vuelan la una hacia la otra con violencia irresistible; son almas que Dios unió en el cielo y que nada puede desunir ni aquí abajo ni allá arriba.

—¡Mi querida Gabriela, tu lenguaje encantador llega á mi alma como una melodía celeste!—exclamó arrobado M. Domery.—Yo no había salido jamás de entre mis números y mis sacos de algodón; ¡qué delicia tener á mi lado para siempre á una criatura como tú, yo tosco comerciante, viejo ya y feo!

—Tu alma es hermosa, y es á tu alma á quien yo amo.

—Yo lo amo todo en tí, y te agradezco la dicha suprema que me das con tu posesión.

En tanto que este diálogo tenía lugar, Daniel, sentado en una mesa, escribía á su madre la siguiente carta:

«*Londres, Diciembre de* 187...

»Adorada é inolvidable madre mía: Cuatro horas hace he llegado á ésta de Nueva York, rendido de fatiga, de dolor y de desaliento, y puedo ya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tranquilizarte diciéndote que me hallo en casa de una persona amiga. ¿Te acuerdas de aquel joven médico de la aldea D... que se llamaba Manuel Díaz, y que me salvó la vida en una enfermedad que de niño padecí? ¿Te acuerdas de su mujer y de su hija, buena y pacífica la primera, linda y encantadora la segunda? Pues bien, mamá: estoy en casa de la viuda del buen Manuel Díaz; he caído como una sombra misteriosa y triste en medio de la comida de boda de su hija, y ésta me ha reconocido; su madre me ha llevado á su casa, una modesta vivienda solitaria y casi claustral, porque yo, madre mía, he vuelto de mi excursión desesperado, con más sed de venganza que me fuí, pero sin éxito alguno en mis pesquisas: nada he hallado, ¡nada! nada en todos los informes que he tomado en Inglaterra y en los Estados Unidos de América.

»¿Dónde se habrán ocultado estas dos mujeres infernales? ¿Dónde estarán? ¿Dónde estará mi hijo? ¡Ningún rastro he podido hallar de ellos!

»Y tú, mi buena madre, mi mejor amiga sobre la tierra, ¿estás buena? ¿lo están mis hijos? ¡mis hijos! ¡Casi aborrezco á esas criaturas, frutos de la más desdichada, de la más odiosa de todas las uniones! ¡Sí: todo lo que de cerca ó de lejos me recuerda á esa mujer aborrecible, quisiera que desapareciera de mi vista y de mi pensamiento! ¡Mis hijos! ¡Una ola amarga sube á mi corazón al pensar que tú, la mejor de las madres, estás sufriendo

por ellos, estás á su lado y no puedes volar al mío.

»Adiós, ¡mi cabeza arde! Hay en mí tan encontrada lucha de afectos; hay un combate tan rudo para la debilidad de mis fuerzas morales; hay tan horrible tempestad en mi alma, que espero á estar más tranquilo para escribirte más largamente.

DANIEL.»

VIII

Esta carta, recibida un año después de su precipitada salida de París, fué un rayo de luz para las densas tinieblas en que vivía la amorosa madre, la tierna abuela de la pequeña familia que ya conocemos.

Cristina había perdido en Roma á su abuelo paterno, y con la dama de compañía que había ido á la capital del orbe católico, se había vuelto á España y á Madrid.

En vano su abuelo le había instado para que se casara: la joven había contestado siempre lo mismo.

—No, padre mío: yo me casaría sin amor si lo hiciese, y soy demasiado digna para eso.

—A tu edad se puede amar de nuevo, —le decía el anciano.

—Para el alma no hay edad, abuelo mío.

—¡Y qué! —exclamaba indignado el Marqués

tranquilizarte diciéndote que me hallo en casa de una persona amiga. ¿Te acuerdas de aquel joven médico de la aldea D... que se llamaba Manuel Díaz, y que me salvó la vida en una enfermedad que de niño padecí? ¿Te acuerdas de su mujer y de su hija, buena y pacífica la primera, linda y encantadora la segunda? Pues bien, mamá: estoy en casa de la viuda del buen Manuel Díaz; he caído como una sombra misteriosa y triste en medio de la comida de boda de su hija, y ésta me ha reconocido; su madre me ha llevado á su casa, una modesta vivienda solitaria y casi claustral, porque yo, madre mía, he vuelto de mi excursión desesperado, con más sed de venganza que me fuí, pero sin éxito alguno en mis pesquisas: nada he hallado, ¡nada! nada en todos los informes que he tomado en Inglaterra y en los Estados Unidos de América.

»¿Dónde se habrán ocultado estas dos mujeres infernales? ¿Dónde estarán? ¿Dónde estará mi hijo? ¡Ningún rastro he podido hallar de ellos!

»Y tú, mi buena madre, mi mejor amiga sobre la tierra, ¿estás buena? ¿lo están mis hijos? ¡mis hijos! ¡Casi aborrezco á esas criaturas, frutos de la más desdichada, de la más odiosa de todas las uniones! ¡Sí: todo lo que de cerca ó de lejos me recuerda á esa mujer aborrecible, quisiera que desapareciera de mi vista y de mi pensamiento! ¡Mis hijos! ¡Una ola amarga sube á mi corazón al pensar que tú, la mejor de las madres, estás sufriendo

por ellos, estás á su lado y no puedes volar al mío.

»Adiós, ¡mi cabeza arde! Hay en mí tan encontrada lucha de afectos; hay un combate tan rudo para la debilidad de mis fuerzas morales; hay tan horrible tempestad en mi alma, que espero á estar más tranquilo para escribirte más largamente.

DANIEL.»

VIII

Esta carta, recibida un año después de su precipitada salida de París, fué un rayo de luz para las densas tinieblas en que vivía la amorosa madre, la tierna abuela de la pequeña familia que ya conocemos.

Cristina había perdido en Roma á su abuelo paterno, y con la dama de compañía que había ido á la capital del orbe católico, se había vuelto á España y á Madrid.

En vano su abuelo le había instado para que se casara: la joven había contestado siempre lo mismo.

—No, padre mío: yo me casaría sin amor si lo hiciese, y soy demasiado digna para eso.

—A tu edad se puede amar de nuevo, —le decía el anciano.

—Para el alma no hay edad, abuelo mío.

—¡Y qué! —exclamaba indignado el Marqués

de Brennes;—¿porque ese loco no te haya querido, has de renunciar al amor y al matrimonio?

—¡No puedo amar más que á él!

El Marqués se fué á la otra vida con el dolor de dejar soltera á su nieta; y ésta, después de dejarle enterrado y rodeado su sepulcro de flores, dudó cuál de dos partidos tomaría, si el de volverse á España, ó el de profesar en una de las muchas asociaciones religiosas que hay en Roma para las damas de alta clase.

Optó por el primer partido; el alma generosa de Cristina odiaba toda opresión y adoraba la libertad; además, en España, en la patria querida y jamás olvidada, estaba él, ó á lo menos, á su patria debía volver. Cristina se contentaba con verle y con amarle.

¡Invencible necesidad de ternura la de algunas almas! ¡Nada seca el manantial inagotable de su amor! ¡En vano el tiempo y sus desengaños las azotan cruelmente! Un día de sol, ó siquiera de calma, les devuelve todas sus flores y todas sus galas.

¡Cuántas y cuántas veces estas almas amantes, buscando un objeto digno, van cayendo de error en error! ¡Y cómo el mundo les cuenta como yerros cada una de sus dolorosas decepciones!

Porque ¿qué sabe el mundo de esos recónditos misterios? ¿qué de las aflictivas luchas del alma? ¿qué de la soledad abrumadora, que nos oprime como una losa de plomo?

¡Feliz mil veces el sér que tiene por quién sacrificarse! ¡Hay quien no puede hallar ni aun esta amarga dicha!

Esto era lo que le sucedía á Cristina: dentro de su alma encerraba el inmenso amor que se desbordaba de ella, y su juventud se pasaba como la flor solitaria adherida á una roca, y de la que nadie aspira el aroma ni ve el peregrino matiz; Daniel, perdido en los desiertos de sus decepciones, tenía un alma débil, que no sabía mirar frente á frente al dolor y que buscaba en el olvido su solo alivio; Daniel no luchaba, y sólo trataba de distraerse por cualquier medio que fuese.

Su abuela, ó mejor dicho, la noble señora á quien la joven daba este nombre, había rehusado con firmeza toda la ayuda que Cristina quería prestarle en la extrema pobreza á que se hallaba reducida.

—No, querida mía—le contestó:—los hijos de Daniel me lo han de deber todo á mí; y á tal extremo llevo esta decisión, que hasta una suma que admití en un instante de angustiosa necesidad, del Duque de Aguilar, se la he devuelto ya.

—Pero, madre mía, ¿cómo atender á la manutención de cuatro niños?

—Con mi trabajo.

—¡Trabajar la Condesa del Villar!

—El santo, el honrado trabajo, no degrada, sino que enaltece; no, hija mía: no comerán mis ángeles el pan de la limosna en tanto que su abuela

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viva: aún no soy muy vieja, pues sólo cuento cincuenta y tres años.

—¿Pero cómo atender al cuidado de esas criaturas que dan tanta fatiga?

—Dios da las fuerzas según el deber.

—¡Dios mío! ¡Ser yo tan rica y no querer admitir nada de mí!—exclamó Cristina llorando.—¡Qué terrible dolor sobre tantos otros!

—Cristina mía—repuso la abuela,—llévalos todos con resignación: nada puedo, ni quiero, ni debo admitir de tí; piensa en que has amado á Daniel...

—¡Pienso en que le amo—suspiró Cristina,—y por eso debería tener el derecho de atender á su madre y á sus hijos!

—Eso es lo que lo impediría, aunque mi modo de pensar fuera otro; pero consuélete el saber que de nadie en el mundo admitiría nada para mis huérfanos.

—¡Ah! ¡Qué culpable fué mi padre al hacer tan poco por Daniel y por tí, mamá mía!

—Dejemos reposar á los muertos, hija mía, y evitemos inútiles y cobardes rebeliones contra el destino que el cielo nos ha deparado. Dios rompe todo lo que no se inclina bajo su mano: inclinémonos, pues, y Él nos levantará.

Cristina tuvo, pues, que resignarse, y dar sólo á su abuela lo que ésta quería admitir: su compañía y su ayuda para enseñar á las dos niñas mayores la música y el dibujo.

Las dos gemelas hacían rápidos progresos bajo aquella doble enseñanza tan amorosa y tan dulce; ya su abuela las había enseñado á leer y á escribir, y á la edad de seis años, Dora y Augusta habían empezado la música, repasándoles Cristina todas las noches sus lecciones.

Era, sin embargo, la de la Condesa una triste vida: sostenida en todas sus pruebas por la idea del deber, algunas veces vacilaba su firme voluntad, sobre todo al pensar que no vería coronada su obra, y que Dios la llamaría á su lado sin ver á sus niñas en el puerto de paz, terminada su educación y edificado su nido doméstico.

El recuerdo de su hijo la torturaba; aquella vida cortada en flor, aquella carrera perdida, aquella existencia rota y sumida en las nieblas del dolor, de la venganza y del desaliento, le causaba tormentos indecibles.

¿Qué era de Daniel?

¿Qué hacía en Londres?

¿Cómo vivía? ¿De qué?

¡Horribles misterios, que no tenían ni respuesta ni solución!

La pobre madre, la heróica abuela, no hallaba un instante de reposo: sus días se pasaban en un ímprobo trabajo, que explicaremos después; sus noches, sin una hora de sueño tranquilo.

El título de aquella opulenta casa pertenecía á la hija de Marcelo. Cristina era ya la Condesa del Villar; pero no podía ni pensar en reivindicar los

derechos de su padre. ¿Y para qué? Leocadia había reducido á dinero todo lo posible; había vendido todas las fincas libres, y todo lo vinculado se hallaba gravado con tantas hipotecas, que era del todo inútil pensar en aclarar y ordenar sus negocios, para cuya empresa ni había ya caudales, ni Cristina tenía deseo alguno de ordenar.

—Si volviera Daniel, él heredaría el título de mi padre, que le cedería yo,—decía algunas veces Cristina á su abuela.

Presentaba aquella joven uno de esos tipos escasos en la sociedad, y que ésta, no pudiendo comprenderlos, llama excéntricos y raros.

Rica con la fortuna de su madre, vivía en un pequeño hotel alejado del centro de Madrid y situado cerca de los jardines de la cuesta de la Vega; desde sus ventanas se descubría la campiña más accidentada y pintoresca que hay en Madrid, cuyos alrededores no son muy amenos.

Cristina vivía para ella sola y para Dios: es verdad que amaba á los hijos de Daniel y que adoraba á su abuela; pero estos afectos, aunque llenaban su alma, no podían ocupar su existencia. La abuela quería educar y cuidar sola á sus nietos, y apenas algún día lograba Cristina llevarse consigo á Dora ó Augusta para que comiesen con ella, y repasarles cada noche sus lecciones.

Las dos gemelas eran encantadoras, y hacían las delicias de la dama de compañía de Cristina, que amaba con pasión á los niños.

Jenny Gaskell era irlandesa, y había estado casada durante tres años con un pastor protestante, que al morir la había dejado completamente desposeída de recursos; una niña que había tenido siguió á su padre. Y la pobre joven, agobiada bajo este doble dolor, estuvo también á las puertas de la tumba.

Sin embargo, la juventud es tan fecunda en recursos, que al cabo venció á la enfermedad. Jenny vivió, porque Dios no quería aún llamarla á otra vida; pero en ésta terrena se halló tan sola, tan desolada, tan afligida, que todas sus facultades mentales parecían apagadas bajo el peso de un aniquilamiento profundo.

Le fué, sin embargo, preciso pensar en trabajar: no se puede morir cuando se quiere, sino cuando Dios quiere llamarnos al puerto de descanso. Algunas buenas amigas de la joven viuda le buscaron labores y bordados, en los que era muy hábil, y le aconsejaron como la mejor de las distracciones que se ocupase de la labor.

Jenny procuró obedecer: estaba además obligada á ganar algún dinero si no quería morir de hambre; pero la labor puramente manual no la consolaba, y en tanto que sus dedos hacían brotar flores, su corazón lloraba y gemía por el bien perdido.

Con frecuencia se escapaba la aguja de sus manos, y permanecía horas enteras inmóvil y con la cabeza doblada sobre el pecho.

—Cambia de domicilio—la aconsejó una de sus amigas,—cambia de objetos. ¿No has pensado en dar algunas lecciones? Eres una excelente profesora de música: te buscaremos algunas discípulas é irás á domicilio; como tendrás la obligación de salir de casa, tu salud será mejor.

Jenny, de condición dulce, aceptó el consejo y lo siguió, hallando, en efecto, alguna distracción en su nuevo método de vida; porque la obligación de hablar y de contestar, y, sobre todo, la obligación de salir todos los días, que al principio le parecía intolerable, llevó alguna calma á su espíritu y la distrajo de sus amargos pensamientos.

Las lecciones, que eran sólo dos ó tres en un principio, fueron aumentando hasta el punto de tener todo el día ocupado; por la noche iba á casa de alguna de sus discípulas, donde se reunían en torno de la mesa de un elegante salón algunas personas para tomar el te; se hablaba, se hacía música, y á las once Jenny se volvía á su casa, si no alegre, con alguna tranquilidad.

De esta suerte se fué reconciliando con la vida; al cabo de dos años de trabajo sano y regular, las heridas de su alma no sangraban ya y se hallaba casi del todo consolada; sus recuerdos habían perdido la mayor parte de su amargura, y pensaba en su esposo y en su hija con una melancolía dulce y resignada, que se convirtió en una dulzura inefable y más grata para su delicada naturaleza que la más grande y completa alegría.

Dios, en su infinita misericordia, no desampara jamás á ninguno de sus hijos, y trueca el mayor dolor en una plácida tristeza.

Un día la madre de una de sus discípulas, que le había dedicado un cariño verdadero, le tomó dulcemente una mano y le preguntó:

—¿Está usted contenta con su suerte, mi querida Mistres Gaskell?

—No me quejo de ella, Milady,—contestó la joven.

—¡Qué edad tiene usted?

—He cumplido hace dos días veintiséis años.

—¿Piensa usted por ahora en volverse á casar?

—Ni pienso ahora, ni pensaré nunca, señora.

—Eso es mucho asegurar,—repuso riendo la dama.

—Sólo amando mucho á un hombre uniría mi suerte á la suya, Milady, y no amaré nunca así.

—¡Quién sabe!

—¡Yo bien lo sé! Amé á mi esposo con todo el afecto de que mi alma es capaz.

—¿De modo que ningún interés la tiene á usted en Edimburgo?

—Ninguno, señora; pero sentiría dejar esta ciudad: en ella he nacido, en ella conocí á mi esposo, le amé y me casé con él.

—No obstante, debe usted dejarla, si así consigue una más descansada existencia.

—No hallo penosa la que tengo, y estoy conforme con ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Oiga usted, sin embargo, lo que le voy á proponer: Milady Trevor me ha encargado una institutriz para sus niñas; el sueldo es bueno; la consideración en esa opulenta y nobilísima casa, grande; las niñas son pequeñas, y podrá usted empezar su educación fácilmente, pues no han tenido antes ninguna institutriz. Mi pobre Jenny, la vida en un suntuoso palacio será menos dura y menos solitaria para usted que en su actual situación; cuando vuelve á su casa por la noche, después de sus lecciones, ¡qué triste debe ser aquel aislamiento!

—Querida Milady—respondió la joven viuda, —yo tengo en mí bastante vida interior para hallarme bien conmigo misma; toco un rato al piano, otro trabajo en alguna labor, otro leo, y así llegan las once de la noche, y voy á buscar un tranquilo sueño: la misma vida haré en casa de mis educandas, porque si he de aceptar el cargo de institutriz, la única condición que he de poner es que no me hagan asistir al salón.

—¿Y por qué ese amor al aislamiento?

—Prefiero el estar sola conmigo al bullicio de un salón concurrido.

—Creo que se le dejará libertad completa en casa de Milady Trevor.

—Entonces, señora, yo daré por aceptado cuanto usted acepte para mí.

Dos meses después, Jenny Gaskell se hallaba instalada en casa de Lady Trevor, riquísima dama

casada en segundas nupcias, y que podía ocuparse muy poco de las dos niñas habidas en su primer enlace; contaban aquellas dos bellas criaturas cuatro y cinco años, y así la joven viuda pudo sembrar en sus tiernos corazones las primeras semillas, las que dan sus más ópimos frutos en las contrariedades de la vida; porque Jenny, herida por el dolor, curada por la religión y por el trabajo, y probada en todos los ásperos caminos de la existencia, era la mejor de las institutrices para aquellos dos tiernos seres, privados ya del cariño de su madre.

Las dos niñas se casaron no bien habían cumplido diez y seis años la una, y la otra diez y siete.

Cerca de cuarenta años tenía Mistres Gaskell cuando, casadas ya sus educandas, quedó libre de su difícil cargo; algunos partidos ventajosos se le habían presentado para volverse á casar; era bella, buena, instruída y propia para hacer la dicha de una familia; pero no quiso oir ninguna proposición de matrimonio, y entró de nuevo, y con las mejores recomendaciones, de institutriz para las hijas de una opulenta familia española que estaba en Londres sólo por una temporada, marchando á Madrid con dicha familia.

Mistres Gaskell se enamoró del hermoso cielo de España, y las últimas nieblas de su alma se disiparon cuando este cielo sin igual cobijó su cabeza; sus dos educandas eran ya dos jóvenes ado-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lescentes, y así que se casaron pasó á casa del Conde del Villar para dama de compañía de Cristina, por estar Marcelo relacionado con aquella familia desde hacía ya largo tiempo.

Puede suponerse si se entenderían bien aquellas dos almas, heridas por la misma desgracia. Cristina amaba siempre á Daniel en el fondo de su alma; pero le consideraba muerto para ella. Mistres Gaskell lloraba muerto al objeto de su único amor.

Una tierna simpatía unió á aquellas dos mujeres, que pasaban su vida casi sin relaciones ni visitas; cuando Cristina fué á Roma, al lado de su abuelo, su dama de compañía la siguió, y al regresar á Madrid, Cristina alquiló aquella casa de nueva construcción y situada en el campo, que le permitía, á la vez que ver á la Condesa su abuela, vivir en la soledad que su espíritu entristecido necesitaba.

La vida de la Condesa viuda del Villar era un perpetuo y heróico sacrificio: convertida en profesora de música y de dibujo de algunas niñas de la vecindad, llenaba su áspera tarea con tanta fidelidad y abnegación, que cada día habría crecido el número de sus discípulas si sus fuerzas hubieran alcanzado á mayor trabajo.

Muerto Marcelo en París, el título que llevaba había caído por completo en el olvido. La Condesa viuda había vivido bastante retirada desde que llegó á Madrid, y á la muerte de su esposo

redujo aún más el círculo de sus relaciones, y apenas contaba ya con ninguna.

Sin embargo, tenía un amigo fiel: el Duque de Aguilar, que había sido amigo desde muchos años antes de la madre de Adriana, y que había querido casarse con ésta, enamorado de su peregrina belleza; ya se sabe que la joven le había rehusado porque amaba á Daniel, á pesar de los muchos millones con que contaba el Duque y de los consejos de su madre.

Cuando conoció á la Condesa, sintió hacia ella una admiración profunda; escéptico como nadie, maligno, amargado en su carácter y en sus sentimientos por la deformidad de su figura, el Duque de Aguilar era el enemigo de la creación entera: el mal le complacía como un desahogo; apasionado violentamente de Adriana ya en la edad madura, y más bien seducido por el filtro de su mimosa coquetería que por su mérito verdadero, la repulsa que recibió le indignó de tal suerte, que aborreció de pronto y con rara intensidad á la hija, que lo había rechazado, y á la madre, que no la había obligado á obedecer.

—Señora—dijo á Leocadia un día que ésta se lo halló de improviso en el salón,—he venido antes de la hora en que llegan los admiradores de usted, para decirle cuatro verdades.

—Yo no se las pido á usted, caballero,—repuso secamente Leocadia.

—No importa: tendrá usted que oirlas, á no ser

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que me mande arrojar por sus criados, lo que creo que no hará, pues usted ha tenido siempre el buen sentido de huir del escándalo.

—Hable usted, caballero; ya que es preciso, le oiré,—dijo Leocadia sentándose con aire contrariado en un sillón y apoyando la mejilla en la palma de la mano.

—Así me gusta. Pues lo que tenía que decirle es que no ama á su hija, porque si así fuese, la hubiera obligado á casarse conmigo.

—Yo no puedo obligarla á eso, caballero.

—Y yo le digo á usted que podía y debía; ella no tiene corazón y usted tiene menos; el dinero es el Dios de las dos, y yo tengo mucho.

—Pues guárdeselo usted. Yo no he tenido el valor de hacer á mi hija desgraciada.

—¿Desgraciada? ¿Ella desgraciada, siendo millonaria? ¡Vamos, querida amiga, no sea usted cándida! ¿Piensa usted que será más feliz con el marido que le va á dar?

—Así lo creo.

—¡Ni por un instante lo ha pensado usted! A su edad tendría usted muy poco talento si así lo creyera. Ya hace años que sabe usted una cosa: que el dinero lo es todo, y Daniel Villar no tiene dinero.

—Mi querido Duque—dijo Leocadia con una sonrisita acerada,—al primer amor hay que dejarle todas sus flores: cásese mi hija con quien ama, y sea dichosa ó crea serlo durante algunos meses.

—¿Y después?

—Ella será la primera que se canse de Daniel.

—¿Y qué hara entonces?

—Dejarle y venirse conmigo.

—¿Y si tiene hijos?

—Serán los hijos de Daniel Villar, de los que ni ella ni yo nos cuidaremos.

A pesar de sus ideas acerca de la moral, el Duque miró absorto á Leocadia: tanto cinismo le llenaba de asombro.

—Es que—dijo—Adriana puede que rehuse dejar á sus hijos.

—Creo que no: la pobreza es para ella insoportable, y el disgusto que le inspira supera á todos sus sentimientos.

—¡Pero, señora, si usted es más pobre que nadie; si está abrumada de deudas!

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Yo sé todo cuanto necesito saber.

—Para nada necesitaba saber eso.

—Puesto que lo sé, le repito que está usted más pobre que nadie.

—¡Querido Duque, si supiera que no había de no volver á ser rica, me mataría!—dijo Leocadia con acento tan decidido y tan firme, que no se podía dudar de lo que afirmaba.

—¡Pobre mujer! Entonces le espera á usted muy corta vida—dijo el Duque riéndose:—¡usted ya no será rica jamás! Ya no es joven; dejará en breve de ser bella, engordará... La esperan mil calamidades.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Cuídese usted de las suyas, que no son pocas—dijo Leocadia,—y si ha dicho ya lo que tenía que decirme, déjeme en paz.

—Aún tengo que hacer á usted una predicción, —respondió el Duque, acercando su silla con aire hostil á la de Leocadia.

—¡Ah, ya!—dijo ésta con desdén:—¡primero las verdades; ahora la profecía!

—Justamente.

—Pues empiece usted luego y acabe pronto.

—Se volverá usted en breve fea y mala; inventará alguna infamia para tener dinero; se sospechará, y la abandonarán todos por esa maldad y por las demás que durante su vida ha cometido; ¡no muere tranquilamente la que ha vivido como usted, señora!

—¿Ha concluído usted ya la predicción?

—Ya he concluído; y ahora, señora, hasta el valle de Josafat, donde me reiré de usted como ahora.

El Duque salió, en efecto, riéndose, y cerró tras sí la puerta del salón.

IX

La pobre y fatigosa existencia de la Condesa del Villar llenó de asombro el alma del Duque, y conmovió en ella fibras que toda su vida habían dormido.

María de Guzmán, ya cerca de la ancianidad, cumplía sencillamente las más grandes heroicidades; era el suyo un sacrificio silencioso é ignorado, pero de todos los instantes; del mismo modo que había cortado en sus raíces profundas la pasión de Marcelo por ella, con la misma simplicidad sublime que había hecho el sacrificio de su corazón, que adoraba al grave y sombrío adolescente, inmolaba ahora su vida á sus nietos, á los cuatro niños, hijos del débil Daniel y de la indolente Adriana; á Cristina, cuya viudez de corazón se esforzaba en consolar, dirigiendo sus ojos á una vida mejor y eternamente durable.

No eran consuelos vanales y vulgares los que aquella mujer sublime prestaba á los seres que amaba; sabía que para los grandes dolores de la vida hay pocas frases, y que aun éstas deben decirse muy oportunamente; que una lágrima, una presión de mano, algunas horas de compañía silenciosa, son pruebas mucho más elocuentes de amor y simpatías que todas las frases rutinarias de los necios que se llaman amigos.

El que es mortalmente desdichado, lo primero que anhela es ser compadecido sincera y noblemente; la Condesa compadecía á dos personas de este modo: á Cristina y al Duque.

Muchas veces, y sobre todo por las noches, se hallaban ambos en casa de la Condesa, casa humilde que habitaba con los cuatro niños, de quien era el único amparo, y una sola criada; y lo mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Cuídese usted de las suyas, que no son pocas—dijo Leocadia,—y si ha dicho ya lo que tenía que decirme, déjeme en paz.

—Aún tengo que hacer á usted una predicción, —respondió el Duque, acercando su silla con aire hostil á la de Leocadia.

—¡Ah, ya!—dijo ésta con desdén:—¡primero las verdades; ahora la profecía!

—Justamente.

—Pues empiece usted luego y acabe pronto.

—Se volverá usted en breve fea y mala; inventará alguna infamia para tener dinero; se sospechará, y la abandonarán todos por esa maldad y por las demás que durante su vida ha cometido; ¡no muere tranquilamente la que ha vivido como usted, señora!

—¿Ha concluído usted ya la predicción?

—Ya he concluído; y ahora, señora, hasta el valle de Josafat, donde me reiré de usted como ahora.

El Duque salió, en efecto, riéndose, y cerró tras sí la puerta del salón.

IX

La pobre y fatigosa existencia de la Condesa del Villar llenó de asombro el alma del Duque, y conmovió en ella fibras que toda su vida habían dormido.

María de Guzmán, ya cerca de la ancianidad, cumplía sencillamente las más grandes heroicidades; era el suyo un sacrificio silencioso é ignorado, pero de todos los instantes; del mismo modo que había cortado en sus raíces profundas la pasión de Marcelo por ella, con la misma simplicidad sublime que había hecho el sacrificio de su corazón, que adoraba al grave y sombrío adolescente, inmolaba ahora su vida á sus nietos, á los cuatro niños, hijos del débil Daniel y de la indolente Adriana; á Cristina, cuya viudez de corazón se esforzaba en consolar, dirigiendo sus ojos á una vida mejor y eternamente durable.

No eran consuelos vanales y vulgares los que aquella mujer sublime prestaba á los seres que amaba; sabía que para los grandes dolores de la vida hay pocas frases, y que aun éstas deben decirse muy oportunamente; que una lágrima, una presión de mano, algunas horas de compañía silenciosa, son pruebas mucho más elocuentes de amor y simpatías que todas las frases rutinarias de los necios que se llaman amigos.

El que es mortalmente desdichado, lo primero que anhela es ser compadecido sincera y noblemente; la Condesa compadecía á dos personas de este modo: á Cristina y al Duque.

Muchas veces, y sobre todo por las noches, se hallaban ambos en casa de la Condesa, casa humilde que habitaba con los cuatro niños, de quien era el único amparo, y una sola criada; y lo mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo el Duque que Cristina la veían dar de cenar y hacer rezar después á los niños las oraciones de la noche, desnudándolos y acostándolos en seguida.

En esta última ocupación la ayudaban Cristina y Mistres Gaskell la noche que se hallaban allí, porque la pobre madre, la amantísima abuela, estaba rendida; levantábase así que el alba nacía; disponía todos los quehaceres de la casa, y se ponía á coser los trajes deteriorados de los niños; vestía después á éstos, se desayunaba con ellos, les peinaba y aseaba, les daba sus lecciones, y á las nueve de la mañana se hallaba ya en la sala de la clase, donde llegaban sus discípulas, hasta el número de trece ó catorce, á tomar lección de música, dibujo, francés é italiano.

A las tres de la tarde era la comida en familia, y después salía á dar algunas lecciones de labores que tenía en casa de otras educandas; á esta excursión diaria llevaba á Dora, á Augusta y á Osvaldo, alternando un día cada uno, ó llevando al que más se aplicaba, como recompensa de su celo.

Ya al anochecer volvía á casa, pasaba un rato con Clementina en los brazos, á la que no veía en todo el día; daba de cenar á todos, rezaba con ellos y los acostaba en sus blancas camitas.

La Condesa contaba sólo con el producto de su trabajo para mantener á sus nietos, á Francisca, la ya antigua criada, y á ella misma; sus mil duros de pensión había dejado de cobrarlos desde que Leocadia, recordando sin duda los ingeniosos

medios de que su marido se había valido para hacerse millonario, los puso en práctica á su vez, deshaciendo la opulenta casa de los Condes del Villar, convirtiendo en millones todos sus bienes y marchándose con ellos, con su hija y el menor de sus nietos, donde nadie sabía.

A esta vida fatigosa se unía una pena mortal: ¿qué era de Daniel? Ninguna noticia suya había vuelto á tener; no sabía las señas de la buena familia que le había reconocido y socorrido, ni podía escribirle, por lo tanto. Daniel, solo, pobre, perdido en la sombra de una gran capital como Londres, era hombre condenado á la perdición; aquel espíritu débil no podía flotar en el mar furioso de la desgracia, sin hundirse en el abismo del mal. Su madre lo sabía, y su corazón lloraba lágrimas amargas.

Si la grandeza de su alma era siempre la misma, sus fuerzas decaían: la Condesa estaba pálida y demacrada; antes de la edad se había convertido en una anciana delgada, de blanco cabello, de triste sonrisa; pero en cuyos ojos se veía la dulce satisfacción del deber cumplido, y la inefable esperanza de una vida mejor, ya muy cercana.

—¡Madre mía!—exclamó Cristina un día, después de muchos ruegos inútiles y arrodillándose delante de la Condesa con las manos juntas.—¡Madre mía, te lo ruego por la memoria de mi abuelo, tu marido; por la memoria de mi padre!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Admite algo de lo que tengo! ¡Dame esa prueba de cariño!

—Esa es la sola que no puedo darte—contestó la Condesa con su bella sonrisa,—porque ya sabes que nada necesito.

—¡Trabajas sobre tus fuerzas!

—El trabajo, hija mía, es un bien.

—¡Pero yo soy rica! ¡Y trabajar tú siéndolo!

—¿Y qué haría yo en la ociosidad, hija mía? La ocupación constante me distrae de mis penas; el trabajar enaltece en vez de rebajar. Cuando pienso en que estos niños me lo deben todo, siento tal alegría, que me compensa de todos mis pesares.

Lo mismo que á Cristina, contestaba la Condesa al Duque, cuando éste le instaba á que le mirase como á un amigo.

—Ya lo hice—le respondió un día que la estrechaba más que otros;—ya lo hice cuando, no estando aquí Cristina, no tenía pan para mis nietos.

—Pero aquella suma insignificante me la ha devuelto usted, Condesa.

—Sin duda, como era natural.

—Es que yo quiero que mire usted cuanto tengo como suyo.

—Así lo haré el día que sea preciso, *preciso*, ¿entiende usted, Duque? Hasta entonces, permítame usted que no acepte para mis niños el pan de la caridad.

—El de la amistad, señora.

—La amistad se ennoblece cuando practica la caridad, y en caso necesario no rehusaría los beneficios de la una y de la otra.

No hubo medio alguno de variar en este punto las ideas de la Condesa: siempre contestaba lo mismo, y cada vez salía el Duque de su casa con un poco más de calor en el fondo de su alma.

Ya el hielo fundido empezaba á agitar la savia de aquella naturaleza vigorosa, antes dura y agresiva, y que poco á poco iba viendo horizontes de luz; ya brotaban en el erial algunas flores. La virtud, la pureza de la vida de aquella mujer, que cumplía con amor los más rudos deberes, le conmovían profundamente y le hacían ver que si Dios le había hecho deforme, había goces en la vida aparte de la hermosura, y que él, como todos los humanos, podía alcanzarlos.

—Háblame usted de Dios, señora, tal como usted le entiende,—dijo el Duque á la abuela una noche que dormía en sus brazos á Clementina.

—Yo, amigo mío—respondió la Condesa,—no trato de entender á Dios, porque le siento aquí, dentro de mi corazón.

—¿Y no se queja usted de la suerte que le ha deparado?

—Jamás me quejo de Él.

—¿Y se halla usted contenta con su destino?

—Muy contenta. Dios ha puesto dentro del alma de cada uno de sus hijos el más grande de los beneficios, y el que nada ni nadie les puede arrebatar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Y cuál es?

—La satisfacción del deber cumplido.

—¡Yo no tengo ni siquiera deberes!—objetó tristemente el millonario:—¡solo en la tierra, no tengo en ella ni aun por quién sacrificarme!

—¿Puede usted pensar en eso, amigo mío? ¡Está el mundo tan lleno de desgraciados, que su caridad no sabría dónde acudir, si quisiera verlos!

—La miseria que se ostenta me es repulsiva.

—Busque usted la que se oculta, la que se abriga en las buhardillas, y sobre todo, señor Duque, busque usted las miserias morales: ¡hay tantas!

—De esas, la mía es la mayor, señora, y por eso soy bastante egoísta.

—¡Oh, qué terrible azote es el egoísmo!—exclamó con vehemencia la Condesa;—¡más castiga al que lo padece que á nadie! ¡El egoísmo enajena todos los afectos, el egoísmo roba todas las voluntades! ¡El egoísta se ama de suerte, que nadie le ama á él!

—El egoísmo, Condesa, es siempre nacido de los dolores del corazón—respondió el Duque;—amargado por las heridas de la sociedad, por sus burlas, por su afán de explotarme, ¡la aborrezco!

—Y sin embargo, señor Duque, hay una persona que culpamos todos, y que no ha querido engañarle.

—¿Cuál? ¿Quién ha podido explotarme y no ha querido?—exclamó el Duque.—¡Quisiera saberlo!

—Pues lo sabe usted, aunque lo ha olvidado. Mi hija.

—¿Quién? ¿Cristina?

—No: Adriana.

—¡Su hija! ¿Y llama usted hija suya á semejante monstruo, señora?

—¡Pues no he de llamarla! ¿No es la madre de estos niños?

—¿Y no los ha abandonado?

—Si vive, ya volverá algún dia.

—¿Y usted la recibirá?

—Con los brazos abiertos, y le diré: «¡Ahí tienes á tus hijos con robusta salud en el cuerpo y en el alma; cuídalos tú, ahora que yo voy á morir!»

La palidez de la Condesa al decir estas palabras, era casi diáfana; no se podia llegar á aquella herida de su corazón sin hacerla sangrar; y sin embargo, cuando era preciso, ella misma la hacía mayor.

—¿Cree usted, por ventura, que ese Dios por quien me pregunta, aconseja la dureza y el rencor?—continuó la Condesa:—no, amigo mío; si rezara usted las oraciones que su madre le enseñó, diria usted cada dia: «Y PERDÓNANOS, SEÑOR, ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS Á NUESTROS DEUDORES.» Yo lo digo, lo hago decir á los hijos de Adriana, y no desmentiré con el ejemplo la santidad del precepto.

—Mucha heroicidad se necesita para perdonar así, Condesa; yo no la tengo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Porque no quiere usted adquirirla.

—Porque no puedo.

—Pídala usted al cielo, y ponga para alcanzarla todo el esfuerzo de su buena voluntad.

—No puedo perdonar á Adriana el que sea tan mala esposa, tan mala madre.

—Perdónela usted, en gracia siquiera de que no quiso engañarle y de que tuvo abnegación bastante para renunciar á la gran fortuna de usted.

—De modo que quiere usted que la perdone por lo mismo que la culpo, y usted la perdona cuando debía aborrecerla, por haberse casado con su hijo.

—Esa es una de las grandezas de la religión cristiana, Duque, y es quizá la mayor; manantial inagotable de consuelos, sabe cambiar de tal suerte la faz de todas las grandes cuestiones de la vida, que hay motivo para perdonar donde sólo halla pasto el rencor humano; no hay en la existencia pena que no alivie, ni aspereza que no suavice; usted, Cristina, cuantos me conocen, cuantos me aman, que no son muchos, me tienen por desdichada; pues bien, amigo mío: yo me tengo por dichosa, y aún hay alegría en mi alma en medio de mi desesperación por no saber nada de la suerte de Daniel; tengo á sus hijos, dos veces hijos míos; los educo para el bien, para la virtud; gano el pan que necesitan, el humilde vestidito que les cubre; ¡todo me lo deben á mí, á su abuela! ¡Oh, amigo mío, qué mayor gloria para mi ancianidad!

—Pero ¿y si usted muriese?

—¡Oh, entonces, ni Cristina ni usted les desampararían; estoy cierta de ello, y creo que puedo estarlo!

—¡Sin duda ninguna, señora, tendrían en Cristina y en mí padre y madre!

—¡Los suyos volverán!—murmuró la Condesa, con la mirada perdida en el espacio como las antiguas profetisas.

—¡Volver!—repitió el Duque.—¿Cuál de los dos?

—Los dos.

—¿Pero aún conserva usted esperanzas acerca de Adriana?

—Es madre, y su alma no está del todo pervertida, amigo mío.

—Son ilusiones de su corazón de usted, Condesa.

—Déjeme usted conservarlas por lo consoladoras.

—¡Pero, señora, si jamás se han de ver realizadas!

—¿Quién sabe?

—¡Piense usted en lo que ya habrá hecho de su hija la profunda corrupción de Leocadia; esa mujer padece una gangrena moral; su afán de oro, su sed de todos los goces que el oro proporciona, son inextinguibles; si no ha cometido otra clase de faltas, es porque es incapaz de amar, y porque con su perspicacia infernal comprendió muy pronto que precisamente las faltas del amor son las que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el mundo castiga más rudamente; los delitos que se cometen para tener dinero, el mismo dinero los absuelve; los desengaños del corazón, que revisten casi siempre las formas del escándalo, es lo que condena con más dureza; así, es una criminal impune, porque sus mismos delitos la dan amigos y protectores; ¿qué será Adriana al lado de esa madre, ahora que ya no la escuda el amor que tenía á Daniel, y que ya se apagó en su pecho?

—Ese amor no ha podido apagarse.

—El creer eso, señora, es otra ilusión: el amor pasa como todo, y más sin base buena y sólida; no se le halla cuando se desea, ni se le retiene como se quiere; el amor es involuntario y libre, y en esos pobres jóvenes pasó ya.

—La vista de sus hijos les hará volverse á querer y á tolerarse.

El Duque no quiso insistir más: las creencias de aquella noble alma, y hasta sus esperanzas, le parecían absurdas, pero admirables; había en la Condesa algo de grande, de elevado, y á la vez de sencillo, de amable, de afectuoso, que penetraba en el alma del pobre descreído como un filtro celestial.

La influencia de aquella alma grande había labrado en su juventud la índole ruda de Marcelo; en la ancianidad iba á hacer nacer flores en un erial, y este erial era el alma fría del Duque de Aguilar.

¡Pobre sér, tan opulento, tan halagado por los

dones de la fortuna, tan infeliz sin embargo! Toda su vida se había pasado en las más amargas quejas, y ya en la edad madura buscaba algún apoyo, algún sostén, falto ya de fuerzas y de energía; en vano había demandado á la ciencia el consuelo que su horrible aislamiento moral necesitaba; la ciencia no llena el corazón, y sólo en el arte es donde éste halla algún consuelo; pero el Duque de Aguilar estaba demasiado herido para hallar en ninguna parte lo bello.

Cuanto más aprendió en los libros, más se empeñó en la duda impía, que es el cáncer de este siglo: todo lo que su razón no acertaba á descifrar, lo negaba. Se preguntaba el *por qué* de haber él venido al mundo, cuando no pedía venir; *por qué* el dolor llenaba los espacios y el aire; *por qué* el mundo no era bueno y dichoso.

Y en esta impía lucha con la Divinidad, cada día salía más vencido y más ateo.

Sólo descansaba al lado de la Condesa, viéndola, sintiendo la suave influencia de su virtud y contemplando el heroísmo de su nunca cansada paciencia. La bondad y mansedumbre de la abuela, las gracias inocentes de los niños, la belleza infantil, y ya extraordinaria, de las dos gemelas Augusta y Dora; los regaños y la fidelidad de Francisca, y hasta los halagos de un gran perro que la Condesa había salvado de la crueldad de unos muchachos que iban á arrojarle al río, todo esto formaba como un mundo nuevo para el Du-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que; mundo más triste en la apariencia que todo lo que él conocía; pero positivamente más alegre y más feliz.

X

A fines del mismo año en que tenían lugar los sucesos precedentes, apareció en San Petersburgo una dama que asombró á la corte rusa con el lujo de sus trenes y su fausto; acompañábanla en los paseos y teatros otras dos señoras: la una de más edad que ella, y la otra mucho más joven.

Aquella mujer se hacía llamar la Princesa Karina, y no tenía edad: parecía una joven por el brillo de sus ojos y la pureza de su tez, y parecía una vieja por el gesto irascible, amargo y colérico que de vez en cuando se le escapaba; en aquel gesto se veía tal conocimiento de las maldades y de los odios de la vida, que no podía concebirse en una mujer que no hubiera probado ya todas sus infamias y dolores.

Las penas, las decepciones, dejan en las almas buenas una semilla dulce; el gran dolor purifica como el fuego; la abnegación nace donde habitaba ese egoísmo inherente á la condición humana, y al sentirnos heridos, compadecemos las heridas de los otros.

Mas en las almas mezquinas, ambiciosas y egoístas, el dolor es un cáustico, es un veneno

que las corroe y las llena de amargura. La Princesa Karina debía tener el alma llena de hiel.

La contracción de su frente, los relámpagos de sus ojos, la amarga sonrisa de sus labios, decían de un modo aterrador las tempestades interiores que bramaban en ella.

Estos síntomas funestos de una gran disolución moral eran frecuentes, cuando envuelta en soberbias pieles iba en su magnífico carruaje, acompañada de la más joven de las dos mujeres que vivían con ella, y que ella decía ser hermana la una y madre la otra; aquélla no era bonita, sino, antes bien, su fealdad notable hacía un contraste extraño con la belleza de su hermana, según la llamaba.

Sus cabellos, de un color pálido, lacios y escasos, acusaban una naturaleza débil y linfática; sus grandes ojos tenían una mirada apagada, triste y sin vida; estaba delgada hasta la exageración, y su boca grande dejaba ver, las pocas veces que se sonreía, una dentadura pequeña, pero dañada por una de esas enfermedades cuyo origen es una extrema debilidad en el cerebro; tenía aquella joven, pues lo era por cuanto no pasaba de veintinueve años su edad, la tez empañada, terrosa y amarillenta, la nariz larga, y sobre todo esto, tal aire de cansancio y de fatiga, que la hacía, no sólo desagradable, sino muy penosa á la vista.

Cada vez que la Princesa miraba á esta joven

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se encendía en sus mejillas el fuego de la cólera; pero se dominaba con esfuerzo y procuraba conservar la tranquilidad.

Una tarde que se hallaban en uno de los más concurridos paseos de San Petersburgo, era tal el abatimiento de la joven, que su compañera no pudo contenerse, y le dijo agriamente:

—Para ir así, ¿por qué sales?

—Mamá...

Los ojos de la Princesa lanzaron rayos.

—¿No sabes que no quiero que me llames así? —exclamó llena de ira.

—¡Dios mío, qué cruel ridiculez!—exclamó la joven.—¡Empeñarte en que pase por tu hermana! ¡Tienes cerca de cuarenta y siete años, y crees no poder tener una hija como yo!

—¡Cállate, ó deja ese tono lacrimoso que detesto!

—¡Tú me lo has enseñado! ¿Qué he hecho, para que ahora todo te desagrade en mí?

—¡Ponerte muy fea; no, tú no eres mi Adriana, aquella Adriana que encantaba mis ojos, aquella Adriana siempre sumisa á mi voluntad!

—¿Y en qué te desobedezco? Sólo en dos cosas: en no dejar de llamarte madre, en no querer dejar de ver á mi hijo. ¡Madre mía! este nombre es tan dulce á mi corazón y á mis labios, que no puedo dejarle, á pesar de lo cruel que has sido para mí. ¡Hijo mío! ¡Qué supremo consuelo presta esta palabra á mis tormentos! ¡Oh! Cuándo podré decir *¡hijos míos!*

—Cuando te parezca... así como así, aquí no me sirves más que de molestia: puedes irte, y cuanto antes será mejor.

—¿Y dónde iré?

—Con la santurrona de tu suegra.

—¡Oh, he sido ingrata y cruel, y no me perdonará!

—Las mujeres así perdonan siempre; su mayor placer es perdonar, y quisieran que la humanidad entera fuese culpable, por el placer de perdonarla.

—¡Oh, mamá, yo no puedo separarme de tí; te quiero tanto! ¡Por tí lo he dejado todo; la fascinación que has ejercido sobre mí durante toda mi vida subsiste siempre; el corazón de la mujer no puede perder sus dulces hábitos! ¿Cómo has dejado tú el de amarme?

—Porque me contrarias en todo; y además, porque te has vuelto fea; lo feo me es antipático y triste.

—¡Madre, soy tan desdichada!—murmuró la joven bajando la cabeza y cubriendo su rostro lleno de lágrimas con el pañuelo.—¡Ver á tu amiga Clotilde doblegándose á hacer contigo el papel de madre, desde que su marido la abandonó! ¡Verme yo obligada, á mi vez, á pasar por hermana tuya, son horrores morales á los que no puedo acostumbrarme! ¡Ver á ese hombre, á ese brasileño de tan mala alma, matar en la tuya todo sentimiento noble y puro! ¡Verle cómo arruina todos

tus bienes, y cómo ha separado ya tu corazón del mío, son tormentos que no puedo soportar! ¡Y luego mis hijos, mis cuatro ángeles; mi Augusta, mi Dora, que viven sin su madre! ¡mi Osvaldo, mi Clementina, lejos de mí y que crecen odiándome! ¡Y Daniel, sujeto en Londres á un trabajo mortal unas veces, y otras agobiado por su suerte, cansado su carácter débil, sumergido en el desorden!

—¿Y cómo sabes todo eso?

—¡Cómo lo sé! ¿Pues qué, madre mía, me crees tan sin corazón que haya olvidado á mi marido? ¿He hecho algo que me separe para siempre de él? ¿he caído en alguna tentación que me haga por completo indigna á sus ojos? ¡Yo le amo, no he amado á otro hombre, y no perdono medio de saber de él, desde el día fatal en que me arrancaste de su lado!

—Vuélvete á él cuando quieras.

—Eso haría si me atreviese.

—¡A mí no me sirves para nada, ni para nada te quiero ya!

—¡Bien lo sé!—exclamó Adriana exasperada: —después de haberme perdido por la funesta educación que me has dado, y con separarme de mi marido y de mis hijos, ¡ahora te estorbo porque no quiero dejar de llamarte madre, y mi ya espirante juventud acusa tu próxima vejez! ¡porque ese hombre infernal ha secado la savia de tu alma con sus adulaciones, porque te ha vuelto otra de

la que eras, otra de la que yo he conocido! ¡Oh, si me atreviera, yo iría á arrojarme en los brazos de mi marido!

—Ves á los de su madre.

—¿De modo que me arrojas de tu lado? ¿de modo que ya me aborreces? Porque tienes al lado esos dos seres infernales que te acocompañan, ese hombre que te explota, esa mujer sin pudor que se presta á tan vergonzoso papel, ¿quieres que yo, la sola persona que te quiere de corazón, me aleje de tí?

—Ese hombre es mi marido; esa mujer es mi mejor, mi más fiel amiga.

El cochero, que sabía el paseo que daba la Princesa cada día que salía con su *hermana menor*, guió hacia casa; y ya en el corto trayecto hasta el hotel, no se hablaron más palabra madre é hija.

Adriana corrió á encerrarse en el cuarto que habitaba en el suntuoso hotel de su madre, y no quiso sentarse á la mesa.

Esta la ocuparon tres personas: Leocadia; *su marido*, como ella le llamaba delante de su hija, aunque delante de los demás decía mi secretario, y Clotilde, antes Baronesa de la Calzada, y en la actualidad *mamá* de Leocadia, cuyas pretensiones de juventud y de elegancia habían degenerado en una manía muy cercana ya de la demencia.

La Baronesa estaba horrible; contaba ya cerca

de sesenta años, y nada hay de comparable á los estragos que el tiempo había hecho en ella: abandonadas en su mayor parte las pinturas, é inútiles los cosméticos contra ciertas injurias del tiempo, tenía que llevar peluca, y nada podía ya ocultar las arrugas de su cutis, curtido por tantos años de abuso en unturas y barnices; era una vieja espantosa, la que había sido muchos años antes una mujer encantadora.

Abandonada por su joven marido, el Barón de la Calzada, al que sedujo siendo muy niño, pero que ya hombre trató de sacudir tan fastidioso y risible yugo, Clotilde escribió sus cuitas á su mejor amiga, á Leocadia, que le ofreció su casa y su mesa, y la invitó á ir á usar de sus ofrecimientos, aceptados al instante con ruidosa gratitud.

En El Cairo, donde había ido á parar desde París con su hija, fué donde se reunió á Leocadia, su amiga y confidenta; y allí, no bien instalada en su casa, no bien sujeta bajo su poder, Leocadia le dijo que se iba á establecer en la Corte de Rusia, y que deseaba que ella pasara por su madre para hacer perder, con esta precaución y cambiando de nombre, todo rastro de su antigua existencia.

Clotilde aparentó hallar muy ingenioso este expediente; se asoció á él de la mejor gana y se puso por obra al instante, marchando á San Petersburgo las tres mujeres.

Adriana quiso llevarse consigo á su hijo; pero

no bien llegadas á San Petersburgo, su madre la obligó á darlo á unos aldeanos para que lo tuviesen en su casa.

La conversación que hemos oído entre la madre y la hija durante su triste paseo, tenía lugar unos quince días después de haberse establecido esta familia, con un lujo verdaderamente regio.

A la misma hora y el mismo día tenían lugar otras dos escenas muy distintas, una en Londres y otra en Madrid.—Vamos á explicarlas á nuestros lectores, para darles algún descanso moral, después de haber visto tanta desgracia y tanto dolor.

En un humilde cuarto, cuyas paredes estaban vestidas de un papel gris con ramos verdes, y cuyas tinieblas disipaba sólo un pequeño quinqué, trabajaba sentado delante de una mesa un hombre, ya próximo á la edad madura, y cuyo aspecto, aunque muy triste, era sobremanera simpático y distinguido.

Escribía rapidamente documentos para algún abogado, á juzgar por el tamaño del papel y por lo grueso y uniforme de una bella letra que empleaba para su árido trabajo; de vez en cuando llevaba la mano á la frente y dejaba caer la pluma con desaliento; pero tras un segundo de reposo, emprendía de nuevo su tarea.

El cuarto contenía un lecho pequeño y bueno, cerrado con cortinas de persa; un lavabo de cao-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ba, una cómoda de lo mismo, un armario, una mesa de noche y algunas sillas.

Todo brillaba de aseo y de limpieza.

La puerta se abrió, y una mujer, ya anciana, de aspecto grave y vestida de negro, entró poco á poco y dijo al que escribía, apoyándose cariñosamente en el respaldo de su silla:

—Daniel, á comer: son las seis.

—Vamos allá,—dijo éste levantándose dócilmente.

—Tanto trabajar es muy malo para tu salud, hijo mío—dijo la anciana,—y no lo consentiré; hoy no vuelves á tomar la pluma.

—Es preciso, señora.

—Verás cómo no: en cuanto comamos, te voy á llevar á ver el gran Museo de figuras de cera.

—Después de cuatro años de mala vida y de holganza, ya es hora de que trabaje.

—No hablemos de eso, ó te regañaré como hacía cuando, siendo niño, me enredabas los hilos de mis bordados; no digo que no trabajes, sino que no trabajes de tal modo que te pongas enfermo.

—Para qué quiero la vida?

—No se muere uno cuando quiere, sino cuando quiere Dios; olvida á París y tus locuras; te cansaste á tiempo. Aún puedes empezar una nueva existencia.

—¡Solo!

—Hoy, sí; mañana, ¿quién sabe? Y hasta entonces ¿yo no soy nada para tí, ingrato?

—¡Ah, perdón, mi buena amiga, mi segunda madre!—exclamó Daniel.

—¡La tuya, tu noble madre, aboga por tí en mi corazón, Daniel! ¡Era tan buena, nos quería tanto, se interesaba de tal suerte por mi Gabriela! Al interesarme por tí, al alargarte mi mano para sacarte del abismo, para alentarte, para consolarte, pago una deuda sagrada de afecto y gratitud.

—¡Oh, mi santa y adorable madre! ¡Oh, mis hijos!—exclamó Daniel juntando fervorosamente las manos;—¡vosotros pagaréis, á vuestra vez, la caridad de esta noble mujer!

—¡Eh, á la mesa!—repuso la anciana señora.—Ya anudaremos la conversación mañana, que tiempo hay para todo, y hasta para tomar algunas horas de solaz y de descanso.

Y apoyándose en el brazo de Daniel, le condujo al comedor.

La escena ha cambiado.

Estamos en Madrid y en casa de la Condesa viuda del Villar, que no ha dejado su nombre á pesar de dedicarse á la honrosa carrera de la enseñanza pública; al contrario, en sus tarjetas se lee siempre:

LA CONDESA VIUDA DEL VILLAR

Son las seis, y la abuela, rodeada de sus nietos, se halla sentada delante de una mesa repa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sándoles sus lecciones; pero ya no es á todos. Augusta corrige las planas de Osvaldo, y Dora enseña las primeras letras á la pequeña Clementina; las dos gemelas están crecidas y hermosas; la abuela, por el contrario, envejecida y encorvada.

La puerta se abrió sin ruido, entró Francisca y dijo acercando una silla:

—El señor Duque.

—Condesa, ¿ha comido usted ya?—preguntó sentándose.

—A la una, amigo mío.

—¿Tiene usted algo que darme á mí?

—Cuando hay buena voluntad, nada falta ya, —contestó sonriendo la Condesa.

—Que nos den algo á los chiquillos y á mí, y á ellos les servirá de cena; hay que celebrar una carta que hoy he recibido.

—¿De quién?

—No hay que perder el color ni temblar: de Adriana.

—Y... ¿qué dice?—preguntó la abuela haciendo un esfuerzo inaudito.

—Que quiere venir al lado de usted y de sus hijos.

—Ella... ¿venir? ¿Y su hijo?

—Le traerá, si usted quiere.

—¡Ah, que vengan, que vengan!—gritó la abuela al oir estas palabras.

—Voy á hacer las dos primeras obras buenas

de mi vida, señora—dijo el Duque:—escribiré á Adriana, y después... después buscaré á Daniel. Mi caridad desde hoy será *moral*, porque la *material* ha sido muy escarnecida y muy mal pagada por los bribones á quienes he dado mi dinero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conde halagaba su vanidad; su tercer enlace con un aventurero pobre, la llenaba de enojo y de pena.

—¿Cuándo has comprometido así tu suerte?—exclamó.—¿Cuándo te has casado?

—Aún no hacía un mes que había muerto el Conde; pero ¿qué tienes, por qué lloras?

—¡Ah, madre mía, eso es indigno!—exclamó con violencia la joven.

—¿Qué quieres decir? ¿te rebelas contra mí?

—¡Me rebelo contra tu casamiento; siempre he odiado á ese hombre!

—Procura, pues, cambiar ese sentimiento—dijo duramente la madre;—es mi marido, y tendrás que tratarle como á tal.

—¡Jamás!

—Te volverás, pues, á la miseria con tu marido y tu suegra. ¿Crees que voy á tolerar la guerra doméstica?

—¿Luego me echarías de tu casa por ese hombre?

—Hija mía—dijo Leocadia tomando la mano de la joven,—cada cosa tiene distintos nombres; yo no te echaré de mi casa si te empeñas en ser la enemiga de mi marido, pero tendrás que dejarla, porque no es hombre que sufre contrariedades: tiene el carácter violento y rencoroso.

—¿Por qué has perdido tu libertad, mamá? ¡Has estado loca!

—Dejemos esto, Adriana; tú no eres ya la niña mimada y dulce, sino la mujer agriada por las penas y dificultades de la vida, dificultades y penas que tú te has buscado; yo he sufrido también, he luchado, y estoy amargada y cansada de sufrir... Moderémonos, y á la entera franqueza y libertad que antes nos unía, opongamos algo de tolerancia y hasta de buena educación.

Desde aquel día, las relaciones de la madre y de la hija adquirieron una frialdad que jamás habían tenido, y el cariño huyó de aquellos dos corazones, antes tan identificados, y separados ya por las maldades de la madre y las intuiciones de la hija; porque el corazón de Adriana le anunciaba que alguna sombra funesta cubría la vida de su madre, y que la ruina de su fortuna —que ella ignoraba hasta poco antes de unirse á Daniel,— su casamiento con el Conde del Villar, y la muerte de éste, componían un drama misterioso y terrible, pero oculto bajo tupidos velos.

Poco después de haber huído Adriana con su madre y su hijo recién nacido, se les reunió Don Román de Silva; era siempre el mismo hombre, feo, anguloso, de facciones duras, pero elegante, insinuante, de modales melosos y de sonrisa amenazadora y cruel.

Era mucho más joven que Leocadia, y ésta se apasionó violentamente de él; pero bien pronto la dureza del carácter de aquel hombre, su despotismo al ser dueño de cuanto Leocadia poseía, mezclaron aquella pasión con una especie de odio,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mezcla rara, pero que se ve algunas veces en esos amores fatales, que duran mucho más que los basados en las nobles cualidades del alma.

La expoliación del rico patrimonio del Conde del Villar la había llevado á cabo el brasileño con la ayuda de Leocadia, lo mismo que de común acuerdo habían proyectado y llevado á cabo su muerte; el crimen los unía con una cadena de hierro, como á dos condenados de un presidio; y aunque en Leocadia había amor por aquel hombre, en él no había más que aversión y desprecio por la culpable esposa del Conde del Villar.

No obstante, disimulaba esta aversión de la manera más absoluta. ¿Por qué? Más adelante lo sabremos.

La más amarga pena de la vida de Leocadia era la de verse envejecer. Mujer frívola, sin creencias, y toda su vida halagada, adulada y adorada, la más negra melancolía la agobiaba al pensar que llegaba para ella el invierno de los años, en que tenía á su lado á una hija envejecida también y fea antes de tiempo, y á *un nieto*, fe de bautismo irrecusable; no le era posible pasarse sin homenaje, y los hombres empezaban á no mirarla, y las mujeres no la envidiaban ya.

Desde París huyó con su hija y su nieto á Marsella, desde donde escribió á su amiga Clotilde, que la había seguido á París con su marido; fué á esta amiga fiel á la única que dió noticias de su paradero.

Daniel, equivocado por las señas que le dieron en la administración del ferrocarril de la línea inglesa, tomó el camino de Londres y luego el de los Estados Unidos, buscando á su mujer y á su hijo, sin que pudiese dar ni con su rastro.

Poco tardó en contestar la amable Baronesa de la Calzada. Clotilde le decía que en mal hora había llevado á su joven Baroncito, pues allí se le había desvanecido la cabeza y la tenía en un completo abandono.

—Temo—decía—que haga conmigo lo que Adriana ha hecho con su marido, es decir, que me abandone sin decirme adiós ni á dónde va.

Estos temores se realizaron en breve: el Baroncito huyó á Italia, la tierra de los amores, con una linda actriz que le hizo ver lo ridículo de su fidelidad á una mujer que podía ser su abuela.

Clotilde entonces recogió el poco dinero que le había dejado su infiel, y se marchó á Marsella al lado de su digna amiga, que se lo debía todo, pues por su consejo había emprendido Leocadia la conquista de Marcelo.

Si algún sentimiento bueno quedaba aún en el alma de la aventurera, el hálito fatal de aquella otra aventurera, más vieja y más amaestrada en el vicio, lo agostó del todo; las pesquisas de la justicia en averiguación del paradero de Adriana, cuya desaparición habían denunciado, no sólo Daniel, sino también los criados de Leocadia, burlados indignamente, eran lentas, como que cami-

naban por sí solas, pero seguras; era ya preciso salir de Marsella, no tanto por temor de que hallasen á Adriana, cuanto por temor al castigo que merecían algunos asuntos íntimos de la vida de Leocadia; puesta la justicia sobre la pista, era seguro que descubriría cosas que no convenía sacar á luz.

—Vamos á Egipto—dijo Clotilde:—verás qué bello país; tú que has viajado tanto, no habrás visto otro más hermoso, y es además muy seguro.

—Vamos allá,—dijo Leocadia, contenta de aquella expansión que iba á dar á su espíritu intrigante.

Y se embarcaron con Adriana y su hijo, quedándose D. Román en Marsella para arreglar aun algunos asuntos.

Este sagaz personaje había aconsejado á Leocadia el no publicar su casamiento, seguro de que la justicia sacaría deducciones acerca de la muerte del Conde, que podrían causarle muy malos ratos; así, Leocadia pudo discurrir el hacer pasar á su marido por secretario, á Clotilde por su madre, y á Adriana por hermana suya; tenía el afán de la belleza y de la juventud perdurables, porque cuando el ruido del mundo dejase de aturdirla, temblaba de hallarse consigo misma y de asomarse al fondo negro de su conciencia.

¡Ella abuela! Lo que hacía la gloria de la Condesa viuda del Villar, desesperaba á esta otra viuda galante y enamorada de sí misma. ¡Abuela!

¡Terrible dictado para las mujeres frívolas que ven en la hermosura y en la galantería el complemento de la dicha humana! ¡Abuela! ¡Santo dictado para esas nobles criaturas que se despiden de la vida con la paz en la conciencia y con el corazón lleno de amor!

Adriana sentía deslizarse su vida hacia un abismo; la tierra faltaba bajo sus pies; cada día su belleza perdía algo de sus encantos infantiles y de su delicada frescura; desmejorada, marchita ya, cuando fué al lado de su madre, su estancia en París no operó en su persona ningún cambio favorable: triste, desalentada con el desamor de su madre, se acordaba, á pesar suyo, de aquella madre moral—la maternidad más augusta y más verdadera,—de aquella Condesa del Villar, tan idólatra de Daniel y que tanto amaba á la misma Adriana; ¿qué era el caprichoso y vano amor de Leocadia comparado con la ternura inagotable, con el heróico desprendimiento de María de Guzmán? Ésta velaba por todos los hijos de Adriana, los educaba, mantenía vivo en sus corazones el amor filial; por ser abuela había hasta dejado de ser madre; por sus nietos, por conquistar de nuevo el corazón de Adriana para sus hijos y para Daniel, era por lo que había aconsejado á éste el viaje á París, sólo para que su esposa satisficiera el ansia que tenía de ver á su madre.

Poco á poco el corazón de Adriana se volvió hacia sus hijos, hacia Daniel; privada de aquél—

llos, privada quizá para siempre de su marido, viendo arrepentida á su madre de habérsela llevado consigo, la pobre Adriana se adhirió á su Carlitos, al último fruto de su unión, con indecible ternura. Leocadia había querido dejar al niño en París cuando salió de él; pero Adriana se opuso tenazmente, y no salió de la casa sino con su hijo entre los brazos.

Muchos meses pasaron en El Cairo; durante este largo espacio de tiempo, la vida de Adriana fué un prolongado suplicio: un malestar general agotaba sus fuerzas. Felizmente, D. Román, que no podía sufrirla desde que había despreciado su afición al llegar él á Madrid, y que casi nunca la dirigía la palabra, anunció que teniendo instrucciones del Gobierno del Virrey para la Corte de Rusia, necesitaba irse allí, solo ó con su familia, dejando la decisión á su mujer.

Ésta optó por acompañarle; partió él primero, y dos meses después todos los demás.

El desacuerdo de la madre y de la hija había llegado á ser completo: mutuamente se despreciaban; ninguno de esos sentimientos, base y sostén del afecto filial, las unía.

La ociosidad, el desorden, el fraude, habían endurecido el corazón de la madre hasta un punto indecible; el de Adriana había sido purificado por el saludable cauterio del dolor. Sólo cuando sufrimos nos acercamos á Dios, fuente de todo consuelo, refugio en todas las penas, bálsamo para todos los dolores.

Un día en que se levantó más dolorida y más desalentada que nunca, escribió una carta á Madrid y puso las señas á casa de su antiguo amigo el Duque de Aguilar; la carta estaba concebida en los siguientes términos:

«Mi respetable y querido amigo: Á través de todas las sinuosidades del carácter de usted, he hallado siempre en él un fondo de nobleza, una hidalguía nativa, que me han hecho estimarle profunda y verdaderamente; á ella acudo, pues, y de ella imploro la indulgencia necesaria para leer esta carta.

»No es posible, querido Duque, que usted se pueda imaginar mayor desgracia en una criatura que la que pesa sobre mí: mi madre me detesta tanto como me amó... ¿Y cuáles son las causas? Casi con vergüenza las escribo, temiendo que usted no las quiera creer. Las causas son dos: la una, que me he vuelto fea... la otra, que tengo ya un hijo, y es el menor de todos, que la llama abuela.

»¡Abuela, mi madre abuela! ¡Oh, amigo mío! ¿No comprende usted su indignación y su dolor?

»Pero yo no puedo evitarle esta pena, ni he podido conservar la flor de aquella hermosura, que dura un día como las flores, ni he podido detener el transcurso del tiempo, ni hacer estéril mi seno cuando Dios y la Naturaleza le han hecho fecundo; y agobiada por el cruel castigo que se impone á estas culpas involuntarias, vuelvo los ojos á las

almas buenas que me amaban cuando yo, aún no purificada por el dolor y el arrepentimiento, no lo merecía.

»Dígale usted á esa otra abuela sublime, dígale usted á mi verdadera madre, á mi madre moral é intelectual, que la madre material, la que me llevó en su seno, me aborrece, porque yo era solamente el juguete de su vanidad, y que, detestada por esta madre, le pido para mí y para mi hijo un humilde sitio en su hogar, al lado de mis otros hijos, al lado suyo, donde con ella pediré al cielo la vuelta de mi marido, á quien tanto ofendí.

»¡Mis hijos! Al escribir esta palabra, siente mi corazón un deleite inexplicable. ¡Cuánto los amo desde que mi madre ha dejado de amarme! Sola en medio de estos salones espléndidos, llenos de gentes dichosas; sola en medio de un suntuoso palacio, nada es mío, nada, ni un palmo de la tierra que piso; nada, ni aun el vestido que llevo puesto, ni la cama en que duermo, ni el pan que me llevo á la boca; ¡nada es mío más que mi hijo!... Y desde que Carlos es mi solo bien, pienso en sus hermanos y les amo más que á todos los bienes de la tierra; ya no tengo ni el nombre ni los derechos de hija, pues mi madre, al verme cerca de los treinta años, quiere que la llame *hermana*.

»Pues bien, amigo mío: yo no quiero ni puedo vivir sin madre, ni quiero tampoco dejar de serlo; sé lo que vale el amor maternal, y á la vez que

he dado á mis hijos el mío, he deseado para mí el de su abuela; ésta y esos cuatro pedazos de mi alma, me querrán fea y enferma como estoy, y ahora que mi madre reniega de mí, si quieren abrírmelos, me refugiaré en sus brazos.

»En cuanto á Daniel... apenas me reconocería si me viera, y el que se casó con una joven bella, no querrá, ni acaso podrá creer que soy la Adriana de otros días.

»No importa: al lado de la que es dos veces madre, al lado de la providencia de esta arruinada casa, al lado de la noble abuela, yo aprenderé á sufrir y á resignarme, gran ciencia de la vida que sólo el dolor me ha podido enseñar.

»Aunque tan lejos de mi patria, hasta aquí ha llegado la noticia del modo con que la Condesa mantiene y educa á sus pobres nietos. ¡Trabajando, trabajando ella, nacida en tan noble cuna, y ocupando después, por su casamiento, uno de los sitios de la Grandeza de España! ¡Oh, no; no son las heroínas las que han ganado laureles tintos con sangre en los campos de batalla, no: son las que, como esa santa madre, luchan frente á frente con el dolor, con la desgracia, con la pobreza, se escudan con el deber, y vencen á costa de su vida!

»De todos modos, amigo y señor, yo voy á Madrid con mi Carlos: le presentaré á su abuela, y él será el más eficaz mediador que pueda tener; si no me quiere á su lado, me iré á un desván, y allí trabajaré, bordaré para ganar algo más para mis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cinco hijos; si su abuela quiere éste, se lo dará también; ¿no son suyos más que míos? ¿No son los hijos de Daniel á los que ama más y mejor que su padre y que yo?

»Aunque no viva con ellos, al menos los veré todos los días. ¡Qué hermosas deben estar Dora y Augusta!... ¡Ellas serán sin duda la imagen de mi pasada y fugitiva belleza, y yo las amaré más que á mí misma! ¡Qué gracioso y gentil será Osvaldo, y qué bonita mi pequeña Clementina! ¡Oh, Dios! Mi corazón se funde en lágrimas, y me consume la impaciencia de abandonar esta casa maldita, para correr hacia lo que es bueno y puro, hacia mis hijos, hacia esa noble señora, de quien quiero ser la hija... ¡hacia mi deber!

»¿Y Daniel? He aquí la pregunta que como un eco lúgubre resuena en mi corazón: ¿vivirá?... ¿dónde?... ¿pensará en sus hijos?... Sólo pido eso á Dios, aunque no piense en mí, aunque al verme vuelva la cabeza con horror y aversión; yo no he amado más que á él, y en el fondo de mi alma pervertida por el mal ejemplo, le he conservado siempre mi amor; pero ya no me atrevo á esperar ni aun en su recuerdo.

»Adiós, amigo mío; tras de esta carta salgo con mi hijo, y me quedaré en su casa hasta que se decida la suerte de su desgraciada

»Adriana Torres del Villar.»

II

La Condesa leyó esta carta, que le enseñó su amigo, con atenta reflexión. No era su bondad de alma ligereza ó debilidad de carácter: en toda ocasión, en todo asunto, su pensamiento, que siempre se levantaba noblemente á las regiones más altas, volaba sobre todos los inconvenientes y abarcaba todas las dificultades; después de leer dos veces la carta de Adriana, después de repasar algunos de sus párrafos, repitió lo que dijo al saber la decisión de Adriana:

—Que venga; dígaselo usted y se lo diré yo también.

—¡Qué! ¿va usted á escribirle?

—En su misma carta de usted pondré algunos renglones.

Por el correo del siguiente día escribió el Duque.

Llevó la carta abierta á la Condesa, y ésta escribió al pie de la misma:

»Hija mía, mi querida Adriana, ven; tus hijos te esperan, y también yo, que soy tu segunda madre, y sólo veo en tí á una mujer desdichada, que es la madre de mis nietos; no te rías. Soy abuela ante todo, y ellos son el primero de mis amores; así, no olvides ahí á Carlos, y trae ese nuevo bien á tu madre, que te espera y te abraza.

»María.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Qué rara bondad de corazón!—exclamó el Duque al leer estos renglones que le mostró la Condesa.—¡Oh, señora; oh, amiga mía, yo la respeto, la venero profundamente! ¡El Dios que ha creado esa alma tan bella debe ser un Dios todopoderoso, todo amor y misericordia! ¡Yo creo en Él, y la virtud de usted me ha abierto los ojos á la fe!

—Mi excelente amigo—dijo la Condesa,—usted me ve con los ojos del afecto; yo no hago más que lo que debe hacer toda mujer cristiana: perdonar; y además, ¿no he de conservar á mis nietos su madre pudiendo hacerlo? Una madre es el mejor, el más rico de los tesoros, y no quiero que mis nietos pierdan la suya estando en mi mano el evitarlo.

—Adriana no será nunca una buena madre.

—¿Quién sabe?

—No puede serlo: la conozco desde niña, y ha tenido á la vista los más fatales ejemplos.

—Ahora los tendrá buenos.

—¿Y cree usted que á los treinta años sirve de nada la vista de la virtud?

—Creo que sirve en todas las edades el buen ejemplo, y, sobre todo, creo que la vista de sus hijos hace buenas á todas las madres.

—Su optimismo la engaña, querida Condesa.

—Déjemelo usted, porque es el solo bien que tengo—dijo la abuela;—mi optimismo me hace creer en la bondad de los demás; me hace esperar

en que volveré á poseer á mi hijo, porque así que esté aquí Adriana, creo que vendrá; ¡ah, véale yo en el seno de su familia; véale entregado á un trabajo honrado, y ya puedo morir!

—¿Morir usted, Condesa?... ¿Dejar á Adriana sola?—exclamó el Duque.—Tanto valdría dejar solo en medio del mar embravecido un barco sin timón.

—¿No le quedarían sus cinco hijos?

—Para aburrirla y desesperarla, y hacerla echar de menos otra vez la existencia cómoda y ociosa de casa de su madre.

—¿Aburrirla sus hijos?

—Mi querida Condesa, tiene usted un defecto muy grave, que es una candidez extrema, y la gravedad de este defecto la perjudica á usted. ¿Cree que Adriana se ha vuelto de repente sufrida, amable y tierna?

—No creo eso, amigo mío; pero creo que todo eso puede volverse á mi lado; el fatalismo servirá para ver muy clara la vida, pero también muy llena de desolación.

—El tiempo me dará la razón, Condesa.

—O me la dará á mí, Duque.

—Veremos quién gana: si es usted, regalaré á Osvaldo, mi favorito, dos mil duros.

—No los quiero—dijo el niño, que estaba escribiendo su plana.—Mi abuelita dice que no se debe tener otro dinero que el que se gana trabajando, y que nada se debe tomar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Vaya unas ideas!—exclamó el Duque abrazándole.—¿A los siete años eres ya puritano?

—Es un niño altivo y bueno—respondió su abuela,—y será un hombre digno y honrado, que enseñará con su ejemplo á su padre.

—¿A su padre?

—Sí, amigo mío: los niños obligan más que las personas mayores con el ejemplo; cuando la debilidad conoce, ama y practica la virtud en la medida de sus fuerzas, ¿el hombre sería más débil que ella?

—Condesa—exclamó el Duque de Aguilar,—yo me pierdo en los abismos de su bondad. ¡Ah! ¿Por qué no he hallado yo una mujer así? ¿Quiere usted ser la compañera de mi vida? ¿Quiere usted ser la Duquesa de Aguilar? ¡Todos estos niños serán mis hijos, como son los de usted! ¡Será usted mi amiga, mi guía, mi sostén, mi redención aquí abajo! ¡Yo he sido escéptico y descreído por cobardía, y usted es buena, perfecta, santa por su valor para sufrir! ¡Ah, consienta usted en vivir á mi lado!

—¿Yo?—exclamó la Condesa riendo de tan buena gana como si le hubieran dicho la cosa más llena de gracia.—¿Casarme yo con siete hijos? ¿Con esta fealdad en mi encorvado cuerpo? ¿Con estos cabellos blancos? ¿Está usted loco, amigo mío?

—¡Siete hijos! ¿Dónde están?

—Aquí cuatro; Adriana y Carlos, son seis, y Daniel siete. ¿No he contado bien?

—¡Yo seré un padre para todos!

—¡Y ellos no querrán ser hijos para usted!

—¿Por qué?

—Ni lo podrán aunque quieran. Amigo mío, es inútil buscar á la vida otras salidas que aquéllas que la ley moral le deja abiertas: todas las que inventa el ingenio humano son malas y penosas, y no conducen ni al reposo ni al honor. Yo soy vieja ya; pero aún espero que Dios me dará vida bastante para ver á cada uno ocupar en mi familia el lugar que le pertenece: aún viviré para ver á Daniel siendo buen esposo, buen padre y hombre de honor; para ver á Adriana esposa digna y fiel, madre tierna y llena de abnegación; para ver á mis nietos en el camino de la virtud, que es el de la felicidad. ¡Sí: Dios es bueno y me concederá todo eso!

—¿Y no quiere usted que le ayude yo en su obra?

—Mi obra no puede tener ayuda: es mi deber, mi deber solamente, el llevarla á cabo.

—¿Y si no puede usted?

Me resignaré y ofreceré á Dios mi dolor.

El Duque estrechó en silencio la mano enflaquecida de la noble señora, y salió enjugándose una lágrima.

Algunos días después, y en una de las estaciones del ferrocarril, tenía lugar una escena que hacía detenerse á los viajeros, aun á los más apresurados para llegar á su casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Una señora anciana, modestamente vestida de negro, y rodeada de cuatro hermosos niños, daba la mano á otra señora joven, que bajaba de uno de los coches de segunda clase, con otro niño en los brazos, que contaría de tres á cuatro años.

La viajera dejó escapar tal grito de alegría al ver á la familia que le esperaba, que este grito fué el que hizo detener á los que iban llegando al andén ó saliendo de él.

No bien puso el pie en el suelo, la viajera se echó en los brazos de la anciana, y exclamó llorando y con un acento que partía del corazón:

—¡Gracias, madre mía!

Después, arrodillándose en el suelo, empezó á abrazar y á besar locamente á los cuatro niños, en tanto que la anciana tomaba en los brazos al que llegaba, le besaba con ternura infinita, le contemplaba y volvía á besarle.

—¡Dora!—exclama la viajera con voz sofocada por el llanto.—¡Augusta, qué hermosas estáis! ¡Ya tenéis cerca de trece años, hijas mías! ¡Cuánto ansiaba veros! ¡Osvaldo, cómo te pareces á tu padre! Y mi pequeña Clementina, ¡qué bonita! ¡Qué crecida para sus cinco años! ¡Qué gordita! ¡Qué preciosa! ¡Qué hermoso cabello el de mi Augusta, todo en rizos! ¡Así era yo á tu edad, hija mía! ¡Cuánto os quiero á todos! ¡Cuánto ansiaba veros! ¡Qué hermosos sois, hijos míos, mi tesoro, mi bien!

Y Adriana, pues ya la habrá conocido el lector,

permanecía arrodillada, dejando á cada uno de los niños para tomar el otro, y á veces teniendo sujetos en un mismo abrazo á los cuatro contra su pecho.

—Hijos míos—dijo la Condesa presentándoles á Carlos,—aquí tenéis un nuevo hermano: amadle todos como os amáis vosotros. Augusta, llévale de la mano hasta el ómnibus que nos espera.

Y viendo que se reunían muchos curiosos, alargó la mano á Adriana y le dijo:

—Vamos, hija mía, á casa.

Un modesto ómnibus, ajustado de antemano, esperaba, y toda la familia subió en él, tomando el camino de su pobre albergue.

Cuando llegaron á la puerta de la habitación, hallaron ésta abierta por Francisca, que, al ver á Carlitos, al que no conocía, empezó á dar gritos de gozo, tomándole en sus brazos.

—¡Este picarillo se fué en el seno de su madre y llega bien crecido!—exclamó la buena mujer.—¡Y qué hermoso es! como todos ellos; parecen un coro de serafines.

Cuando Adriana se hubo despojado, por la mano de sus hijas, del sombrero y de la manteleta de viaje, la Condesa advirtió tal mudanza en su persona, que no pudo reprimir un gesto de doloroso asombro.

Era una mujer alta, aunque sin demasía; pero tan extraordinariamente flaca, que parecía de mucha más estatura de la que tenía en realidad. Su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

talle había perdido toda su redondez y toda belleza de formas; la esbeltez, que en la juventud de Adriana había sido una gracia por lo extremada y casi aérea, había adquirido ahora las proporciones de un defecto muy grande, pues se había convertido en una flacura angulosa. Una extrema dejadez resaltaba en todo su traje, y su cabellera, mal trenzada y mal prendida, mermada por violentos dolores de cabeza y cavilaciones amargas, era ya muy escasa y tenía un color pálido, lacio y enfermizo.

Nada quedaba ya de aquella Adriana más sílfide que mujer, dechado encantador de todas las gracias mimosas, de todas las femeniles y adorables afectaciones de una niña elegante. Sus ojos, azules y límpidos, estaban hundidos, apagados y tristes; su boca, muy grande á causa de la delgadez excesiva en que se hallaba, mostraba una mal cuidada y ya enferma dentadura; aquella boca, tan graciosa, tan linda en otro tiempo, tan acostumbrada á mohines graciosos y á sonrisas llenas de coquetería, había adquirido una amarguísima y dura expresión; su nariz se había alargado de una manera extraordinaria y parecía mucho mayor: lo mismo sucedía con las orejas, sin pendientes; la tez de Adriana, abrasada desde que tenía catorce ó quince años por los cosméticos más fuertes, y que ya no se pintaba ni aun se lavaba bien, estaba terrosa y amarilla: lo mismo sucedía con los labios, que no tenían color natural, abrasado éste por el carmín de los perfumistas; blanquetes y carmines habían destruído casi por completo la dentadura, y abrasado la tez de un modo penosísimo á la vista.

—¡Pobre Adriana!—exclamó dolorosamente la Condesa.—¡Pobre hija mía, en qué estado vienes á mi lado! ¡En qué estado te veo!

—Estoy muy enferma, madre mía—contestó tristemente la pobre mujer:—he sufrido mucho moral y físicamente.

—Aquí te pondrás buena, mamá,—dijo Dora abrazándola.

—Aquí te curaremos,—añadió Augusta.

—¿Quién os ha enseñado á quererme, hijas mías?—exclamó Adriana.—¿Os acordábais de mí?

—Sí—dijo Osvaldo, con su gravedad habitual.—Augusta y Dora se acordaban de que alguna vez les regañabas mucho, y no les dejabas jugar.

—No hay tal cosa—dijo Augusta, colorada como una cereza:—nos hemos acordado de ti, mamá, porque nuestra abuelita no ha querido que te olvidásemos, y siempre te traía á nuestra memoria.

—¡Ella nos ha enseñado á quererte, mamá!—añadió Dora.—Y nos decía todos los días que eras muy bonita y muy buena.

—¡Bonita, lo he sido!—dijo Adriana con un suspiro.—¡Buena, lo seré! ¡Antes os quería menos que ahora, hijos míos! ¡No os quería bien! ¡Fundaba todas mis esperanzas de dichas en qui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

meras que jamás se ven realizadas; por eso aún no soy para vosotros lo que espero ser pronto! Entre tanto, obedeced y amad tiernamente á vuestra abuela, como me veréis á mí obedecerla y amarla: es lo mejor, lo más santo que conozco en el mundo.

—¡Oh! en cuanto á eso—exclamó Augusta, cuyas blancas mejillas se tiñeron de rosa, y cuyos ojos brillaron de entusiasmo,—no hay que encargarnos nada, mamá, porque todos la adoramos aquí, como ella nos adora á todos.

—Nos enseña á leer y á rezar—dijo Clementina con su lenguaje balbuciente y subiéndose á la falda de su madre,—y nos da muchos besos, y nunca nos priva el que juguemos.

—Ni aun nos regaña,—añadió Osvaldo.

—Y nos lleva á paseo los domingos,—dijo Dora.

—Y nos hace escribir á papá todas las semanas,—añadió Augusta.

—¡A tu padre! ¿Escribís á vuestro padre?—exclamó Adriana con ansiedad.

—Todos los domingos, mamá.

—¿Y cuál de vosotros le escribe?

—Le escribimos los cuatro, mamá,—respondió Osvaldo.

—¡Los cuatro!

—¡Y yo, y yo!—dijo Clementina.

—¿Sabes tú escribir acaso, amor mío?

—¡No, mamá! Pero la abuelita me lleva la mano así, así: mira.

Y la niña tomó la mano de su madre é hizo ademán de guiarla como si escribiese.

—¿Y qué le dices á papá?

—Yo le digo siempre esto, que me leen después: «Papá, te quiero mucho; deseo que vengas á ver cuánto he crecido; te envío un beso de mamá, y te abrazo de todo corazón.—*Clementina.*»

Adriana ocultó el semblante entre las manos y prorrumpió en lágrimas.

—¿Y vosotras qué escribís, hijas mías?—preguntó á las dos gemelas, que la miraban tristemente.

—Nosotras, mamá, le contamos á papá lo que hacemos, nuestros progresos en el piano, y acabamos siempre diciendo: «Recibe un beso por mamá y otros muchos de parte de tus hijas.» Y luego ponemos la firma.

—¿Y tú, Osvaldo?

—Yo le digo: «Papá, deseo ser un hombre para trabajar como tú; deseo mucho que termines tus ocupaciones en esa, y que vengas. Un beso de parte de mamá y un millón de tus hijos.—*Osvaldo.*»

—¿Quién os ha enseñado á que me recordéis á vuestro padre?

—La abuelita.

—¿Y vuestro padre os escribe?

—Cada mes, mamá.

—¿Y me nombra?

—No,—contestó á una voz el coro infantil con acento quedo y triste.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Nunca?

—¡Jamás!—respondió Osvaldo con más valor que sus otros hermanos.

Un sollozo se escapó del pecho de Adriana.

—¡A la mesa! ¡A almorzar!—dijo la abuela, que desde el umbral de la puerta había sido testigo mudo de la última parte de esta escena.—¡Valor y conformidad, hija mía! Aprende de mí, y dí conmigo: «A cada día le basta su dolor.»

Adriana se apoyó dócilmente en el brazo que la Condesa le ofrecía; las dos gemelas, asidas del brazo también, las siguieron pensativas; y precedidos los dos grupos melancólicos por el alegre y bullicioso que formaban Osvaldo, Clementina y Carlos, entraron en el comedor.

III

«No es la perfección humana obra de un día,» ha dicho uno de los más santos y sabios doctores de la Iglesia.

No la perfección, sino la variación de Adriana podía creerse, no obra larga, sino imposible.

No la corrupción, sino la debilidad moral parecía incurable: toda una vida pasada en el ocio y la pereza; toda una educación sin ideas generosas y nobles; toda una alma vacía de creencias y de virtud, no era obra fácil de regeneración y de triunfo; la virtud, la fortaleza, el valor moral,

necesitan temprano aprendizaje para tener larga práctica: pudiera decirse que sus principios se beben en el seno materno y en el ejemplo de los padres, esos primeros amigos de la infancia.

Hasta que la tuvo á su lado y bajo su techo, no podía haber sospechado la Condesa lo que era aquel sér infeliz, pervertido y maleado desde la cuna; díscola, impaciente, afeada por la pereza y por el mal humor continuo, Adriana era uno de esos seres insoportables que no se pueden sufrir para la vida íntima.

Á las amonestaciones, á los dulces consejos de la Condesa, oponía una indiferencia casi brutal; volvía la espalda, y murmuraba en voz, no obstante, bastante alta para ser oída:

—¡Suegra al fin!

Pero los nietos defendían á la abuela con su silencio y su actitud: eran un escudo moral tan fuerte, que ninguna pena llegaba al corazón de la Condesa; los cinco niños, pues el menor se adhirió con singular ternura á sus hermanos y á su abuela, los cinco niños la adoraban; los cuidados, las caricias, las lecciones de la abuela, eran para ellos manantial inagotable de goces y de delicias.

Cuando la Condesa daba sus lecciones á sus discípulas, Adriana, de muy mal humor, se retiraba al cuarto que dividía con sus dos gemelas; estas niñas participaban de la instrucción de la clase y daban ellas también algunas lecciones. Alguna vez entraban en su cuarto á buscar un

—¿Nunca?

—¡Jamás!—respondió Osvaldo con más valor que sus otros hermanos.

Un sollozo se escapó del pecho de Adriana.

—¡A la mesa! ¡A almorzar!—dijo la abuela, que desde el umbral de la puerta había sido testigo mudo de la última parte de esta escena.—¡Valor y conformidad, hija mía! Aprende de mí, y dí conmigo: «A cada día le basta su dolor.»

Adriana se apoyó dócilmente en el brazo que la Condesa le ofrecía; las dos gemelas, asidas del brazo también, las siguieron pensativas; y precedidos los dos grupos melancólicos por el alegre y bullicioso que formaban Osvaldo, Clementina y Carlos, entraron en el comedor.

III

«No es la perfección humana obra de un día,» ha dicho uno de los más santos y sabios doctores de la Iglesia.

No la perfección, sino la variación de Adriana podía creerse, no obra larga, sino imposible.

No la corrupción, sino la debilidad moral parecía incurable: toda una vida pasada en el ocio y la pereza; toda una educación sin ideas generosas y nobles; toda una alma vacía de creencias y de virtud, no era obra fácil de regeneración y de triunfo; la virtud, la fortaleza, el valor moral,

necesitan temprano aprendizaje para tener larga práctica: pudiera decirse que sus principios se beben en el seno materno y en el ejemplo de los padres, esos primeros amigos de la infancia.

Hasta que la tuvo á su lado y bajo su techo, no podía haber sospechado la Condesa lo que era aquel sér infeliz, pervertido y maleado desde la cuna; díscola, impaciente, afeada por la pereza y por el mal humor continuo, Adriana era uno de esos seres insoportables que no se pueden sufrir para la vida íntima.

Á las amonestaciones, á los dulces consejos de la Condesa, oponía una indiferencia casi brutal; volvía la espalda, y murmuraba en voz, no obstante, bastante alta para ser oída:

—¡Suegra al fin!

Pero los nietos defendían á la abuela con su silencio y su actitud: eran un escudo moral tan fuerte, que ninguna pena llegaba al corazón de la Condesa; los cinco niños, pues el menor se adhirió con singular ternura á sus hermanos y á su abuela, los cinco niños la adoraban; los cuidados, las caricias, las lecciones de la abuela, eran para ellos manantial inagotable de goces y de delicias.

Cuando la Condesa daba sus lecciones á sus discípulas, Adriana, de muy mal humor, se retiraba al cuarto que dividía con sus dos gemelas; estas niñas participaban de la instrucción de la clase y daban ellas también algunas lecciones. Alguna vez entraban en su cuarto á buscar un

libro, un lápiz ú otro objeto cualquiera; su madre, recostada en una butaca y sin hacer nada, tenía el semblante hosco y contraído, enojada con la soledad y consigo misma.

—¿Por qué no estáis aquí una conmigo?—preguntaba Adriana con acento duro.

—Porque tenemos allá que hacer, mamá,—contestaba invariablemente aquélla de las dos á quien se dirigía la pregunta.

Un día entró Augusta, que era la más sensible y la más melancólica de las dos hermanas.

—¡Parece que huís de mí!—exclamó Adriana, que se aburría.—¿No habéis de estar una hora conmigo?

—¡Tenemos tanto que hacer, mamá!—respondió humildemente la niña.

—¡Siempre estáis con los quehaceres! ¿A qué trabajar tanto?

—¡Es preciso, mamá!

—¿Quién lo dice?

—La abuelita.

—Vuestra abuela os ha educado y sigue educándoos como á labriegas; pero ahora que estoy yo aquí, os digo que no debéis seguir así.

—¿Y qué haremos, mamá?

—Dejar esa vida de obreras, no hacer caso de lo que esa buena señora prosáica y anticuada os dice.

—¡Desobedecer á nuestra abuela! ¡No hacerle caso! ¡Oh! ¡Eso jamás!

—¿Tanto ansiáis complacerla?

—¡Oh, mamá! ¿Cómo no, si la adoramos?

—Lo veo bien—repuso con acritud Adriana.—¡La adoráis tanto como me aborrecéis á mí!

—¡No digas eso, mamá mía!—exclamó la dulce niña echando los brazos al cuello de su madre.—¡A tí te queremos también! ¡Nuestra abuela nos ha enseñado á quererte como el primero de nuestros deberes!

—¡Aparta!—dijo Adriana.—Me queréis por obligación, y eso es todo; pero á vuestra abuela la queréis con pasión.

—¡Ella nos ha educado y cuidado, mamá! ¡Ella nos quiere también!

Esta respuesta, que encerraba una terrible acusación para el abandono en que Adriana había dejado á sus hijos, penetró en el corazón de ésta; pero en vez de convencerla, la encolerizó.

—Te advierto—dijo á su hija—que si seguís tan adheridas á vuestra abuela, os separaré de ella.

—¿Dejar á nuestra abuela? ¿Dejarla anciana y abrumada de trabajo? ¡Eso jamás!

—¡Os llevaré á la fuerza conmigo!

—¡Y volveremos á su lado!

—¡Os sacaré de Madrid!

—¡Entonces nos dejaremos morir de dolor!

Augusta dió las últimas contestaciones á su madre con los ojos brillantes y las mejillas encendidas; en aquel puro y gracioso semblante se leía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una resolución decisiva; pero semejantes resoluciones son muy costosas para las almas tiernas, que no se doblegan, sino que se rompen.

Angusta tuvo por la tarde una gran fiebre, y el corazón de Adriana, que no era malo, se afligió profundamente, naciendo en él un sentimiento amargo de envidia maternal.

Separada moralmente de su madre por los defectos de ambas, pues los defectos separan más profundamente que las cualidades, Adriana, que había amado mucho, aunque no bien, á aquella madre, tenía sed de amor, y tanta mayor sed cuanto que se veía afeada de un modo irremediable. ¡Su vida se hallaba aún tan al principio y su corazón era tan joven!... Su esposo, sus hijos, eran los únicos seres que podían amarla, fea como estaba.

Porque, según le había dicho la Condesa, descubriéndole una de tantas consoladoras verdades que ignoraba, los esposos aman á sus compañeras por el alma, y las aman igualmente cuando son bellas que cuando han perdido los encantos del cuerpo, porque aman en ellas á la amiga fiel, á la madre de sus hijos, á la guardadora de su honor.

—¿De modo—dijo la pobre mujer—que Daniel podrá amarme todavía?

—Te ama aún y te seguirá amando.

—¡Desde que él se separó de mí he perdido tanto!...

—Has ganado algo que vale más.

—¿Y qué es?

—Alguna experiencia de mundo y algunos desengaños: el dolor purifica, hija mía; lo esencial, que es tu virtud, tu fidelidad, existe. Tú has guardado puro tu corazón.

—Porque no he amado á nadie más que á Daniel.

—Y esto te redime ante mis ojos maternales de todas tus imprudencias y de todas tus otras faltas; sacude hasta la huella de la fatal educación que has recibido; aprende dos grandes cosas que ignoras: á sufrir y á resignarte; trabaja y adquirirás tranquilidad; el trabajo es el mejor amigo de la desgracia, y también el más útil.

—Nada sé hacer.

—Yo te enseñaré, y hasta entonces cuida de tus hijos, llévalos á paseo, vístelos y cuida de su atavío.

—No quieren separarse de usted, porque dicen que usted necesita de su ayuda.

—Sal con los dos más pequeños. Clementina y Carlos necesitan ejercicio y aire puro, y Francisca no puede llevarlos á paseo.

Adriana, más bien por abrumada de fastidio que por otra razón, siguió este consejo, y empezó á salir con sus dos hijos menores; pero ¡qué terribles desengaños tuvo que sufrir su vanidad!

Su belleza, aquella radiosa y admirable belleza que no podía mostrarse en público sin excitar murmullos y exclamaciones de admiración,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no había dejado, al desaparecer, rastro alguno.

Las gentes pasaban por su lado sin mirarla, ó mirándola con indiferencia y como al sér más vulgar; vestida con modesto traje de lana gris y un velo de tul, ó un sombrero muy sencillo, más parecía una pobre institutriz solterona, angulosa y fea, que la elegante esposa de Daniel Villar, que el astro de los salones, que la hija de aquella célebre mujer que tantas fortunas y tantos corazones había devorado, como buitre insaciable de la civilización de nuestro siglo.

Mucho bien moral hicieron á la pobre Adriana la combinación de circunstancias que el penetrante talento de la Condesa había adivinado al aconsejarle llevase al campo á sus hijos; paseando con sus dos inocentes criaturas por los jardines de Recoletos, por las alamedas de la Castellana; sentada entre los árboles y bajo la bóveda azulada del cielo en un banco rústico, Adriana sentía murmurar dentro de su alma una armonía desconocida, una voz dulce y grave que brotaba del seno augusto de la Naturaleza; las primeras brisas de la primavera regeneraron su alma y la comunicaron una savia que jamás había tenido; poco á poco sus ojos se fueron fijando con más frecuencia y ternura en sus hijos, y los dos niños, como atraídos por una corriente magnética, corrían á ella, la abrazaban, la enseñaban una florecilla y le hablaban en su inocente lenguaje, tan alegre, tan gracioso, tan encantador.

Aquellos niños eran de condición blanda, expansiva y amorosa por demás. Clementina, educada por su abuela desde la cuna, era una criatura deliciosa, y todos sus encantos se transmitieron á su hermanito; la niña amaba apasionadamente á su madre al poco tiempo de estar á su lado, y ambos, aconsejados y guiados por su abuela, se adherían á ella cada día más.

—Clementina, ve á llamar á mamá—decía la abuela á la niña,—para que tome el desayuno con nosotras dos.

—Carlos, toma el peine, y ve á que mamá te arregle el cabello,—decía al más pequeño de la prole.

—Ya no nos quieres tú vestir nunca para salir, abuelita,—le dijo un día Osvaldo bastante enojado.

—Porque vuestra madre os viste mejor que yo.

—Eso sí que no es verdad.

—Sí que lo es: vuestra mamá es más joven, y tiene, por lo mismo, mejor gusto que vuestra vieja abuela.

—¡Ay, abuelita mía!—exclamó Augusta echándose en los brazos de la Condesa;—si yo pudiera darte mis años y tomar los tuyos...

—Eso es; tomar yo tus catorce y tú mis sesenta.

—Eso quisiera.

—¿Y para qué?

—Para morirme antes que tú.

—Hija mía—respondió la abuela,—es igual que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muera primero cualquiera de nosotras dos: nuestras almas están siempre juntas hasta el día de la eterna reunión; lazo tan tierno como el nuestro, no se rompe ni aun con la muerte.

—¡Ojalá fuera así!

—Pues tenlo por cierto: si me voy antes que tú, como es lógico, de esta tierra mortal, mi espíritu invisible te consolará y te dará fuerzas para que acabes tu peregrinación en este valle.

El Duque asistía algunas veces á estas conversaciones, que oía atento y enternecido, y otras acompañaba á paseo á Adriana y á sus hijos; en estas ocasiones no dejaba nunca de preguntarle aquélla:

—¿Y Daniel?

—Trabaja en Londres.

—No ha contestado á ninguna de las dos cartas que le he escrito desde mi llegada aquí.

—No deje usted por eso de escribirle.

—Temo que se moleste, —le respondió un día Adriana con acento amargo y duro.

—Tema usted más el que la olvide.

—¿Por qué no viene? ¿le he faltado yo en lo que un esposo no sabe perdonar?

—Usted le abandonó y le robó su hijo: no podía haberle hecho mayor ofensa; y ¿quién sabe si sospecha todas las otras que no le ha inferido?

Adriana quedó aterrada.

¿Cómo justificar su perfecta fidelidad á su marido en los cuatro años que había estado separada de él?

Sin embargo, y aparte de esta preocupación dolorosa, que era cada día más fuerte y más constante, Adriana se sentía renacer á una nueva vida, ó más bien nacer á una vida que jamás había sentido; podía su marido rechazarla siempre, podía abrumarla con la declaración de un rompimiento completo.

Adriana conocía, sentía que esta resolución la hubiera hecho más desdichada en otro tiempo; que ya había en su corazón manantiales fecundos de amor y de paciencia: de amor, no sólo á su marido, sino de amor á sus hijos, á la madre de su esposo, á la humanidad entera; sentía elevaciones de su alma á Dios, deseo de llenar algún deber, y complacencia al sentirse capaz de cumplirlo; las palabras *amor*, *deber*, *sacrificio*, se esculpían en su alma con caracteres de luz, como las estrellas se esculpen en el manto azul de los cielos para alumbrar las tinieblas de la tierra; y una noche en que la Condesa, ya muy tarde, cosía los vestidos rotos de Clementina, Adriana se sentó á su lado, le enseñó su blanca y delgada mano, cuyo dedo de en medio tenía un dedal, y le dijo después abrazándola:

—Mamá mía, mi buena madre, yo quiero coser y trabajar como usted y como mis hijas.

—Tú no puedes coser, hija mía —respondió la Condesa, —ni hay que coser ahora.

—¿Piensa usted que no sé?

—Aunque eso fuera, te enseñaría yo ó Dora,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que es muy primorosa; pero es que no hay que hacer para todas.

—Yo haré lo que está haciendo Augusta; dámelo, hija mía, y descansa.

—¡Eso es, mamá cosiendo y la niña holgando! —dijo la rubia adolescente sonriendo.

Y en sus ojos septentrionales lució débilmente un rayo de alegría.

—Dame tu costura y ve á tocar el piano, Augusta: lo quiero, *te lo mando*.

—Complace á tu madre en lo que *te ruega*, hija mía,—dijo la abuela, que comprendía mejor el carácter de la niña que la madre de ésta.

—Sí, Augusta mía, te lo ruego—repitió la madre, obedeciendo á una mirada suplicante de la Condesa;—el oirte tocar el piano es para mí una dicha inefable, porque tienes el alma de una artista y la mía te comprende. ¡Cómo te comprendería también la de tu padre!

Augusta se sentó al piano. Al recuerdo de su padre, su bello rostro se había entristecido de repente: era un alma tierna y profundamente sensible; una amorosa melodía de Bellini brotó de sus dedos, tan triste é inspirada como dulce y sencilla. Adriana sintió que aquellas notas resonaban en su corazón: pensó en su marido y después en su madre, en su culpable madre, con un sentimiento, no ya de aversión como antes, sino de profunda piedad: parecía como que un soplo de amor pasaba por su alma abrasada y seca por la

vanidad y el egoísmo; parecía como que una brisa bienhechora hacía brotar en ella flores frescas, de un aroma celestial; sus ojos, fatigados y tristes, se iluminaron de nuevo con resplandores de vida; su tez se animó: el cadáver resucitaba. Sepultó la cabeza entre las manos, y oró, después de mucho tiempo que no lo hacía, elevando á Dios el himno ardiente de una inmensa gratitud.

IV

Poco tiempo después de la llegada de Adriana á Madrid, el Duque de Aguilar cayó gravemente enfermo: en la imposibilidad de ir la Condesa á cuidarle, se instalaron á su cabecera Cristina y Mistres Gaskell, su dama de compañía.

El Duque, que no pasaba de los cuarenta y siete años, tenía todas las rarezas de un anciano díscolo y dominante, el mal humor perenne de un solterón, y las impaciencias irracionadas de un ateo.

La vista de las dos señoras le contuvo, sin embargo, y entonces pudo conocer cuán saludable es la represión forzosa del mal humor, y cómo del primer esfuerzo sincero para contenerlo nace cierta tranquilidad para el ánimo, deliciosa despues de las tempestades de la ira, que azotan y magullan el espíritu.

Cristina y su querida irlandesa eran la antíte-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sis más noble de todo lo que había de rebelde, de cobarde y de violento en la naturaleza del Duque: una resignación dulce y valerosa á la vez á la voluntad de Dios; una paciencia noble é incansable; una serenidad de espíritu á toda prueba; una gracia, una mansedumbre de maneras extraordinarias; tales eran las cualidades que aquellas dos criaturas demostraban á todas horas al poderoso, al rico, pero al muy desdichado solterón.

Cristina era para él como la enfermera del alma; la irlandesa se encargaba de todos los cuidados materiales, y ejecutaba todas las prescripciones del médico.

La Condesa fué á ver á su amigo, así que le fué posible, y cuando estuvo algo mejor, el mismo enfermo pidió el ver á Osvaldo, su favorito.

—Que venga también Adriana—dijo.—¡Ya no es para mí aquella niña que adoré al llegar al otoño de la vida, ni yo soy para ella el pretendiente á su mano: los años han pasado sobre nosotros haciendo graves ultrajes á la parte material y muchos beneficios al alma!

—Vendrá Adriana mañana mismo, amigo mío.

—Esta enfermedad me ha hecho mucho bien, querida Condesa—dijo el Duque:—la obra de regeneración moral, emprendida por usted, Dios la ha terminado; estos violentos sacudimientos físicos arrojan las nieblas morales, y la vida se ve mejor y más hermosa cuando se ha estado á punto de perderla.

—Dios es bueno y no abandona jamás á sus hijos.

—Y una prueba de eso es el haberla puesto á usted en el mundo,—observó el Duque.

—¿Pues qué soy yo? ¿Tengo algún poder mágico para contener la desgracia, para impedirle que se acerque ó hacerla huir? ¡Ay, amigo mío, si así fuera, mi familia sería más dichosa!

—Lo será algún día.

—¡Cuando yo no viva ya para verlo!

—No lo creo así, Condesa: usted, tan sincera y noblemente piadosa, ¿va á dudar más que yo de la bondad divina? Yo, creyente novel, neófito en la fe, creo en ella y la adoro; y para esto sólo ha sido necesaria la vista de la virtud de usted, de su resignación en la desgracia; delante de usted me avergoncé de mi pequeñez y de mi cobardía.

—¡Por Dios, amigo mío, no hable usted así; sus elogios me confunden!

—Así que mi salud lo permita iré á buscar á Daniel, y en tanto, haga usted que Adriana le escriba.

—La pobre criatura se desalienta al ver que su marido no le contesta; y si por ella fuera, preferiría no volver á tomar la pluma para él, y vivir y morir en la triste situación que hoy tiene; y sin embargo, Adriana es ya digna de ser esposa y madre; educada en la moderación, en la práctica de la virtud, Adriana hubiera sido muy buena; hoy mismo creo que hará la dicha de mi hijo, si éste pone un poco de su parte.

—¿Y podrá ponerlo? ¡Ay, Condesa, quién sabe la vida que hace Daniel en Londres! Los que como yo conocen los abismos de la gran metrópoli; los que como yo saben lo cerca que se halla de París, y cuántas vidas y cuántas conciencias tragan ambas, nada esperan de quien vive solo en medio de esa gran multitud. ¿Por qué no se ha ido usted al lado de Daniel?

—¡Yo dejar á mis nietos!

—Hacía usted falta al padre.

—El padre tiene su razón, su conciencia, la educación que yo le he dado y su libre albedrío. ¡Dejar yo á esas infelices criaturas abandonadas de su padre y de su madre! ¡Oh, eso jamás! ¡Haciendo lo que he hecho, permaneciendo á su lado, trabajando para mantenerlos, he cumplido con mi deber!

—¡Quién sabe dónde reside el deber!—murmuró el Duque en voz baja y triste, como si hablase consigo mismo.

—¡Lo sabemos todos! Lo que ha de preguntar usted es quién lo ignora. ¿No tenemos la conciencia, esa voz de Dios, que nos a isa, que nos reconviene si obramos mal, que nos aplaude si seguimos el camino recto? ¡No, amigo mío, no! ¡No tenga usted jamás la cobardía moral que alega la ignorancia! Sólo puedo creer en la equivocación; pero de ésta se vuelve pronto y se pueden enmendar las consecuencias.

—¿Qué es lo que usted piensa de Daniel?

—Hasta hace poco lo he creído más desgraciado que culpable, y por lo mismo abrumado de penas... Ahora...

—¿Ahora?—repitió el Duque.

—Ahora creo que se deja dominar por algún sentimiento ruin: tiene miedo al dolor, al trabajo, al deber; guarda rencor á su pobre y débil mujer, y quiere poco á sus hijos. Esto, amigo mío, es para mí un dolor mortal, porque preferiría morir á ver rebajado á mi hijo.

—¿Puede rebajarse un hijo á los ojos de su madre?

—¡Antes que á ningunos otros ojos! Porque yo sea madre, no me falta el criterio que debo al cielo, ni dejo de ser mujer de regular inteligencia.

—¡De inteligencia sublime!—exclamó el Duque con entusiasmo.

—¡Sea!—dijo la Condesa con una triste sonrisa; —pero si mi inteligencia es elevada, conoceré tanto más los yerros de mi hijo.

—Es usted demasiado severa con Daniel.

—¡Porque le amo! ¡Porque deseo su bien! Si él deja escapar sus esperanzas de dicha, si las deja marchitar, ¿dónde las hallará de nuevo?

—Y á la vez que demasiado severa con Daniel, es usted demasiado indulgente con Adriana.

—Adriana es mujer, tiene el carácter débil y ha tenido muy mala educación.

—¿No tiene también la conciencia, la voluntad, el libre albedrío que concede usted á su marido?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No es lo mismo.

—¿Por qué causa?

—Amigo mío—repuso la Condesa,—es usted demasiado noble de carácter, á pesar de sus muchas creencias erróneas, para que caiga en la torpeza de dar toda la razón al marido en las desavenencias del matrimonio; al hombre toca proteger, sostener, aconsejar á la mujer; el hombre es el responsable de sus defectos y de sus faltas; el hombre debe ser el protector, y la esposa la protegida; lo contrario es ridículo, es estúpido. Pero en el caso presente Daniel ha sido el más cobarde de los dos, y lo siento por él... La mujer más ignorante sabe muy bien cuándo el hombre desciende, y no lo olvida aunque lo perdone.

—¿No echa usted culpa ninguna á Adriana de lo sucedido, de la separación de su marido, de la pérdida de esta noble y rica casa?

—Ninguna culpa, ó muy poca. Adriana habrá sido ligera, perezosa, pero ha sido honrada; mis ojos, tan perspicaces para todo lo que toca al honor de mi hijo, han visto bien clara su inocencia, y en su vida no hay mancha alguna que Daniel no pueda olvidar.

—Por falta de corazón no ha cometido esas faltas. ¿No ha abandonado á su madre?

—El amor mal entendido de su madre se ha convertido en violenta antipatía; Adriana era una de sus joyas más bonitas: perdió la belleza, y la aborrece.

—Adriana no ama á sus hijos.

—Los ama.

—Ni á usted.

—Nada tendría de extraño, querido Duque, porque al fin soy *suegra*, nombre terrible y que nada puede enaltecer; pero Adriana me quiere: ya ve usted como tiene corazón; se hallaba dormido, y la mano de Dios lo ha despertado.

Aquella noche, á eso de las diez, la Condesa volvió á ver al Duque; en el mismo dormitorio, y al lado de una preciosa mesita, Mistres Gaskell preparaba el te, y Cristina bordaba.

La Condesa se sentó al lado del lecho.

—Mañana vendrá Adriana—dijo;—ahora se queda escribiendo á su marido.

—Yo no esperaba ya la dicha de ver á usted esta noche, amiga mía, y no le puedo expresar lo que me alegra su visita.

—¿Tiene usted algo nuevo que decirme?

—Sí por cierto; tengo que decir algo nuevo, que usted y Mistres Gaskell deben oir, y es esto: Cristina, ¿quiere usted casarse conmigo?

La sorpresa dejó inmóviles y mudas á las tres mujeres.

—Ya sé—continuó el enfermo—que es un sacrificio inmenso lo que pido; pero este ángel, sólo en el sacrificio puede ya hallar su felicidad; dedicándose á consolar mi soledad, á acompañar mi infortunio, la gran sensibilidad de su alma hallará un noble empleo; ¿no es cierto, Cristina?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Si cree usted que yo puedo servirle de algo, amigo mío, yo desearía complacerle; pero una vocación, producto de largas y amargas reflexiones, me inclina á la soledad y al retiro del claustro.

—¿Qué dices?—exclamó la Condesa palideciendo.—¿Dejarme tú? ¿Y lo has pensado siquiera?

—¡Tú, madre mía, tienes ya esperanzas de dicha! Esperanzas que pronto se convertirán en dulce realidad.

—¿Y yo?—preguntó tristemente la irlandesa.

—Usted volverá á su país, y allí hallará siempre quien la ame como merece.

—¿Y yo?—exclamó dolorosamente el Duque.—Viejo ya, deforme, enfermo, ¿á quién hallaré que pueda y quiera acompañarme? Cristina, sepa usted que antes de hacerle la triste ofrenda de mi mano, se la había ofrecido á la Condesa, que la rehusó.

—Es que usted, amigo mío, no había pensado en mis años; yo no quiero ni puedo ser ya más que una sola cosa: *abuela*.

—¡Yo no puedo ser nada—murmuró Cristina,—y sólo cuento ya con la soledad!

—Mi querido amigo—dijo la Condesa,—procure ahora ponerse bueno; hará después un viaje á Londres, y á su vuelta recibirá la contestación definitiva de mi nieta, que la pensará hasta entonces.

Aquella noche lució hasta muy tarde el resplandor de un pequeño quinqué en la habitación

de Adriana: la pobre mujer había reunido todas sus fuerzas morales, toda la ternura naciente de su alma, para escribir una carta á su marido; una carta que obtuviese respuesta; una carta que aclarase las nieblas que envolvían su presente y su porvenir, y el porvenir de sus hijos, á les que amaba cada día con mayor ternura.

No se hace la luz á medias en un alma buena: lo que sucede es que la luz llega lentamente y por grados, y así llegaba al alma de Adriana; pero lo que existía ya del todo claro y definido era su deseo de una vida de paz y de amor, que sólo había vislumbrado, y de la que tan bella pintura le hacía la Condesa, cuya elocuencia para encaminar al bien nada podía igualar.

El día antes había escrito otra carta á su madre, carta lacónica y grave, concebida en estos términos:

«Madre mía, estoy buena de salud, y aún mejor de la moral que de la física; trabajo, paseo y soy dichosa al lado de mis hijos y al lado de la madre de Daniel, madre mía también, y que me ha enseñado el verdadero camino de la vida.

»Te supongo pasando los días en fiestas y bailes, acompañada de Clotilde, que aunque ya tiene muchos años, es incansable para la frivolidad y las diversiones.

»¡Qué distintos destinos contiene la tierra! Cuando pienso en las dos *abuelas* de mis hijos, en ésta, anciana mucho antes de la edad, sufrida,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

paciente, dedicada á los más penosos trabajos por sus nietos, pobre por culpa nuestra; cuando pienso después en tí, rica, viviendo en las delicias de la opulencia y de los placeres, alegre, ociosa, dos sentimientos encontrados penetran en mi alma: una admiración, un respeto hacia esta abuela venerable, que no sé cómo expresar, y un temor por tí que aún sabría expresar menos.

»¡Ah, mamá mía! La ley de las compensaciones es ineludible, y algunas veces debemos desear el dolor y soportarle hasta con alegría. ¿Pagarás tú los infinitos goces que ahora posees? Pido al cielo que no, con todo el fervor de un alma que ya sabe elevarse á Dios.

ADRIANA.»

La carta á Daniel era más sentida, y, por lo mismo, más elocuente:

«No me atrevo—le decía—á instarte para que vengas, por el temor de que me des una negativa; porque decir *no*, en un hombre que se estima, como el decir *sí*, puede cambiar toda su vida; pero sí te diré, Daniel, que yo soy mejor de lo que era, y que lo debo á tu madre, á cuyo lado me refugié, y del cual no quiero salir ahora ni aun para ir al tuyo.

»Tienes cinco hijos que te llaman, que te aman y te esperan para abrazarte. Las primogénitas, nuestras gemelas Dora y Augusta, son dos ángeles de belleza y de gracia; la segunda, Augusta, ha heredado el alma de su abuela, de su verdadera abuela, pues la otra no merece ni quiero darle este sagrado nombre; sí, Daniel: Augusta se parece completamente á tu madre, la noble, la opulenta Condesa del Villar en otro tiempo, y que hoy está convertida en humilde profesora de idiomas, música y dibujo. ¡Hoy he dicho! ¡Oh, Daniel, ya hace muchos años que tu noble, que tu santa madre se dedica á un trabajo penoso, que agota sus fuerzas y arruina su salud! Cuando vengas la conocerás apenas, pues sólo perdiendo gota á gota la vida ha podido hacer vivir y educar á todos estos niños, que tan poco deben á sus padres, y que deben á su abuela la vida material y la moral é intelectual.

»Yo puedo ya ayudarle un poco, y en expiación de mis necias vanidades, he tomado sobre mí todas las tareas prosáicas que desempeñaba mi Augusta, la que no hace ahora más que pintar ó tocar el piano y dar alguna de las lecciones que desempeña su abuela, pues posee un verdadero genio. Cuando la veo de pie al lado de alguna de sus discípulas, con sus largos y espesos rizos rubios, su blanca frente, sus grandes ojos, su esbelta estatura y su talle frágil y elegante, que su abuela se complace en realzar con los más lindos vestidos que puede comprar para ella, Augusta me parece el ángel de redención de su desdichada familia, y creo que la cólera del Señor ha pasado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya sobre nosotros, restándonos aún algunos días de paz sobre la tierra.

»Dora es también muy bonita, y se asemeja á tí; todo lo *dora*, en efecto, su alegría y su gracia; pero el que es tu verdadero retrato es Osvaldo, y por eso es el favorito de tu madre, de nuestra madre.

»¡Vuelve, Daniel! Tus hijas van á dejar de ser niñas para ser mujeres, y tu sombra les es muy necesaria ya; su venerable abuela se inclinará en breve hacia la tumba; yo soy débil de carácter y de alma, como sabes, y así mis hijos como yo te necesitamos. Si estás pobre, como es de suponer, ven á unir tu pobreza á la nuestra, y á todos nos será dulce: si no por mí, ven por tu madre y por tus hijos.

»Un amigo fiel, que te verá en breve, te dirá la verdad con que todos te deseamos, y la verdad con que es tuyo para siempre el corazón de

ADRIANA.»

V

Daniel había ya corrido la mitad de su fatigosa carrera. No ha osado hasta ahora nuestra pluma bosquejar el retrato moral de este hombre, y, sin embargo, este drama social toca á su fin, y no podemos terminarlo sin tratar de hacerlo, siquiera por ser tan allegado á la heroína de esta historia.

No era Daniel hombre malo; pero era, sí, un hombre de carácter débil y de ninguna fortaleza moral; defectos terribles y que asesinan la dicha de la familia cuando aquejan al jefe de la misma.

Aun para las mujeres es una terrible desgracia el estar dotadas de carácter débil é irresoluto; mas esta desgracia recae sobre ellas solas; no están obligadas á responder de la dicha de los otros, ni descansan en ellas las graves responsabilidades que pesan sobre el hombre; pero cuando éste no tiene reflexión clara y profunda, y decisión firme y sostenida, las desgracias son incalculables y suelen ser terribles.

Daniel Villar era impresionable, como lo había sido su padre, aquel buen Conde, medio labrador, medio guerrero, de las fértiles comarcas de Galicia, que, hallándose bien en sus primeros años con una infanzona de sus tierras, se enamoró después ciegamente de una de las más bellas, cultas y delicadas criaturas que era dable imaginar: de la madre de Daniel.

El amor que por Adriana había sentido su esposo era inmenso, profundo: si ella hubiera tenido las condiciones necesarias para alimentarlo, para conservarlo en toda su fuerza, jamás se hubiera extinguido; pero Adriana era una niña que necesitaba quien la aconsejase y rigiese, y que nada sabía de la vida y de sus dolores, educada por su frívola madre.

El cambio del carácter de su esposa anonadó á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya sobre nosotros, restándonos aún algunos días de paz sobre la tierra.

»Dora es también muy bonita, y se asemeja á tí; todo lo *dora*, en efecto, su alegría y su gracia; pero el que es tu verdadero retrato es Osvaldo, y por eso es el favorito de tu madre, de nuestra madre.

»¡Vuelve, Daniel! Tus hijas van á dejar de ser niñas para ser mujeres, y tu sombra les es muy necesaria ya; su venerable abuela se inclinará en breve hacia la tumba; yo soy débil de carácter y de alma, como sabes, y así mis hijos como yo te necesitamos. Si estás pobre, como es de suponer, ven á unir tu pobreza á la nuestra, y á todos nos será dulce: si no por mí, ven por tu madre y por tus hijos.

»Un amigo fiel, que te verá en breve, te dirá la verdad con que todos te deseamos, y la verdad con que es tuyo para siempre el corazón de

ADRIANA.»

V

Daniel había ya corrido la mitad de su fatigosa carrera. No ha osado hasta ahora nuestra pluma bosquejar el retrato moral de este hombre, y, sin embargo, este drama social toca á su fin, y no podemos terminarlo sin tratar de hacerlo, siquiera por ser tan allegado á la heroína de esta historia.

No era Daniel hombre malo; pero era, sí, un hombre de carácter débil y de ninguna fortaleza moral; defectos terribles y que asesinan la dicha de la familia cuando aquejan al jefe de la misma.

Aun para las mujeres es una terrible desgracia el estar dotadas de carácter débil é irresoluto; mas esta desgracia recae sobre ellas solas; no están obligadas á responder de la dicha de los otros, ni descansan en ellas las graves responsabilidades que pesan sobre el hombre; pero cuando éste no tiene reflexión clara y profunda, y decisión firme y sostenida, las desgracias son incalculables y suelen ser terribles.

Daniel Villar era impresionable, como lo había sido su padre, aquel buen Conde, medio labrador, medio guerrero, de las fértiles comarcas de Galicia, que, hallándose bien en sus primeros años con una infanzona de sus tierras, se enamoró después ciegamente de una de las más bellas, cultas y delicadas criaturas que era dable imaginar: de la madre de Daniel.

El amor que por Adriana había sentido su esposo era inmenso, profundo: si ella hubiera tenido las condiciones necesarias para alimentarlo, para conservarlo en toda su fuerza, jamás se hubiera extinguido; pero Adriana era una niña que necesitaba quien la aconsejase y rigiese, y que nada sabía de la vida y de sus dolores, educada por su frívola madre.

El cambio del carácter de su esposa anonadó á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Daniel: impresionable como era, se vió engañado en todas sus ilusiones, y se afligió profundamente; su mujer se fastidiaba de todo, y de él antes que de todo lo demás; displicente, abandonada en su persona, y á la vez gastando los haberes de la casa en extraordinario lujo; desapacible y brusca, porque estaba siempre de mal humor, ninguna mujer del mundo podía haber ejercido una influencia más perniciosa en el alma de Daniel.

Falto de amparo y de compañía moral, Daniel cayó en un fastidio profundo, del que procuró al principio distraerse en los teatros, salones y paseos; mas por lo mismo que era impresionable, se cansaba de todo muy pronto, y un profundo hastío vino á invadir su corazón.

Había en su alma un ansia inexplicable y devoradora. ¿Qué deseaba? Lo que todo sér humano va buscando, ya con la convicción de su deseo, ya de una manera inconsciente: ¡buscaba quien le amase y á quién amar! Su madre leía en su alma, y le miraba con profunda tristeza: no es el amor materno lo que llena el corazón cuando éste se halla en la plenitud floreciente de la vida; no alumbra bien las galas de la campiña la tibia luz de la luna, y sólo ante el glorioso esplendor del sol ostenta y luce todos sus aromas y colores. Daniel había deseado el amor con todas sus delicias, con todos los éxtasis del alma, y una á una había visto desvanecerse y morir todas sus ilusiones.

La vida de Daniel se agostó en flor; sucede un fenómeno raro en la humana naturaleza: el hombre toma siempre algo de la mujer con quien se casa, ó de la primera mujer que ama verdadera y sinceramente, y en esta mujer reside el poder de elevarle ó de hundirle en el abismo del vicio. Daniel, casado con su prima, hubiera sido un hombre distinguido, honrado y dotado de altas cualidades; la vida *á dos*, que siempre ha sido dulce, lo es mucho más desde que la civilización ha complicado las luchas de la vida y ha aumentado sus dolores; y por lo mismo que es cada día más difícil de hallar, cuando se encuentra es el colmo de la dicha.

Así, Daniel, afligido primero, desanimado después, aburrido más tarde, buscó todas las distracciones que necesita el que, agobiado por penas incurables, no las sabe ó no las puede soportar; fué recorriendo todos los medios posibles de *ir pasando la vida*, y se halló con que los remedios complicaban grandemente la enfermedad en vez de curarla.

La vida de los salones, donde se hallaba bien antes de su casamiento, le fastidió muy pronto, y paseando por ellos su tedio, llegó á ofender á sus amigos y amigas, que le culpaban burlonamente el no hallarse bien en su compañía.

Además, sus recursos no bastaban para aquella vida de continuos y crecidos gastos, y hubo de retirarse, viendo con los ojos de la imaginación

las burlas de todo aquel círculo opulento que criticaba, no sólo su desdén, sino su falta absoluta de medios de vida y su imposibilidad de gastos cuantiosos.

Como un enemigo derrotado y herido salió el pobre joven del círculo elegante, donde había nacido y se había educado.

La Condesa leyó en la fisonomía fatigada de su hijo y en su amarga sonrisa el mal que devoraba como un gusano oculto y roedor aquella rica naturaleza, é indirectamente y con delicadeza exquisita procuró consolarle: era una de esas madres que no abandonan jamás el pudor de la mujer, y que ven siempre en su hijo al hombre que merece respeto.

—Trabaja, hijo mío—le dijo;—el trabajo es el mejor y más fiel amigo, el que nunca nos engaña.

—¿Y en qué?—preguntó Daniel con gran desaliento.

—En tu bufete.

—¿Para ser un abogadillo como otros tantos?

—A tu edad ninguna de las lumbreras del foro era nada más de lo que hoy eres tú.

—Madre mía, ¡estoy tan desanimado!...—respondió un día Daniel á estas dulces amonestaciones.—El trabajo me asusta como un suplicio.

—Procura vencer esa rebeldía del espíritu, y luego le amarás como á la primera de las distracciones.

—Es que no puedo vencerme.

—No digas eso, Daniel; esa palabra no debieras saber pronunciarla: trabaja un cuarto de hora cada día... ¿Es mucho pedir? Lee, escribe... Eres padre, y no tienes el derecho de llevar una vida de holganza y de inercia. Adriana seguirá tu ejemplo.

—Adriana se burlará de mí si trabajo,—dijo Daniel con amargura.

—No creas tal cosa: el trabajo te ennoblecerá á sus ojos.

Daniel trató de obedecer á su madre; pero la enfermedad estaba ya muy arraigada en él, y la curación exigía largo tiempo y muchos cuidados.

Daniel tenía que ser su propio médico, y ni supo ni pudo serlo.

Dotado de una imaginación inquieta, lo nuevo le atraía como una tentación; lo nuevo para él era el vicio y el desorden; su mujer, ofendida é indiferente, no le dijo una palabra, y él halló más distracción en el juego y en las orgías que en los saraos y en los bailes.

La nueva vida de Daniel, la vida ociosa y degradante, empezó cuando nació su hijo Osvaldo; al venir al mundo Clementina, ya la separación de los esposos era profunda.

Adriana salía siempre con su madre.

Daniel pasaba la vida solo ó en malas compañías, en el juego ó en los cafés.

La degradación tiene su escala. Daniel no des-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cendió á los últimos peldaños; pero bajó lo bastante para despreciarse á sí mismo, desgracia la más terrible que puede suceder á un sér humano.

Sin embargo, una influencia misteriosa y benigna velaba por los esposos: la de la madre, la de la abuela, y ésta influencia impidió el que Daniel y Adriana aceptasen los donativos de Leocadia, que no eran otra cosa que robos hechos al esposo de aquella fatal mujer, á Marcelo, con quien se había casado al verse arruinada por completo y agobiada de deudas.

Sólo la delicada percepción del lector puede comprender la triste situación de aquella madre viendo á su hijo al borde del precipicio un día tras otro: á cada instante temblaba que un movimiento irreflexivo le hiciera caer al abismo, y con toda la delicadeza de su corazón, con todos los miramientos imaginables, le aconsejaba y sostenía, temerosa de exasperarle, y mostrándole siempre á lo lejos la luz salvadora de la esperanza y de la fe cristiana.

Menos dolores causaba á la Condesa el estado moral de Adriana: ésta, ya por frialdad del alma, ya por su condición de mujer, no tenía tantas ocasiones de empeorar la situación moral de aquella familia, bajo tan fatales auspicios creada; el ejemplo constante de virtud y las dulces palabras de la Condesa hacían en su alma una huella que ella no se atrevía á confesar, que acaso no com-

prendía siquiera, pero que no por eso dejaba de ser verdadera y profunda.

Cuando la Condesa, en vez de irritarse contra su empeño de ir al lado de su madre, persuadió á Daniel de que debía acompañar á su esposa á París, Adriana quedó sorprendida de una condescendencia que, por mucho que conociese la bondad nativa de la Condesa, jamás había esperado.

Era indudable que á la Condesa debía el ver vencida la resistencia de Daniel, y que por la Condesa vería á su madre, que era lo que más deseaba.

La intimidad de Leocadia con D. Román de Silva, que pasaba por un hombre riquísimo y por un poeta eminente, desagradó mucho á Adriana; ella quería reinar por completo en el corazón de su madre, y á eso estaba acostumbrada.

—No puedo sufrir á ese hombre,—decía alguna vez á Daniel.

—¿Qué te importa?

—Es dominante, y tiene alucinada á mi madre.

Daniel se inquietaba poco de esto: dado el estado desesperado ya de la salud del Conde, consideraba que Leocadia se casaría con el brasileño en plazo más ó menos lejano. París le sedujo con sus esplendores incomparables, y el mismo Silva le enseñó los centros donde mejor y más elegantemente se disfruta de la vida; este hombre, cómplice de Leocadia, la servía á las mil maravillas. Daniel no veía, no comprendía nada. Corría de

—¿No se sostiene?

—No; va bajando: ha perdido sus maneras y gran parte de la distinción que en él me agradaba; ya no es un amante que hace honor, y dentro de poco será deshonroso llevarle al lado; tiene mucha imaginación, poca reflexión y ningún valor moral, y llegará á ser un hombre *que comprometa*; acaso un culpable.

—¡Así es como pagáis al hombre que se pierde por vosotras!—exclamó el amigo de la actriz.

—Por mí no ha dejado nada: su mujer se había vuelto fea, y él no la amaba ya.

Sin embargo, en medio de la vida que Daniel llevaba, recordaba la honrada familia española que le había acogido en Londres cuando regresaba, pobre y sin recursos, de buscar á su mujer: la amable Gabriela, con quien había jugado cuando niño; su honrado marido, su buena madre; aquel cuadro de paz y de dicha doméstica, que le recordaba los días de su infancia, había dejado en su corazón honda huella; algunas veces en casa de Hortensia, en su cuarto del teatro, una voz terrible le gritaba:

—¡Pierdes tu juventud de una manera miserable! ¡Tienes madre, esposa, hijos, y vives como un sér degradado, en la holganza y en el vicio!

Una noche, ó esta voz fué más fuerte, ó su espíritu se dejó aterrar más que de costumbre, y salió apresuradamente del sitio que ocupaba entre bastidores; llegó al hotel, donde tenía un

cuartito amueblado, y se dejó caer en una silla.

—¡Saldré de aquí!—se dijo.—¡Y ya que no puedo ir á Madrid, porque la vergüenza me lo impediría, iré á Londres á purificarme por el trabajo!

Con efecto: la viuda del médico, la madre de Gabriela, le recibió en su casa, le recomendó á un abogado amigo suyo, y consiguió algún trabajo para él.

¡Pero cuántas horas de amargo tedio tuvo que soportar aquella alma solitaria y débil! No eran sólo los consuelos de la amistad lo que Daniel necesitaba: era uno de esos sentimientos grandes que llenan el corazón y le reaniman, haciéndole renacer, como el ave fénix, de sus propias cenizas; algunas veces el recuerdo de su madre y el de sus hijos brotaba en la mente de Daniel como esculpido con caracteres de fuego. Pero el de Adriana quedaba rodeado de sombras, y nada alcanzaba á darle vida.

Su madre no le escribía jamás, herida en su dignidad por su larga ausencia.

A las cartas de sus hijos contestaba más ó menos largamente, según era el estado de su espíritu; pero á las de su mujer no respondía, no hallando nada que decirle, nada que ella le inspirase, nada tampoco en su propio corazón.

El trabajo, sin embargo, fué produciendo su ordinario efecto: el de calmar su ánimo, el de hacer llevaderas las horas, entreteniendo el tiempo;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la ocupación continua serena el espíritu, y Daniel lo conocía así; además de los trabajos que el abogado le enviaba para su casa, asistía por la mañana dos horas á su despacho: la severa y ruda tarea, la atmósfera algo sombría que allí se respiraba, fueron elementos de paz para el espíritu turbado de Daniel, porque la ocupación mecánica es uno de los mayores calmantes para las tempestades del alma; es como un descanso monótono, pero benéfico, para las fatigas morales, cuya saludable influencia alaban reconocidos los que la han probado.

Además, la vista de aquella familia honrada, modesta é íntimamente unida, hacía bien al alma herida de Daniel, enseñándole el camino del dolor y del arrepentimiento. ¡Él también podía haber sido esposo y padre dichoso! ¡Él había dejado destruir el nido conyugal, abandonándole al huracán de la desgracia!

Daniel guardaba siempre un profundo resentimiento á su mujer: no podía perdonarle el que le hubiera abandonado y el que le hubiera robado su hijo; las cartas de Adriana le causaban tedio, y no alcanzaban á conmoverle; y es que cuando un corazón se ha cerrado con la piedra del dolor, parece como que se convierte en una losa sepulcral, alrededor de la cual no crece ninguna flor, ni aun la de los recuerdos.

No bien el trabajo empezó á purificar á Daniel, éste se halló ansioso de escribir á su madre y á

sus hijos; mas al ir á tomar la pluma para Adriana, una fuerza invisible retenía su mano y cerraba todo su pensamiento: tanto como la había amado, le parecía ya repulsiva y antipática, y en vano la pobre mujer ideaba todos los argumentos que hubieran podido ganarle de nuevo el corazón de su marido.

Ella le amaba siempre: ¡es tan difícil cerrar en el alma de la mujer las fuentes del amor!... Como una planta florida y lozana sobrevive á todas las tempestades, y echa raíces entre las ruinas mismas del dolor y de la desolación, el corazón de Adriana, formado para el egoismo; su funesta y frívola educación, todas estas razones habían hecho que su amor de esposa y de madre careciese de base sólida y de generosidad y abnegación; pero desde el instante en que vió á su madre dominada por otro amor que no era el suyo, por el amor que tenía á D. Román de Silva; desde el instante que tuvo que luchar con la influencia de este hombre, que alejaba de ella á Leocadia; desde el momento en que se convenció de que la pérdida de su belleza le había enajenado el afecto de su madre, que sólo miraba en ella una alhaja bonita; desde aquellos momentos amargos, cada uno de los cuales le había traído un desengaño, Adriana pensó en su marido, en sus hijos, en la Condesa, tan buena y generosa para todos como para ella.

¡Ay! ¡El corazón de los hombres no está forma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do como el de la mujer! ¡En aquél todo es amor propio y egoísmo! ¡En éste todo es ternura, perdón y abnegación!

VI

San Petersburgo, la sirena de cristal, la gran ciudad de las nieves y de los trineos, ostentaba toda su magnificencia á fines del invierno de 1872: la nieve, que había caído en abundancia, había dejado el sitio á tan grandes heladas, que los árboles de los grandes parques que embellecen la ciudad estaban adornados de largos y transparentes témpanos; las torres de las iglesias conservaban aún vestigios de la nevada, y el frío era intenso, de una manera que no conocemos en España.

Anochecía uno de los más claros días de Febrero, y ya el gas se encendía profusamente en las calles y en las tiendas; elegantes carruajes, tirados por soberbios caballos, llevaban á las damas de la aristocracia rusa, la más opulenta y soberbia de las aristocracias, á sus palacios, después de algunos instantes de paseo para lucir un traje de terciopelo ó un juego de magníficas pieles.

En la plaza de Pedro el Grande, y entre algunos palacios de imponente aspecto, se destacaba uno más lujoso y elegante que ninguno de los otros: era todo blanco, y hasta las persianas de sus anchos balcones de piedra eran blancas también, y como escayoladas con primor y gusto exquisitos; las manecillas y picaportes eran de platina, y el gran llamador, obra maestra de arte, era asimismo de platina, y figuraba una bella cabeza de gacela.

Algunas ventanas abiertas en el piso bajo ó primero estaban iluminadas ya con una fuerte luz, y á pesar del frío penetrante del anochecer, se veían dos personas andar de un lado á otro como si arreglasen algo en la habitación.

Los rayos de luz iban á quebrarse en anchas cortinas de raso azul forradas de seda blanca, lo que desde la calle hacía aparecer aquella habitación de una suntuosidad extraordinaria.

Dos criados daban vueltas por la habitación y la disponían para que entrase en ella alguna persona que á la sazón se hallaba en otra: eran una camarera francesa y un ayuda de cámara del país.

—¿Con que cuándo salimos para Madrid?—preguntó la camarera á su compañero.

—Yo no lo sé—respondió éste:—lo que sé es que yo no voy, porque me marcho mañana de esta casa.

—¿Por qué ese empeño de no venir?

—Porque no tengo deseo ninguno de visitar á España; y además, porque había de ser, si fuera, por muy poco tiempo. ¡La Princesa está inaguantable!

—¡Ah! ¡Si me quisieras aún, no te lo parecería!—exclamó la camarera, que era joven y bonita.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mi paciencia no llega hasta sufrir esa vieja maldita. ¡Qué carácter el suyo! ¡Qué cóleras tan continuadas! ¡Cómo escatima en todo!

—Me parece que está arruinada ó poco menos, —observó la joven.

—Me parece lo mismo, y, por lo tanto, no me gusta servirla; además, en esta casa no hay respetabilidad alguna: ninguna señora la visita; nadie la hace caso; los que acuden á su salón son artistas, escritores y mujeres de vida obscura, que cuentan muchos amantes: eso lo sé yo mejor que tú, Florina—continuó el lacayo, que era un guapo muchacho, alto y rubio, vestido con librea azul, media de seda blanca y zapato con hebilla.—Yo, que he estado siempre en las casas de la primera aristocracia, sé muy bien que á ésta no viene ninguna persona de esas que dan tono y consideración donde entran.

—¿Pero eso qué te importa, querido Dimitri? —preguntó tiernamente la francesita.—Yo te amo; ¿no es esto nada para ti?

—Te confieso, Florina, que no me agrada rebajarme—contestó sentenciosamente el ayudá de cámara.—He servido á tan encopetadas familias, que ésta me parece, como si dijéramos, *basura social:* ni la madre de la Princesa es su madre, ni ese marido es marido.

—Al contrario: es marido, y no secretario, como ella dice; en cuanto á la madre, tengo las mismas dudas que tú, por una razón.

—¿Qué razón?

—Por dos veces ya he oído á las dos señoras hablar, creyéndose solas, y se llamaban sencillamente por sus nombres de bautismo.

—¿Y qué nombres eran?

—La señora decía á su pretendida madre *Clotilde* á secas, y la madre decía á su supuesta hija *Leocadia*, y otras veces *Ledia*, que es el diminutivo del nombre.

—Así la llama siempre.

—Por eso, esto no me ha aturdido tanto como el que la Princesa llame á su madre por su nombre de pila solamente.

—Porque no es tal madre.

—Así lo creo; pero ¿qué nos importa todo eso? ¿Por qué no seguir en la casa conmigo? ¿No te pagan bien y puntualmente?

—Sí.

—¿No tienes grandes utilidades?

—Sí, ambas cosas son ciertas; pero no me agrada ese viaje, y me voy.

—Espera á despedirte hasta ver el viaje en vías de realización, y no te precipites.

—¿Crees que no se llevará á efecto?

—Creo que no.

—¿Y por qué?

—Porque el secretario, ese hombre maldito, más negro que el infierno, se opone á él, y la madre postiza se opone también.

—La señora lo desea mucho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues creo que de nada le servirá.

—¡Pobre mujer!... ¡En medio de todo, es bien desdichada!... ¡Su desesperación por envejecer es terrible! ¡Si la vieras como yo delante del espejo!... ¡Te confieso que me da pena!

—¡Que se resigne á ser vieja como las demás mujeres! ¿Querría privilegio para no envejecer nunca?

—¡Compraría este privilegio á costa de su vida!

—Pues no se vende; pero—añadió Dimitri—yo también tengo que contarte... ya no me acordaba.

—¡Cuenta, cuenta!—exclamó la camarera con curiosidad.

—Has de saber que ayer tarde estaban en el salón la Princesa y su *secretario* solos; la Princesa debía hablar del viaje, porque D. Román se levantó muy incomodado y se puso á pasear por el salón, diciendo:

—¡No sé por qué ese empeño de ir á Madrid! ¡Huiste de él para que no te vieran convertida en abuela, y ahora que tus nietos han crecido, que tus nietas son ya casi dos mujeres, quieres volver! ¡Eso es absurdo!

—Pues aunque lo sea, quiero volver á ver mi patria,—contestó exasperada la Princesa.

—¡Que para nada te necesita!

—¡Yo necesito verla á ella; aquí la nostalgia de mi cielo me mata!

— ¿Y vas á resignarte al papel de abuela?

—Si no vivo en Madrid, viviré en otra parte.

—Pues vivirás sola, porque yo no quiero enterrarme en una capital de provincia.

—Viviré con Clotilde.

—Escucha, amiga mía—dijo D. Román sentándose:—ni tú, ni Clotilde, ni yo, podemos vivir en Madrid, ni aun en París.

—¿Por qué causa?

—Por muchas que no debes haber olvidado.

—No me acuerdo de ninguna.

—La justicia tendría que ver con los tres.

—¡Qué candidez!—exclamó la Princesa.—El dinero lo hace olvidar todo.

—Todo no: el que Clotilde haya sido olvidada y abandonada por su marido, puede olvidarlo ó no saberlo la justicia; el que yo haya comprado bienes con poderes tuyos, nada le importa; pero la muerte de tu segundo marido, la desaparición de su gran fortuna y la falsedad de tu estado civil, esas son ya cosas en que se fija más... Piénsalo bien, y no quieras meterte en la boca del león, porque yo no te acompañaré en ese empeño.

Y dicho esto, salió por la puerta del jardín.

—¿Y la Princesa?

—¡Oh, la Princesa lloró, sollozó, gimió á más no poder! ¡Pobre señora, entonces me daba lástima!... ¡tener tal horror á la vejez y no poder evitarla!...

—No hay otro medio que resignarse á ser vieja, y yo así espero hacerlo; pero casada contigo, Di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mitri, porque cuando yo sea vieja, tú lo serás más.

—¿Quién piensa en casarse?—preguntó socarronamente el lacayo.—Yo no tengo aún deseo alguno de eso; tenemos, yo veintidós años y tú diez y ocho: hay tiempo.

—Sólo temo á tu empeño de salir de esta casa; por lo demás, te esperaría con paciencia hasta que quisieras casarte.

—Eres una buena muchacha, Florina—dijo el ayuda de cámara tomándole una mano.—Nosotros, humildes criados, somos más dignos, de seguro, que los señores á quienes servimos hoy; yo no sé qué atmósfera se respira aquí, que me ha llegado ya á ser insoportable.

—Esperemos á ver en qué queda el viaje.

Los dos criados animaron el fuego de la chimenea. En tanto que Dimitri colocaba nuevos troncos, Florina ponía, en dos soberbias copas de malaquita que lucían sobre la meseta de mármol, dos hermosos ramos de flores, que en lo riguroso de la estación representaban una suma enorme.

El lacayo encendió después una araña de bronce y de cristal cargada de bujías, que lucía en el centro del gabinete, y los candelabros de una preciosa consola dorada con tablero de piedra, y puestas en orden las butacas, los pufs y todos los muebles de la estancia, se disponían á abandonarla, cuando una persona apareció en el umbral y los dejó mudos é inmóviles, como si hubieran visto la cabeza de Medusa.

Era la Princesa Karina en Rusia; pero en Madrid, en París, en Londres y en El Cairo, era Leocadia, nuestra antigua conocida, aunque era, á la verdad, bastante difícil de reconocer.

Una grosura espantosa y linfática había reemplazado á su esbeltez anterior; sus hermosos ojos se habían achicado de una manera extraordinaria, y por efecto de los cosméticos y de las pinturas, se habían reducido á la tercera parte de su tamaño natural; sin embargo, estaban más pintados que nunca, lo mismo que sus cabellos, teñidos de subido color negro; estos tintes daban á su fisonomía un aire aviejado y duro muy desagradable.

Una capa de blanco y de colorete cubría las mejillas de Leocadia; las cejas estaban pintadas de negro y los labios de bermellón; un corsé sumamente apretado ceñía su talle repleto, y parecía que estaba perpetuamente sofocada, hiposa y con la respiración penosa y entrecortada.

Su traje era suntuoso y rico: llevaba falda larga de terciopelo azul, guarnecida de encajes negros formando racimos, y cogidos con lazos, también azules, de raso; una casaca holgada con haldetas largas y forrada de gro blanco, dejaba ver un chaleco de raso azul, cerrado con menudos botones de oro; el cuello y la pechera eran de encaje blanco.

En la cabeza llevaba dos camelias rosadas y una mariposa de brillantes.

Leocadia tenía tal costumbre de estudiarse pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra parecer lo mejor posible, que aún andaba bien y con gallardía, á pesar de su extrema grosura, y aún se sentaba con una suprema elegancia; pero toda gracia y toda coquetería había desaparecido de su figura vulgar y basta; todo encanto y toda simpatía habían huido de sus facciones; la cólera, el enojo continuo, habían arrugado su frente y hecho nacer en los extremos de su boca un pliegue de tristeza amarga.

La mujer que envejece con paciencia, siempre conserva cierta placidez en la fisonomía agradable de ver: el amor maternal, ese amor, el más fuerte y el más generoso de todos, derrama sus reflejos sobre las facciones, las suaviza y las embellece; pero cuando la mujer se rebela contra las leyes inmutables del tiempo; cuando no tiene otro presente ni otro porvenir que la frivolidad y la galantería; cuando no tiene vida propia interior, sino que sólo vive exteriormente, entonces cada año que pasa deja en ella un surco amargo, y sus facciones se desfiguran y se afean como su alma.

—¿Todavía están ustedes aquí?—dijo mirando severamente á los criados.

Y su voz, antes de tonos tan dulces y melódicos, sonó desapacible y dura en los oídos de Florina, acostumbrados á todas las armonías de la coquetería francesa.

—Perdón, señora Princesa—dijo:—hasta ahora no habíamos terminado de disponer el gabinete.

—¿Ha traído la modista mis vestidos?

—Todavía no.

—Pues vaya usted á buscarlos; son cuatro, dos de baile y dos de comida ó convite.

—¿Voy á ir yo sola?

—¿Y por qué no? Tome usted un coche.

—¿Y el dinero para la modista?

—Que envíe la cuenta.

—Aún se debe la otra, y todos los días vienen á cobrarla.

—¡No se meta usted en lo que no le importa, y cumpla mis órdenes!

La criada salió después de inclinarse profundamente, pero llevando en los labios una risita sardónica.

Leocadia se sentó de mal humor al lado de la chimenea: sus cejas estaban fruncidas, sus labios apretados; su pie hería agitadamente el pavimento.

Por último, se levantó con una especie de cólera, y fué á un timbre, que hizo sonar violentamente.

Un instante después sonaron los pasos de Dimitri en el salón, y apareció á la puerta del gabinete.

—A mi madre, que venga,—dijo duramente.

—La señora no está en casa,—contestó el criado.

—¿No ha llegado todavía?

—No, señora Princesa.

—¿Y mi marido?

—Tampoco está.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Así que venga cualquiera de los dos, diga usted que les espero.

El criado salió.

Leocadia, sola ya, empezó á pronunciar entre dientes palabras de cólera.

—¡Mi sufrimiento no alcanza á más!—murmuró.—¡Estoy engañada, vendida por estos dos infames; me roban, me abandonan, me matan! ¿Qué negocios tendrán los dos? ¿Qué harán? ¡Oh, nada bueno preveo para mí... sola, abandonada, ajena ya á todos los intereses de la casa, que Román maneja solo, sin poder defenderme de él!... ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

La puerta del gabinete se abrió al decir la pobre mujer estas palabras entre sus dientes, apretados por una convulsión de cólera y de dolor.

—¡La señora!—anunció Dimitri.

Y nuestra antigua conocida Clotilde, antes Baronesa de la Calzada, y ahora *madre* de la *Princesa*, entró con desenfado en el *budoir*.

VII

Era una vieja horrible y apergaminada; tenía cerca de setenta años, y todo rastro de belleza ó de dignidad había desaparecido de su persona. Flaca, angulosa, dura, con los ojos hundidos en las órbitas, la nariz de pico de ave de rapiña, el color

curtido por las pinturas, Clotilde no tenía de bonito otra cosa que el nombre.

—¡Gracias á Dios que te veo hoy!—dijo Leocadia con amargura;—¿dónde has estado?

—Donde tenía que hacer,—contestó friamente la Baronesa de la Calzada.

—Tu primer quehacer estaba aquí, á mi lado,—exclamó exasperada Leocadia.

—Hija mía—repuso Clotilde con acento sardónico,—si piensas haber comprado una esclava, te equivocas, y te lo probaré pronto.

—¿Cómo?

—Marchándome de esta casa.

—¿Y dónde te irás?

—Fuera de Rusia: voy á visitar á Varsovia.

—¡No lo creo!—repuso Leocadia, en cuyas facciones se pintó una expresión de terror; y procurando sonreirse, añadió:—¡Tú me engañas!

—Te digo la verdad: me marcho.

—¿Tendrás el valor de abandonarme?—exclamó Leocadia.—Aquí, sola...

—Estás con tu marido, y yo voy á buscar al mío; dicen que está en Varsovia.

—¡Oh, eso es una burla cruel! ¡No me dejarás, Clotilde!

—Te dejaré, hija mía, lo he decidido: te has vuelto insoportable, y yo tengo poca paciencia.

—¡Oh, Dios, sola con él!—exclamó llena de terror Leocadia;—¡antes quisiera morir!

—¿Pues no le amabas tanto?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Así que venga cualquiera de los dos, diga usted que les espero.

El criado salió.

Leocadia, sola ya, empezó á pronunciar entre dientes palabras de cólera.

—¡Mi sufrimiento no alcanza á más!—murmuró.—¡Estoy engañada, vendida por estos dos infames; me roban, me abandonan, me matan! ¿Qué negocios tendrán los dos? ¿Qué harán? ¡Oh, nada bueno preveo para mí... sola, abandonada, ajena ya á todos los intereses de la casa, que Román maneja solo, sin poder defenderme de él!... ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

La puerta del gabinete se abrió al decir la pobre mujer estas palabras entre sus dientes, apretados por una convulsión de cólera y de dolor.

—¡La señora!—anunció Dimitri.

Y nuestra antigua conocida Clotilde, antes Baronesa de la Calzada, y ahora *madre* de la *Princesa*, entró con desenfado en el *budoir*.

VII

Era una vieja horrible y apergaminada; tenía cerca de setenta años, y todo rastro de belleza ó de dignidad había desaparecido de su persona. Flaca, angulosa, dura, con los ojos hundidos en las órbitas, la nariz de pico de ave de rapiña, el color

curtido por las pinturas, Clotilde no tenía de bonito otra cosa que el nombre.

—¡Gracias á Dios que te veo hoy!—dijo Leocadia con amargura;—¿dónde has estado?

—Donde tenía que hacer,—contestó friamente la Baronesa de la Calzada.

—Tu primer quehacer estaba aquí, á mi lado,—exclamó exasperada Leocadia.

—Hija mía—repuso Clotilde con acento sardónico,—si piensas haber comprado una esclava, te equivocas, y te lo probaré pronto.

—¿Cómo?

—Marchándome de esta casa.

—¿Y dónde te irás?

—Fuera de Rusia: voy á visitar á Varsovia.

—¡No lo creo!—repuso Leocadia, en cuyas facciones se pintó una expresión de terror; y procurando sonreirse, añadió:—¡Tú me engañas!

—Te digo la verdad: me marcho.

—¿Tendrás el valor de abandonarme?—exclamó Leocadia.—Aquí, sola...

—Estás con tu marido, y yo voy á buscar al mío; dicen que está en Varsovia.

—¡Oh, eso es una burla cruel! ¡No me dejarás, Clotilde!

—Te dejaré, hija mía, lo he decidido: te has vuelto insoportable, y yo tengo poca paciencia.

—¡Oh, Dios, sola con él!—exclamó llena de terror Leocadia;—¡antes quisiera morir!

—¿Pues no le amabas tanto?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Ahora le temo más que le he amado!

—¿Por qué?

—No lo sé; es instintivo mi terror... pero todo lo temo de ese hombre; yo le estorbo ya... El dinero, fruto de mi vida de intrigas; los grandes caudales que yo...

Aquí la voz de la desgraciada se apagó como ahogada por un sentimiento de disgusto y de pena; pero su amiga completó su pensamiento.

—Los grandes caudales que adquiriste á tanta costa, se hallan ya en poder de Román, ¿no es cierto?

—Cierto es.

—Y ahora te trata mal, y ahora prescinde para todo de tí, ¿no es verdad?

—Nada es más positivo. ¡Ah, Clotilde! Ya ves cómo no debes abandonarme, por lástima al menos.

—¿Y á mí qué me cuentas de todo eso?—exclamó la Baronesa;—tú te vas á Madrid, ¿no es cierto?

—Sí... tengo miedo de estar al lado de este hombre en país extranjero.

—Pues en el tuyo no estás nada segura; pero sea de ello lo que quiera, me separo de tí.

—¿Y qué harás sola?

—Eso es cuenta mía.

—¿Y qué haré yo aislada?

—Eso es cuenta tuya; yo no quiero estar más en tu compañía.

—¿Qué quejas tienes de mí?

—Te las he dicho mil veces: tu carácter se ha hecho insoportable; la dureza, la malevolencia, el egoismo, la ingratitud, todas las malas cualidades conocidas residen en tí.

—¡Y tú me dices eso!—exclamó dolorosamente admirada Leocadia.

—No es la primera vez que te lo digo, aunque con menos claridad; pero ésta ha de ser nuestra última explicación.

—¿Con que te empeñas en dejarme?

—Absolutamente.

—¿Sin recordar lo que he hecho por tí?

—No sé qué ha podido ser, pero sé lo que he hecho yo: por mí te casaste con aquel monomaniaco Conde del Villar, del que diste tan buena cuenta, apropiándote sus riquezas; por mí has admitido en tu intimidad á mi amigo Román, que yo te presenté; por mí has sido joven y lo eres todavía, puesto que tienes *mamá:* ¿qué tengo que agradecerte en cambio?

—¡Qué! —repitió amargamente Leocadia;—¡y me lo preguntas, intrigante miserable! ¿No me he dejado explotar de tí? ¿No eres indigna cómplice de ese hombre, que después de hacerse dueño de mi mano y de mi destino, me abandona, me roba y me insulta? ¿Cuál es mi vida entre vosotros dos? Aquí, en medio de este fausto de que me habéis rodeado para alucinarme, me muero de pena y de angustia, pensando en mi abandono presen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te y en el que me espera en el porvenir. ¿Qué será de mí cuando más vieja necesite de más afecto y de más cuidados? ¿A quién volveré los ojos? ¡Hasta á mi hija me habéis hecho aborrecer; á mi hija, que tanto amaba!

—Porque era como una cosa bonita, como una propiedad encantadora que halagaba tu vanidad.

—¿Y eso qué importa? ¡Yo la amaba y ella me acompañaba en el camino de la vida!

—Pero te hacía abuela, y tú no buscabas nietos, sino mamá. Las mujeres como tú y como yo, Leocadia, tenemos la vida mucho más corta que las mujeres honradas: al acabarse nuestra belleza, al espirar nuestra juventud, dejamos de existir, y morimos hasta para el recuerdo; las demás mujeres pasan su vida sacrificadas á su deber, es cierto; la pasan en el silencio, en la obscuridad, en la práctica de las virtudes cristianas, y su juventud se desliza en el sacrificio; pero en la edad madura, en la vejez, obtienen todas las compensaciones: su familia las adora, el mundo las respeta; el que no siembra no coge, y nosotras no sembramos.

—¿Por qué no me hablabas antes así, tentadora?

—Porque no me convenía.

—Y tú sabías esto.

—Como hoy; y tú lo sabías también, pues tu honrado padre te lo enseñó.

—¡Ay de mí! lo olvidé.

—Pues yo lo recordaba; pero el amor al lujo, á los placeres, la ociosidad, puede más que todo; en la juventud nos parece que la vejez está muy lejos, y llega demasiado pronto.

—Clotilde—exclamó la Princesa,—no me abandones; terminemos juntas nuestra vida... ya que me has querido y yo te quiero todavía.

—No te engañes á tí propia y quieras engañarme á mí: ni me quieres, ni yo á tí; nos tememos y nos odiamos, como dice el poeta:

Lazo que el crimen anuda,
El odio lo ha de romper.

—Yo no te odio,—murmuró aterrada Leocadia.

—Yo á tí sí; no hay delito á que no te haya conducido tu sed de lujo y de homenajes: el asesinato, el fraude, el robo, el abandono de tu hija, todo lo has llevado adelante con la conciencia muda y con el rostro sereno é impasible; mis consejos, que no eran más que de coquetería y de negocios al alcance de toda mujer de ingenio y al abrigo de las leyes, cayéron en tan funesto terreno, que han producido el crimen.

—¿Y crees que teniendo yo las puertas de la sociedad cerradas, las tienes tú abiertas?

—Creo que sí; yo no he llegado á donde has llegado tú.

—¿Y qué piensas hacer?

—En Varsovia estableceré un comercio de lencería y procuraré vivir en paz conmigo misma;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trabajaré, me dedicaré á mis negocios, y obtendré al fin un sitio en la sociedad, el más humilde, pero bastante honroso para confesarlo públicamente.

—¿De modo que te has convertido á la virtud?

—Me he convencido de que la virtud es lo más lucrativo, lo más provechoso que hay en la tierra; todo lo demás son sueños y quimeras, Leocadia; todo pasa, huye y fenece. Sólo el bien da frutos, más tarde ó más temprano; sólo Dios es el supremo dispensador del bien y de la dicha; el mundo es malo, ingrato, egoista, y no debemos sacrificarnos á él.

El silencio siguió á estas palabras. Leocadia, con la mano en la mejilla, parecía reflexionar profunda y tristemente; la tensión colérica de sus músculos se había desvanecido; aún aquellas facciones hermosas y llenas de armonía podían cambiar á cada instante de expresión; un sentimiento doloroso, profundamente triste, las animaba entonces; dos lágrimas grandes, abrasadoras, cayeron por sus mejillas, y con los ojos perdidos en el vacío parecía reflexionar profundamente.

—¡Oh, mi hija, mi pobre hija, mis nietos!—murmuró.—¡Qué falta me hacen ahora, desdichada de mí!

—Todavía no sabes lo que hay de verdad en lo que dices—repuso Clotilde;—no podría hallar mejor venganza para el despotismo que me has hecho sufrir desde que busqué asilo en tu casa, que decirte la verdad de tu situación.

—Dila por amarga que sea, y ¡ojalá disminuya después el rencor que me guardas!—dijo dolorosamente Leocadia.

—¡Disminuirse mi rencor! ¡Si eso no está en mi mano!—exclamó Clotilde.—¡Tú no sabes cuánta y cuánta hiel me has hecho tragar! ¡Delante de tu marido, delante de tu hija, delante de los criados, tu carácter despótico y altanero me ha humillado de continuo... á mí, que te tenía, que te tengo, que te tendré entre mis manos mientras viva! ¡A mí, que sé mejor que tú misma la negra historia de toda tu existencia! ¿Cómo has tenido valor para tanto? ¡Aún es á mis ojos misterio impenetrable! ¿Dónde está tu decantado talento?

—¡No me lo preguntes: alguna vez me lo he preguntado yo también, y no he sabido contestarme!

—¡Lo creo muy bien! Tu talento no te ha hecho ver jamás el porvenir, y en el presente no te has ocupado más que del goce del momento; pues bien: ya por venganza, y ya por compasión, pues que los dos sentimientos existen para tí en el fondo de mi alma, te diré que tu marido te ha robado y va á abandonarte.

—¿Cuándo?—exclamó Leocadia saltando de su asiento.—¿Cuándo se va? ¿A dónde?

—Se irá esta misma noche; á dónde, no lo sé ni me lo ha querido decir.

—¡Ah! ¿Y si os vais juntos? ¿Y si os habéis unido para abandonarme?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡No, Leocadia! Más horror que tú me inspira tu marido; su cobarde bajeza me subleva contra él.

—Espérate en esta casa hasta la aurora, Clotilde,—dijo la desgraciada mujer, que parecía haber tomado una resolución súbita y desesperada.

—Voy á marchar dentro de una hora: tengo ya encargada una silla de posta.

—¡Hazme ese último favor... te lo pido como si fuera á morir!

—¿Para qué me necesitas?

—No quiero dejar partir sin mí á ese hombre, ni hallarme hoy sola con él: todo el dinero que te llevas es mío; debe serlo... porque tú no tenías nada cuando llegaste aquí... Pues bien: no te culpo, no te reconvengo... pero esperemos á Román, para ver lo que va á ser de mí...

—¿Pero y si no vuelve?

—¡Oh! eso sería infame... y aún espero.

—¿No te he dicho que se va hoy, esta noche?

—¿Y si no se va?

—¿Y si ha partido ya?

—¡Dimitri!—gritó Leocadia corriendo á la puerta del gabinete,—vaya usted al club de mi marido, á los teatros, á todas partes... Búsquelo usted y tráigale.

El criado la miró atónito.

—La señora Princesa le manda á usted que busque á su secretario,—observó Clotilde.

—Pues entonces, señora, esta carta dirá dónde se halla,—repuso Dimitri, tomando una bandejita de plata que contenía una carta cerrada, y que se hallaba sobre la consola.

—¿Quién la ha traído?—preguntó Leocadia, que la abría con mano trémula y convulsa.

—Un criado del club.

La carta contenía dos solos renglones, escritos en estilo burlesco é insultante, y decían así:

«Mi querida y siempre bella Leocadia: Hasta el día de la resurrección final; sé dichosa y no me busques.

ROMÁN DE SILVA.»

Un grito ronco se escapó del pecho de la pobre mujer, y durante dos segundos cerró los ojos, como si la abandonasen sus sentidos. Clotilde hizo una señal á Dimitri, y éste salió.

—Ven,—dijo con voz sofocada á su amiga la pobre abandonada.

Y tomando uno de los candelabros de encima de la chimenea, la condujo á las habitaciones de su marido y á las suyas propias; fué abriendo papeleras, burós, armarios: ¡todo estaba vacío!

En un gabinete situado detrás de la alcoba de Leocadia, había una caja de hierro para guardar valores. Leocadia sacó una llave complicada, coordinó las letras con un esfuerzo superior de su débil cabeza, y logró abrir la portezuela.

Había sido abierta con otra combinación no menos sabia, y se hallaba vacía.

Los sentidos abandonaron entonces á la desgraciada, y cayó desplomada al suelo.

El abandono de su marido, del cómplice é instigador de sus terribles faltas, la había hallado con algún valor; pero la miseria, la horrible miseria que veia en perspectiva, anonadó sus fuerzas.

Clotilde, ayudada de sus doncellas, la llevó á su cuarto y la acostó. La silla de posta recibió la orden de esperar nuevas órdenes.

La aurora apareció nebulosa y sombría, y apenas empezó á alumbrar el horizonte, llamaron con redoblados golpes á la puerta del hotel.

Eran dos de los *acreedores* de la Princesa, es decir, dos truhanes amigos de su marido, que venían á tomar posesión del hotel amueblado, que les había sido vendido en una cantidad exorbitante.

Cuando la desgraciada Leocadia pudo oir, esto fué lo primero que supo: la noticia de su despojo, de su extrema pobreza, de su aislamiento.

¡La conciencia llena de negras sombras! ¡La vejez cercana, el abandono de todos! ¿Dónde volver los ojos? ¿en qué seno llorar? ¿á quien llamar para tan amargos dolores?

¡Al solo refugio verdadero: al cielo! Allí está el puerto de paz; allí está el asilo, el consuelo, la esperanza para los que todo lo han perdido aquí abajo; allí volvió también sus angustiados ojos la pobre pecadora, y allí fueron oídos los lamentos de su terrible dolor.

VII

Clotilde no abandonó á su amiga.

Ante una desgracia tan inmensa, todos sus resentimientos se aplacaron, y la compadeció profundamente.

—¡Dios mío, Dios mío, piedad de mí!—había gritado la extraviada desde el fondo de su alma, al volver del mortal desmayo que postró sus fuerzas.

Y este grito de angustia fué oído en el cielo; y el Dios á quien invocaba aquella alma afligida, le había dado como primer beneficio la compasión de la persona que tenía más cerca, y que ya iba á abandonarla. Clotilde, á quien la vejez y la fealdad, es decir, la desgracia, habían hecho ver las cosas de otro modo, oyó también aquel lamento, y su corazón, que ansiaba alguna simpatía verdadera, alguna tranquilidad, se inclinó hacia quien se hallaba más desamparada y más infeliz que ella misma.

Fué preciso abandonar el magnífico palacio que hasta entonces habían habitado, y hasta que arreglaron su salida de la capital de Rusia, las dos antiguas amigas ocuparon un hospedaje modestísimo, y que fué pagado con los fondos que había reunido Clotilde en la casa de su amiga, y que eran de ésta, puesto que la Baronesa, abandonada y despojada de su marido, del mismo modo

que Leocadia por el suyo, nada poseía al ir al lado de aquélla.

—¿Dónde nos iremos?—preguntó un día Clotilde á Leocadia.—¿Te convendría irte conmigo á Varsovia?

—No—respondió Leocadia;—quiero acercarme todo lo posible á mi familia.

—¿Te atreves á ir á Madrid?

—Por ahora, no.

—¿A París?

—¡Oh, no: sólo ese nombre me causa terror!

—Entonces fijémonos en Londres; conozco allí á una modista española, que acaso nos dará trabajo; porque, créeme, querida Leocadia, lo que no hemos hecho á su tiempo, debemos hacerlo ahora: tenemos que trabajar.

—¡Y trabajar para vivir!—añadió dolorosamente Leocadia.—¡A tu edad es bien triste!

—¡A la tuya no es tampoco muy alegre! Leocadia, es ya preciso que abandones esa manía de juventud eterna que domina á todas las mujeres frívolas, coquetas y ligeras; este consejo es tan amistoso, tan verídico, tan acertado como el que te dí aconsejándote que te casaras con el Conde del Villar.

—¡Calla por Dios!—murmuró con voz angustiada Leocadia.—¡Ese recuerdo me mata!

—Créeme—prosiguió Clotilde:—renuncia ya, como yo he hecho, á toda esperanza de dicha, y busca por lo menos la tranquilidad; yo tengo aún

un poco de dinero, quegastaremos juntas; pero antes de que se acabe buscaremos que trabajar: coseremos, arreglaremos encajes... no hay otro medio; ¡lo peor es que mi vista se halla muy débil!

—¡Y la mía también!

—Mañana saldremos para Londres, y yo buscaré al instante á esa modista que fué mi camarera hace ya muchos años.

Hízose todo como estaba acordado, y al salir de San Petersburgo sintió Leocadia que un peso enorme huía de su pecho, porque en la gran capital del imperio ruso había sentido los más acerbos dolores de su vida. Allí se habían apagado los últimos esplendores de su juventud; allí había recibido los primeros golpes en el corazón, por el desamor y la tiranía de su marido; allí se había separado de su hija y de su nieto; allí había empezado á ser verdadera y horriblemente desdichada.

No bien llegaron á Londres, Clotilde, que había habitado en él durante largo tiempo, y que sabía las señas de su antigua camarera, fué á su casa: era una de las artistas de la moda más afamadas y más ricas de Londres.

Mistres Brandt no era ya joven; pero lo era más que Leocadia y mucho más que Clotilde; se había casado, al salir del servicio de ésta, con el ayuda de cámara del Embajador inglés en Madrid, y llegados á Londres, habían abierto un pequeño comercio de modas, que había prosperado rápida-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente, protegido por la colonia española; Mister Brandt era un hombre probo y activo, y Cecilia, su esposa, y la antigua camarera de Clotilde, tenía mucha inteligencia y gracia para la confección de objetos de lujo y de delicadeza; así aquel joven matrimonio prosperó rápidamente, y á los dos años de haberse establecido, sus negocios tomaron gran extensión é importancia.

Cecilia Brandt vestía á todas las españolas de distinción y á muchas damas extranjeras; pero ya no hacía otra cosa que dirigir, pues su espacioso taller estaba ocupado por un gran número de hábiles oficialas que obedecían sus instrucciones.

Era Cecilia una mujer que ya llegaba al otoño de la vida, pero notablemente elegante y distinguida: su estatura, bastante alta y delgada, lo parecía más por el vestido negro de seda que constantemente la ataviaba; tenía la tez ligeramente morena; el cabello, los ojos y las cejas, negras, lo mismo que sus largas pestañas.

Al ver á Clotilde la conoció en seguida, á pesar de hacer ya algunos años que no la veía.

—¡Ah, mi querida señora!—exclamó.—¡Está usted en Londres, y no me lo ha dicho! ¿Por qué?

—He llegado ayer, querida Cecilia.

—¡No importa! ¡Si me hubiera avisado su llegada, mi marido y yo hubiéramos ido á esperar á usted á la estación!

—¿Y cómo os halláis en este nebuloso país?—preguntó la Baronesa.

—Bien, señora—respondió la modista.—¡La niebla ó el sol residen dentro del alma! ¡La mía está llena de resplandores!

—¿Eres dichosa?

—Cuanto puede serlo una mujer. Y aunque pensaba que mi dicha no podría aumentarse, ya veo que estaba equivocada, porque es mayor desde que la he visto á usted. ¿Y el señor Barón?

—¡No lo sé! ¡Me dejó ya hace largo tiempo!

Cecilia guardó silencio, pesarosa de haber evocado un recuerdo que debía ser muy triste; y después de un rato murmuró:

—Perdón, señora... no sabía...

—No tengo nada que perdonarte, querida Cecilia; esa pregunta es muy natural; ¡lo que sale de los límites regulares es mi desgracia!

—¿Puedo yo hacer algo para aliviarla, señora? No olvido ni olvidaré jamás que usted ha sido muy buena para mí.

—Pues bien, Cecilia: yo llego á este país extranjero, pobre, sin recursos de ninguna clase, y vengo aquí para pedirte ocupación.

—¡Oh, señora!...

—Para ganar en tu casa el pan diario para mí y para una compañera de infortunio, á la que conoces, y que ha llegado conmigo.

—¿Quién es?

—Leocadia, la viuda de Torres.

—¿Aquella señora tan bella que era la mejor amiga de usted? ¿Aquélla cuyo lujo deslumbraba?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡La misma! Todos nuestros esplendores nos condujeron al matrimonio, del que hemos salido por la sombría puerta de la desgracia. ¡Feliz tú, que has hallado abierta la de la dicha por el trabajo y la virtud!

—Señora mía—dijo Mistres Brandt,—ya le he dicho que en mi vida olvidaré el cariño con que usted me ha tratado en su casa, y que me regaló al salir de ella, para casarme con mi honrado marido, 4.000 reales, que han sido la base de mi pequeña fortuna; yo le dije á usted que Brandt tenía ahorrada esa cantidad, y usted me contestó: «Pues tú no serás menos, porque yo te daré otro tanto.»

—No me acuerdo, Cecilia.

—Porque entonces era usted muy rica; yo me acuerdo muy bien, y, por tanto, hoy es para mí un deber y una dicha el decir á usted que cuanto poseo es suyo, y que tiene en esta casa una habitación, y un cubierto en mi mesa, y una servidora en mí.

—¡Ah! ¡No cierra Dios todos los caminos!—exclamó la pobre anciana alzando al cielo sus ojos marchitos y anegados en llanto.—Gracias, Cecilia; pero no puedo dejar sola á mi amiga; lo que deseo es labor para las dos.

—¡Usted trabajar! ¡Coser vestidos y confecciones! ¡Oh, no!

—¿Piensas que no sabré?—preguntó la Baronesa con triste sonrisa.

—Pienso que sí; pero no quiero que á su edad

se canse la vista; voy á ver si se conviene á otra cosa mejor.

—Habla.

—Estará usted en esta casa para llevar un libro de apuntes y para hacer compras de encajes y adornos aquí y en París: es un cargo de confianza que no sé á quién confiar.

—Pero ¿y ahora quién lo desempeña?

—Yo, con mucha pena, porque tengo otros quehaceres á que atender.

—¿Pero y mi pobre amiga?

—No la abandonará usted. La llevaremos á vivir á casa de mi mejor amiga, que la cederá un gabinete elegante con chimenea: es la viuda de un médico español, cuya hija se ha casado con un comerciante amigo de mi esposo.

—¿Y esa señora da hospedaje?

—Hasta ahora nunca lo ha hecho; pero desde poco después que se casó su única hija Gabriela, está en su casa otro español, un caballero abogado, joven aún y buen mozo, que se halla aquí no sé si por motivos políticos ó por qué: este señor es hijo de una familia que en otro tiempo favoreció á mi amiga.

—¿Y crees que Leocadia podrá estar allí bien?

—Como en su propia casa.

—Pues es urgente que la llevemos, y que yo me ocupe para ganar alguna cosa con que pagar su hospedaje. Mi infeliz amiga está todavía en peor situación que yo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Vamos ahora mismo á buscarla.

Clotilde y su antigua camarera salieron para reunirse á Leocadia; al llegar al hotel donde se había quedado, les salió una criada al encuentro.

—Señoras—dijo,—la viajera del cuarto donde ustedes se dirigen se halla indispuesta.

—¡Como! — exclamó la Baronesa. — ¿Desde cuándo?

—Hará una media hora; tiró de la campanilla, subí, y la hallé pálida y demudada; la subí una taza de te, y no la pudo tomar.

—Corramos,—dijo Cecilia, subiendo presurosa la escalera seguida de Clotilde.

Al entrar en la modesta habitación que para las dos había tomado, vieron á Leocadia sentada en un canapé con las mejillas encarnadas, la cabeza caída hacia atrás y los ojos cerrados.

—¡Leocadia! —exclamó la Baronesa.—¡Aquí estoy! ¡Vuelve en ti! ¿Estás mala?

—Sí,—murmuró débilmente Leocadia.

—¿Qué tienes?

—¡No lo sé! No puedo moverme...

—Vamos á llevarte á una casa donde te hallarás bien. ¿Me oyes?

—¡Sí!

—¡Ten valor!

—¡Avisa al instante á mi hija!—dijo con voz débil la pobre mujer.—¡Me muero, y quiero verla antes de salir de este mundo!

Leocadia fué conducida á un carruaje de alquiler, que tomó el camino de la casa indicada por Mistres Brandt.

—Nada te había advertido, querida Isabel—dijo Cecilia al llegar á casa de su amiga;—pero no lo creí necesario: te traigo una dama española enferma, y creo que la darás hospitalidad.

—Y has creído muy bien—repuso la madre de Gabriela:—todo lo que procede de nuestra patria me es querido; ¿dónde está esa señora?

—Ya ha llegado en un carruaje.

El criado de la casa y el cochero colocaron á Leocadia en un ancho sillón y la subieron hasta la habitación que se le destinó, situada en el piso principal.

Los desmayos se sucedían unos á otros. Cecilia tuvo que marcharse á su casa para volver después; pero la Baronesa no se decidió á abandonar á su amiga, y permaneció á su lado.

De vez en cuando anchas lágrimas rodaban por las mejillas de la enferma, y sin abrir los ojos murmuraba con voz sofocada:

—¡Perdón, perdón!

—Sosiégate—le decía la Baronesa.—¡Estoy aquí, á tu lado, y no te abandonaré!

Pero estos consuelos no eran escuchados: el golpe había sido demasiado rudo para el alma débil de aquella mujer; cuando la religión no presta sus dulces y activas fuerzas, hay tormentas de la vida que son demasiado terribles, y abaten hasta los seres más dotados de energía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A la madrugada parecieron disiparse algún tanto las nieblas de aquel cerebro, debilitado y combatido de mucho tiempo antes por cóleras continuas y amargas: el médico llamado declaró que había fiebre violenta y que se temía una complicación en el cerebro.

—Si esta señora tiene familia—añadió,—es preciso avisarle, porque de un instante á otro puede llegar á un caso desesperado.

Clotilde ignoraba las señas de Adriana, y tampoco Leocadia las hubiera sabido, á no deberlas al delicado tacto de la Condesa: ésta hacía que todos los hijos de Adriana escribiesen de vez en cuando á Leocadia.

—Es vuestra abuela—les decía,—y debéis amarla aunque no la conozcáis.

—¿Y no la conoceremos nunca?—preguntó un día Osvaldo.

—Eso será lo que Dios quiera.

—Por cierto—dijo Clementina—que esa otra abuela no nos quiere como tú.

—¿De qué lo infieres?

—Si nos quisiera viviría con nosotros.

—Las abuelas quieren siempre á sus nietos.

Registrando, pues, los papeles de Leocadia, halló en una carta de Dora las señas de la casa que habitaba Adriana con su familia.

«Ven lo antes posible, querida mía, si aún quieres ver á tu madre en este mundo—le decía:—ella te llama; trae contigo á alguna de tus hijas, y si te es posible trae algún dinero; tu madre ha sido despojada de todo por su infame esposo, y yo he gastado ya lo poco que me quedaba.»

Enviada esta carta dentro de otra para la Condesa, Clotilde quedó más tranquila; pero no pudo ir á casa de Mistres Brandt, por no dejar sola á la viuda al cuidado de la enferma.

Aquella misma tarde, al llegar Daniel para comer, le dijo la buena Isabel:

—¿Sabes que tengo en casa dos compatriotas nuestras?

—¡Cielos!—exclamó Daniel lleno de terror, pues hubiera preferido morir á ver á alguna de las personas que le habían conocido en otra posición. Pero recobrándose muy pronto, preguntó:

—¿Sabe usted su nombre?

—Aún no: las trajo ayer Cecilia, y para mí basta; llegó una tan enferma, que no tuve siquiera la ocurrencia de preguntar sus nombres.

—¿Y sigue indispuesta?

—Y en muy grave estado.

—¿Es anciana?

—Está cerca de serlo la enferma, y lo es la que la acompaña.

—¿Vienen para mucho tiempo?

—Nada sé todavía. ¿Quieres verlas?

—Cuando esté mejor.

—¿Y si empeora?

—En ese caso la veré también, porque quiero mi parte en los cuidados que necesite.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Mi buen Daniel!—exclamó la viuda estrechándole la mano,—¡qué hermoso corazón y qué mala cabeza!

—Me interesa todo el que sufre, y más una mujer. ¿Son ricas esas damas?

—Creo que son muy pobres.

—En ese caso, cuente usted conmigo para todo: aunque también soy pobre, sé trabajar y ya gano dinero.

XI

El Duque de Aguilar, resucitado por un milagro de la Providencia cuando se hallaba al borde de la tumba, había renacido de cuerpo y de alma. El ateo, el descreído, amaba, y había abierto los ojos á la fe, á la virtud, y á todo lo que hace la vida amable y amada.

Amaba á Cristina del Villar, y ¡cosa extraña! Cristina le amaba también, á pesar de un aumento notable en los defectos físicos del Duque.

Durante su enfermedad había sido éste atacado de una complicación de paralisis, y había quedado en tal mal estado, que sólo le era dado andar con el auxilio de dos muletas, que en su vida podría ya abandonar, según el dictamen de los facultativos.

—Es una naturaleza completamente arruinada —había dicho el médico de cabecera:—el Duque ha gastado toda su vida sin cuidarse de su salud,

devorado por un cerebro enfermizo y calenturiento, pasando los días sin comer, y las noches en terribles insomnios; la falta de fe y de esperanza traía la falta de caridad y el odio al género humano, y nada hay que más agote la vida que los sentimientos amargos.

—¿De modo, doctor—repuso la Condesa, que era á quien se dirigía el anterior diagnóstico,—de modo que lo que le mataba era el aislamiento, la soledad del corazón?

—Precisamente: es una naturaleza enfermiza, como ya he dicho; y al mismo tiempo, los jugos de su organismo moral eran escasos y estaban agotados.

Ante esta declaración formal de la ciencia, la Condesa y Cristina no dejaron un instante de hacer compañía al enfermo, aunque éste se hallase ya convaleciente, y el Duque fué renaciendo á una vida que no conocía, á una vida inteligente, apacible y dichosa.

Nada sabía aquel hombre más que dudar y quejarse del cielo; su corazón ardiente se hallaba en la infancia del sentimiento: vió que, si no amado con pasión, podía ser querido con tierno afecto, y que aún le quedaban los goces del alma y del espíritu.

Encantado con la dulce compañía de Cristina y de su abuela, hubiera cedido todas sus riquezas, toda su opulencia, si á este precio hubiera podido conservarlas á su lado; pero ¡cuán impotentes son

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Mi buen Daniel!—exclamó la viuda estrechándole la mano,—¡qué hermoso corazón y qué mala cabeza!

—Me interesa todo el que sufre, y más una mujer. ¿Son ricas esas damas?

—Creo que son muy pobres.

—En ese caso, cuente usted conmigo para todo: aunque también soy pobre, sé trabajar y ya gano dinero.

XI

El Duque de Aguilar, resucitado por un milagro de la Providencia cuando se hallaba al borde de la tumba, había renacido de cuerpo y de alma. El ateo, el descreído, amaba, y había abierto los ojos á la fe, á la virtud, y á todo lo que hace la vida amable y amada.

Amaba á Cristina del Villar, y ¡cosa extraña! Cristina le amaba también, á pesar de un aumento notable en los defectos físicos del Duque.

Durante su enfermedad había sido éste atacado de una complicación de paralisis, y había quedado en tal mal estado, que sólo le era dado andar con el auxilio de dos muletas, que en su vida podría ya abandonar, según el dictamen de los facultativos.

—Es una naturaleza completamente arruinada —había dicho el médico de cabecera:—el Duque ha gastado toda su vida sin cuidarse de su salud,

devorado por un cerebro enfermizo y calenturiento, pasando los días sin comer, y las noches en terribles insomnios; la falta de fe y de esperanza traía la falta de caridad y el odio al género humano, y nada hay que más agote la vida que los sentimientos amargos.

—¿De modo, doctor—repuso la Condesa, que era á quien se dirigía el anterior diagnóstico,—de modo que lo que le mataba era el aislamiento, la soledad del corazón?

—Precisamente: es una naturaleza enfermiza, como ya he dicho; y al mismo tiempo, los jugos de su organismo moral eran escasos y estaban agotados.

Ante esta declaración formal de la ciencia, la Condesa y Cristina no dejaron un instante de hacer compañía al enfermo, aunque éste se hallase ya convaleciente, y el Duque fué renaciendo á una vida que no conocía, á una vida inteligente, apacible y dichosa.

Nada sabía aquel hombre más que dudar y quejarse del cielo; su corazón ardiente se hallaba en la infancia del sentimiento: vió que, si no amado con pasión, podía ser querido con tierno afecto, y que aún le quedaban los goces del alma y del espíritu.

Encantado con la dulce compañía de Cristina y de su abuela, hubiera cedido todas sus riquezas, toda su opulencia, si á este precio hubiera podido conservarlas á su lado; pero ¡cuán impotentes son

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las riquezas para comprar las dichas del alma! ¡Ni un átomo de felicidad nos dan por sí solas!

Había en el Duque una atracción irresistible á causa de su talento y de su luminoso raciocinio. Poco á poco, Cristina, que le amaba como á un amigo, le confió el secreto de su corazón, y el por qué estaba empeñada en no casarse, en no usar el título de su padre; el por qué pensaba en la soledad de un convento.

—He amado á Daniel con todo mi corazón, y no puedo querer á nadie más—le dijo un día;—mi pensamiento constante es el de hacerle cesión del título de Conde del Villar y de todos mis derechos á ese patrimonio tan rico y casi perdido hoy.

—¿Y usted, pobre niña?—preguntó el Duque conmovido.

—Me retiraré á un convento.

—¿Cree usted no poder amar ya á nadie?

—Creo, amigo mío, que yo no puedo amar dos veces, como le ha sucedido á Mistres Gaskell.

Cristina dijo estas palabras dirigiendo una melancólica sonrisa á su dama de compañía, que bordaba cerca del balcón.

—Ahora que ya voy aprendiendo lo que nunca he sabido acerca de los misterios del sentimiento —dijo el Duque,—permítame usted, mi amada Cristina, que le pregunte una cosa: aunque no sea *por pasión*, ¿no cree usted poder amar *por convicción* á otro hombre?

—¡Oh, eso sí!—exclamó Cristina.—Pero un sentimiento de ese género no pasa de ser una amistad.

—¿Y qué es otra cosa que una tierna amistad el amor serio y razonado? La pasión pasa, y sólo queda de ella esa amistad noble y fiel.

—Quizá tenga usted razón, Duque—dijo Cristina;—en asuntos del corazón soy muy inexperta.

—¿No es usted mi amiga?—interrogó el Duque, observando con ansia el bello y simpático rostro de Cristina.

—¡La mejor amiga de usted!—exclamó ésta con ternura.

—¡Diga usted la única!

—¿Y mi abuela?

—Es usted mi única amiga de su edad; eso es lo que quiero decir: yo soy amigo de usted de otro modo que lo soy de la Condesa; y entre la amistad de usted y la que ella me profesa, hay también alguna diferencia.

—¿Cuál?

—Ni yo mismo lo sé decir; estos matices del sentimiento se sienten, pero no se explican: ¿no se halla usted bien á mi lado?

—¡Muy bien!

—¡Y yo al lado de usted soy del todo dichoso! ¡Hay en mi alma para usted un sentimiento de gratitud y de ternura inextinguible! ¡No amaba así á Adriana; era materialista, y ahora renazco, mejor dicho, nazco á la vida del alma, que jamás

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

había conocido! ¡Hay en mí caudales inmensos de ternura que gastar, porque antes sólo gastaba caudales de cólera! ¡Por eso éstos están agotados, y de aquéllos me quedan grandes riquezas! Cristina, acéptelos usted; ha hecho saltar el agua fecundante de la estéril roca, y hay en mí para usted, para su ilustre abuela y para su noble amiga tanta gratitud, que no sé cómo expresarla.

El Duque dijo estas palabras con la voz llena de lágrimas, y tendiendo una de sus manos á Cristina y la otra á Mistres Gaskell.

—Sí—prosiguió el Duque pasados algunos instantes:—yo era un pobre ciego, que se irritaba con las tinieblas que le envolvían... La vista de la noble abnegación de la Condesa, de su fortaleza, de su piedad cristiana, de su fe inquebrantable en Dios; la contemplación constante de usted, de su juventud triste y solitaria; del luto de su corazón noblemente llevado; de su virtud sencilla y modesta, que nadie celebra, pero que tanto brilla ante mis ojos; el ejemplo de esta otra vida del corazón, que la hace compañía; estas tres vidas puras, inocentes, irreprensibles, y no obstante castigadas por la ruda mano de la desgracia, azotadas con todas las tempestades del dolor, de un dolor sobrellevado con heróica resignación, me han hecho avergonzar de mis cóleras, de mis quejas y de mis impaciencias! Yo, hombre fuerte que podía sufrir, hombre opulento que podía socorrer, hombre de clara inteligencia que podía consolar, todo lo negaba, todo lo aborrecía; y vosotras, débiles criaturas, todo lo sufrís, todo lo perdonáis, todo lo amáis! ¡Qué vergüenza para mí! ¡Qué gloria para vosotras!

Las dos mujeres, por toda respuesta, estrecharon de nuevo las manos del Duque, que no habían dejado; su modestia estaba asombrada de los méritos que le atribuían; su corazón daba la razón á aquel apasionado razonamiento de un fisiólogo eminente, de un hombre de alma elevada y de inteligencia superior.

Desde aquel día, una mayor intimidad nació entre el Duque y su linda enfermera; ésta se fué adhiriendo sin saberlo á aquella alma viril y tierna á la vez: engañada en todos sus amores, sólo el afecto maternal de la Condesa y la amistad de Mistres Gaskell le hacían amar la vida; en cuanto á su amor por Daniel, y hasta en su amor filial, había sufrido crueles decepciones, y profundamente herida, no había pensado siquiera en exponerse á nuevas penas, aceptando las mil proposiciones de matrimonio que se le habían dirigido.

—No—se decía:—yo quiero *un alma*, y eso parece que es escaso en la tierra; quizá la halle en el cielo.

—¿Viviría usted contenta á mi lado?—le preguntó un día el Duque.

—Sí por cierto,—respondió Cristina con noble franqueza.

El Duque la miró largamente en silencio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristina sostuvo lealmente su mirada el espacio de tiempo necesario para que comprendiese le decía la verdad; después bajó sus grandes párpados, y un débil sonrosado se extendió por sus mejillas.

Se habían comprendido.

Al día siguiente fué cuando el Duque dijo á Cristina en presencia de la Condesa:

—¿Quiere usted casarse conmigo? ¿Quiere usted ser la Duquesa de Aguilar?

La respuesta definitiva quedó aplazada; pero cuando el Duque, al dejar el lecho, hubo de adoptar las muletas, que ya no debía dejar en su vida, alzó los ojos al cielo con desesperación, y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas demacradas.

Cuando llegaron Cristina y su abuela, se estremecieron de la alteración de su semblante.

—¿Qué sucede?—preguntó con ansia la joven.

—Renuncio á todo lo que pedí á usted hace algunos días,—murmuró con desaliento.

—¿A casarse conmigo?

—Sí...

—Y yo reclamo el cumplimiento de lo que ofreció,—exclamó la joven con generosa vehemencia.

—¡Por compasión de mi desgracia!

—Porque le amo á usted, y más cuanto le soy más necesaria en la vida... Yo seré al lado de usted del todo dichosa, porque para mí no hay otra verdadera manifestación del amor que el consagrarme por completo al objeto amado.

—¿Y no se arrepentirá usted, Cristina?

—¡Arrepentirme!—repitió la Condesa.—¿De qué? ¿De ser feliz? ¿No ha oído usted lo que dice?

—¡Es que no puedo creer en tanta dicha, señora!

—Pues crea usted, porque Dios es bueno, amigo mío: todo el dolor que había destinado á su vida, está agotado; ahora le envía la dicha, porque Cristina será para usted la amiga más tierna y más leal, la compañera más inteligente y más dulce.

El Duque alzó al cielo los ojos, y después, sepultando entre ambas manos su semblante, el hombre fuerte, el razonador helado, el ateo convertido en creyente fervoroso, oró y lloró, dando gracias al Dios de amor y de perdón.

El casamiento se celebró en el oratorio del palacio del Duque, y la Condesa, con un amigo del Duque, fueron los padrinos; al llegar al salón, la nueva Duquesa tomó la mano de su abuela y la llevó al hueco de una ventana.

—Madre mía—le dijo presentándole un pliego doblado,—aquí está la cesión que hago de mi título de Condesa del Villar en favor de Daniel: sé que esto te será más grato que si la cesión fuese á favor tuyo; cuando él venga podrá aclarar el estado de sus bienes, y podrá sacar algunos de las garras de ese farsante, hoy único poseedor de ellos.

—¡Ay de mí!—exclamó la pobre madre.—¡Cuándo vendrá Daniel!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Quién sabe si muy pronto? Madre mía, tú que eres la que nos das valor á todos, no desmayes ahora... Ya tu vida de afanes debe tener fin... ¿Siendo yo ahora tan rica?... ¿no admitirás de mi mano ningún auxilio?

—No, hija mía.

—¿Ni aun por Adriana y sus hijos?

—Por ellos, sobre todo, rehuso.

—¡No lo entiendo, madre mía, y tan prolongada resistencia de tu parte me ofende dolorosamente!

—No lo creo, y por lo mismo no espero que intentarás vencerla: lo que hago es estrictamente mi deber.

—¡Deber terrible!

—El deber podrá ser rudo de cumplir; pero cuanto más amargo, es tanto más dulce la satisfacción de haberle cumplido. Adriana necesita el saludable cauterio de la pobreza y del trabajo; así como hemos educado el alma del que es hoy tu marido, así estoy educando el alma debil y extraviada de Adriana, templándola en el crisol del deber y dándola fuerza, porque carecía de ella por completo: que trabaje, que espere y que se resigne.

—¿Pero y esos pobres niños?

—¡Pobres!—repitió la Condesa con una brillante sonrisa de triunfo y de alegría.—¡Pobres mis nietos! ¿Es que quieres convencerme con sofismas, Cristina? ¡Mira que me enfadaré!

Y la Condesa amenazó gozosamente con el dedo á la joven, que bajó confusamente los ojos.

—¡Pobres mis nietos!—repitió la sublime abuela.—¡Dora y Augusta ganan ya con sus lecciones una onza cada mes! ¡Yo, que las he cedido esas lecciones, gano otras dos onzas! ¡Adriana borda, cose, cuida con Francisca de la casa, arregla los trajes de sus hijas, enseña á Clementina todas las labores, y, sobre todo, nos ama ya con ternura! ¡Osvaldo estudia, dibuja; Carlitos canta, ríe, nos alegra á todos! Después de un día consagrado al trabajo, al noble y santo trabajo, ¡qué agradables, qué dulces veladas pasamos reunidos! ¡No, no nos llames pobres, hija mía: yo soy más feliz trabajando por ellos y para ellos, oyéndoles decir que todo me lo deben, consolando y sosteniendo á Adriana, que si tuviera las riquezas todas del universo!

Después de una comida en la que se reunió toda la familia, la abuela, los nietos y la madre de éstos salieron de la suntuosa morada nupcial y se dirigieron á pie á su modestísima habitación de la calle de las Huertas.

Adriana estaba desconocida; no era cólera ó desesperación lo que se leía en su semblante, como cuando estaba bajo la funesta influencia de su madre: era una melancolía resignada; el talento de la abuela había apagado el fuego devorante del rencor y de los celos, que como sierpes desgarraban el seno de la hija mimada y propuesta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por su madre á un esposo indigno; aquel alivio moral había cambiado totalmente la parte física de Adriana; sus ojos, hundidos por el insomnio, abrasados por las lágrimas de la cólera, habían perdido las venas enrojecidas de los párpados, y habían recobrado las largas y sedosas pestañas; su extrema demacración había desaparecido, y los delicados contornos de su talle, antes redondos y encantadores, habían vuelto á adquirir toda su gracia y elegancia; el cabello se había espesado, y estaba deliciosamente cuidado y dispuesto por la mano de aquella suegra maternal, pero más tierna y previsora que una madre; la terrible enfermedad de la boca, que producto de largas amarguras empezaba á desarrollarse en Adriana, había sido contenida y curada por un hábil dentista; la vista de sus ideales gemelas, educadas por su abuela en el amor á lo bello y dedicadas al arte; la vista de aquellas niñas, sus hijas, sus primeras hijas, con los cabellos sueltos en rizos, los ojos y los labios sonrientes, y vestidas siempre con sencillez exquisita; la vista de los dos niños pequeños, risueños y cariñosos; la vista de Osvaldo, serio y gallardo como su padre; el contacto, en fin, de tanta pureza, de tanto cariño, de tanta hermosura, habían labrado el corazón de la madre, como el lapidario talla y pule un rico brillante envuelto aún en la tierra que le cubría.

A la vuelta del palacio ducal, Adriana subía

apoyada graciosamente en el pequeño brazo de Osvaldo; su abuela le había dicho al abrir Francisca la puerta de la calle:

—¡Da el brazo á mamá!

Adriana hablaba alegre y afectuosamente con su hijo, y la Condesa subía detrás, apoyada en el brazo de su favorita Augusta.

—Hay una carta—dijo Francisca;—está sobre la mesa del salón.

Al entrar, Adriana se dirigió ansiosamente hacia la mesa, tomó la carta, miró el sello, y exclamó palideciendo:

—¡De Londres!

—Abrela y lee,—dijo la Condesa.

—Es para usted, madre mía.

—No importa: léela.

Adriana la abrió con mano trémula; decía así:

«*Sra. Condesa viuda del Villar.—Londres, Febrero de 187...*

»Mi pobre amiga Leocadia se halla en esta ciudad gravísimamente enferma y privada completamente de recursos; yo estoy también sin ellos, y, por tanto, me permito escribir á usted para que noticie lo que ocurre á Adriana con las debidas precauciones, por si desea ó puede ver á su madre.

»Ésta se halla en la calle de la Reina Ana, número 96, y en la misma casa, y á su cuidado, se halla también su atenta S. S. Q. B. S. M.

La Baronesa de la Calzada.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dentro venía el billete que ya conocemos dirigido á Adriana.

—¡Dios mío, mi madre se halla en la misma casa donde reside Daniel!—exclamó aquélla atónita.

—¡Singular coincidencia!—murmuró la Condesa.

—¿Qué haré?—interrogó Adriana con angustia.

—¿Y lo preguntas, querida mía? ¡Ir á ver á tu madre, á que te perdone, á perdonarla!

—¡Dejar á mis hijos!

—Te llevarás á Dora; no pienses que te dejaré ir sola.

—¡Pero yo tiemblo de ver á Daniel!

—¿Tienes miedo á tu marido? ¿al sér que más te ha amado sobre la tierra?

—¡Pero ya no me ama! ¿No sabe usted que no contesta á mis cartas?

—¿No recuerdas tú lo que le has ofendido, querida mía? ¡Dos sagrados deberes te llaman á Londres: ver y abrazar á tu madre moribunda; ver á tu marido, á mi hijo! ¡Ve, Adriana mía, ve á cumplir la misión que Dios te encarga... es dura, es costosa, ya lo sé; pero no resistas á su voluntad paternal!

—¿Y por qué no va usted, madre mía? Usted lo conseguiría todo, en tanto que yo...

—Tu deber es ir á cerrar los ojos á tu madre y alcanzar su bendición antes de que muera.

—¿Por qué no viene usted conmigo?

—¿Y tus hijos? ¿Y mis nietos?

—Cristina los cuidará.

—Mi sitio es éste: la abuela es la guardadora del hogar, cuando los padres no cuidan de él como deben. ¡No, hija mía, no: sólo la muerte me hará abandonar mi sitio!

—¿Pero no basta su amor á Daniel para decidir á usted? ¿No ansía ver á su hijo?

—¡Con toda el alma! Pero amo, por lo menos tanto como á mi hijo, á mis nietos; y además, aquél ha sido culpable; éstos son inocentes y yo los adoro.

—Abuelita—dijo Augusta tomando la mano de la Condesa,—¿has escrito tú alguna vez á papá que venga?

—Jamás, hija mía.

—¿Y por qué?

—Porque no debo hacerlo: si viene y me pide perdón se lo concederé al instante, con dicha inmensa, con apresuramiento; pero no haré ninguna otra cosa. La madre tiene su sitio, que no puede ni debe dejar; la esposa, los hijos, tienen otros deberes distintos: yo me quedaré con vosotros. ¡Id, las que tenéis destinada por el cielo la dulce misión de consolar y redimir; id, Adriana, Dora, y traedme á mi hijo, al que es la mitad de mi vida, como vosotros sois la otra mitad! ¡Traedme á Daniel!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

Todo cuanto dinero había en los cajones de la antigua papelera de la Condesa fué recogido por ésta, y se encerró en una bolsa de seda, que la noble señora puso en la mano de Adriana.

—¡Cómo!—exclamó Adriana.—¿Me da usted todo el dinero que hay en casa?

—No: me quedo tres duros, hasta que cobremos el mes vencido de lecciones.

—¡Eso no puede ser! Yo buscaré allí, y aun aquí antes de salir...

—¿Y dónde, mi pobre Adriana?

—Pediré á Cristina...

—No pienses en eso: ha hecho ya empeño en que yo admitiera su ayuda, empeño formal, y lo he rehusado.

—¿Pero por qué?

—Por una repugnancia invencible á admitir nada en tanto que lo puedo obtener por mí misma.

La Condesa tenía razón: hija de un hombre altivo y honrado, y casada después para vivir en una holgura casi regia, la altivez aristocrática de su carácter se hallaba suavizada por una dulzura infinita; pero existía indomable en el fondo de aquella alma heróica.

Adriana, por el contrario, desde la cuna estaba acostumbrada á pedir y á tomar, hallando natural y fácil el que todos la favoreciesen.

Sin embargo, ya lo hemos dicho: el alma de esta mujer no era dura y malvada; debía todos sus defectos, así como todas sus desgracias, á su fatal educación: su madre, torcida desde muy temprano por la influencia de un esposo venal y depravado, la había querido modelar á su imagen y semejanza; pero sus fatales ideas, sus funestas doctrinas, no habían podido alterar el fondo del alma de Adriana, y la superficie turbia se había ido purificando al bienhechor influjo del heroísmo de la abuela.

—¡Oh, señora!—exclamó Adriana besando con lágrimas de gratitud la mano que le tendía aquel dinero, fruto sagrado del trabajo de una anciana y de tres inocentes niñas:—¡usted es mi verdadera madre, y no la que me ha dado vida material; porque á usted debo la vida del alma, y el no haber caído en el más profundo abismo de degradación; sus ojos maternales me han seguido por do quiera; su mano me ha sostenido siempre, y me ha señalado la senda del deber; y ahora mismo, para socorrer á mi madre, que tanto daño nos ha hecho á todos, me da usted todos los pobres haberes de que dispone, los míseros recursos de su casa!

—¡De mi casa!—repitió la Condesa.—¿Pues esta casa no es de todos nosotros? Y ese dinero ¿no lo hemos ganado todos? Tú, cuidando de la familia; las niñas, con su talento para la enseñanza; yo, con mis pobres tareas; y estas niñas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿no tienen el deber sagrado de socorrer á su abuela materna? Decid, hijas mías: si tuviérais un poco de dinero y yo estuviera enferma, ¿no lo gastarías por mí?

La respuesta á esta pregunta fué muda, pero elocuente.

Dora y Augusta se abrazaron á su abuela derramando lágrimas; Osvaldo y Clementina asieron sus manos besándolas con ternura, y Carlos se subió al regazo de la abuela.

—¡Por ti daríamos hasta la vida! —exclamó en voz baja Augusta, y cubriendo de besos los blancos cabellos de la anciana.

—¡Lo sé, lo sé, hijos míos; y como la madre de vuestra madre es tan abuela vuestra como yo, que soy la madre de vuestro padre, le debéis tanto cariño como á mí!

—¡Eso no!—dijo Osvaldo.—¡Tú nos quieres, y la otra abuela no!

—¿Qué sabes tú?—preguntó su madre.

—¡Si nos quisiera, viviría con nosotros!

—Vuestra abuela no ha podido vivir nunca en Madrid como yo; pero no por eso os quiere menos.

El niño meció la cabeza mal convencido, y tampoco lo quedaron sus demás hermanos.

El viaje se dispuso lo mejor posible, y Adriana partió acompañada de una de sus dos gemelas, de Dora, que era la que más se parecía á su padre, y era también la de carácter más vivo y animoso.

La dulce Augusta, delicada como una sensitiva,

ideal como la Ofelia de Sakespeare, no servía para ayudar á su madre, sino para llorar y sufrir en todas las contrariedades: por eso su abuela, que las conocía, había elegido á su hermana como compañera de su madre.

Las viajeras atravesaron París, y sin detenerse tomaron el tren de Inglaterra, atravesando el temido canal de la Mancha, y llegando á Londres en la mañana de un nublado día.

En la estación las esperaban Mistres Brandt y la Baronesa de la Calzada.

—¡Gracias á Dios que llegas, mi querida Adriana—dijo Clotilde:—lo deseaba así, tanto porque veas á tu madre, cuanto porque dejándola á tu cuidado, podré adelantar algo en mis negocios.

—¿Vive? —preguntó Adriana con angustia.

—Vive y está preparada para recibirte.

—¡Vamos, vamos á verla; ven, hija mía!

—¿Es hija tuya esta linda niña?

—Mi hija Dora: una de mis gemelas—dijo Adriana, presentando á su hija, no sin cierta expresión de orgullo maternal, á pesar de su pena.

La bella adolescente era digna de inspirarlo: casi tan alta ya como su madre, era, como ésta, esbelta y elegante; llevaba un vestido gris muy sencillo y un sombrero de fieltro del mismo color, con un velo blanco; este velo, anudado en la parte posterior de la cabeza, mezclaba sus largas puntas á los sedosos rizos de Dora, de un color castaño claro y armonioso; su abuela las había

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acostumbrado á llevar una gran parte de su abundante cabellera suelta en rizos por los hombros y espalda, y este peinado prestaba una gracia poética á las dos gemelas.

Dora llevaba unas botitas grises también, que dibujaban á la perfección su pequeño pie; guantes de medio color, corbata azul celeste, y un pequeño cabás en la mano.

El traje de su madre, de merino verde bronce, era de la misma hechura que el suyo. Adriana, curada ya de sus locas pretensiones á una niñez eterna y mimosa, madre ya, con la tierna gravedad que una madre necesita, había arreglado su atavío con una sencillez digna y modesta: sus rubios cabellos, de nuevo largos y espesos, cuidados con elegante esmero, se doblaban en trenzas, bajo un sombrero de fieltro color de castaña, con velo negro, y adornado con una larga y rica pluma del mismo color, resto de sus pasados esplendores, y este sombrío atavío la hacia parecer más joven de lo que era en realidad.

—¡Qué cambiada te hallo, Adriana!—exclamó Clotilde.—¡Apenas te conozco! ¡Qué dulce expresión en tus ojos! ¡Qué floreciente salud! ¡Qué bella estás! ¡Cuando dejé de verte, cuando dejaste el lado de tu madre y el mío, estabas envejecida, demacrada, irritable, iracunda, desesperada!... ¿Quién te ha cambiado así?

Adriana se contentó con sonreir tristemente; miraba á su vez á la pobre mujer que la hablaba;

habíala conocido siendo el astro de los salones y la reina de la elegancia, y ahora la encontraba horriblemente fea y demacrada, surcada su cara de arrugas profundas, con los ojos hundidos y huraños; á la una la había purificado el contacto de la virtud y de la desgracia; á la otra la había envilecido la ociosidad, el desorden, el hálito impuro de todas las malas pasiones.

La Baronesa precedió á la madre y á la hija hasta la habitación de Leocadia; ésta se hallaba recostada en una pila de almohadas, y esperaba palpitante y ansiosa la llegada de su hija.

La destrucción había invadido ya todo el sér de aquella mujer, que apenas llegaba á los umbrales de la ancianidad: sus cabellos se habían caído, y los que le quedaban se habían puesto del todo blancos; estaba espantosamente lívida, y su pecho se alzaba violentamente con una angustia profunda.

—¡Hija mía!—gritó con voz que quiso esforzar, sin que le fuera posible, pues ya se agotaban sus fuerzas.

Pero Adriana la oyó; toda la ternura que había profesado á aquella madre, demasiado indulgente durante tantos años, renació de repente: olvidó el desamor de los últimos tiempos, sus últimas crueldades, y su corazón palpitó hasta querer salirse de su pecho; corrió desalada hacia la pobre moribunda, y la abrazó con infinita y desolada ternura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Hija mía!

—¡Madre!

Estos dos gritos fueron á resonar en el corazón de Dora, que se echó á llorar.

—¡Al fin te veo!—exclamó Leocadia.—¡Cuánto lo ansiaba! ¡Ahora ya puedo morir!

—¡No hables de morir, madre mía!

—¿Me perdonas? ¿Eres feliz?

—¡Ahora que te veo, soy casi dichosa!

—¡Ya te se conoce! ¡Qué bella estás otra vez! ¡Sí: tu eres mi Adriana, aquella Adriana que era mi orgullo y mi delicia! ¡Este es tu cabello rubio, tan hermoso y abundante! ¡Esos son tus ojos!

La mujer de mundo, la heroína de los salones, no podía olvidar, ni aun á las puertas de la muerte, la pasión por la belleza, que toda su vida había alimentado; los sentimientos tiernos tenían poca entrada en aquella alma frívola y superficial.

—Mamá—dijo Adriana,—te traigo á una de mis hijas mayores. ¡Mírala! Se llama Dora, ¿te acuerdas? ¡Se parece á tí! Dora, abraza á tu abuela.

Al oir la palabra *abuela*, Leocadia desvió la vista con disgusto: era tal su apego á la juventud y á sus goces, que todo lo que implicaba ideas contrarias la era penoso y aborrecible.

Miró á la niña y dijo friamente:

—Es bonita... Se parece á su padre... ¡Qué muchacha tan alta!

Y separó de nuevo los ojos de su nieta.

—Amiga mía—dijo Adriana á Clotilde,—la vista de esta niña impresiona tristemente á mi madre: llévala á otra habitación.

—Sal á la antesala y entra en la puerta de la izquierda, mi pequeña Dora—dijo la Baronesa:—allí está el comedor.

La niña obedeció tristemente; al entrar en la habitación indicada vió á un hombre vestido con sencillez y elegancia, que de pie al lado de una mesa miraba los sobres de algunas cartas; al ruido de los pasos de Dora se volvió, se quitó el sombrero que llevaba puesto para salir, y la saludó cortesmente.

Dora respondió á su saludo con una graciosa reverencia; se quitó el sombrerito, y sus hermosos rizos inundaron sus hombros y su espalda; se quitó luego los guantes, y se sentó.

—¿Quiere usted algo, señorita?—preguntó el que leía los sobres de las cartas, en correcto español.—¿Busca usted á la señora de la casa?

—No, caballero—respondió Dora:—soy una viajera que acaba de llegar.

—¿De París?

—De España; espero aquí á mamá, que se halla en la habitación de mi abuela enferma.

—¿Luego es usted nieta de una dama que, según he oído, ha llegado enferma hace algunos días?

—Precisamente.

—Aunque no la conozco ni la he visto, me in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

teresa, porque dicen que es española como yo; ¿y de qué parte de España llega usted con su señora madre?

—De Madrid mismo, caballero.

—Yo vivo en esta fonda, y aunque sólo vengo á ella á dormir, ofrézcame usted á su señora madre para todo cuanto me crea útil.

—Diré á mi madre el bondadoso ofrecimiento de usted.

—Esta noche me ofreceré yo mismo á sus órdenes. Adiós, señorita.

—Adiós, caballero.

—¡Qué encantadora criatura!—pensó Daniel Villar volviéndose desde la puerta para mirar á Dora.—¡Qué rostro tan angelical!

—¡Qué cortés y qué afable es ese señor!—se dijo Dora.—¡Y qué buena figura tiene!

Y apoyando la mano en la mejilla, quedó pensativa.

Daniel salió; pero al fin de la escalera una fuerza irresistible le hizo volver á subirla, y entró de nuevo en el comedor; no sabiendo qué hacer, empezó á registrar de nuevo las cartas y periódicos.

—¿Está usted triste, señorita?—preguntó tímidamente á la niña.

—Sí, caballero,—contestó ésta con candor.

—¿Y por qué? ¿Lo puedo saber?

—¡Por dos cosas: por lo que mi madre sufre aquí, y por haber dejado en Madrid á mi abuela y á mis hermanos, á los que amo mucho!

—¿Tiene usted muchos hermanos?

—Dos, y dos hermanas.

—¿Menores que usted?

—Una es gemela mía; los otros tres son más pequeños.

—¡Dos gemelas!—repitió Daniel pensativo.—¿Qué edad tiene usted?

—Cerca de catorce años.

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—¿Porqué no? Me llamo Dora del Villar.

—¿Y su hermana de usted? ¿Su hermana gemela?

—Se llama Augusta.

Daniel se apoyó en la pared: un deslumbramiento pasó por sus ojos; se puso lívido, y un segundo después se precipitó sobre Dora, á la que estrechó convulsivamente entre sus brazos, sujetándola á su pecho, y sin poder gritar ni hablar.

Por una maravillosa intuición del alma, la adolescente no se asustó, ni su espanto hubiera podido durar mucho: un segundo hacía que se hallaba en los brazos de aquel hombre, cuando sintió caer sobre su frente y sus cabellos la lluvia de un llanto cálido, como las gotas de una tempestad, y en su oído resonó una voz que murmuraba con acento sofocado y obscuro:

—¡Hija mía!... ¡Hija mía! ¡Hija mía!

—Dora, ¿dónde estás?—dijo cerca de la puerta del comedor la dulce voz de Adriana.—Ven, hija mía, vuelve conmigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y Adriana apareció á la puerta.

Daniel fijó en ella una mirada sombría; tomó á Dora entre sus brazos, y pasando como un relámpago por delante de su mujer, corrió con su preciosa carga á encerrarse en su cuarto, cuya puerta cerró por dentro con doble llave.

Adriana, atónita, perdió el color; luego, como si un resplandor fúnebre hubiera iluminado su mente, lanzó un gemido y cayó desmayada.

XI

—¡Dora! ¡Hija de mi alma! ¿Eres tú? ¿Eres mi hija, una de mis hijas? Porque yo soy tu padre, yo soy Daniel Villar, ¿me entiendes? ¿Me conoces? ¿Y tus hermanos? ¿Y mi madre, mi adorada y santa madre?

Estas palabras se escaparon en desbordado torrente de los labios de Daniel así que pudo dejar á su hija de pie, soltándola de entre sus robustos brazos, pero sin dejarla de la mano, como si temiera que se la fuesen á robar.

Sentándose después, puso sobre sus rodillas á la aturdida niña, que le miraba con profunda ternura, y que le echó los dos brazos al cuello, haciéndole con ellos un amoroso collar.

—¡Ah, papá! ¡Mi querido papá!—exclamó con los ojos llenos de lágrimas.—¿Con que eres tú? ¿Ya

te encontré? ¿Ya has vuelto de tus largos viajes? ¿Ibas ahora á Madrid, verdad? ¿Has visto á mamá? ¿Te vendrás con nosotras?

—No, hija mía—contestó Daniel estrechando otra vez á Dora contra su corazón:—yo no me iré; pero tú quedarás aquí conmigo.

—¿Y mamá? ¿Se quedará?

—No: tu madre se irá cuando quiera.

—¿Y á dónde se irá?

—¡A Madrid, á su casa!

—¿Pero no viviremos aquí todos; no vendrán la abuelita, Augusta y los niños?

—Si quieren, sí.

—¿Y mamá?

—Tu madre vivirá sola.

—¡Dejar á mamá! ¡eso jamás! Ninguno queremos hacerlo, empezando por la abuelita.

—Entonces—dijo Daniel con amargura—quedaos con vuestra madre, y que venga la mía: eso me bastará.

—¡Dejar á la abuelita! ¿y podríamos hacerlo? Todos nos moiríamos de pena, y ella misma no consentiría en separarse de nosotros; y además que eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque trabajamos todos juntos, y todos ganamos el dinero. La abuelita, Augusta y yo, damos lecciones de pintura, de francés y de inglés; mamá da lecciones de canto, de gramática, de dibujo y de labores bonitas, como bordar y hacer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

flores; Clementina cose; los dos niños estudian y nos divierten con sus risas y sus juegos.

—¿De modo que todos sois felices?—murmuró Daniel mirando á su hija dolorosamente.

—Cuanto es posible serlo sin tí; pero ahora lo seremos mucho más, porque te vendrás con nosotras; yo no te dejo ya.

—Pues quédate conmigo.

—No puede ser. La abuelita nos dijo á mamá y á mí: «¡Idos, amadas mías, y traedme á mi hijo, á mi Daniel!»

—¿Eso dijo?

—Sí, papá; y además de eso, dijo otra cosa, que yo sola oí: el día antes de marcharnos dormía Augusta profundamente; yo, que ocupo una cama al lado de la suya, estaba desvelada; era ya cerca de la madrugada, cuando la abuelita entró con una lamparilla en la mano, se detuvo al lado de mi cama, y sin reparar en que estaba despierta, dijo á media voz: «¡Angel mío, Dora, tú traerás á tu padre á mi lado!»

Inclinóse dicho esto para besarme en la frente, y cayeron algunas lágrimas sobre mi rostro; yo había cerrado los ojos para que me creyese dormida; ¡pobre abuela mía! ¡llorar ella, tan viejecita, con el cabello todo blanco! ¡Ah, papá, esto me desgarraba el corazón!

Daniel ocultó los ojos con la mano, y dejó escapar un sollozo; el dolor, la vergüenza, la ternura, invadían su corazón al pensar en su heróica madre.

Dora, que lloraba también, echó atrás sus copiosos rizos con un hechicero y natural movimiento; sacó del bolsillo su pañuelo, y separando la mano de su padre, le enjugó los ojos y le besó tiernamente en ellos.

—¿Con que trabajáis todos?—preguntó Daniel, cuyo corazón se había estremecido de placer con aquella inocente caricia, y que sentía una dicha inefable al tener á su hija entre sus brazos.

—¡Todos, papá, y mucho, y con mucha alegría!

—¿Quién os ha educado para que sepáis enseñar, Dora mía?

—Desde leer y escribir, hasta todas las labores; desde lo más sencillo, hasta lo que sabemos de más difícil, todo nos lo ha enseñado una sola maestra.

—¿Quién?

—La abuelita.

—¿Ella os ha educado?

—Ella sola, y á mamá. Mamá, cuando llegó con Carlitos, no sabía nada más que tocar el piano, y poco, porque lo había olvidado; estaba enferma y muy desmejorada la pobre; ahora está alegre casi siempre, excepto cuando habla de tí, que llora,—añadió la niña en una especie de paréntesis, y queriendo ante todo poner á su madre en el mejor lugar posible.

—¿Llora?—repitió Daniel maquinalmente.

—Sí, papá, llora; y cuando los domingos nos lleva á paseo á Augusta y á mí, y nos habla con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquella adorable confianza que hace la miremos como á una amiga, nos dice: «Hijas mías, amad con todo vuestro corazón á vuestra abuela como la amo yo, que le debo mi redención y mi resurrección moral; yo era mala, egoísta, perezosa, inútil para todo menos para gastar dinero. Así pasé los más bellos años de mi vida; y sin embargo, cuando ya no era joven, vine al lado de vuestra abuela, que me amparó en su casa, y ella me abrió las puertas de otra nueva y eterna juventud; ella me ha educado y me ha enseñado el trabajo y la paciencia, que son las dos más santas leyes de la vida.»

Daniel quedó silencioso y pensativo; la hiel que llenaba su alma se iba asumiendo en mil sentimientos gratos; la dulce voz de su hija; el recuerdo del amor y de las virtudes maternales; aquel eco del hogar doméstico, hacía tantos años perdido para él; el filtro embriagador que se desprendía de los labios de Dora, y que parecía el fresco y embalsamado ambiente de la primavera, le sumergían en un aturdimiento tal, que no podía darse cuenta de lo que pensaba.

—¡Oh, padre mío, cómo ha cambiado tu fisonomía! ¡Cómo brillan tus ojos!—exclamó Dora.—¡Ahora te pareces todo á Osvaldo, lo vas á ver!

—¡Cómo!—exclamó Daniel.—¿Tienes ahí el retrato de tu hermano, Dora?

—¡Los de todos mis hermanos; mira, y el de la abuelita: toma!

La niña sacó apresuradamente del bolsillo de su traje cinco fotografías. Daniel, ansioso, no sabía á cuál mirar primero: quería ver á su madre y á todos sus hijos á la vez, y los besaba una después de otro, y todos reunidos en su mano, llorando con abundantes y consoladoras lágrimas.

—¡Madre mía! ¡Oh, madre mía, qué anciana estás ya para desgracia mía!—exclamó.—¡Oh, hijos míos, hijos de mi alma, qué hermosos sois!

—¡Mira Augusta, papá!—dijo Dora.—Se parece á la idea que nos hacemos de Ofelia, la heroína de Shakespeare! ¡Mira qué figura tan delicada, qué largos rizos rubios, qué ojos azules tan grandes, qué melancolía en sus facciones! Augusta está siempre triste, papá, y muchas veces, al ver á las niñas de nuestra edad pasear con sus papás, me dice: «Dora, nosotras no tenemos padre; el nuestro no nos quiere, porque está lejos de nosotras.»

—¡Calla, calla por Dios! —exclamó Daniel, que separó de sí á Dora, y levantándose se puso á pasear con agitación.—¡No digas eso! ¡No amaros yo! ¡Pues si por vosotros, por mis hijos, no me he dado mil veces la muerte!

Y sin dejar de pasearse, iba mirando los retratos y besándolos con profunda ternura.

—La abuelita—dijo Dora—no ha querido que viniese Augusta, sino yo, por dos razones: una, porque como hemos venido para ver á la otra abue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lita, que está muy enferma, ha temido que Augusta se pusiera mala, porque todo la impresiona y aflige; y la otra, por no quedarse sin ella, porque la quiere con pasión. Ya ves, papá, cómo no puedes dejar de venirte con nosotras.

—¿Son esas las razones que hay?—preguntó Daniel, deteniendo su paseo ante su hija;—¿el que tu abuela ame en extremo á tu hermana?

Y por los labios del padre pasó una casi alegre sonrisa.

—No, papá—dijo Dora:—la razón principal es que si digo á mi hermana en una carta: «He hallado á papá, y como no puedo renunciar á él, después de haberle conocido, y como no quiere salir de aquí, me quedo con él y renuncio á todos vosotros;» si la digo esto, Augusta se morirá de pena, porque como somos gemelas y nos queremos tanto, no podrá vivir sin mí.

—Vete entonces al lado de tu hermana.

—¿Renunciar á tí? eso jamás, padre mío; pero ¿y mi madre? Hasta luego, papá: voy á buscarla, y á ver á mi pobre abuela enferma.

—¿Te acuerdas de ella?

—Así como de un sueño: siendo pequeñitas Augusta y yo, venía á veces á casa y se llevaba á mamá; pero como nunca nos quiso ella, ni vivía con nosotros como la otra abuelita...

Dora no pudo terminar: dos golpes sonaron á la puerta de la estancia.

La niña abrió la puerta quitando las dos vueltas que tenía la llave, y una figura pálida y triste apareció en el umbral.

Era Adriana. Adelantóse lentamente, cerró tras de ella la puerta, asió á su hija de la mano, y haciéndola arrodillar con ella á los pies de Daniel, dijo con voz quebrantada y llena de lágrimas:

—¡Hija mía, pide perdón á tu padre para mí!

—Papá—dijo Dora asiendo las dos manos de Daniel,—yo no sé en qué mi madre ha podido ofenderte; pero sea en lo que quiera—y no me lo digas jamás,—en nombre de mi abuela, que la quiere como á su hija; en nombre de mis hermanos que la adoran; en nombre mío, que ya no me separaré nunca de tí, pues que estás solo y triste, perdónala!

—¡Aparta! —exclamó Daniel.—¡No sabes lo que pides, desgraciada niña; no sabes que esta mujer nos abandonó á todos! ¡No, no hay perdón para un crimen tan grande! ¡Por no perdonarla no estoy yo á vuestro lado, al lado de mis hijos! ¿Y ahora, por sorpresa, en un momento lo he de olvidar todo? ¡Eso no está en mi poder!

Adriana ocultó el semblante entre las manos y dobló la cabeza, presa de un profundo dolor; Dora, que como ella permanecía arrodillada, la abrazó con pasión.

—¡Mamá—le dijo,—por amor mío y de mis hermanos, responde á esos cargos! ¡Que yo pueda defenderte... si no, moriré de dolor! ¿Por qué nos dejaste? ¿Quién te obligó á ello?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Me lo rogaba, me lo mandaba mi madre, hija mía, y yo, que la adoraba, no supe resistirla!

—¿Te obligó á ello mi abuela? ¿La que se muere ahora?

—¡Sí... tu abuela!

—¡Yo absuelvo y perdono á mi madre de ese abandono, señor!—dijo la niña, obligando á levantar á Adriana y levantándose también.—Yo, hija, comprendo hasta dónde puede alcanzar el amor filial: mi madre no sabe mentir, y si aquella huída de la casa de su esposo y de sus hijos hubiera tenido otro motivo, no hubiera dado el que acaba de decir.

Adriana, sostenida moralmente, alentada en aquel trance terrible por su hija, pasó un brazo alrededor del cuello de Dora, y alzando los ojos al cielo, dijo con voz solemne:

—Por la vida de mis hijos, por la agonía de mi madre, que va á morir, juro que nada hay en mi vida que me haga indigna de los que amo: la escasez, la pobreza me asustaban, y fuí al lado de mi madre, que me brindaba el lujo y la riqueza.

—¡Adriana, Adriana, sal al instante!—gritó la voz de la Baronesa.

Daniel abrió la puerta.

—Me hacen venir para prevenirte—dijo Clotilde.—¡Valor, Adriana! Tu madre pide verte, y á tu hija también, y á Daniel, que acaba de saber vive aquí.

—¿Quién se lo ha dicho?—preguntó Daniel.

—Un criado de la casa, que, creyéndola de menos peligro, le ha contado la escena del comedor cuando se llevó usted á Dora. Leocadia lo ha adivinado todo.

—No voy—dijo Daniel bruscamente:—¿para qué he de ver á esa mujer, causa de todos mis males?

—¡Ah, papá, para perdonarla!—exclamó Dora mirándole con ternura.—¡Es tan dulce perdonar!...

—Señora, puede usted ir al lado de su madre y llevarle á esta niña—dijo Daniel.—En cuanto á mí, no tengo el valor necesario para volverla á ver.

—¡Oh, no! ¡Yo no me separo de aquí!—gritó Dora pálida y convulsa, asiéndose á su padre.—Mi abuela se morirá de todos modos; yo no la conozco, no la quiero, porque ella separó á mamá de nosotros; ¿por qué he de ir á verla? ¡Para que mientras yo estoy allí, papá huya de aquí, y le perdamos para siempre! No, yo no me separo de él, mamá! Ni tú tampoco; ¿no sabes lo que nos dijo mi abuela? *¡Traedme á Daniel!* Sí, nos lo encargó, y yo no he de dejar ya que se me escape. Es la única gran prueba de amor que puedo dar á mi abuela, y se la daré...

—¡Dora, hija de mi alma! ¡Mira que yo debo ir al lado de mi madre!—sollozó Adriana.—¡Si ahora falto yo á este deber sagrado, temeré que cuando yo vaya á salir de este mundo, faltéis vos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otras, mis hijas, al lado de mi lecho, para cerrarme los ojos!

—¡No, no dejo á mi padre, que va á alejarse de nosotras!—respondió Dora, cuyo frágil cuerpo sacudía ya una convulsión nerviosa por la violencia que se hacía para desobedecer á su madre.

—¡Ven, hija mía!—dijo gravemente Daniel.—Yo iré contigo, y por tí venceré el rencor que esa mujer me inspira: es la mayor prueba de amor que puedo darte.

Dora se apoyó con fuerza en el brazo de su padre: estaba pálida y demudada; ambos se encaminaron á la habitación ocupada por Leocadia, y Adriana los siguió, absorta en un mar de pensamientos, cada uno más amargo y doloroso.

XII

Leocadia se hallaba casi incorporada en el lecho, y sostenida por muchas almohadas colocadas detrás de su espalda; la palidez de la muerte cubría sus mejillas; sobre sus ojos, aún hermosos y que parecían más grandes, se había ya extendido la sombra funeral de la muerte; de vez en cuando aquellos bellos y rasgados ojos se cerraban con fatiga; su pecho se levantaba con una angustia profunda.

Adriana corrió al lecho de su madre, y la abrazó vertiendo lágrimas; luego se volvió á la Baronesa y le preguntó:

—¿Se ha confesado?

—No quiere—respondió ésta:—ya se halla en casa un sacerdote católico esperando á que le llame; pero no lo espero.

Leocadia oyó estas palabras, é hizo con la cabeza una enérgica señal de negación.

—Madre mía, ¿por qué no quieres escuchar al ministro del Señor?—preguntó dulcemente Adriana.—¡Esto no te pondrá peor: al contrario, quizá la tranquilidad del ánimo traerá para tí una saludable mejoría!

—No—contestó Leocadia con voz débil:—sé que me muero; pero no quiero confesarme.

—¿Y por qué?

—¡Porque no creo desde hace mucho tiempo en ninguna de vuestras sandeces!

—¡Oh, mamá! ¡Hazlo por mí, por tu hija única, á la que tanto has querido siempre!

—¡No! ¿Qué me importa de tí, hija ingrata, que dejaste mi lado y me abandonaste á mis enemigos?

—Madre mía, ¿no recuerdas que me dijiste que me fuera? ¡Yo no te abandoné! ¡Yo te amaba y te he amado siempre! ¡Tú, por desgracia, me perdiste todo el cariño que me habías tenido!

La moribunda guardó un sombrío silencio.

—¡Madre, por Dios, déjame llamar al sacerdote!—insistió Adriana.—¡No me dejes con la horri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otras, mis hijas, al lado de mi lecho, para cerrarme los ojos!

—¡No, no dejo á mi padre, que va á alejarse de nosotras!—respondió Dora, cuyo frágil cuerpo sacudía ya una convulsión nerviosa por la violencia que se hacía para desobedecer á su madre.

—¡Ven, hija mía!—dijo gravemente Daniel.—Yo iré contigo, y por tí venceré el rencor que esa mujer me inspira: es la mayor prueba de amor que puedo darte.

Dora se apoyó con fuerza en el brazo de su padre: estaba pálida y demudada; ambos se encaminaron á la habitación ocupada por Leocadia, y Adriana los siguió, absorta en un mar de pensamientos, cada uno más amargo y doloroso.

XII

Leocadia se hallaba casi incorporada en el lecho, y sostenida por muchas almohadas colocadas detrás de su espalda; la palidez de la muerte cubría sus mejillas; sobre sus ojos, aún hermosos y que parecían más grandes, se había ya extendido la sombra funeral de la muerte; de vez en cuando aquellos bellos y rasgados ojos se cerraban con fatiga; su pecho se levantaba con una angustia profunda.

Adriana corrió al lecho de su madre, y la abrazó vertiendo lágrimas; luego se volvió á la Baronesa y le preguntó:

—¿Se ha confesado?

—No quiere—respondió ésta:—ya se halla en casa un sacerdote católico esperando á que le llame; pero no lo espero.

Leocadia oyó estas palabras, é hizo con la cabeza una enérgica señal de negación.

—Madre mía, ¿por qué no quieres escuchar al ministro del Señor?—preguntó dulcemente Adriana.—¡Esto no te pondrá peor: al contrario, quizá la tranquilidad del ánimo traerá para tí una saludable mejoría!

—No—contestó Leocadia con voz débil:—sé que me muero; pero no quiero confesarme.

—¿Y por qué?

—¡Porque no creo desde hace mucho tiempo en ninguna de vuestras sandeces!

—¡Oh, mamá! ¡Hazlo por mí, por tu hija única, á la que tanto has querido siempre!

—¡No! ¿Qué me importa de tí, hija ingrata, que dejaste mi lado y me abandonaste á mis enemigos?

—Madre mía, ¿no recuerdas que me dijiste que me fuera? ¡Yo no te abandoné! ¡Yo te amaba y te he amado siempre! ¡Tú, por desgracia, me perdiste todo el cariño que me habías tenido!

La moribunda guardó un sombrío silencio.

—¡Madre, por Dios, déjame llamar al sacerdote!—insistió Adriana.—¡No me dejes con la horri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ble pena de tu impenitencia! ¡Permite que llegue tu alma á los pies de Dios purificada de sus culpas!

—¡Déjame morir en paz!—exclamó Leocadia. —¡En nada creo!

—Madre—dijo Adriana acercando sus labios al oído de la rebelde pecadora,—las oraciones del sacerdote apartarán de los umbrales de esa otra vida en que vas á entrar, á una sombra irritada... Yo nada sé de esta terrible página del libro de tu vida... pero me lo figuro todo... Madre, ¿no te acuerdas ya de tu segundo esposo? ¿No ves en sueños terrible y amenazador al Conde del Villar?

Leocadia abrió espantada los ojos, que tenía cerrados al hablar su hija; pasó por ellos como una luz funeral, y dijo con voz ahogada:

—¡Que venga... que venga el confesor!

Todos se retiraron á los pies de la estancia, y el sacerdote escuchó la confesión de Leocadia y purificó aquella alma llena de sombras con las sagradas palabras de la absolución, con que la Iglesia despide hasta á sus hijos más culpables.

En seguida llegó Dios á visitar á aquella criatura rebelde bajo la forma del Santo Viático, preparado, como la Unción, en una habitación próxima; y ya reconciliada con su Dios, Leocadia probó algunos momentos de reposo.

—¡Mamá—dijo Adriana, que lloraba copiosamente,—perdóname todo lo que haya podido ofenderte, y bendice á mi hija!

—¿No está allí?—preguntó Leocadia.—¿No estaba allí hace poco con su padre? Creo haberla visto... pero ya mi vista se turba...

—Aquí está Daniel y nuestra hija...

—Que se acerquen los dos...

A una señal de Adriana se acercaron padre é hija.

La moribunda buscó á tientas la mano de Daniel, cuyo primer movimiento fué retirar la suya; pero después, por un violento esfuerzo, la colocó bajo la de la pobre mujer.

—¡Adriana ha sido siempre una mujer honrada, Daniel!—dijo Leocadia.—En esta hora, en que ya estoy al borde de la tumba, no sabría yo, no podría mentir... Sólo á tí ha amado sobre la tierra, y lejos de tí... lejos de la influencia de tu amor y de la influencia de tu madre, hasta se olvidó de su belleza y de su juventud... hasta se volvió fea... y eso la hizo perder mi cariño... ¡Daniel, cree á una madre moribunda! Mi hija no es indigna de tí... ¡Créeme... y dime que me crees, para que pueda yo morir en paz!...

—Lo creo... señora,—dijo Daniel con esfuerzo.

—Por la vida eterna donde voy á entrar, te juro que puedes creerlo...—dijo Leocadia con una energía y una convicción que parecían dictadas por una fuerza sobrenatural.

Reinó durante algunos instantes un silencio sólo interrumpido por la recomendación del alma que rezaba el sacerdote.

—Ven, hija mia... ¿Quién de mis... *nietas* eres

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tú?—preguntó Leocadia, pronunciando aún con amargura aquella palabra.

—Es Dora...—respondió Adriana acercando á la niña.—¡Es una de mis gemelas, mamá!

—¡Pobres niñas! ¡Cómo me irritó vuestro nacimiento!—dijo Leocadia con una triste sonrisa.—La idea de que iba á ser abuela, era para mí un tormento... ¡Ah! ¡De qué dichas tan puras me he privado por culpa mía! ¡Ven, hija mía, ven para que te dé el primer beso maternal!...

Dora inclinó su linda cabeza, poblada de rizos, para que su abuela apoyase en su frente sus labios, fríos ya.

—Hijas mías, sed buenas para vuestra madre... amadla... amad á vuestro padre... amad, y, sobre todo, obedeced á vuestra abuela... á la otra abuela que os queda... y decidle que ruegue á Dios por mí.

—Ven, Adriana—dijo Daniel, que rendido por lo triste y solemne de la situación, olvidó todos sus rencores, y sólo pensó en evitar á su mujer el dolor de ver espirar á su madre;—ven conmigo.

Pero Adriana y Dora, inclinadas sobre la moribunda, lloraban silenciosamente, teniendo cada una asida una mano de Leocadia.

—¡Bendito... bendito seáis, Dios mío!—murmuró Leocadia en el estertor ya de la agonía.—Me habéis dejado morir... viendo á mis hijas... ¡Yo os adoro, yo creo en Vos... misericordia... perdón...!

Su cabeza cayó hacia atrás; sus ojos se cerraron, y una sonrisa de tranquilidad y de paz erró por sus labios, helados ya por el soplo de la muerte.

. . . . . .

En la tarde de aquel mismo día, Dora escribía á su abuela este telegrama, dictado por su padre:

«Mi abuela acaba de morir. Mamá sale dentro de tres días para esa; yo me quedo con papá, que está solo y triste. ¡Adiós, abuela mía!»

—Ahora—dijo Daniel tomando el papel para llevarlo á las oficinas de Telégrafos,—ve al lado de tu madre, hija mía, y acompáñala en su justo dolor.

—¡Oh, papá mío!—exclamó Dora.—¡Piénsalo bien antes de salir! ¿Te niegas á venirte con nosotras?

—Absolutamente,—contestó con firmeza Daniel.

—¿No te llama allí el amor de mis hermanos?

—¡Dora, no desgarres mi corazón!—exclamó el pobre padre.—¡Por ver una sola vez á mis hijos, consentiría en morir mañana si los abrazase hoy! ¡Por ver á mi madre, soportaría los más terribles dolores!... ¡Considera, después de dicho todo esto, si me costará quedarme, y no me ruegues más!...

La niña inclinó la cabeza, y en su bello rostro se pintó una angustia mortal; pero no contestó nada.

—Ya no eres una niña, Dora—prosiguió Da-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

niel,—y quiero abrirte uno de los pliegues más sombríos de mi corazón: no puedo vivir con tu madre sin darme ante el mundo una patente de hombre débil y sin honor... me abandonó á mí y á vosotros, y huyó de la casa conyugal, sin una palabra de despedida.

—Se llevó á uno de nosotros, y los demás la hemos perdonado, padre mío.

—¡Yo no puedo perdonarla!

—Pues si no puedes, ¿qué hacer?—dijo Dora tristemente.—¡Nos resignaremos á nuestra gran desgracia! ¡Yo perderé á mi madre, á mi abuela, á mis hermanos! ¡Ellos nos perderán á tí y á mí!

—¡No, hija mía! Vete con tu madre y vuelve al lado de los que amas.

—¡Te amo á tí, papá mío, y con todo mi corazón! por eso no te dejaré. ¡Si supieras cuánto Augusta y yo hablábamos de tí con nuestra abuela! ¡Si supieras cuánto deseábamos verte! Mamá nos decía que eras muy bueno y que nos querías mucho, y aún te recordábamos de cuando éramos pequeñitas: ¡más feliz que mis hermanos, te he conocido y no te dejaré ya! ¿No quieres venir con nosotras? Pues yo me quedaré contigo.

—¿Y Augusta?—exclamó el padre aterrado al pensar en la solidaridad que une á los hermanos gemelos, y que desde su nacimiento unía también á sus dos hijas.

—¡Será lo que Dios quiera, porque no puede pasarse sin mí y es muy delicada!

—¿Y tú?

—Yo moriré lejos de ella y de mi abuela—respondió Dora con sublime sencillez;—pero mientras viva estaré á tu lado y no te dejaré solo.

—¿Y crees que yo te dejaré morir?

—No hay más remedio, puesto que no puedes venirte con nosotras.

Daniel salió de la estancia, llevando, sin embargo, en la mano el telegrama de Dora á su abuela; su corazón se desgarraba, su corazón volaba hacia su madre, hacia sus hijos; su orgullo herido le retenía en suelo extranjero, como una cadena de hierro.

Cuando su padre salió, Dora permaneció algunos instantes como asombrada.

Apoyó sus dos brazos en una mesa que tenía cerca, y en ellos su cabeza dolorida; pareciale que su corazón se había dividido en dos, que una mitad se iba á Madrid con su madre, y que la otra sangraba dentro de su pecho.

Esta tremenda lucha la quitó hasta el pensamiento, y su madre, cuidadosa por su ausencia, fué á buscarla, hallándola inmóvil en su doliente postura.

—¡Dora!—dijo Adriana, que al levantarse de orar ante el cadáver de su madre, se halló á su hija como anonadada.—¡Dora, hija mía! ¿Qué tienes? ¡Qué pálida estás! ¿Dónde está tu padre?

—¡Ah, mamá!—exclamó la niña sollozando:—¡no quiere venir con nosotras!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Dónde está ahora?

—¡Ha ido á poner un telegrama á mi abuela, que he escrito yo!

—¿Te lo ha mandado él?

—¡Sí, mamá!

—¿Y qué dice?

—Que tú marcharás dentro de tres días, y que yo me quedo aquí.

—¿Y quieres quedarte tú?

—¡Es mi deber!

—¡Tu deber el abandonarme!

—¡Tú tienes á mis hermanos; papá está solo!

—¡Es verdad!—exclamó Adriana, asiendo convulsivamente á su hija entre sus brazos:—él está solo y tú no le dejarás... yo debe cederte á él... ¡Pero cómo vivir sin ti, mi bien, mi dulce Dora!

—¡Dios nos dará fuerzas á todos, mamá!

—¡Ven, hija mía, ven á orar conmigo!—dijo Adriana.—Arrodillate ante el cadáver de tu abuela, y ojalá su alma, purificada por el arrepentimiento, y ya al lado de Dios, nos alcance algún consuelo de su bondad. ¡Pidámosle á lo menos resignación!

El resto de la tarde y la noche entera lo pasaron madre é hija al lado del cadáver.

A las diez de la mañana siguiente, y poco antes de que viniesen á buscar aquellos tristes restos, la Baronesa entró con un pliego en el salón.

Era un telegrama de Madrid para Dora.

Su padre la llamó desde la puerta de la estancia mortuoria, y le presentó el pliego, que la niña abrió con mano trémula; decía así:

«Dora: Si tu padre no quiere venir, déjale que se quede; tú acompañarás á tu madre, y te volverás á mi lado; te lo pido en nombre de los días que me quedan de vida.»

Dora, yerta, inmóvil de pavor, tendió á su padre el telegrama de su abuela.

Daniel pasó la vista por él, y una palidez cadavérica cubrió sus facciones.

Antes de que ni el padre ni la hija pudieran hablar, entraron de la parroquia católica á buscar el cadáver. Adriana, que aún permanecía arrodillada, lanzó un grito penetrante.

—¡Oh, madre mía, madre mía!—exclamó.—¡Para siempre adiós!

Daniel acudió á socorrer á su mujer; en el fondo de aquel corazón había reverdecido el amor de la juventud, y entre los escombros y las ruinas de todas sus esperanzas, brotaba la rama fresca y florida del cariño paternal, que le hacia olvidar sus pasados tormentos.

El cadáver salió de la casa, y Daniel subió á un coche para acompañarle á un cementerio católico.

La brillante, la hermosa, la adorada Leocadia Torres, no llevó á la tumba otro acompañamiento que Daniel Villar, la más desgraciada de sus víctimas, y Mister Brandt, esposo de la antigua camarera de Clotilde.

Al día siguiente, Daniel, que tenía algunos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ahorros de sus trabajos en el bufete del abogado que le ocupaba, costeó un modesto funeral por la madre de su esposa, en una capilla católica, y entregó á Mistres Brandt una cantidad para que hiciera los trajes de luto de Adriana y Dora.

La Baronesa lloró sinceramente á su amiga, y se quedó en Londres al lado de su antigua camarera, que, como ya dijimos, la ocupó en un cargo de confianza.

Al día siguiente de los funerales, Adriana fué á despedirse de la tumba de su madre; cubríala una sencilla lápida de mármol negro, sobre la cual se leía este solo nombre:

LEOCADIA

Dora acompañó á su madre; eran las ocho de la mañana, y á las diez debía Adriana tomar el tren para España.

Adriana besó con lágrimas la piedra después de un rato de fervorosa plegaria, y seguida de su hija salió del cementerio y volvió á su casa. Daniel las esperaba en el salón.

—Adiós, papá—dijo Dora con voz quebrantada.—Dame un abrazo para que lo lleve á mi abuela.

—¡Cómo! ¿Me dejas?

—Mi abuela lo manda.

Tomaron un carruaje de alquiler, subieron los tres en él y llegaron á la estación.

—¿Dónde están tus promesas?—exclamó dolorosamente Daniel mirando á su hija.

—No me puedo resistir al mandato de mi abuela.

—¡Vente, Daniel! —murmuró tímidamente Adriana.—¡Vuelve á tu patria, tus hijos te tienden los brazos! Tu madre me dijo: *¡Tráeme á Daniel!*

—¡Viajeros al tren!—gritó una voz.

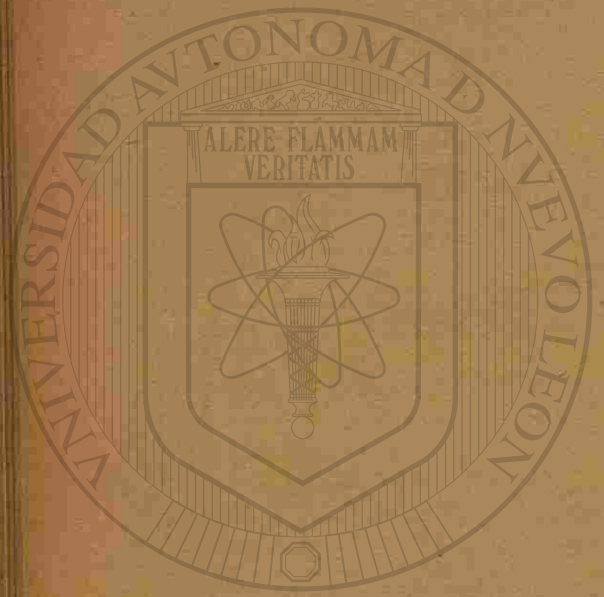
—¿Me abandonas, padre?—dijo Dora ya dentro del coche con voz llena de lágrimas y tendiendo ambas manos á Daniel.

—No—respondió éste asiendo las manos de su hija, subiendo al coche y sentándola sobre sus rodillas:—¡no puedo renunciar á tí, hija mía! ¡Tú me presentarás á tus hermanos y á tu abuela!... ¡Ya soy vuestro para siempre!

Dora lanzó un grito de alegría y se abrazó con fuerza á su padre, como si temiera que fueran á arrebatárselo.

Sonó el estridente silbato, y el monstruo alado, la rápida locomotora tendió en los aires su larga cabellera de humo, y emprendió su gigante carrera, conduciendo á la patria á Dora y á sus padres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EPÍLOGO

Dos años han pasado.

En el mismo hotel, situado en el paseo de la Fuente Castellana, en que dió principio esta historia, se advierte gran vida, inusitado movimiento, tratándose de la hora avanzada en que invito á mis lectores para que me acompañen y crucen conmigo sus elegantes habitaciones.

El edificio se ha hecho mucho mayor, ensanchando de una manera bella y artística los pabellones de los costados, á los que se entra ahora por dos puertas separadas del cuerpo principal del hotel, y sostenidas por bellas y esbeltas columnas de escayola.

Estos dos pabellones se hallaban iluminados suavemente; pero todo el piso bajo del cuerpo del centro ó principal dejaba escapar por sus ventanas raudales de luz, pareciendo á través de los anchos cristales un palacio incendiado.

No eran otra cosa aquellas luces, con ser tan vivas, que los reflejos de la dicha que se aposen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba en aquel recinto: en el oratorio del palacio se habían casado á las diez de la noche las dos hijas mayores del Conde del Villar, Dora y Augusta, de edad apenas de diez y seis años: estas dos niñas gemelas eran tan bonitas, que se las consideraba como á las dos perlas de la aristocracia madrileña.

Cuando por las tardes salían á paseo en carretela descubierta, acompañadas de su anciana abuela, todas las miradas se fijaban, llenas de una afectuosa simpatía, en las tres personas que componían aquel interesante grupo.

Tanto como las figuras de las gemelas eran risueñas, frescas, encantadoras, tanto era de venerable y bondadosa la de su abuela: delgada, con los cabellos blancos como la nieve, traje negro, siempre de rica tela y hechura sencillísima, aquella anciana hubiera inspirado por su solo aspecto el respeto y el cariño, si no lo hubiera inspirado ya por las altas prendas de su corazón y de su carácter, bien sabidas de toda la buena sociedad de Madrid.

Todas las pruebas más dolorosas que puede enviar el cielo las había soportado aquella noble dama con cristiana resignación, con heróica paciencia; pero al fin el sol de la ventura había lucido para su familia, y sus últimos años sobre la tierra eran llenos de paz y de dicha.

Su hijo Daniel llevaba noble y dignamente el título de Conde del Villar: la fortuna, conquistada con esfuerzo de las ruinas en que ajenos desaciertos la habían sumergido; la paz y el amor de la familia asegurados; la posición honrosa y altamente considerada; la educación de los hijos, encaminada al bien, y, por último, los brillantes casamientos de las dos hijas mayores del Conde con los herederos de dos de las mejores casas de la nobleza, respondían á la noble, á la esforzada abuela de un seguro y dichoso porvenir para los suyos.

Tres salones espaciosos y seguidos se hallaban llenos de gente: en el fondo del del centro se hallaba la Condesa viuda, la madre del Conde, la venerable abuela, sentada en un gran sillón dorado: llevaba un traje de paño de seda negro y una gorra de encajes blancos sin bridas, y cuyas ondas suaves caían sobre sus cabellos, más blancos y suaves que el encaje; á su lado se hallaba sentada una de las dos novias, vestida con un sencillo traje de tafetán blanco y con los dorados cabellos sueltos en rizos: era Augusta, la favorita de su abuela, y la más alta de las dos gemelas.

—¿No vas á bailar, hija mia?—preguntó la abuela.—Ya he oído preludiar un vals, y veo á tu marido que te busca.

—No—respondió Augusta:—mientras bailan esto, Gerardo y yo nos estaremos contigo.

—¿No me acompaña Clementina?—dijo la abuela mostrando á una niña preciosa, como de doce años de edad, y sentada en la banqueta en que apoyaba los pies.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—También te acompañaremos ahora Gerardo y yo.

En aquel instante un caballero de elegante y noble figura se acercó al grupo.

Era Daniel; pero el Daniel de los buenos tiempos, gallardo, distinguido, de fisonomía tranquila, expresiva, bella y simpática sobre toda ponderación.

Ni una hebra de plata había en sus cabellos negros; sus ojos reían con encanto incomparable, y su barba, negra, fina y rizada, daba á sus facciones un carácter varonil que templaba la expresión un poco melancólica de su sonrisa.

—¿Cómo va, mamá?—preguntó sentándose al otro lado de la anciana y tomándola afectuosamente la mano.

—¿Cómo me ha de ir, hijo mío? ¡Muy bien, como á todos! Hoy es uno de esos días de bendición que Dios envía para embellecer la vida.

—Augusta, ¿dónde están tu madre y tu hermana?—preguntó el Conde á su hija.

—Despidiendo á Cristina estaban, papá—contestó la rubia desposada,—que se ha marchado por no dejar solo por más tiempo á su marido; pero aquí vienen ya.

—Dos mujeres avanzaban la una al lado de la otra: ambas tenían la misma estatura alta y elegante; ambas eran delgadas y estaban dotadas de exquisita distinción; pero eran la rosa y el capullo, la primavera y el estío.

La de más edad, la madre, era rubia como Augusta, con grandes y serenos ojos septentrionales, en los que la luz era á la vez profunda y radiosa: el amor á lo bueno y á lo bello, la sensibilidad y la ternura cruzaban sus rayos en aquellos ojos, y les daban una expresión de dulzura y de melancolía imposibles de pintar; la tez de Adriana era otra vez de marfil y rosa, y sombreaba sus mejillas la obscura sombra de sus pestañas, que contrastaba con el dorado color de su cabellera; su traje, sin ninguna pretensión juvenil, era de una elegancia suprema: llevaba un largo traje de gro mate, color de paja, adornado de encajes negros y de camelias color de rosa, con anchas hojas verdes; un collar de hojas verdes, alternadas con hermosos brillantes, ceñía su cuello, un poco largo, con una elegancia incomparable, y otra guirnalda de hojas verdes y de brillantes ceñía su cabeza, y sujetaba sus espesos cabellos, hechos trenzas y rizos elásticos y sedosos.

Dora, más morena que su madre, se asemejaba á Hebe, la diosa de la juventud: sus grandes y luminosos ojos garzos reían entre dobles franjas de negra seda; su cabellera, hecha ondas naturales, se rizaba copiosamente en abundosos rizos que se escapaban de la gran masa de sus cabellos, sujetos con un peine de perlas; su vestido, de tafetán blanco como el de su hermana, no tenía, como el de Augusta, otro adorno que unos plegados de tul, entre los que se veía una guirnalda de azahar;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los brazos de las dos gemelas estababan cubiertos con guantes blancos y largos hasta cerca del codo.

Detrás de Adriana y Dora venían asidos del brazo Osvaldo y Carlos: aquél contaba ya cerca de catorce años; Carlos tenía diez y medio; eran dos hermosas criaturas, llenas á la vez de viveza y de distinción nativa, y sus semblantes presentaban, á través de las gracias de la infancia, la imagen de la más perfecta dicha infantil.

—¿De dónde venís?—dijo Daniel.

—Hemos salido para despedir á Cristina y para ver si la niña duerme,—dijo Adriana.

—¡Eres más extremosa con tu última hija que yo con todos los otros!—dijo sonriendo la abuela.

—¡María es tan endeble, madre mía!... Y además, estoy acostumbrándome á cuidar niños para cuando sea abuela, que tardaré un año á lo más.

Adriana dijo estas palabras en voz baja y señalando á sus dos gemelas, casadas aquella misma noche, con una sonrisa llena de ternura.

En aquel momento, y uno por cada lado, llegaron dos jóvenes elegantes, que se acercaron á las dos gemelas.

—Ven, Dora, que van á tocar un vals,—dijo el uno presentando el brazo á su mujer, pues eran los dos recién casados los que llegaban.

—Vamos, Augusta,—dijo el otro.

—No—contestó la joven:—estoy cansada.

—Entonces me quedaré aquí á tu lado.

Y tomando una silla se sentó en el grupo, cuyo centro era la venerable figura de la abuela.

. . . . . .

Al día siguiente los periódicos noticieros traían el siguiente suelto:

«Ayer se ha verificado el enlace de las dos hijas mayores del señor Conde del Villar con dos jóvenes de la primera nobleza: la señorita Dora ha dado su mano al Marqués del Prado; su hermana gemela, la señorita Augusta, al Duque de Pravia; han sido padrinos la venerable abuela de las encantadoras novias y el padre del señor Marqués del Prado, uno de los contrayentes; deseamos á los dos jóvenes matrimonios una eterna luna de miel.»

Eterna fué, en efecto: jamás el dolor volvió á asomar su torva faz entre aquella familia que tanto había castigado.

Daniel, cuidadoso de la rica fortuna que había llegado á recobrar, era el mejor de los hijos, de los esposos y de los padres, y Adriana había aprendido todas las virtudes del hogar de la venerable abuela.

Dora y Augusta ocupaban, cada una con su marido, los pabellones de ambos costados del hotel; pero la comida principal del día la hacía reunida la familia, y las veladas se pasaban en la más dulce intimidad.

Sentada la abuela en un ancho sillón, formaba su corte toda la familia, á la que se reunían Cris-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tina, su marido y Mistres Gaskell, que no se había separado de la Duquesa.

La alegre Marquesa del Prado; la dulce y melancólica Duquesa de Pravia; los Condes del Villar y sus cuatro últimos hijos, Osvaldo, Clementina, Carlos y María (ésta aún en los brazos de su madre, que la criaba), rodeaban á la ilustre anciana y se disputaban sus sonrisas y sus miradas: le preguntaban, le consultaban y le decian sus pequeñas penas. La abuela oía á todos, calmaba á todos, y les repetía siempre:

—Amad y esperar: estas dos cosas constituyen la gran ciencia de la vida, y de ellas nace la luz que ilumina sus más obscuros misterios.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
Dedicatoria	5
Parte primera	7
Parte segunda	95
Parte tercera	191
Parte cuarta	305
Epílogo	443

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

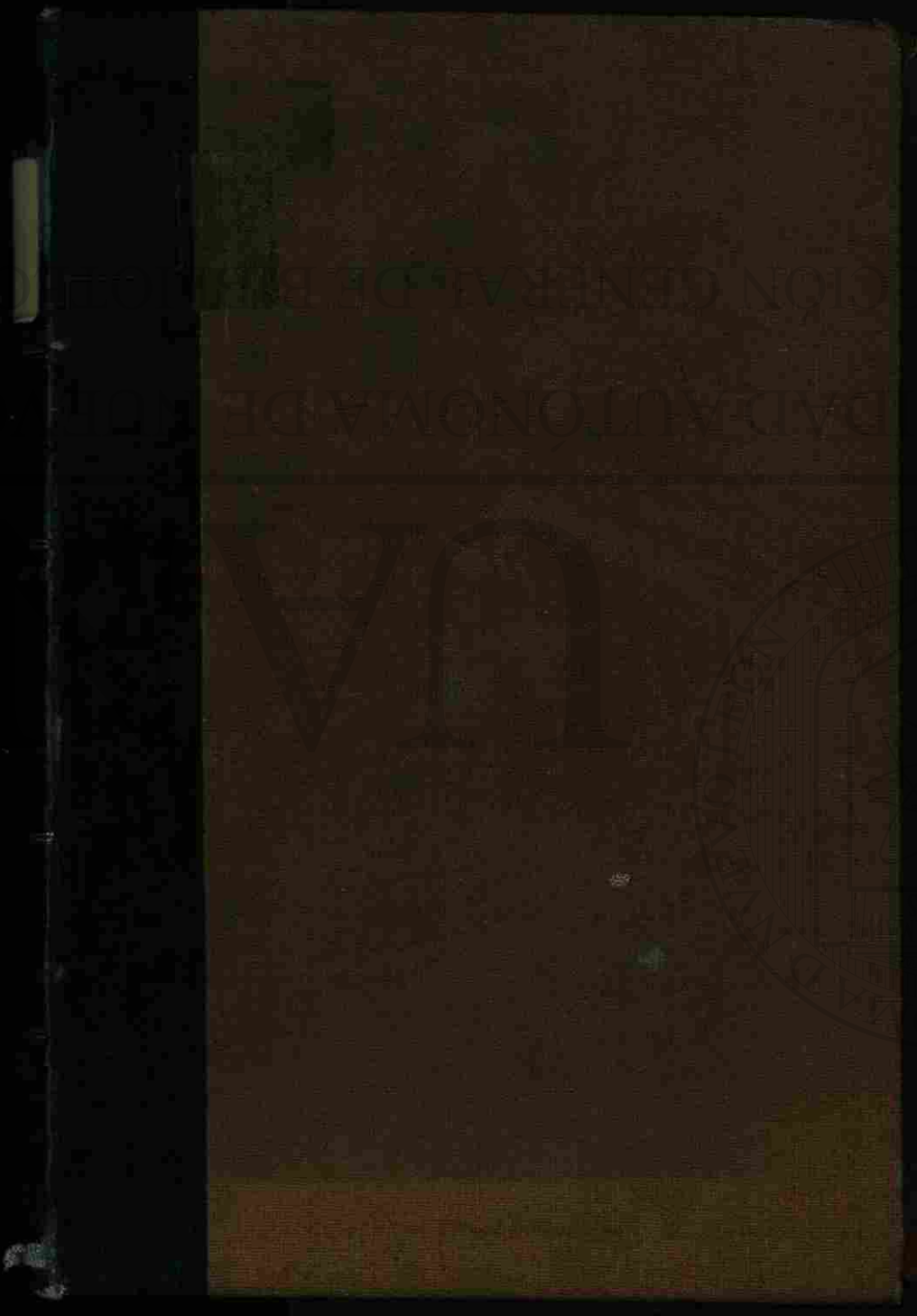
tina, su marido y Mistres Gaskell, que no se había separado de la Duquesa.

La alegre Marquesa del Prado; la dulce y melancólica Duquesa de Pravia; los Condes del Villar y sus cuatro últimos hijos, Osvaldo, Clementina, Carlos y María (ésta aún en los brazos de su madre, que la criaba), rodeaban á la ilustre anciana y se disputaban sus sonrisas y sus miradas: le preguntaban, le consultaban y le decian sus pequeñas penas. La abuela oía á todos, calmaba á todos, y les repetía siempre:

—Amad y esperar: estas dos cosas constituyen la gran ciencia de la vida, y de ellas nace la luz que ilumina sus más obscuros misterios.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
Dedicatoria	5
Parte primera	7
Parte segunda	95
Parte tercera	191
Parte cuarta	305
Epílogo	443

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS